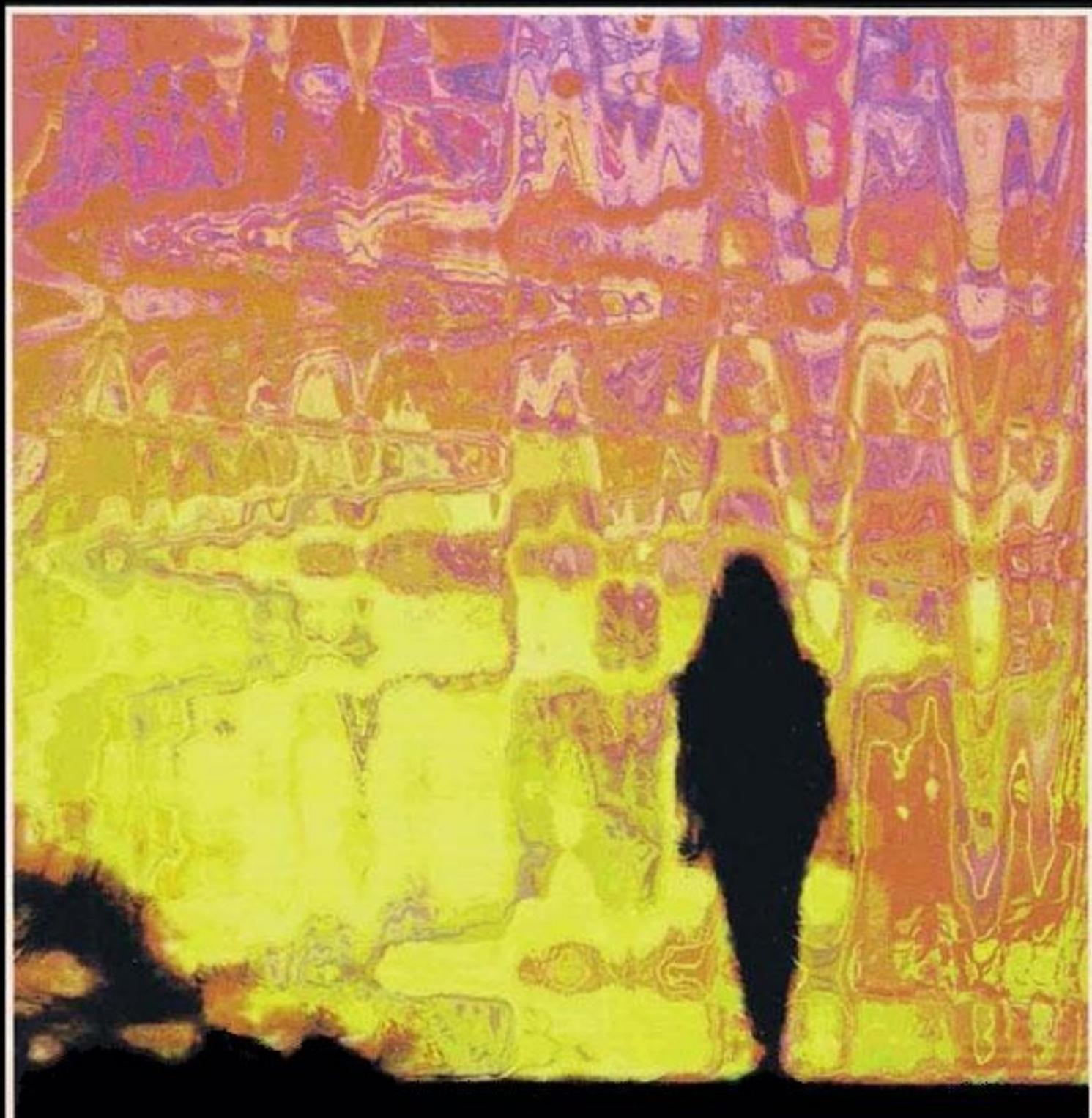


Martyn Bedford
EL ILUSIONISTA



Lectulandia

Fletcher Brandon, apodado Red, es un ilusionista profesional que consigue el truco de su vida cuando una noche logra seducir a Rosa Kelly, una atractiva muchacha.

Ésta parece corresponderle, al menos durante el año en que viven juntos, hasta que muere misteriosamente atropellada por un tren expreso. Atormentado por el dolor, pero también perplejo por los extraños episodios que va descubriendo del pasado de Rosa, Red tratará de averiguar por su cuenta y riesgo quién tenía motivos para querer asesinarla. Su investigación le conduce a los bajos fondos de Amsterdam; allí, mientras trata de eludir las amenazas de los traficantes de droga y las redes de prostitución, este mago en apuros deberá dilucidar qué hubo de cierto y qué de ilusorio en su relación con Rosa, y, en definitiva, qué hay de verdad y de falsedad en toda relación amorosa.

Lectulandia

Martyn Bedford

El ilusionista

ePub r1.0

xelenio 18.06.13

Título original: *The Houdini girl*

Martyn Bedford, 1998

Traducción: Víctor Pozanco

Retoque de portada: xelenio

Editor digital: xelenio

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

A mi padre, Peter Bedford

Agradecimientos

Deseo expresar mi más sincero agradecimiento a mi esposa, Damaris, y a mi amigo Phil Whitaker, por su cariño, apoyo, críticas y aliento.

En la labor de documentación para esta novela me han servido de gran ayuda libros como *The Encyclopedia of Magic and Magicians* de T. A. Waters, Facts on File Publications, Nueva York, 1988; *Telling Lies; Clues to Deceit in the Marketplace, Politics and Marriage*, de Paul Ekman, Pantheon Books, Nueva York, 1991; *The Moral Animal*, de Robert Wright, Pantheon Books, Nueva York, 1994; *Our Magic*, de Nevil Maskelyne y David Devant, George Routledge & Sons, Londres, 1911; *Teach Yourself Magic Tricks*, de John Wade, Hodder & Stoughton, Londres, 1992; *The Great Illusionist* de Edwin A. Dawes, David and Charles, Newton Abbot, 1979; *Working Girls and Their Men*, de Sheron Boyle (Smith Gryphon, Londres, 1994; *Amsterdam-The Rough Guide*, de Martin Dunford y Jack Holland, Rough Guides/Penguin, Londres, 1997; *Berlitz Pocket Guide-Amsterdam*, Berlitz Publishing Corporation, 1996; *Essential Amsterdam*, de Michael Leech, AA Publishing, 1997; y *Act Normal! 99 Tips for Dealing with the Dutch*, de Hans Kaldenbach, traducido del holandés por J. G. Knecht, Prometheus, Amsterdam, 1996).

Numerosos artículos y cartas publicadas en *The Guardian* y en *The Observer* me han sido muy útiles, así como los siguientes programas de televisión: *Liar (Horizon*, BBC2, 30-10-1995); *The Lie Detectors (Witness*, Channel 4, 19-11-1995); *No Child of Mine (ITV*, 25-2-1997); y *Close Up North*, sobre la prostitución infantil (BBC2, 27-2-1997).

También deseo expresar mi agradecimiento al excelente centro informático Ramesis de la Biblioteca Central de Bradford por el acceso a Internet.

Casi todos los números de ilusionismo que se refieren en esta novela están basados en actuaciones reales realizadas por magos profesionales. Como todo aquel que utiliza el trabajo de los demás para producir algo nuevo, estoy en deuda con los artistas y sus creaciones. Mi reconocimiento, pues, a: Robert Harbin (1908-1978), por *La chica Zigzag* y *La venganza de la ayudantes*; a Dante, el Brujo Mormón (1869-1899), por *Entre bastidores*; a Herr Boelke, por *Creo*, o *La muñeca viviente*, como la he llamado yo; Oswald Williams, por *Al límite del vértigo*; a Leon (1876-1951), por *Agua y fuego*; a Guy Jarrett (1881-1972), por *Bangkok Bungalow*; a Chuck Jones, nacido en 1942, por *Mismade Girl*; a Frederick Culpitt, fallecido en 1944, por *La bella bañista*; a Cyril Yetmah y David Bamber (1904-1974), por *La cabina mágica*.

El *Basket Trick*, aka *Hindu Basket Trick* es un viejo número de ilusionistas de origen hindú. Los orígenes de *La princesa perdida* (cuyo verdadero nombre es *La princesa de Najten*) son oscuros, pero el número se basa en el principio del Espectro de Pepper utilizado por Henry Dircks y demostrado por primera vez por el doctor

John Henry Pepper.

Finalmente, muchas gracias a Janet, quien, una etílica noche, le hizo el truco del estigma a un amigo mío en un pub de Tooting (con lo que me dio la idea para la escena inicial de esta novela).

El mago es absolutamente honesto. Te dice que te va a engañar, y cumple su palabra.

Ricky Jay, mago

Prólogo

La verdad es que la engañé para que se enamorase de mí. Rosa Kelly: pelo castaño, ojos azules (una pérfida combinación). Pudo haber elegido a otro, pero se enamoró de mí. Aunque..., quizá, decir que la «engañé» tenga inadecuadas connotaciones. ¿Y si lo expresase de otro modo? ¿Y si dijese que, más que engañarla, la seduje? Sí. Es mucho más apropiado. *Seducida*. Es un concepto comparable a «embruja», una palabra que sugiere sensualidad y encantamiento. Para hacer convincente la ilusión con que la seduje, necesitaba darle cierta apariencia de algo sobrenatural y la intimidad del tacto. Estábamos en un pub de Oxford, el Eagle and Child (paneles de madera, mesas separadas por mamparas y acogedores rincones). No nos conocíamos. Yo estaba con mis amigos y ella con los suyos. Una de las personas de mi grupo conocía a una del suyo y, tras una complicada redistribución de mesas y sillas, nos juntamos un total de trece, un número que los supersticiosos consideran de mal agüero. Pero yo no lo soy. Reparé en Rosa antes de que los dos grupos se uniesen, aunque tuve buen cuidado de que no se notase que me había fijado en ella más que en las otras recién llegadas a nuestro etílico y humeante rincón. La posición de la sillas —juro que no fue cosa mía, pues estuve muy ocupado en el traslado de vasos, copas y jarras— hizo que quedásemos sentados uno frente al otro. Ella fumaba Marlboro y bebía una cerveza belga flojita directamente de la botella. Su sombra de ojos era verde pálido, a juego con su lápiz de labios. Llevaba anillos en los diez dedos de las manos.

—Cuidado con éste, Rosa, que es mago —dijo uno de mis amigos una vez concluidas las presentaciones.

Rosa inhaló profundamente el humo de su cigarrillo y luego lo exhaló hacia el otro lado de la mesa.

—Pues, mira... —dijo ella—. Acabo de hacerlo desaparecer con una simple bocanada de humo.

Todos se echaron a reír.

Oportuna y precisa.

Pude haberme acercado a él y sacarle un ganchito de queso y cebolla de detrás de la oreja. Pero cuando a uno lo acaban de eclipsar en público, lo menos embarazoso es encajar la broma de buen talante. Además, ¿*un ganchito*? Podía interpretarlo como una invitación a engancharse. De modo que me uní a las risas de los demás. La voz de Rosa era un poco ronca; su acento, una curiosa mezcla de irlandés y londinense; sus ojos y su boca reían con perfecta sincronización, como si lo que más le gustara fuese que la hiciesen reír. Ladeó la cabeza y le pidió al chico que estaba a su izquierda que le pasara un cenicero. Empezaron a charlar. Su melena negra rozaba una y otra vez en el hombro de su interlocutor, al inclinarse ella para oír lo que decía.

Yo bebí un trago, hablé con mis amigos y luego fui a la barra y al lavabo. Y, con discreción, observé sus manos (los anillos; las uñas pintadas de verde esmeralda; su manera de coger el vaso; de encender el cigarrillo). Tenía los dedos largos y huesudos; las muñecas delgadas, ceñidas por pulseras de todas clases, que asomaban de las bocamangas de un jersey de lana multicolor varias tallas más grande que la suya. A cada nuevo botellín de cerveza raspaba la etiqueta con la uña del pulgar hasta hacerla desaparecer.

Yo tengo manos de mago. No quiero decir que tengan el tamaño y la forma perfectos para mi trabajo, porque es raro ver unas manos perfectas en este sentido. Ayuda tener las manos lo bastante grandes para facilitar, pongamos por caso, la ocultación de un naípe. Pero las manos grandes tienen también los dedos grandes, menos adecuados para las manipulaciones que requieren mayor agilidad. El *quid* está en la adaptación. Casi todas las deficiencias anatómicas de las manos pueden, dentro de lo razonable, ser compensadas por la práctica rigurosa, o mediante apropiados recursos (si tiene uno las manos pequeñas, basta con utilizar un mazo de naipes más pequeño). Mis manos no son demasiado grandes ni demasiado pequeñas. Lo que sí tienen es mucho entrenamiento. Me he educado en la destreza y en la ambidextria. Una especialidad de mi repertorio es el «camuflaje» (mostrar una mano vacía en la que, en realidad, tengo algo). Si se hace con torpeza, a esto se le llama en la profesión «lavado de manos». Dos consejos: uno, ensayar frente a un espejo hasta que los movimientos parezcan del todo naturales; dos, no mirarse nunca las manos mientras se efectúa un número, porque el público mira, indefectiblemente, sólo hacia donde uno mira.

Las manos de Rosa no eran mágicas; pese a su deliberado disfraz de adornos y manicura, revelaban más de lo que ocultaban. Ansiaba tocarlas, retenérselas.

Llevábamos un buen rato bebiendo cuando una consabida petición surgió del runrún de las conversaciones que se superponían.

«Eh, Red, haznos un número».

Incluso mis amigos más antiguos me lo piden. Pero acaba uno por acostumbrarse.

—Actúo en Crucible, en Sheffield, el próximo viernes. Podéis ir.

—Vamos, no me jodas y haznos algo.

—No, si yo no te jodo. Jódete tú.

—¿Yo? Ésa es la ilusión del gay desesperado. No es para mí —replicó riendo de buena gana.

Pero termina uno por acceder. Y siempre hace participar a otro en la ilusión, porque les encanta.

«Necesitaré un voluntario. Vamos, no seáis tímidos...».

Aquella noche establecí contacto visual con el otro lado de la mesa. Iris azules; sombra de ojos verde. Sin aparente nerviosismo. La expresión de Rosa me dijo: ¡Ni

se te ocurra! Pero la entusiasta coerción de los demás, al acercar más las sillas a nuestra mesa, hizo que le resultase más embarazoso negarse que acceder.

—Bueno. De acuerdo.

Actitud desafiante. Sus ojos, su tono de voz y la postura de sus hombros me indicaron que estaba dispuesta a no dejarse impresionar: nada de lo que yo hiciese iba a sorprenderla ni interesarle lo más mínimo; ni le pasaría inadvertida ninguna manipulación. Y, si trataba de hacerla quedar en ridículo, me llevaría un chasco, porque le importaba un pito lo que los demás pensarán de ella y, menos aun, lo que pensara yo.

—Si te portas bien —me dijo sonriente—, te dejaré que hagas aparecer una jirafa de un globo.

Le dije que extendiese las manos con las palmas hacia abajo. Y lo hizo. Tomé sus manos y las acerqué al centro de la mesa. Las tenía frías y reseacas. Entonces solté las manos y le dije que cerrase los puños. Y lo hizo. Todos guardaban absoluto silencio, observando y escuchando con embelesada atención.

—Eres católica, ¿verdad? —le dije.

—¡Menuda perspicacia! ¿Qué quieres que sea, con este acento irlandés de Kerry? Se oyeron algunas risas.

—¿Crees en los estigmas?

—¿En qué?

—¿En que podemos ser marcados con las señales de Cristo crucificado?

—Oh, claro, no faltaba más.

Entonces hundí la yema de mi dedo corazón derecho en el cenicero, atestado de las colillas de los cigarrillos de Rosa. Mostré la mancha gris plateada de la yema del dedo y dije:

—Frotando esto en el dorso de tu puño, haré que la ceniza pase a través de la mano y aparezca como un estigma en el centro de la palma de tu mano.

«Oh, claro, no faltaba más», dijeron sus ojos.

Permanecí unos instantes sin mover un músculo de la cara, en actitud de absoluta concentración. Entonces posé la yema del dedo en el dorso de su mano derecha, y empecé a masajear la ceniza suavemente en su pálida piel con movimiento circular. Las pulseras tintineaban al entrechocar, debido al involuntario movimiento de la muñeca, al reaccionar a la presión de mi dedo. Todas las miradas estaban fijas en el punto de contacto, en el negruzco rodal que manchaba la piel.

Rosa alzó la vista, me miró unos momentos y luego volvió a dirigirla a su mano.

—Ahora, Rosa, por favor, abre el puño y enseña la palma de la mano.

Y lo hizo. No había señal alguna en su palma. El silencio dejó paso a ahogadas risas, burlas y abucheos. Rosa volvió a mirarme y sonrió con afectación. Yo fingí una expresión de alarmado desconcierto. Ya estaba a punto de recostarse en el respaldo de

su asiento.

—¿Eres zurda? —le pregunté de pronto.

—Sí —repuso ella.

—¿De veras?

—Sí.

—En tal caso, ¿querrías abrir el puño izquierdo?

Fue entonces ella quien puso expresión de perplejidad. Su sonrisa se hizo vacilante. Los presentes que nos observaban volvieron a guardar silencio, fijando su atención en su puño izquierdo. Rosa abrió los dedos y, lentamente, titubeante, volvió la palma hacia arriba. En el centro se veía una inequívoca mancha de ceniza de cigarrillo.

Primera parte

Oxford

Empecemos por comprometernos con la verdad —por verla como es y por decirla como es—, por buscar la verdad, por decir la verdad y vivir de acuerdo con la verdad.

Richard Nixon,
discurso de aceptación de la nominación,
Miami, 8 de agosto de 1968

Cuatro hombres empujan una cabina hasta el escenario. Houdini hace entrar a un elefante en la cabina. Houdini muestra la cabina vacía. *Veinte* hombres empujan la cabina fuera del escenario. ¿Dónde está el elefante?

Atribuido a **Walter Gibson** (1897-1985),
magó, periodista y escritor

Red

Preguntadle a otro. No voy a revelar el secreto. Nunca divulgo el método que utilizo en mis números. Revelarlo —es decir, dar a conocer, deliberadamente, los secretos medios que hacen posible la magia, por oposición a desvelarlo por accidente o incompetencia— es indigno. No se trata, por mi parte, de simple acatamiento de un principio del Círculo Mágico, ni empeinado respeto a las tradiciones de nuestra profesión (aunque es cierto que, a lo largo de cuatro mil años, nos hemos propuesto guardar nuestros secretos). No. Lo que me induce a permanecer *schtum* es el puro egoísmo. Los métodos rara vez son tan interesantes como lo que se consigue utilizándolos. Si le digo al público cómo lo hago, disminuyo su respeto hacia mí. Es así de sencillo. Revelarlo, sobre todo inmediatamente después de una actuación, sólo sirve para que se pierda el encanto. Divulgar el «truco» puede satisfacer la curiosidad del espectador, pero la magia no es cosa de truco. El truco implica engaño (en beneficio propio y perjuicio del otro), defraudar o embaucar al otro valiéndose de artimañas. El truco implica a uno que lo perpetra y a una víctima.

Yo no hago trucos. Soy mago. Es decir, cultivo la prestidigitación y el ilusionismo para entretenimiento de los demás. La clave está en la actuación. En todo caso, los trucos son secundarios. Si la magia consistiese en puro truco, la actuación no requeriría más que la indumentaria y el maquillaje apropiados. Yo fui actor. O, más exactamente, fui miembro de un grupo teatral estudiantil de Oxford (del Politécnico, no de la universidad). Sigo viviendo en Oxford y todavía actúo. Cuando estoy en el escenario, soy un actor que interpreta el papel de mago. Y, sin embargo, los espectadores siguen obsesionados con los secretos, con los trucos. Presencian la actuación —la interpretación— de un asombroso acto de magia y, en cuanto remite su inicial asombro, preguntan (lo oigo, lo veo en sus caras): ¿Cómo leches hace usted eso?

Como digo, la magia, como arte que es, no es la mera proposición de enigmas para confundir al espectador; no se basa en trucos sino en la ilusión. Y familiarizarse con la mecánica de los hechos de magia destruye toda ilusión. Soy un ilusionista. Sin la ilusión no soy nada. Creo que Rosa se percató de ello desde el primer momento.

Aquella noche en el pub, cuando nuestros amigos —los míos y los de Rosa— me rogaron que les revelase cómo había aparecido la mancha de ceniza en la palma izquierda de Rosa, me negué. Y, cuando propusieron varias teorías e hipótesis, me limité a sonreír con talante evasivo. Y, cuando me apremiaron para que repitiera el número, les dije que no. Otra de mis reglas de oro: no realizar nunca el mismo número dos veces ante el mismo público. Una vez que desaparece el factor sorpresa, la ilusión se devalúa en tanto que espectáculo, y el método resulta más fácil de detectar. Rosa tenía más razones que la mayoría de los presentes para querer saber el

truco, pero no sumó su voz al colectivo ruego para que los... desilusionase. Permaneció tranquilamente sentada, con el ceño fruncido, mirándose la palma de la mano, como para asegurarse de que el «estigma» estaba allí. Luego, se lo lamió. Me miró con fijeza desde el otro lado de la mesa, con la lengua manchada de ceniza.

—¿Por qué te llaman Red? ¿Eres un jodido comunista o qué?

Aquella misma noche, horas más tarde, al preguntarle por qué había decidido acostarse conmigo, me contestó: a). Porque yo no había tosido cuando me hizo desaparecer en una nube de humo; y b). Porque mis manos, al tomar las suyas y colocarlas en posición para la ilusión del estigma, no estaban pegajosas.

—¿Y no ha habido ninguna otra razón?

—No.

—¿No ha sido porque te gusto?

—Te me he tirado, ¿no?

Me dijo que tenía veinticuatro años, a punto de cumplir veinticinco, o sea, cuatro años más joven que yo, aunque había momentos en los que me sentía a su lado como un adolescente. Por ejemplo, no pude evitar preguntarle si era amiga del chico con el que coqueteaba en el Eagle and Child. Y me dijo que era la primera vez que lo veía.

—Además: no coqueteaba con él.

—¡Vamos, anda!

—Coqueteaba contigo.

—Pero... ¡si no me dirigiste la palabra en toda la noche! Ni siquiera me miraste.

—Por eso mismo.

Reflexioné sobre ello y me retrotraje a la secuencia de acontecimientos que culminaron al presentarnos. Reproduje mentalmente su imagen ayudando a redistribuir las mesas y la sillas.

—¿Te las has compuesto de manera que nuestras sillas quedasen frente a frente?
—le pregunté.

—No —repuso ella moviendo sonriente la cabeza—. Eso me habría delatado.

Entonces le pedí a Rosa que me hablase de sí misma, y no tuvo inconveniente. Había nacido en Killarney, en el condado de Kerry, y había emigrado a Londres con sus padres a la edad de nueve años. Era hija única «a pesar de la fama que tienen los católicos», aunque la razón tuvo algo que ver con un parto difícil. «Papá jodió a mi madre metiéndome dentro y yo la acabé de joder al salir».

Al ver mi expresión, se encogió de hombros ante mi visible desagrado por su gráfica forma de expresarse. Rosa hablaba de una manera que, dijese lo que dijese, tenía que fastidiarte y encajarlo. Su madre («Mary, a secas») trabajaba en el comedor de un colegio. Y su padre era cartero. Patrick el Cartero. Murieron en un accidente de automóvil cuando ella tenía catorce años. *Destrozados. Tenías que haber visto el*

coche. Tuvo que acogerse a la beneficencia —hogares infantiles, padres adoptivos—. Dejó el colegio sin llegar a terminar los estudios y fue a vivir a un apartamento antes de cumplir los diecisiete años, en la zona de Kensal Rise. Y, por cierto, ya no era católica. O, por lo menos, no practicante; había abandonado las buenas costumbres.

—¿Cómo es que tienes ese fuerte deje irlandés?

—Dejó el dejo pero no el deje...

—No, en serio.

Volvió a encogerse de hombros.

—Trabajo rodeada de irlandeses.

—¿Y qué haces?

—De esclava —repuso apagando un cigarrillo. No tenía ni idea de cuántos habría fumado desde que salimos del pub—. ... ¿Has oído hablar de *Erin*?

—No —contesté.

—Es un periódico para inmigrantes irlandeses. «Ayudante editorial». Ésa soy yo. Llevo papelitos de un mierda de periodista a otro, contesto al teléfono y preparo el té. Ah, y he de clasificar el maldito correo.

—O sea, que te gusta, ¿no?

—Tendrías que ver la oficina. Parece un aseo público con ordenadores en lugar de lavabos.

La segunda sílaba de «público» la alargó tanto que cupieron varias íes entre la ele y la ce.

Debían de ser las tres de la madrugada. Estábamos sentados con las piernas cruzadas en mi cama, el uno frente al otro, desnudos, fumando y escuchando música. Dos polvos. No sé cómo dimos en salir juntos del pub, pero el caso es que salimos juntos. Éramos trece intercambiándonos enfervorizados saludos de despedida en St. Giles y, al cabo de un momento, íbamos los dos caminando hacia Osney. Era una clara y fresca noche de principios de la primavera. Rosa quería ir a comprar una hamburguesa en el quiosco de la estación. Compramos una cada uno, patatas fritas, y nos lo comimos por el camino remangando la bolsa antigrasa a cada bocado. Su lengua sabía a carne picada y ketchup cuando nos detuvimos a besarnos frente a mi casa. Bajo el resplandor de la luz de la alarma, su pelo colgaba en negras guedejas que enmarcaban su rostro, que la hosca luz de magnesio hacía parecer espectral; le daba una especial luminosidad al verde pálido de su sombra de ojos.

Una vez en mi dormitorio, antes de desnudarnos, me hizo dos preguntas.

—¿Tienes preservativos?

—Sí.

—¿Tienes polvera fija?

—No.

Me sostuvo la mirada unos momentos antes de empezar a desabrocharme la

camisa. En la cama me comporté como un títere —las manos, la boca y la polla maniobraban con su cuerpo como manipulados por hilos invisibles—. Fue ella quien se me tiró. Me utilizó para echarse un polvo. Le dije, con absoluta sinceridad, que nunca en mi vida había follado tan a gusto; y me dijo que se alegraba. Sin embargo, mientras estábamos echados el uno junto al otro al terminar, me pregunté qué clase de persona debía de ser una mujer que se tiraba a un extraño apenas cuatro horas después de haberlo conocido. No se me ocurrió pensar que yo me había comportado exactamente de la misma manera. O, por lo menos, no caí en hacer comparaciones. No las hice entonces, aunque las haga ahora. No se trataba sólo de que follásemos sino de cómo lo hicimos. Me sentí exultante, entusiasmado, y asustadísimo, al pensar en las implicaciones de acostarme con una mujer que jodía tan bien.

—No serás un jodido comunista o algo así, ¿no?

Apuré la cerveza de mi jarra, alcé la voz para que se me oyese pese al bullicio del local y me quedé mirándola.

—Red es el nombre de un caballo —dije con la voz enronquecida por el humo del tabaco—. *Red Alligator*, Grand National del 68. Mi padre ganó tanto dinero al apostar por él que se permitió unas vacaciones con mi madre. Y entonces fue cuando me concibieron, creen ellos.

—¿Te pusieron tus padres Red en honor a un caballo? —exclamó Rosa.

—No, me inscribieron como Timothy, que era el nombre del *jockey*. Mi verdadero nombre es Timothy Fletcher Brandon. Me llaman Red porque..., supongo que, con la costumbre de los diminutivos, resulta más decente que «Timo» —le expliqué—. En realidad, fue un amigo quien me llamó Red un día, y se me quedó.

—Timothy Brandon —dijo como si masticase un caramelo Darling.

—Mi padre quería que fuese *jockey*. Pero carezco de la complexión conveniente, como se vio enseguida.

—¿Y si el caballo no llega a ganar?

—Sí. Eso me he preguntado yo muchas veces. Supón que mi padre hubiese ganado en la carrera de Derby de aquel año. Sir Ivor. Me habrían bautizado Piggot, en lugar de Timothy.

Al ver que mi vaso estaba vacío, Rosa me ofreció beber un trago de su *lager*. Uno de los lados de la botella, por donde había raspado la etiqueta, estaba pegajoso.

—Y eso habría significado que me hubiesen concebido en junio, en lugar de en abril —proseguí.

—¿Y qué?

—Otros óvulos, otros espermatozoides; no habría sido yo. Me habrían hecho desaparecer antes de nacer. ¡El más formidable número de ilusionismo!

Rosa me reclamó la botella.

—¿No te han dicho nunca que mientes más que hablas?

Podía haberme alargado sobre el tema de mi nombre, mejor dicho, de mis nombres. Pero alguien interrumpió para preguntarme qué bebía. («¡Mi cerveza, coño!», exclamó Rosa). Y, además, la observación que acababa de hacerme, aunque la envolviese en una sonrisa, tuvo un efecto desalentador.

En los meses siguientes, la acusación de que yo mentía más que hablaba se convirtió en un familiar latiguillo. De modo que no le dije que Brandon no era el nombre que me impusieron al nacer, sino que lo elegí yo. Mi verdadero nombre propio era Clarke, pero lo cambié, legalmente, a los diecinueve años, cuando mi padre nos la jugó y se largó con una chica que era sólo dos años mayor que yo.

¿Por qué «Brandon»?

Por entonces empezaba a tomarme mi afición más en serio, ya no me contentaba con realizar ejercicios de magia sin ahondar en la teoría, en la historia. Y, entre los libros que leí, di con una referencia al más destacado malabarista y prestidigitador de la corte de Enrique VIII: Brandon, el que, según las crónicas, fue el primer ilusionista británico. Su repertorio no era muy agradable, pero a mí, como anárquico estudiante de matemáticas, me llamó la atención. Uno de sus mejores números —realizado delante del rey— era hacer que una paloma cayese muerta al suelo desde su percha, mientras el mago, pronunciando conjuros, apuñalaba repetidamente un dibujo de la paloma. La ilusión se conseguía porque Brandon le había administrado previamente a la paloma nuez vómica, y hacía coincidir el momento culminante de su actuación con el del efecto del veneno (determinado experimentalmente). No me importa revelar el truco de mi tocayo, porque rara vez aparece en el repertorio de los magos modernos.

Dejamos de hablar de nombres y, honestamente, he olvidado de qué hablamos Rosa y yo cuando cesó el alboroto provocado por mi pequeño número de ilusionismo, la gente volvió a su sitio y me pusieron delante mis honorarios —otra jarra—. Lo que sí recuerdo es que ella no mostró el menor interés en que le revelase el secreto del estigma. Y recuerdo también que eso me impresionó. Y es que, ante lo imprevisible, soy cándido como una piruleta. Una piruleta para Rosa, a decir verdad.

Con todo, nuestro primer encuentro tuvo lugar hace ya casi un año, y me percaté de que algunos detalles del tiempo que pasamos juntos en esos meses son dudosos y huidizos, mientras que otros están grabados en mi memoria con la misma nitidez del presente. A la luz de lo ocurrido, me gustaría recrear cada minuto de cada día que compartimos, y hacer que cada uno de nuestros instantes se dilatase hasta abarcar una hora. Pero esto es algo que no está al alcance de la magia. Aunque, a medida que revivo lo ocurrido en mi mente, pueda parecer que hago justamente eso: revivir y magnificar el tiempo pasado. Una ilusión que me propino. Lo que comenzó como un compromiso con la memoria, como intento de preservar el pasado antes de que se escapase como arena entre mis dedos, ha asumido el carácter de una investigación. Una investigación en pos de la verdad. Mi obsesión ha sido analizar momentos y

detalles, convencido de que albergan los secretos del entendimiento. Una cosa por lo menos he comprendido: el más claro y nítido recuerdo que conservo —mi permanente e inalterable recuerdo de Rosa Kelly— es lo vibrante que estuvo aquella noche. Jamás he conocido a nadie tan vital.

Siempre es el mismo truco, se mire como se mire. Lo de la ceniza. Muy hábil, desde luego, pero siempre te embaucan con el mismo truco. Lo he oído más de una vez. Saben que si se complicasen mucho terminarías por descubrirlo. Pero como nunca se complican no acabas de ver el truco. Lo que en realidad te dice... ¿Cuáles son las palabras exactas? Ah, sí... «Coja una carta, cualquier carta». Y la coge uno o no la coge. Puedes decirle ¡anda y métete las cartas donde te quepan, mamón! O puedes coger la carta. Que la cojas no significa que no sea un mamón; sólo significa que la coges. La cojo. Al dejarle hacer lo de la ceniza, cojo la carta. Pero no es una carta cualquiera, como él dice. Es la carta que quiere que cojas. Saben hacerlo: elegirte la carta y que parezca que eres tú quien la elige. Y siempre es un corazón, el as o el rey o cualquier otra. Tomas la carta que dice «amor». Y puedes entrar en el juego. Puedes decir: De acuerdo, pico. O puedes decir: No jodas y muéstrame la carta que cojo. Pero no lo hará. Nunca lo hacen. Lo que ves es lo que coges, hasta que deja de serlo. Pero entonces ya has hecho tu elección. Y lo que quieren es un polvo. Eso es lo que eres para ellos: un polvo. A veces, puede apetecerte a ti también, y no pasa nada. No me importa. Pero si deseas otra cosa... Lo que quiero decir es que si te muestra el as de corazones, y es el as de corazones lo que quieres, no irás a mirarle la manga, a ver si es el as de bastos, ¿verdad? Deberías hacerlo, si fueses sensata. Pero no. Le dejo hacer el número de la ceniza y digo: Sí, entro en el juego, aunque oiga en mi interior: «Quizá sea el truco de siempre o quizá no». No puedes estar segura. De lo único que puedes estar segura es de que, tarde o temprano, te la juegan.

La chica zigzag

Al día siguiente era domingo y nos quedamos en la cama hasta primera hora de la tarde. Desayunamos y almorzamos en bandejas como dos inválidos postrados. A ratos dormitábamos y a ratos jodíamos.

A las cuatro, Rosa se levantó sin decir palabra y empezó a vestirse. Le pregunté adónde iba y me dijo que iba a su casa a recoger sus cosas.

—He pensado que podría instalarme aquí, si quieres.

Me incorporé. Estaba dedipeinándose frente al espejo de encima de la cómoda, y pintándose. Al verla reflejada, me llamó la atención su boca. Sus labios. Carnosos y sensuales, entre mohín y beso al aire, siempre daban la impresión de estar entreabiertos. Me recordaron a las modelos que posan para los anuncios de sexo telefónico. Pero lo de Rosa no era una pose, ni siquiera era consciente de que la observaba. Introdujo la mano por dentro de la camiseta y se roció las axilas con mi desodorante.

—Rosa.

—¿Has visto mi jersey por alguna parte?

—Allí —repuse señalando a un rincón del dormitorio. Su jersey de centón asomaba del borde de una papelera. Lo cogió y se lo puso. La parte superior de sus leotardos de color verde vivo desapareció.

—¿No has visto nunca vestirse a una chica?

—¿Lo has pensado bien? —le pregunté a mi vez.

—No mucho.

Alargué la mano para coger los cigarrillos de la mesita de noche, encendí uno y le ofrecí el paquete. Pero se limitó a dar una calada del mío, soltando una bocanada de humo hacia el techo.

—¿Sí o no? —me preguntó.

—¿Durante cuánto tiempo?

Se encogió de hombros.

—¿Y si no resulta? —objeté.

—Pues escribes al consultorio de Marje Proops.

—Marje Proops está muerta.

—Pues le escribes de todas maneras.

Me eché a reír.

—Ni siquiera te conozco, Rosa.

—¡Toma! ¡Pues mira que yo! ¡Como para escribir un libro sobre «La vida y milagros de Timothy Fletcher Brandon»!

Me llené los pulmones de humo y lo exhalé por la nariz. Había una taza de té por la mitad junto a la cama, turbio y más helado que la calle. Rosa y yo llevábamos

juntos veinte horas y once minutos. Lo tomas o lo dejas.

—¿Cómo es que estás tan bronceado en esta época del año? —me preguntó.

—UVA.

—¿Por qué?

—He de tener buen aspecto en el escenario.

—¿Tienes sandwichera?

—Mira..., no acabo de verlo claro.

Fue a descorrer las cortinas y la luz del día irrumpió en el dormitorio. La ropa de cama apestaba a nuestros cuerpos, a cerveza y a colillas. Rosa abrió la ventana.

—Me gustas —dijo—. Me gusta follar contigo. Podríamos ver cómo va.

—¿Y qué harás con tu apartamento?

—Lo comparto con unas amigas. Puedo volver allí si no...

—¿No tienes que darles un poco de tiempo?

—No les importará.

La observé por detrás mientras ella miraba por la ventana.

—No sé...

—Bueno, me voy —dijo dándose la vuelta—. Puedo volver o no volver. Como quieras.

Rosa fue a recoger sus pertenencias. Declinó mi ofrecimiento de transporte o ayuda para traer sus cosas, y regresó al cabo de hora y media en taxi, con una enorme maleta, una mochila, una bolsa de viaje, vestidos colgando de perchas, un espejo de cuerpo entero, una bicicleta, media docena de bolsas atestadas y cuatro sombreros en la cabeza. Me dijo que me pagaría el mismo alquiler que les pagaba a sus amigas, y los gastos de casa a medias. Le expliqué que solía estar fuera muchos días, actuando en diferentes partes del país. Pero me dijo que eso era una ventaja, porque así tardaríamos más en detestarnos.

El lunes se presentó con un gatito negro de un centro de acogida de animales.

—El sueño de todo hombre: dos hembras a la vez.

—No me gustan los gatos.

—No creo que a tus muebles les sienten mal unos cuantos arañazos.

Estaba clarísimo que no era una gatita lo que se había traído sino un gato, por más que Rosa insistiera en llamarla «michina». Aquello fue en marzo. Y casi un año después aún seguían los dos en mi apartamento, y ni una sola vez había recurrido al necromántico contacto con Marje Proops. Entonces, ocurrieron tres cosas que redujeron mi vida a lo que es ahora: en la primera no quiero pensar por el momento; en la segunda no tengo más remedio; y ya no he podido pensar en nada más.

Actuaba en Bradford, en el George Hall, en función única, mi primera actuación

de una gira de cuatro días por West Yorkshire, que incluiría Halifax, Huddersfield y Leeds.

El St. George está cerca de la estación y del Stakis, donde me alojo cuando actúo en Bradford. Está al lado de un aparcamiento y, desde el exterior, ambos edificios parecen iguales. Desde la ventana de mi habitación podía ver la fachada del teatro y la cartelera que anunciaba mi actuación:

PETER PRESTIGE, EL PRESTIDIGITADOR PRODIGIOSO

Trillado y excesivamente aliterativo, ya lo sé. Pero ha terminado por gustarme. Mi abuelo materno se llamaba Peter, y Prestige tiene unas apropiadas raíces etimológicas en el término latino *praestigiae*, o «juegos malabares», afín a *praestringere* (atar, vendar los ojos). Fue el nombre artístico elegido para mi debut ante el público, en el bar del sindicato estudiantil del Politécnico de Oxford, con la ayuda de mi amigo, condiscípulo y, posteriormente, representante, Paul Fievre. Me ayudaría a tener los pies en el suelo, me dijo, por grande que fuese el éxito que alcanzase. «Un permanente recordatorio de que “prestigio” —ser tenido en alta estima— es, por definición, una ilusión». Rosa consideraba a Paul más embaucador que a mí.

Tenía que actuar en Bradford. Pasaría la tarde en el teatro con mi ayudante —la Encantadora Kim—, preparándome para la función. De regreso al hotel, comí un poco, a modo de merienda cena, y llamé a Rosa desde mi habitación. Oí mi propia voz en el contestador automático. Eran las seis y media. Probablemente, al salir de la redacción del periódico, habría ido a tomar una copa con sus compañeras de trabajo. Dejé un mensaje y pensé llamar después del espectáculo.

La función fue un éxito clamoroso desde el primer número al último. Como de costumbre, Kim representó su papel a la perfección. En los dos años que llevábamos trabajando juntos habíamos llegado a una compenetración que, según Paul, produce un *frisson* sexual que resulta irresistible para el público. «Es como si fuesen *voyeurs* que mirasen a una pareja atractiva, entregada a unos refinados prolegómenos».

Ciertamente, Kim no es una simple comparsa. Posee una virtud indefinible que no se aprende: tiene tablas. Una novia que tuve —la anterior a Rosa— se cargó nuestra relación por no poder aceptar que el aura escénica, el *frisson*, no era más que representación, ni admitir mi reiterada afirmación de que el hecho de que Kim y yo pasásemos juntos mucho tiempo, entre los ensayos y las giras, sólo se debía a una inocente necesidad profesional. Se atormentaba con la idea de que yo la traicionaba. En cambio, Rosa parecía inmune a los celos y a la desconfianza con respecto a Kim, y a cualquier otra.

«Os compenetráis bien», me dijo la primera vez que vio mi espectáculo. Y no hubo más.

Pensé que incluso podían llegar a hacerse amigas. Pero al expresarle yo un día mi extrañeza de que no intimasen, Rosa meneó enfáticamente la cabeza y me contestó: «Somos demasiado parecidas».

Por su parte, Kim a duras penas lograba disimular su desagrado por la nueva mujer que había en mi vida.

Terminé la función en el St. George Hall con el número de *La chica zigzag*. Uno de mis favoritos —visualmente atractivo, muy limpio y apto para ser representado casi en todas circunstancias—. El número empieza con una pequeña cabina, situada en el centro del escenario, en la que Kim está encerrada de tal manera que sólo se le ve la cara, las manos y un pie. Introduzco dos grandes cuchillas, horizontalmente, por la parte delantera de la cabina, dividiéndola en tres. Luego, deslizo la sección central hacia un lado, completamente desalineada de las secciones superior e inferior. Queda entonces un espacio vacío donde debería estar el torso de Kim. Su cara, sus manos y su pie se siguen viendo en las secciones superior, central e inferior respectivamente, aunque su cuerpo parece haber sido dividido en tres. Ella sonrío. La cabina vuelve entonces a recuperar su sección central y a alinearse. Extraigo las cuchillas y se abre la puerta para que la Encantadora Kim salga, enterita e ilesa.

Aplausos, saludos, telón. Gracias Bradford, y buenas noches.

Esto no es, desde luego, más que la mecánica del número. La originalidad de la interpretación —las tablas, la relación entre el ilusionista y la ayudante, la jerga, la solemne gestualidad con que el número se ejecuta— es lo que eleva esta ilusión (o cualquier otra) desde el truco a la magia.

Después de salir repetidamente a saludar nos retiramos a nuestros camerinos.

Me estaba desmaquillando cuando llamaron a la puerta. Dije que entrase quien fuera y resultó ser una pareja de la policía, hombre y mujer, ambos de uniforme. Me interrumpí y tiré el algodoncito con el que me estaba quitando el maquillaje a la papelera. Me senté en el taburete y ladeé el cuerpo hacia ellos. No dije nada. La agente se quitó la gorra. Habría dado cualquier cosa por ver otra expresión en su rostro. Se presentó y me presentó a su compañero. Su acento era el típico de Bradford. Me preguntó si yo era Timothy Fletcher Brandon y le dije que sí. Me repitió mi dirección en Oxford y me pidió que le confirmase que vivía allí con la señorita Rosa Marie Bernadette Kelly. Le dije que sí y que Rosa era mi novia. La agente estaba dejando su gorra hecha un acordeón, de tanto estrujarla mientras hablaba. Yo no le quitaba ojo a la gorra. La policía de West Yorkshire había recibido una llamada de sus colegas del distrito del valle del Támesis. Había habido un incidente. Así lo expresó la agente: «un incidente». Añadió que lo sentía mucho. Y entonces me aclaró que la señorita Kelly había muerto.

Merlín

El gato, al igual que yo, tenía dos nombres. Rosa lo llamaba *Kerrygold*, no por patriótica nostalgia sino debido a la adicción del felino a lamer mantequilla. Para evitar que echase a perder la nuestra —al sacarla del frigorífico una y otra vez para untar— le dejábamos una bolita de *Kerrygold* todas las mañanas en su plato de la comida. Aunque, el nombre que le puso Rosa fuese adecuado, yo lo llamaba *Merlín*, como el mago de la leyenda artúrica. No es que importase cómo le llamásemos al gato, porque, lo llamasen como lo llamasen, nunca atendía ni memorizaba nada de lo que dijésemos. Al principio, pensé que era sordo, hasta que descubrí que el tintineo de una cucharilla en la lata de Whiskas, al vaciarla en su plato, hacía que apareciese al pie del escalón de la cocina, aunque estuviese en el más alejado rincón del jardín.

Merlín era totalmente negro, desde las orejas a la cola y las uñas.

En los días posteriores a la muerte de Rosa, me crispaba mirarlo. Su escasa afectuosidad la reservaba para ella; en su regazo se sentaba cuando se sentía inclinado a sentarse en un regazo; en sus pantorrillas se restregaba durante los preparativos de su comida; en sus corvas se acurrucaba para dormir por la noche; y a ella era a quien despertaba por las mañanas con un áspero lametón en la cara. A mí me trataba con felina indiferencia y, a veces, sin que mediase provocación, me largaba un zarpazo que me dejaba el dorso de la mano arañado y sarpullido por una reacción alérgica. Desde que Rosa no estaba, *Merlín* se dedicaba a patrullar de habitación en habitación, como si creyese poder descubrirla oculta en algún rincón. Cualquiera de sus pertenencias que encontrase —unos zapatos, una revista, una prenda desechada, un lápiz de labios— la olisqueaba en actitud detectivesca, o la lamía con la misma meticulosidad que aplicaba al ritual de lavar su pelaje. Nunca salía de casa. Si alguien se acercaba a la puerta, *Merlín* iba como una exhalación hasta el recibidor y estudiaba a quien fuese entre mis pies, antes de escabullirse al interior, una vez convencido de que no era ella. Al tercer día dejó de explorar y, en lugar de ello, se acomodó en un montón de jerséis de Rosa que estaba en el fondo del armario ropero. Lo encontré allí una noche, al ir a colgar mi ropa antes de acostarme. Lo llamé. Luego, dije el nombre de Rosa y *Merlín* alzó la cabeza desde su montón de jerséis, mirándome a través de las prendas multicolores, que colgaban frente a él como guedejas de un sauce llorón.

Paul Fievre, mi amigo y representante, llamó por teléfono a las personas que tenían que saberlo, anuló el resto de la gira, atendió llamadas y me hizo de chófer, cocinero, asistente y consejero.

Los preparativos para el funeral y la certificación de la muerte de Rosa tuvieron que aguardar al dictamen forense, y a que se abriera una investigación. Yo expresé mi

deseo de verla, nada más llegar en el primer tren de la mañana, después de actuar en Bradford. Paul se encargó de todo. Y fue él quien le abrió la puerta al agente de policía que se presentó en casa aquella misma tarde.

Yo estaba en el salón. Los oí en el recibidor: el embarazoso ritual de gentilezas; el agente que preguntaba: «¿Cómo lo ha encajado él?», y Paul, que respondía: «No sabe ni qué día es hoy». El agente iba de paisano.

—Inspector Fuller —se presentó al estrecharme la mano—, de la Brigada de Investigación Criminal del distrito del valle del Támesis.

Expresó sus condolencias y me dijo que me acompañaría al depósito de cadáveres del distrito. Aunque, primero, quería hacerme unas preguntas, si no me importaba. Se sentó en el sofá y Paul y yo en los sillones. Era de mi edad, pero ya encalvecía. Se había cortado al afeitarse, porque tenía una costrita de sangre en el mentón. Yo era el único que fumaba.

—Lo he visto actuar —me dijo—, en una función benéfica organizada por el cuerpo, el año pasado —añadió sonriente—. Y estuvo usted muy bien.

Al no decir yo nada que diese lugar a más preámbulos, el agente sacó un bloc y un bolígrafo. Miró a Paul y luego de nuevo a mí y se aclaró la garganta con dos carraspeos.

—Tengo entendido que la señorita Kelly vivía aquí con usted, ¿es así?

—Sí.

—¿Es de su propiedad la casa?

—Sí.

—¿Desde cuándo vivía la señorita Kelly con usted?

—Cosa de un año; desde marzo del año pasado.

—¿Se conocían desde hacía mucho?, al venir ella a vivir con usted, me refiero.

—No mucho —contesté tras titubear unos momentos.

—Un flechazo, ¿no? —aventuró él sonriendo de nuevo.

—Sí.

—Y... ¿tenían ustedes relaciones?

Lo miré.

—Se lo pregunto como una pura formalidad, para determinar su relación con la..., con la señorita Kelly.

—Sí, vivíamos coma pareja; llámele novios, amantes, amigos... como quiera. Sí.

—Bien. De acuerdo.

El agente dejó el bloc y el bolígrafo a su lado en el sofá, se pasó la mano por su escaso pelo y desvió unos momentos la mirada.

—¿Qué sabe de las circunstancias de la muerte de la señorita Kelly?

Aspiré el humo el cigarrillo y lo miré.

—Me han dicho que se ha caído del tren.

El agente, que seguía sin mirarnos, explicó que Rosa había «descendido» a la vía desde un tren que se acercaba, ya muy lentamente, a la estación de Reading, y que había sido arrollada por un tren expreso que iba en dirección contraria. No estaba claro, de momento, si había caído accidentalmente del tren.

—¿Insinúa que alguien pudo empujarla...?

—No hay nada que induzca a ese tipo de sospechas. Pero como le digo, se ha abierto una investigación y no podemos descartar esa posibilidad todavía —aclaró—. Aunque, por supuesto, también cabe la posibilidad de que... saltase.

—¿Suicidio? ¿Creen que Rosa ha podido suicidarse?

—No están seguros, Red —terció Paul—. No dice más que eso.

Aplasté la colilla en el cenicero.

—Pero... ¡qué coño! ¿No habrá venido a decirme que se ha suicidado?

Durante unos momentos, permanecemos los tres en un embarazoso silencio. Luego, el inspector volvió a carraspear, cogió de nuevo el bloc y el bolígrafo y prosiguió.

—El incidente se produjo hacia las dos y cuarto. He pensado que acaso usted pudiera decirnos por qué la señorita Kelly iba en el tren, desde Oxford a Reading, a esa hora del viernes por la tarde.

—Yo suponía que estaba en el trabajo —dije moviendo la cabeza—. ¿Ha preguntado allí?

El agente consultó una de las páginas del bloc.

—*Erin*, ¿no?

—La redacción está en Hythe Bridge Street. Trabajaba de secretaria.

—Según mis notas, la señorita Kelly trabajaba a tiempo parcial.

—Pues no le han dado bien el dato. Trabajaba a jornada completa.

—Tres días a la semana —dijo él volviendo a consultar sus notas—. De lunes a miércoles. El viernes era uno de sus días libres.

—Mire, hemos vivido juntos durante un año. ¡Si sabré yo los días que trabajaba!

—Su jefe, el redactor jefe..., el señor Riordan... Hablé con él ayer, y me informó de que la señorita Kelly sólo trabajaba tres días a la semana: lunes, martes y miércoles —insistió el inspector Fuller—. Eso es lo que me dijo.

Encendí otro cigarrillo.

—Pues me temo que lo entendería mal.

—Bueno..., dejemos eso de momento —dijo carraspeando—. Perdón... Pasemos a otra cosa: ¿cuándo vio a la señorita Kelly por última vez?

—Ayer por la mañana. Desayunamos y se marchó al trabajo.

—¿Qué hora era?

—Más o menos..., las nueve menos cuarto.

—¿Aún no había salido usted para Bradford?

—Salí media hora después que ella. Fui en tren.

—¿Viajó alguien con usted?

—Mi ayudante.

—¿Cómo se llama?

—Kim Preece.

El agente arqueó las cejas, dándose golpecitos en los dientes con el bolígrafo, que luego dirigió hacia mí como un puntero.

—La Encantadora Kim —dijo sonriente—. Me acuerdo.

Empezó a recordarme uno de los números que más le había impresionado en la función benéfica. Pero enseguida volvió a adoptar un talante y una expresión más acordes con el carácter de la entrevista.

—¿No tenía la señorita Kelly ninguna razón para ir a Reading, que usted sepa? ¿No conocía a nadie allí?

—No. Como le he dicho...

—Y, al marcharse ayer por la mañana, ¿notó algo anormal en su comportamiento? Su estado de ánimo, me refiero. ¿Le pareció totalmente normal?

—Rosa no estaba nunca perfectamente normal —contesté sonriendo, aunque enseguida se me llenaron los ojos de lágrimas. Tardé unos momentos en rehacerme—. No, no noté nada anormal —añadí.

—Lo siento, señor Brandon, pero no tengo más remedio que hacerle estas preguntas.

—Lo comprendo.

Paul apenas había intervenido, para no entrometerse. Se ofreció a preparar té y yo asentí. Salió del salón para prepararlo y el inspector Fuller y yo quedamos a solas.

—¿No le dijo adónde iba ni lo que iba a hacer?

—Salió para ir al trabajo. Me dio un beso, se despidió y eso fue todo.

—¿No mencionó que tenía que ir a Reading por alguna razón?

—Ya le he dicho que no. No tengo ni la menor idea de por qué estaba en ese tren.

Fuller tomó nota. Luego, alzó la vista y me miró.

—¿Cree usted que la señorita Kelly estaba deprimida últimamente? Afectada por algo; no sé..., ¿en un estado de ánimo anormal?

—Rosa no tenía la menor intención de suicidarse —insistí.

—Bueno, bueno... De acuerdo.

El agente se había rascado inadvertidamente la costra de la pequeña herida del afeitado, que le empezó a sangrar. Sacó un pañuelo de papel del bolsillo de la chaqueta y se lo aplicó a la manchita de sangre.

—¿Y no ha habido nada entre ustedes..., en su relación, me refiero, que haya podido...? —dijo inspeccionando el pañuelo.

—No, absolutamente nada.

—¿Problemas de dinero?; ¿en el trabajo?; ¿familiares?

—No tenía familia.

—Ah, precisamente iba a preguntarle... —dijo pasando a una página en blanco

—. ¿Ningún familiar allegado entonces?

—Sus padres murieron en accidente de automóvil cuando ella tenía catorce años.

—¿Y no le quedaba ningún otro pariente?; ¿abuelos o tíos, por ejemplo?

—Quizás en Irlanda. Pero nunca me ha hablado de ellos en todo el tiempo que hemos vivido juntos; no recibía cartas ni llamadas telefónicas de ningún familiar, ni siquiera tarjetas de felicitación por Navidad. Rosa llevaba viviendo aquí muchos años.

—Ajá —dijo el agente tomando nota—. Ya sé que hace sólo unas horas que ha vuelto a casa, señor Brandon, pero ¿ha notado si falta alguna de las pertenencias de la señorita Kelly?

—¿A qué se refiere?

—Ropa, efectos personales, de tocador, tarjeta de crédito... ¿Preparó alguna bolsa de viaje?

—No lo creo, no. Salió de casa con un bolso de piel, de esos que se llevan colgados al hombro. Casi siempre lo llevaba. Aunque, la verdad... —dije haciendo una pausa— es que no me fijé. En cualquier caso, así, a primera vista, no he notado que falte nada.

—¿Y no ha dejado ninguna nota?; ¿ningún mensaje?

—No.

Paul regresó con la bandeja del té y la dejó en la mesa de centro, entre el sofá y los sillones. Me apretó el hombro. El inspector aguardó a que me rehiciese y, en aquel mismo momento, se abrió la puerta de la calle y se oyeron pasos en el recibidor. Iba ya a levantarme del sillón cuando la señora Blake, una vecina que vivía dos puertas más allá, asomó por la entrada del salón. Pareció sobresaltarse.

—Lo siento, señor Brandon, no sabía que hubiese usted regresado.

—¿Qué ocurre, Peggy?

La señora Blake me mostró la llave de repuesto con la que había entrado.

—Ayer por la mañana, Rosa me pidió que viniese a darle la comida al gato, porque iban a estar ustedes fuera unos días —explicó la vecina.

Estamos frente a un semáforo, aguardando a que se encienda la luz verde. Pasa un coche fúnebre y me quito el sombrero, el de punto que me hizo la tía Niamh con mi nombre bordado. Inclino la cabeza. Y ella me tira de la mano —mi tía— y dice: «Ahora no estás en tu tierra, Rosa». Y el tío Michael dice: «Y puede que ninguno de nosotros tampoco». Cambio de colegio. Voy a tercero. El primer día, la señorita Carlyle me hace levantarme, acercarme al estrado y decir en voz alta mi nombre, mi edad y de dónde procedo. En el recreo mis compañeros de clase me llaman Gamba Gamberra. «Oym noyne», corean. «Oym noyne.» > Dicen que vivo en Jodilandia. Yo les digo que me llamo Kelly, Rosa Kelly, y que vivo en el número 27 de Chissett Road, Kensal Rise, Londres NW6. Y que estoy a punto de cumplir diez años.

Tengo un dormitorio para mí sola, porque Liam y Declan son mayores y ya no viven aquí, Mairead está en Estados Unidos y Julia tiene el otro dormitorio. Ella tiene quince años. Yo no tenía hermanos ni hermanas, pero ahora tengo cuatro. Me gusta mi dormitorio. Antes lo ocupaban Liam y Declan y tiene dos camas. Siempre duermo en la de la ventana. Tengo fotografías en las paredes, mi propio armario ropero, una cómoda y una mesa que me hizo el tío Michael. He de tener el dormitorio ordenado, pero la tía no me deja utilizar la aspiradora. No me gusta el colegio. Me gusta la señorita Carlyle. Dice que pinto bien. Tengo una amiga que se llama Nicola y tiene diez años. Pero cuando juego con ella algunos de los chicos me llaman «lamenegras». Tengo unos patines de ruedas que la tía me compró por Navidad.

Cuando me voy a la cama, la tía Niamh entra a darme las buenas noches, me da un beso y me arropa. No me cuenta cuentos. Mamá me contaba cuentos, pero la tía no. A veces lloro cuando pienso en mamá. Mamá tuvo un dolor de cabeza, murió y fue al Cielo a vivir con la Virgen. Cuando tengo dolor de cabeza le pregunto a la tía si me voy a morir yo también, y ella me contesta que no fue esa clase de dolor de cabeza. Y que, además, no debo decir esas cosas. La tía Niamh es hermana de mamá. Dice que ya soy demasiado mayor para que me tengan que contar cuentos a la hora de acostarme. El tío Michael dice que ya soy una muchachita. Me compra helados y me deja que lo ayude a arreglar su coche. Me pongo el viejo mono de Liam. Es azul y me viene grande y he de remangarme las perneras y las mangas. El tío Michael me enseña canciones y a bailar el vals apoyando mis pies en sus zapatos. La tía dice que

hacemos buena pareja. Me mira y dice que soy «la viva imagen de mi madre». A veces, el tío Michael entra a darme las buenas noches después de la tía. Si ya estoy dormida me despierta. Me dice que las chicas mayores no lloran. Se lo cuento a Julia y me dice que si digo mentiras de su papá me matará. Dice que nadie me creerá porque mi papá es un maldito asesino.

El rostro

No llamé a mi madre. No había llegado a conocer a Rosa, ni supo de su existencia. Mamá emigró a Vancouver con su segundo esposo, un maestro canadiense al que conoció cuando estuvo aquí en un intercambio en el colegio en el que ella trabajaba. Hacía dos años que no los veía, pero nos escribíamos cada dos o tres meses. Aunque mi madre no me lo haya dicho, sospecho que verme le recuerda a papá. Tampoco a él le he contado nada acerca de Rosa. Vive en Glasgow, aguardando una jubilación anticipada del empleo de inspector municipal de medio ambiente que cogió para huir de Oxford, cuando la jovencita que se echó por amante lo plantó después de casarse con él. De vez en cuando, llama en plena noche borracho y deja efusivos mensajes en el contestador. Rosa cogió una vez el teléfono y, al oír su voz, él le preguntó quién era.

«¿Y a usted qué le importa? ¿Quién coño es usted?», le espetó ella.

Mi padre presume de haber sido él quien me enseñó magia. Pero no es cierto, lo que él me enseñó fue a hacer trampas con las cartas. A quien sí llamé fue a mi hermano. Taaffe. Estuvimos dos horas hablando de Rosa.

En otros tiempos se entendía por magia aquello que contravenía las leyes de la naturaleza y de la ciencia, o aquello que carecía de explicación o interpretación racional. Era mago quien practicaba el ocultismo y tenía poderes sobrenaturales, quien oficiaba ceremonias rituales de brujería. Como consecuencia de ello, los prestidigitadores e ilusionistas que ejercían la profesión, en una época en la que la creencia popular en tal magia «negra» seguía siendo muy fuerte, pisaban un terreno peligroso. La naturaleza aparentemente paranormal de sus logros los exponía, literalmente, a que los tachasen de seres diabólicos y malignos. Su única defensa era, también, su gran tabú: la divulgación de sus métodos. Tan grave era el dilema que se les planteaba que, en 1584, un hombre llamado Scot escribió un libro, *La revelación de la brujería*, en el que explicaba las técnicas que se utilizaban para conseguir los aparentes prodigios, con la intención de que los ilusionistas quedasen a salvo de falsas acusaciones de prácticas satánicas. Pero, incluso él, dijo posteriormente lamentar haber hecho públicos algunos de los secretos de la magia.

Yo no soy mago en el sentido originario. Los efectos mágicos —las ilusiones— que consigo contravienen las leyes de la naturaleza sólo aparentemente. No obro prodigios. La «apariencia» prodigiosa de mis números se debe a la hábil ocultación de los medios para conseguirlo. Todo mago que asegure, seriamente, que posee dotes paranormales es un charlatán. No piquen. Paul, licenciado en filología inglesa y rollista de primera, asegura que, desde el punto de vista de la teoría literaria, la magia

actual es modernista, más que posmodernista, porque desafía nuestra manera de ver las cosas más que la naturaleza de las cosas mismas.

Podríamos definir el hecho mágico en estos términos: Hacer que alguien o algo pase misteriosamente de un lugar o estado a otro.

Yo no tuve más remedio que quedarme a pasar la noche en Bradford, pero Paul accedió a la petición de la policía de identificar el cadáver. Luego, al preguntarle yo por su estado, desvió la mirada. Y cuando expresé mi deseo de verla, reflexionó unos momentos.

—Piénsalo bien —me aconsejó.

—No será la primera vez que vea un cadáver. Vi el de mi abuelo.

—Pero esto, Red... Esto es diferente.

—¿Querrías verla tú, en mi caso?

Paul no contestó de inmediato. Volvió a pensar unos momentos.

—Cuando murió mi madre —me explicó—, me dijeron que podía entrar a verla. Yo tenía veintidós años. Y dije que no. No me sentía capaz.

Guardé silencio.

—Pero es como si no me hubiese despedido de ella —dijo Paul moviendo la cabeza—. No he lamentado nada tanto en toda mi vida.

El agente Fuller y un forense entraron conmigo. Me habían advertido para que me preparase. El forense me explicó que sólo me permitirían «verla» con ciertas limitaciones. Retirarían la sábana que cubría el rostro. Pero debido a la extensión de sus heridas, no me sería permitido ver más (y, aun así, me advirtieron que tenía una herida en la cabeza que podía afectarme mucho). Dadas las circunstancias de su muerte, pendiente de investigación, y con la autopsia aún por completar, yo no estaba autorizado a tocarla ni podían dejarme solo con ella. Aunque, dentro de lo razonable, podría verla durante todo el tiempo que quisiera.

La forma que había debajo de la sábana no tenía el menor parecido con la silueta de un cuerpo humano. En vida, las partes de su cuerpo eran inconfundibles: los pies, las piernas, los brazos, el torso y la cabeza. No puede uno evitar los pensamientos que te asaltan. Y en lo que yo pensé mientras estaba de pie junto a los cubiertos restos de Rosa fue en un *jimmy* —el bastidor desplegable de alambre que utilizamos los magos para darle al público la impresión de que una persona permanece oculta detrás de un ancho trozo de tela—. Habría dado cualquier cosa para que el forense retirase la sábana con un teatral floreo y mostrase una desnuda mesa, mientras Rosa, con vestido de lentejuelas, asomaba por la otra punta del escenario con una radiante sonrisa. Al acercarme más, vi que no se trataba de una mesa sino de un carrito, con las ruedas

bloqueadas para que no se moviese. La sala era fría, espartana y apestaba a clínica higiene. Me preguntaron si estaba preparado. Y dije que sí. Le retiraron la sábana de la cabeza. Lo primero que me sorprendió fue la ausencia de maquillaje —Rosa no salía de casa ni en broma sin sombra de ojos a juego con su lápiz de labios (verde, púrpura, turquesa o rosa) además de rímel, denso y negro como el carbón—. Sólo la había visto sin pintar a última hora de la noche, durante el desayuno y cuando acababa de salir de la ducha. También reparé en que el pelo era demasiado corto. Y ésa fue la segunda cosa que me sorprendió: en lugar de los negros mechones de Rosa, aparecía un pelo cortado a cepillo, de tal manera que la hacía parecer casi calva. Supuse que era consecuencia de los preparativos para la autopsia, que le habían afeitado la cabeza por razones que prefería no imaginar. La tercera sorpresa me la llevé al ver el lado derecho de su cabeza. Faltaba la parte superior de la oreja. La región parietal, cubierta de pelo, estaba descarnada y la piel formaba un repliegue que dejaba ver parte del cráneo. El sanguinolento tejido tenía incrustados inidentificables fragmentos blancogrisáceos, del tamaño de una uña del pulgar. En respuesta a mi pregunta el forense me explicó que eran lasquitas de piedra y gravilla de la vía del tren. Me acerqué a un lavabo y vomité.

El agente Fuller me trajo un vaso de agua.

—No debería haber entrado —me dijo.

—Ya lo sé.

Seguí de pie unos momentos frente al lavabo y alterné profundas respiraciones con tragos de agua. El agua sabía a metal. Cuando me rehíce volví junto al carrito. Aparte de la aparatosa herida, y de dos o tres visibles abrasiones, la cabeza no estaba demasiado deformada; su rostro no presentaba el menor rastro de su violenta muerte. Pregunté si le habían quitado el maquillaje y me dijeron que no, que no iba pintada cuando la trajeron al depósito. Les dije que Rosa nunca salía de casa sin pintar, y que iba pintada al irse de casa aquella mañana. Se había puesto Succulent Peach. Lo recuerdo porque me preguntó qué me parecía. El forense se encogió de hombros, sin darme ninguna explicación de la discrepancia. El inspector Fuller tomó nota. Luego, dejamos de hablar y me acerqué un paso más, lo bastante como para haberla podido tocar si alargaba la mano. Miré su rostro. Su piel parecía plástico moldeable. Tenía los ojos cerrados y sus labios estaban, como siempre, ligeramente entreabiertos, aunque ahora sin color y sin su habitual sensualidad. La mandíbula se había distendido de tal modo que tenía el mentón caído, como si dormitase. Pero la expresión de su rostro no podía confundirse con la de una persona dormida. Sentí el impulso de besarla en la frente, pasar las yemas de mis dedos por los negros arcos de sus cejas, acercar mi cara a la suya y aspirar su olor. No podía creer que si le hablaba no me oiría, que si la tocaba no reaccionaría. No podía creer que, de un momento a otro, Rosa no fuese a abrir los ojos, sonriese, se incorporara y se echase a reír, a

hablar y a jurar en gaélico. Era ella. Seguía siendo ella.

Durante semanas no pude borrar la imagen de su rostro en el depósito. Me acechaba día y noche de tal manera que ya no podía verla como era cuando estaba viva, sino lo que la había convertido en una máscara inanimada. Empecé a dudar de haber hecho bien en verla. Pero sospecho que esta imagen —el frío y pragmático sentido de verla muerta— es lo que evita que me quede anclado en los crueles momentos de efímera euforia, cuando me engaño a mí mismo pensando que acaso aún viva.

Hasta luego. Fueron las últimas palabras que me dijo Rosa aquel viernes por la mañana. Eso fue todo: *Hasta luego*, dos palabras casi sincopadas en un *t'luego*, acompañadas de un indolente saludo con la mano al enfilarse calle abajo sin molestarse en cerrar la verja. Las últimas palabras que yo le dije, grabadas en mi contestador diez horas antes, fueron: «Hola, soy yo. Ya veo que has salido de copas... Bueno, es igual. He llegado bien a Bradford y ya estamos instalados. Bueno, te echaré una llamada luego. Adiós. Y tú, *Merlín*, haz el favor de no borrar el mensaje, ¿entendido?». Nuestra pequeña broma. Porque una vez, me quejé a Rosa de que cuando ella salía de viaje —a visitar amigas a Londres, o a donde fuese— nunca llamaba para dejarme un mensaje. Y me juró que me había dejado montones, pero que *Kerrygold* debía de haber aprendido a apretar el botón que los borraba.

«Es que tiene celos si estoy demasiado cariñosa contigo».

De modo que la última frase que le dije a Rosa fue dirigida al gato. Aunque Rosa no llegase a oírla.

La policía estaba desconcertada. No apareció en la vía ninguna pertenencia de Rosa; y el único equipaje que nadie reclamó, encontrado en el tren Oxford-Reading, fue una bolsa de lona con un estuche de tocadiscos de Rosa y dos o tres mudas. La bolsa era mía. Grabados de manera indeleble en el interior estaban mi nombre y mi dirección. Esto fue lo que permitió a la policía ponerle un nombre al cuerpo (aventurarlo, en realidad) y localizarme en el hotel de Bradford. Lo que no se encontró fue el bolso de piel, que Rosa llevaba siempre colgado del hombro, y en el que portaba el monedero, el paquete de cigarrillos, el encendedor, las llaves y otras cosas esenciales. Y no estaba en casa. Lo comprobé después de la visita del agente Fuller. También faltaba su tarjeta bancaria para retirar dinero de los cajeros automáticos, y el pasaporte irlandés que guardaba en un cajón de la mesilla de noche. El pasaporte —verde, con una dorada arpa en la tapa— se lo expidieron a los dieciocho años. De vez en cuando, lo sacaba para reírnos del peinado a lo Sinéad O'Connor que llevaba en la fotografía. Según la policía, había retirado quinientas

libras de su cuenta corriente y de su cuenta-vivienda, en sendas operaciones realizadas en cajeros automáticos a las 11:52 y a las 12:15 en el centro urbano de Oxford. Y ese dinero no lo llevaba encima ni se encontró en la bolsa de lona. El tren había seguido hasta la estación de Reading, sin que el personal se percatase del accidente que había ocurrido unos cientos de metros atrás. Los pasajeros descendieron antes de que la alarma, accionada por el conductor del expreso, llegase al personal del andén. Cabía la posibilidad, sugirió el agente Fuller, de que el bolso de piel (con el dinero y el pasaporte) hubiese sido robado del asiento vacío de Rosa por un ratero oportunista, mientras la bolsa de lona quedaba olvidada en el compartimento de equipaje de mano.

Paul y yo lo comentamos.

—¿Retirarías tú tanto dinero, prepararías una bolsa con ropa para varios días y cogerías el pasaporte para suicidarte lanzándote del tren?

—No.

—Y, supón que ha sido un accidente: va al lavabo o lo que fuese, se abre la puerta de la plataforma accidentalmente y se cae. ¿Ibas a levantarte del asiento dejando quinientas libras en efectivo sin nadie que vigilase?

—No —contesté tras pensarlo un momento—. A menos que se tenga una buena razón.

Lo que también resultaba desconcertante era la deliberada alteración de su aspecto. El forense afirmó —porque, para entonces, yo estaba lo bastante perplejo como para preguntárselo— que nadie le había cortado el pelo en el depósito. De habérselo cortado, tenía que haber sido antes de su muerte, insistió. Las fotografías tomadas en el lugar del hecho lo confirmaban. En cuanto a no ir pintada, cuando Paul ordenó la casa días después, encontró varias bolitas de algodón manchadas de Peach en una papelería, junto a la cómoda con espejo que Rosa utilizaba a modo de coqueta. La Rosa Kelly que salió de mi casa por segunda vez aquella mañana tenía un aspecto muy distinto al de la mujer de quien me despedí a las nueve y cuarto.

La venganza de la ayudante

Una de las máximas de la magia es no intentar nunca en público nada que no puedas realizar tranquilamente en privado. Como dice mi padre: «Si algo se te puede joder, se te joderá». ¡Si lo sabrá él!

La práctica y los ensayos son tan esenciales para el ilusionista como para cualquier otro artista que actúe ante el público. Lo más tedioso es perfeccionar la ejecución de los números, la monótona repetición de manipulaciones, ocultaciones y pases. Sólo así pueden llegar a combinarse, realizando el número desde el principio al final tal como debe hacerse en el escenario. Y del mismo modo hay que proceder para cada paso del número, hasta el último ensayo, con la indumentaria que vaya a utilizarse. Pero ensayar excesivamente es peligroso, porque termina uno por aturdirse de tanto repetirlo. La clave está en la calidad, no en la cantidad. Aunque a Kim le parece que exagero, escribo el guión de cada espectáculo como si de una obra teatral se tratase e insisto en que nosotros, los actores, debemos aprendernos el papel.

«Tranquilo, Red, que esto no es la Royal Shakespeare Company».

Pero yo le repliqué que el actor que domina la mecánica de un papel puede consagrar su energía a la «actuación». Observa a un mago mediocre (un actor, un músico, cualquier artista) mientras trabaja y trata de fijarte en lo que lo convierte en mediocre. Yo te lo diré: es la sensación de que su concentración está dividida entre la técnica y la interpretación.

Tengo alquilado un cuarto, sólo durante el día, que está encima del pub Port Mahon, en St. Clement's, donde por las noches tocan grupos de música folk. Kim y yo ensayamos allí casi todos los días laborables por la mañana. Por las tardes me ejercito en aquellos pasos de mis números que he de ejecutar en solitario. Don, el dueño, nos proporciona también un seguro almacenaje para nuestros accesorios, trajes y aparatos.

—No quiero que sierres por la mitad a ninguna mujer en mis dominios —me dijo cuando abordamos el tema del alquiler.

—He de practicar en alguna parte, Don.

—Si hay sangre, tendrás que limpiarla tú —me advirtió. Luego, tiró un par de jarras para ambos y vi por el brillo de sus ojos que me tomaba el pelo.

Cuando Kim y Rosa se conocieron yo estaba en el pub, ensayando un número que llamo *La venganza de la ayudante*. Fue el día siguiente a la adopción de *Merlín* del centro de acogida, dos días después de que Rosa fuese a vivir conmigo. No le había hablado de ella a Kim, aunque mi ayudante señaló que las dos últimas mañanas yo tenía aspecto de anuncio de agraciado en la lotería. No íbamos vestidos como en el escenario. Yo llevaba pantalones de chándal y una chaqueta holgada, con varios bolsillos y compartimentos interiores. Kim llevaba una sencilla camiseta y leotardos a

franjas amarillas y blancas. Su pelo rubio, más rubio aun tras unas vacaciones invernales, lo llevaba recogido en una cola de caballo. Antes de trabajar en mi espectáculo había sido *croupier* y banca de *blackjack* en un casino. Durante la entrevista que le hice, me dijo: «Me contrataron como azafata, pero resultaba demasiado lista para el gusto de la mayoría de los jugadores, de modo que el jefe me cambió a las mesas».

—¿Qué clase de azafata? —le pregunté.

Al ver la expresión de su rostro, pensé que iba a dar media vuelta y a marcharse. Pero no.

—Mi labor consistía en dar conversación a todo aquel que estuviese solo en la barra.

—¿Sólo hablar? —dije sonriente.

—No, más bien escuchar —replicó ella correspondiendo a mi sonrisa.

Siempre he tenido ayudante. Ya sé que resulta sospechoso (el mago y su bonita ayudante), pero Kim lo hace muy bien, y no es culpa mía que sea atractiva. Tiene muchas ventajas trabajar con una ayudante, entre otras cosas porque te ayuda a trasladar el equipo de un lugar a otro. Además, contribuye a desorientar al público, a distraer su atención en un momento clave. También permite tener un repertorio de números más amplio. En realidad, desde que Kim empezó a trabajar conmigo, los efectos que requieren la participación de una ayudante, y no la simple ayuda para mover el equipo de un lado a otro del escenario, pasaron de ser un añadido opcional a ser el centro de mi actuación. El mayor inconveniente es económico. Porque una ayudante cobra y, además, hay que pagarle dietas y vestuario. Con todo, Peter Prestige no vive nada mal. Muchas gracias.

La venganza de la ayudante consiste en que ésta inmoviliza al mago con correas sujetas a una tabla vertical, corre luego una cortina a su alrededor, haciéndolo desaparecer momentáneamente de la vista del público, mientras ella rodea el contorno de la cortina. Pero cuando todo el mundo espera verla reaparecer, es el mago a quien ven descender la cortina y mostrar a su ayudante, sujeta a la tabla con las correas. Si se realiza correctamente, el intercambio es imperceptible (no me pregunten cómo se hace porque no lo voy a explicar). Era en la sincronización en lo que Kim y yo teníamos dificultades aquella mañana durante el ensayo. Sugerí intentarlo una vez más antes del almuerzo. Volví a colocarme, con los brazos y las piernas muy separados, bien arrimado a la tabla rectangular, mientras Kim abrochaba las dos últimas correas a mis tobillos y a mis muñecas, cuando una voz ronca, medio londinense medio irlandesa, nos distrajo.

—Si quieres electrocutarlo, estaré encantada de apretar el botón.

Rosa. Había quedado con ella abajo para comer un sándwich, pero la sesión nos había entretenido más de lo previsto. Estaba en la puerta, con una botella de su *lager*

de costumbre en la mano y un panecillo a medio comer. Me excusé. Le dije a Kim que me desatase para no soltarme yo solo delante de Rosa. Las presenté y se sonrieron, aunque sin cruzar palabra.

—¿A qué hora has de estar de vuelta en el trabajo? —le pregunté.

—Dentro de cuarenta minutos —contestó Rosa—. Y tendré que ir a pie, porque se me ha jodido la bicicleta.

La bicicleta de Rosa no llevaba cambio, estaba pintada de negro y era más vieja que ella. Pesaba como una moto y tenías que pedalear hacia atrás para frenar. Rosa ya había sacado a *Merlín* a pasear, desoyendo mi opinión de que el gato no debía salir de casa hasta que se hubiese acostumbrado a su nuevo hogar. Por supuesto, a *Merlín* le encantaba pasear en bicicleta metido en la cesta. Besé un tanto cohibido a Rosa, que olía a cerveza, cebolla y queso de Cheddar. Mientras bajábamos por la estrecha escalera hasta el bar invité a Kim a que almorzase con nosotros. Pero declinó la invitación alegando que tenía que hacer unas compras. Kim se estaba poniendo ya el abrigo y retocándose el peinado cuando Rosa, mostrando un paquete de Marlboro vacío, me pidió un cigarrillo. No pude resistir la tentación. Saqué un paquete de uno de mis bolsillos y, sujetándolo, hice que un cigarrillo levitase desde el paquete hacia mis labios. Los ojos de Rosa estaban fijos en mi boca y, cuando bajó la vista para mirar el paquete, éste se había convertido en una caja de cerillas, una de las cuales asomó de la caja, se encendió sola en el rascador y se elevó para encender el cigarrillo. Entonces le tendí el cigarrillo a Rosa, que lo cogió sin sonreír y mirándome escrutadoramente. Kim contuvo a duras penas la risa y, con expresión solidaria, posó una mano en el hombro de Rosa.

—Ya te acostumbrarás a él.

Rosa sonrió y aspiró profundamente el humo del cigarrillo. Kim se despidió, asegurándole a Rosa que estaba encantada de conocerla, y Rosa volvió a sonreír a modo de respuesta.

JUZGADO DE PRIMERA INSTANCIA

Testigo: David Cunliffe (maquinista).

TESTIGO: El otro tren venía por la otra vía, bastante despacio, creo recordar. Y, entonces, vi que se abría una puerta y a esa mujer saltar a la vía.

JUEZ: ¿Qué quiere decir usted, exactamente, con «saltar»?

TESTIGO: No me dio la impresión de que se cayese ni de que la empujasen.

JUEZ: ¿En qué se basa?

TESTIGO: En que me pareció que se sujetaba a la puerta y bajaba como hace uno

cuando se dispone a bajar al andén. Sólo que había mucha distancia hasta la vía, y por eso digo que saltó. O, si lo prefiere, se dejó caer.

JUEZ: ¿Se pueden abrir las puertas manualmente?

TESTIGO: En la actualidad, la mayoría de las puertas son automáticas, pero no todos los trenes antiguos las llevan.

JUEZ: Y la acción de abrir la puerta y saltar a la vía pareció deliberada, ¿es eso lo que usted cree?

TESTIGO: Sí.

JUEZ: ¿A qué distancia estaba usted?

TESTIGO: A no más de veinte metros; veinticinco a lo sumo.

JUEZ: El tren que usted conducía acababa de salir de Reading, ¿no?

TESTIGO: En efecto. Y yo iba a unos sesenta y cinco kilómetros por hora. Frené en cuanto la vi, pero estaba... estaba demasiado cerca. No me dio tiempo a parar.

JUEZ: ¿Qué hizo ella? ¿Intentó apartarse?

TESTIGO: Al caer... yo diría que tropezó. Se le doblaron las rodillas y cayó hacia delante, de bruces. Y entonces...

JUEZ: Tómese todo el tiempo que quiera...

TESTIGO: No tuvo tiempo de incorporarse y menos aun de apartarse de la vía.

JUEZ: ¿Ha dicho usted que... tropezó? O sea que, en ningún momento, tuvo usted la impresión de que se lanzase voluntariamente al paso de su tren. ¿Es así?

TESTIGO: En efecto. Tropezó. Incluso dudo de que me viese venir.

Testigo: Terence Farr (pasajero).

JUEZ: ¿Puede decirnos, por favor, qué recuerda de los momentos inmediatamente anteriores al incidente en cuestión?

TESTIGO: Sí. Yo me había levantado a coger mi maleta, porque ya estábamos llegando a Reading.

JUEZ: Su maleta estaba en el compartimento de equipaje de arriba, ¿verdad?

TESTIGO: No. No cabía. Tuve que dejarla en un estante del maletero del fondo

del vagón.

JUEZ: Bien. Va usted a coger la maleta. ¿Qué sucede entonces?

TESTIGO: Que una joven quería pasar. Yo ya había levantado la maleta del maletero, pero me interrumpí para dejarla pasar.

JUEZ: Sabe usted que la mujer fallecida era la señorita Kelly, ¿verdad?

TESTIGO: Sí.

JUEZ: Y dice usted que quería pasar. ¿Le pareció nerviosa o angustiada por algo? ¿Qué impresión le dio?

TESTIGO: Yo diría que más bien impaciente. Era bastante joven y, a mi edad, no siempre hace uno las cosas con tanta rapidez como los demás puedan querer.

JUEZ: O sea, que pasó junto a usted con cierta brusquedad, ¿no?

TESTIGO: Oh, no me interprete mal. No tuvo una actitud que pueda calificarse de mala educación, sólo de impaciencia. Hoy en día, todo el mundo parece tener prisa.

JUEZ: ¿Y no le pareció angustiada?

TESTIGO: No, no me dio esa impresión.

JUEZ: ¿Qué ocurrió después de que pasara junto a usted?

TESTIGO: Pasó por la puerta..., por esa que comunica un vagón con otro, a la plataforma.

JUEZ: ¿Había alguien más en esa plataforma?

TESTIGO: No vi a nadie. Pasó uno junto a mí, después de que lo hiciese la joven. Pero eso fue tras el accidente. O, más exactamente, mientras ocurría el accidente.

JUEZ: ¿Vio usted cómo salía del tren la señorita Kelly?

TESTIGO: En realidad, no. Yo aún no había acabado de dejar mi maleta en el pasillo y noté una súbita ráfaga de aire fresco (el que le digo que acababa de pasar junto a mí había vuelto a abrir la puerta) y entonces se oyó un golpe muy fuerte.

JUEZ: ¿Qué hizo usted?

TESTIGO: Me acerqué a ver. El cristal de la puerta (el de la puerta exterior) estaba destrozado y había fragmentos de cristal por todas partes.

JUEZ: Porque la puerta se cerró violentamente, ¿no?

TESTIGO: Sí. Con lo que ahora sé, supongo que debió de golpearla el otro tren,

el viento o algo con lo que chocase. Por eso debió de romperse el cristal.

JUEZ: ¿Y a la joven no la vio?

TESTIGO: No. En aquel momento supuse que habría entrado al aseo, o que habría pasado al vagón siguiente. Es decir, habría deducido eso de haberme parado a pensarlo. Pero claro, ni por un momento me pasó por la cabeza que hubiese podido saltar del tren.

JUEZ: El otro hombre, el que pasó junto a usted después de que lo hiciera la señorita Kelly, estaba con usted en la plataforma entre los dos vagones, ¿verdad?

TESTIGO: Sí.

JUEZ: ¿Comentaron algo?

TESTIGO: Sí. Yo dije algo así como «¿qué ha pasado?» y él me contestó que alguien debía de haber tirado algo al tren. «Críos», añadió.

JUEZ: ¿Recuerda dónde estaba él, exactamente, en el preciso momento en que oyó usted el golpe? ¿Estaba pasando junto a usted o se encontraba ya en el lado de la plataforma en la que acababa de estar la señorita Kelly?

TESTIGO: En aquellos momentos cruzaba la puerta del final del vagón.

JUEZ: Es decir, que no cree usted posible que aquel hombre empujase a la señorita Kelly fuera del tren, o que fuese de alguna manera responsable de lo ocurrido, o que pudiera haberlo evitado, ¿no?

TESTIGO: Oh, no... En absoluto.

Testigo: Agente Colin Hurlock (de la policía judicial).

JUEZ: ¿Se ha intentado localizar o identificar al pasajero descrito hoy aquí por el señor Farr y otros testigos?

TESTIGO: Sí. Se ha difundido la petición habitual.

JUEZ: Y el pasajero en cuestión no ha respondido, ¿verdad?

TESTIGO: No, no, señoría, no ha respondido.

JUEZ: ¿Cree usted que es probable que bajase del tren en Reading y fuese a hacer lo que tuviese que hacer, sin reparar en que había ocurrido algo más que la rotura de un cristal? ¿Y que no se haya enterado del accidente ni de la petición de comparecencia de testigos?

TESTIGO: Es muy posible, señoría.

Testigo: Doctor Ian Sutherland (forense).

TESTIGO: La fallecida presentaba heridas transversales en la parte superior del torso, extremidades superiores e inferiores, que evidenciaban que había sido arrollada por las ruedas de un tren que circulaba a moderada velocidad. También tenía abrasiones y contusiones en la cabeza, el cuerpo y los miembros, así como varias fracturas que, en mi opinión, se produjeron al ser arrastrada por la vía, después del inicial impacto que, sin duda, le produjo la muerte instantáneamente.

JUEZ: ¿Heridas transversales? ¿Quiere decir que quedó, literalmente, cortada en pedazos?

TESTIGO: Me cuesta describirlo en esos términos, pero..., sí, ésa es la realidad.

Rosa. Aún hoy, la sigo con la mirada entre la gente que circula por la calle, en cuanto veo un destello de pelo castaño y ropa multicolor. Oigo su voz en los pubs; la veo montada en su bicicleta negra. La huelo en mi cama.

Con sándwiches y cervezas de por medio, en el Port Mahon, Rosa me dirigió una inquisitiva mirada.

—¿Desde cuándo no folláis? —me preguntó.

—¿Quién? ¿Kim y yo?

Fue la primera y la última vez que Rosa se refirió a Kim en ese sentido. El tono directo de la pregunta, que venía a dar por sentada la respuesta, no revelaba el menor atisbo de celos o de inseguridad. Empleó el mismo tono que pudo haber empleado si hubiésemos estado haciendo planes para la cena. Mi respuesta —automática y acompañada por una risa desenfadada— no la deprimió ni decepcionó.

—Tengo ojos en la cara, Red.

Bebí un largo trago de cerveza y dejé la jarra en el posavasos con reflexiva parsimonia.

—No se te escapa nada, ¿eh?

—Pero no puedo atar todos los cabos yo sola.

Asentí y bebí otro trago.

—Empezó poco después de que se incorporase al espectáculo, y duró poco más de un año; aunque sólo de vez en cuando... Ahora vive con uno.

—Y eso fue cuando aún seguías con...

—Sí. Así es.

—Está bien. Dos cosas —me dijo Rosa cuando hubo digerido la información—. Primera: a quien te tirases antes de conocerme a mí es asunto tuyo. Segunda —añadió señalando al falso paquete de cigarrillos: si vuelves a ponerme en ridículo delante de los demás con cualquiera de tus trucos, te tendrán que recoger con cucharilla.

Aquella noche, ya estaba yo dormido cuando Rosa se metió en la cama. Me despertó sin decir palabra. Y, en cuanto me empalmé, se sentó encima y entrelazó los pies a mi espalda. Más que follármese utilizó las piernas para exprimir mi eyaculación como si fuese el zumo de un limón. Rosa permaneció en silencio. Y, mientras aún estaba dentro de ella, vaciado, contrajo los músculos de su vagina alrededor de mi encogida polla. Luego me besó. De su boca a la mía pasó un fluido, ligeramente amargo y caliente, con la consistencia de la cola aguada. Yo nunca había tragado semen, pero así es como imaginaba que debía de saber. Me eché hacia atrás y la vi sonreírme en la penumbra. Y, sin dejar de preguntarme «¿Cómo coño ha hecho eso?», me entró la risa.

Lo adivina una. Incluso después de que todo se haya terminado, queda un poso en su modo de tratarse, aunque no se percaten de ello. Lo noto en ambos. Resulta tan obvio como si estuviesen echando un polvo. Estoy en la entrada con una cerveza y un sándwich de queso y cebolla. Ella lo está sujetando con correas de cuero a un aparatoso artefacto. Le abrocha las correas para inmovilizarle las muñecas. Y lo hace de un modo revelador. No digo que perciba intimidación ni que aún tengan relaciones, es sólo que... Lo que quiero decir es que, de no haber habido nunca nada entre ellos, ella actuaría de otro modo. Eso es todo.

Ni siquiera puedo verle la cara, ni cómo lo mira. Pero lo adivino.

Él no me ha visto. Sigo observando unos momentos más. Luego hago un comentario chistoso que lo hace sobresaltarse, como si ella le hubiese metido un dedo en el culo. Ella se da la vuelta. Y yo la miro y pienso que, si yo fuese un hombre, dejaría que me metiese el dedo donde quisiera; y, a juzgar por su expresión, ella haría lo mismo. Lo desata e intercambiamos los saludos habituales; todo ese rollo sonriente, y pienso que va a estrecharme la mano o a estamparme un par de besos sólo por joder. Pero no me besa. Y no nos besamos. Se llama Kim. Hay un póster en la pared: «Peter Prestige y la Encantadora Kim». Llevaba el pelo largo cuando le hicieron la fotografía. Sonríe al ver lo mucho que ha cambiado él. Carole-Ann dice que le recuerda a un francés que conoció (no sólo porque era moreno y por el bronceado de su piel, sino por la forma de la cara, y por su manera de mover las manos al hablar o fumar). Ella dice que Red es «muy potable». Me gustan sus camisas, y cómo le sientan. Se lo comento a Carole-Ann y ella me dirige una de sus miradas que dice: «Algo rarilla sí eres, eh».

Kim es muy potable. Lo veo claro. Ahora estamos ahajo en el bar y dice que no puede quedarse. Por un lado pienso: «Anda y lárgate ya»; y por otro: «Quédate si quieres. A mí qué más me da». Entonces Red hace su truquito del cigarrillo. Kim aún no se ha marchado y noto que se está meando. Como si fuese lo más gracioso que hubiese visto en su vida, aunque sólo intenta contener la risa. Porque las Kim no ríen, sólo sonríen con afectación. No estoy segura, puede que... él sólo lo haga por exhibirse, porque a veces los hombres son como perros que menean la cola con la lengua fuera. Lo que digo es que no creo que quiera que ella la goce viendo cómo me

toma el pelo. Pero ella lo interpreta como si así fuese, y a lo mejor lo es. Luego ella me toca. Un apretoncito de la mano, de mujer a mujer, con una estúpida observación, la muy asquerosa. Yo permanezco impasible, pero algo debe de entrever por el modo en que la miro. No sabe de qué se trata, pero ya ha notado algo en mí que a Red le ha pasado inadvertido. Y, sea lo que sea, ha borrado de inmediato de su rostro su afectada sonrisa.

Houdini

A raíz de la muerte del más grande ilusionista de todos los tiempos, Harry Houdini, circularon por lo menos siete versiones acerca de cómo había muerto. El juez instructor del caso de la muerte de Rosa se enfrentaba a una parecida confusión ante tantas verdades alternativas. Y el juez las resumió de este modo: homicidio, homicidio involuntario, accidente, suicidio o muerte por causas no aclaradas. Les recordó a los jurados la exigencia jurídica de pronunciarse más allá de toda duda razonable. Y eso descartaba el homicidio. «Deben preguntarse ustedes cómo y quién». Suicidio. «No dejó ninguna nota. No había comentado con nadie la intención de matarse; su médico, su compañero, sus amistades, sus compañeros de trabajo. Todos testifican que no mostraba síntomas de depresión ni tendencias suicidas». Muerte accidental. «Ya han oído lo declarado por los expertos en el sentido de que no se produjo ningún fallo en el mecanismo de la puerta que pudiera hacer que se abriese inesperadamente; y el testimonio del maquinista del tren que circulaba en sentido contrario, de que la señorita Kelly pareció asomarse y dejarse caer deliberadamente a la vía». Conclusión del juez instructor: «Es probable que nunca sepamos por qué razón esa mujer joven —“espontánea, testaruda e imprevisible”, según la describió el señor Brandon, el hombre con quien vivía— dejó el tren cuando lo hizo. Pero es razonable inferir que lo hizo por propia voluntad». Paul Fievre, que estaba sentado a mi lado en la sala, me susurró: «Ése trata de inducirlos a decidirse por el accidente». «Hay cuestiones que en la instrucción del sumario no nos ha sido posible resolver: ¿por qué viajaba la señorita Kelly en aquel tren? ¿Dónde estaba el bolso que, según testimonio, llevaba siempre consigo? ¿Por qué había cambiado la señorita Kelly su aspecto?». («¿Y qué hay del testigo que no ha comparecido?», dijo Paul entre dientes). «Sin embargo, no está claro, en absoluto, que averiguar tales extremos contribuyese a avanzar en el objeto básico de la investigación: ¿qué condujo a la infortunada mujer hacia la muerte?». Los miembros del jurado se retiraron. Cuando, al cabo de una hora, hubieron terminado de deliberar, la portavoz comunicó que el jurado se pronunciaba por un veredicto abierto. Creí que Paul iba a saltar del asiento y dar un jubiloso puñetazo al aire para celebrarlo.

—¿Por qué te parece tan importante? —le pregunté después.

—Porque significa que la policía no puede darle carpetazo al caso, como si se tratase de que una chiflada ha bajado del tren cuando no debía.

—¿Y si, pese a todo, fue un accidente?

—Sí, pero ¿y si no lo fue?

En el aparcamiento, que estaba justo enfrente del juzgado, varios compañeros de trabajo de Rosa de *Erin* se acercaron a expresar sus condolencias. El jefe de redacción, Conal Riordan, me estrechó la mano entre las suyas, unas manos enormes

y pecosas. Me sacaba medio palmo de estatura y era pelirrojo. Tenía la barba y los cabellos tan hirsutos que parecía que acabase de sufrir una descarga eléctrica. Al preguntarle cómo era que Rosa trabajaba sólo tres días a la semana, cuando yo creía que trabajaba a jornada completa, pareció violento. No se explicaba que yo no lo supiera. Daba por sentado que yo sabía que los jueves y los viernes Rosa tenía el día libre. ¿Adónde debía de ir los días que salía de casa a la hora de costumbre, como si fuese al trabajo? Dos días a la semana, todas las semanas durante once meses. Casi cien días, dije. ¿En qué coño andaría? El jefe no lo sabía. Lo sentía, no tenía ni la menor idea. Lo llamé cabrón y mentiroso. Pero Conal no me pegó, ni siquiera pareció tener que dominarse.

Los magos y los mentirosos tienen en común la habilidad necesaria para el éxito: saber urdir una estrategia mendaz; facilidad para equivocarse en el *vis-à-vis*; capacidad para entrever lo que pasa por la cabeza de la víctima; dotes de actor y buena memoria. Consigue uno que lo real parezca falso; y que lo falso parezca real; oculta, disfraza, desvía la atención; vela la distinción entre lo que parece ser y lo que es. Podría seguir enumerando símiles. Pero no lo haré, porque entre el mago y el mentiroso hay una abismal diferencia, una paradoja: la magia se basa en la honestidad y la mentira se basa en la deshonestidad. En la mentira no existe una relación de consentimiento entre quien engaña y el engañado. Quienes asisten a un espectáculo de magia aceptan, por el solo hecho de asistir, que se les engañe. Prescinden colectivamente de la incredulidad. Si el ilusionista que sube al escenario fuese un mentiroso, también lo sería el actor que crea una ficción en complicidad con el público.

Últimamente, he pensado mucho en la mentira, en levantar falsos testimonios, por usar una frase bíblica, respecto a lo que recae el tajante y arbitrario mandamiento: no mentirás. Ésa es la última palabra de Dios sobre el tema (si cree uno en Dios, que no es mi caso).

Me he referido a Houdini como el más grande ilusionista de todos los tiempos, pero a decir verdad, sería el cuarto, a gran distancia de la trinidad del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Pero las mentiras... He pensado acerca de la mentira que le dije a mi novia (la anterior a Rosa), cuando me acusó de tener relaciones con Kim. Y también en la mentira que le dije a la propia Rosa. No quiero hurgar en ésa, aunque no puedo evitar pensar en ello una y otra vez. Pero ¿y sus mentiras? La mentira que perpetraba cada jueves y cada viernes. Y todas las demás, que han ido devanándose, como una cinta de casete, al rebobinar los últimos quince meses de mi vida, con y sin Rosa. Es difícil decir cuál de los dos demostró mayor maestría en el arte del engaño.

Vivo cerca del Támesis, cuyo sinuoso tramo a su paso por Oxford se conoce también con el nombre de Isis. No me pregunten la razón porque no la sé. «Una estupidez de esnobs», comentó un día Rosa. Íbamos a pie por el camino de sirga

hacia Port Meadow. Era un domingo por la mañana, una semana después de que se invitase a vivir en mi casa. Los narcisos adornaban los bordes del sendero, y la amable brisa nos llegaba cargada de aroma a aliaría. Había patos y fúlicas en el río, un par de tímidas pollas de agua, y dos somormujos que reflejaban un «22» siluetado en la superficie. Habíamos preparado un picnic que llevábamos en las mochilas. A cada paso sonaban las botellas de cerveza al entrecocar. Tomé de la mano a Rosa, que no la retiró, aunque tampoco correspondió a la presión de mis dedos. Íbamos fumando. Ella tiró la colilla a la maleza. Al llegar más allá de la tienda de artículos para la navegación y del embarcadero, extendimos una manta en un rodal de hierba, donde el sendero se inclinaba hacia la orilla. Al otro lado del canal, por el que fluía el agua de un modo casi imperceptible, unas vacas pastaban en el prado. Un hombre y su hijo porfiaban por elevar una cometa de vivo color rojo. Metí las cervezas (ocho botellines) en una bolsa grande de malla que Rosa decía que le recordaba un chaleco que tenía su padre. Le pregunté si aún añoraba a sus padres. Ella tardó en contestar y, cuando lo hizo, movió la cabeza de una manera que no permitía deducir si asentía o negaba.

—¿Tienes fotografías tuyas?

—No, ninguna.

—¿Ninguna?

Me miró.

—A ver, echa tú la cuenta: ¿qué diferencia hay, numéricamente, entre «ninguna» y «ninguna en absoluto?».

Dejé correr el asunto. Me acerqué a la orilla y hundí un poco la bolsa con las botellas en el bajío, para que se enfriasen. Le dije a Rosa que lo había aprendido de Hemingway..., salvo que, en su caso, era vino en lugar de cerveza y el río estaba en las montañas de España. Traté de darle a mi voz un tono cálido, pero la última observación de Rosa lo estropeó. Estaba sentada, indiferente, sacando paquetes de comida de las mochilas y dejándolos al tuntún a su alrededor. No se me ocurría decir nada más. Al volver junto a ella me sequé las manos en la manta. Ella encendió dos cigarrillos y me dio uno.

—¿Es amigo tuyo el tal Hemingway?

Fui a contestar, pero vi su sonrisa y sonreí también.

El día del funeral llovió, caló hasta los huesos a los asistentes y azotó al cortejo de coches fúnebres, que nos llevaron hasta la sala del Port Mahon. Con los papeles informativos que recibí de la funeraria había un folleto: *La aflicción de los deudos*. Decía que la aflicción era una reacción natural y que había que dejar que siguiese su curso. Decía que, aunque fuese una vivencia intransferible, el dolor de las personas que perdían a un ser querido tenía cierta similitud. El folleto incluía una larga lista

bajo el encabezamiento: «Lo que hay que hacer y lo que no ante el sufrimiento». En ninguna parte decía: no tengan pesadillas; no se deje ahogar por el llanto al no poder abrir un bote de mermelada, o porque una bolsa de la basura se rompa mientras la lleva al contenedor; no limpie la bicicleta de ella; no se quede solo, sentado en el salón todo el día con las cortinas corridas; no se despierte antes del amanecer todas las mañanas; no hable con ella; no llene dos cuencos de cereales, sin percatarse de que ella ya no está allí para desayunar con usted; no oiga sus pasos cada vez que cruje algo en la casa; no duerma en su lado de la cama; no se pregunte por qué. En ninguna parte decía que yo no iba a preguntarme por qué.

Durante el funeral —el velatorio— mi hermano, Taaffe, me llevó a un lado y me preguntó si quería ir a vivir con él y su familia una temporada.

—No introduzcas nunca cambios importantes en tu vida mientras sufres —le dije.

—No te he dicho que vaya a adoptarte, Red.

Incluso mi hermano me llamaba Red.

—Me cuidaré —le dije—; comeré bien, descansaré y exteriorizaré mis sentimientos todo lo posible; y haré planes a más largo plazo, para tener algo por lo que luchar y... —alcé el vaso de whisky y añadí—: no tomaré drogas, ni fumaré porros ni beberé; y le haré un hueco a la aflicción en mi vida, en lugar de un hueco a mi vida en la aflicción; y, haga lo que haga, haga yo lo que haga, no pienso volver a verla.

Cuando hube terminado de decir todo esto, no era yo quien lloraba sino Taaffe. Le pasé un brazo por los hombros y le dije que era el tipo más sensible que había conocido nunca.

Me he referido a los tres acontecimientos que redujeron mi vida a lo que ahora es. He dicho que del primero no quería hablar; y sigo sin querer hacerlo. El segundo fue la muerte de Rosa. El tercero fue la llegada de un paquete a mi casa, pocos días después del funeral. Yo estaba en batín, sin afeitarse y sin ducharse, cuando llamaron a la puerta. Firmé el recibo y fui a la cocina. Hice espacio para lo que contuviese el paquete entre las sobras de un menú preparado que compré la noche anterior y que apenas probé. El paquete tenía forma de rectángulo irregular, envuelto en papel marrón y cerrado con tiras de cinta adhesiva. Era voluminoso y pesaba bastante. Mi nombre y mi dirección estaban escritos en mayúsculas grandes. No reconocí la letra pero parecía de mujer. Necesité un afilado cuchillo de cocina para cortar la cinta y retirar la doble capa de papel. Dentro había un bolso negro de piel. Abultaba y tenía la cremallera cerrada. Era un bolso fácil de encontrar en la mayoría de las boutiques y grandes almacenes, pero lo reconocí de inmediato.

El memori3n

La bandeja, los cubiertos y el vaso estaban en el fregadero con el resto de la vajilla; las latas de cerveza vacías y una bandeja de papel de aluminio, con solidificados restos de *rogan josh*, asomaban por el atestado cubo de la basura. Encima de la mesa de la cocina, en desorden, estaban las cosas que contenía el bolso de Rosa. El bolso, vacío, colgaba del respaldo de una silla. A primera vista, no había nada que indicase quién había enviado el paquete, ninguna nota, ni firmada ni anónima. Nada. Varias de las cosas que contenía el bolso me eran tan familiares, tan evocadoras de Rosa, que era como si estuviese en la estancia, en lugar de aquella serie de inanimadas pertenencias. Durante unos momentos, me deleité con la absurda idea de que hubiese fingido morir y me enviase el bolso como una muestra de que seguía con vida. Pero la había visto en el servicio de pompas fúnebres. Y no era su letra. Recogí el rasgado envoltorio marr3n e inspeccioné el matasellos. El paquete lo habían enviado el día anterior, desde el distrito postal de Oxford.

Había un paquete de sándwiches de jam3n y mostaza, con indicaci3n de la fecha de caducidad. El pan tenía motitas verdeazuladas de moho. Su almuerzo para el viaje, complementado con una bolsa de patatas fritas y una lata de Coca-Cola *light*. Material de lectura: una revista ilustrada y un periódico del mismo día de su muerte. Llevaba cinco paquetes de Marlboro —cuatro sin abrir y el otro con doce cigarrillos— y dos encendedores desechables. También encontré su agenda, un bolígrafo, un manojo de llaves, una alarma de defensa personal, un billete de tren Oxford-Reading y un estuche de tocador, lleno de los productos que, por la razón que fuese, eligió para pintarse o despintarse aquella última mañana. También encontré una peluca de media melena rizada, de color castaño rojizo. Parecía de verdad, por el aspecto y por el tacto. Levanté la peluca con el índice de la mano derecha y me la pasé de mano a mano. Traté de imaginar el pálido rostro de Rosa —sus ojos azules y sus cejas oscuras— enmarcado en aquella peluca. Pero sólo pude visualizar mentalmente la imagen revelada al retirar una sábana blanca: unos negruzcos trasquilones; las cerosas facciones de lo inanimado. ¿Se habría cortado el pelo para poder ponerse la peluca? ¿Por qué? ¿Por qué no la llevaba al morir? Deseché estos interrogantes y reanudé la inspecci3n: un talonario, tarjeta de crédito y monedero. El monedero abultaba. Descorrí la cremallera. Doscientas cincuenta libras y setecientos florines. Los billetes holandeses, de colores vivos y alegres, hacían que las libras pareciesen tristes a su lado. También estaba allí su pasaporte. Miré la fotografía con detenimiento, frotando suavemente el pulgar sobre la superficie plastificada. Era la mirada a lo Sinéad O'Connor acerca de la que tanto nos habíamos reído. Rosa sonreía maliciosamente, como si se la hubiese hecho un momento antes de sacarle la lengua a la cámara. Se la veía feliz.

Tuve que interrumpirme. Fui al fregadero, llené un vaso de agua y me la bebí. Hice cazoleta con las manos bajo el grifo y me lavé la cara. Era media mañana y no había desayunado, pero pensar en la comida me producía náuseas. Miré por la ventana un largo rato antes de volver a la mesa. Entre las páginas del pasaporte había un billete para el autobús que, desde Reading, conducía al aeropuerto de Heathrow, un billete de ida para un vuelo a Amsterdam, a nombre de Rosa. También había una tira de papel, arrancada de un bloc de espiral, en la que estaban escritos los nombres Nikolaas y Lena y sus números de teléfono. La configuración de los números no era inglesa. No figuraban los apellidos ni las señas. Reconocí la letra de Rosa: unas kas y unas eles saltarinas, un circulito en lugar del punto de la i, y aquella característica ene invertida de Nikolaas... Más que escritas, las palabras parecían grabadas en la hoja. Quedaban otros cuatro objetos: otro pasaporte, británico, uno de los que expedían últimamente, de color borgoña, con el formato del de la Comunidad Europea. Lo abrí. La fotografía era de una mulata afrocaribeña. Se apellidaba Jackson. Como nombre de pila figuraba Charity Ann Magdalena, de nacionalidad británica, nacida el 8 de enero de 1980, sin hijos; lugar de nacimiento, Londres; fecha de expedición del pasaporte: 14 de marzo de 1998. El espacio dedicado a señas de contacto, con nombres y direcciones, para el caso de emergencia, estaba en blanco; y en ninguna de las páginas había visados ni sellos. No era sorprendente, porque el pasaporte lo habían expedido hacía menos de un mes. Volví a mirar la fotografía. No la reconocí, ni reconocí su apellido. Tenía el pelo negro y lo llevaba largo; los pómulos marcados, la boca lustrosa, a base de pintalabios, y unos ojos oscuros que más que mirar a la cámara parecían querer seducirla. Los pendientes brillaban con el reflejo del flas. Dieciocho años. Cerré el pasaporte y lo volví a dejar encima de la mesa junto al de Rosa. Al lado había un mazo de naipes. A lo largo de muchos meses le había enseñado a Rosa algunos trucos, y se había acostumbrado a llevar siempre encima una baraja inglesa, por si se terciaba la ocasión de impresionar a propios o a extraños. Saqué el mazo de naipes del estuche. Cincuenta y uno. No necesité contarlos para saber que faltaba uno. Los abrí en abanico. Faltaba la reina de espadas. Pensé en ello unos momentos. Pero si el hecho de que faltase concretamente aquella carta tenía algún significado, era imposible deducirlo. Junto a las cartas había un bloc de espiral. La primera hoja había sido arrancada. Las siguientes páginas contenían lo que deduje que eran anotaciones de puntos de dos partidas de rami; una con la letra de Rosa y la otra de quien fuese. Volví a examinar la dirección escrita en el envoltorio del paquete (el estilo era idéntico al de los nombres que figuraban en cada una de las columnas de puntos de las partidas). Las jugadoras eran ROSA y VICKY. No recordaba que Rosa me hubiese mencionado ni presentado nunca a una Vicky, ni encontré a nadie con ese nombre en su agenda. Quienquiera que fuese Vicky, ganó las dos partidas, y era quien me había enviado el bolso que Rosa siempre llevaba consigo. Si Rosa había

abandonado el bolso en el tren el día de su muerte, parecía claro que Vicky estaba en aquel tren.

Había otra cosa en el bolso: un sobre cerrado con mi nombre y mi dirección y un sello. La letra era de Rosa. Quizá pensara echarla al buzón en Reading, o en el aeropuerto. No me apresuré a abrir el sobre por puro temor a lo que contuviese. Estaba estupefacto, a decir verdad. Después de volver a examinar todo lo demás, me senté con el sobre entre las manos, y así permanecí unos minutos, antes de decidirme a leer la carta.

Red:

Me he marchado. No tengo que decirte por qué. No toques mis cosas, porque irá una persona a recogerlas. No te molestes en buscarme porque no me encontrarás. Cuida de Kerrygold.

Rosa

P. D. No le digas nada de mí a nadie.

Yo le había enseñado a Rosa la siguiente estrofa mnemotécnica:

En el 876 cuatro reyes fueron tras diez reinas
sin corazón a sotavento de dos nuevos ases.

Ocultos en las frases se encuentran los valores de los naipes de cada palo: ocho, siete, seis, cuatro, rey, tres, diez, reina, cinco, sota, dos, nueve, as.

Y un acrónimo mnemotécnico, DÍA DE BACO, oculta una secuencia de palos de la baraja inglesa (diamante, espadas, bastos y corazones). Con estas frases puede uno ejercitarse en recordar el orden de las cincuenta y dos cartas del mazo (preparado), de tal manera que al ocho de diamantes, sigue el siete de espadas, el seis de bastos, el cuatro de corazones, el rey de diamantes... hasta el as de diamantes. Sin embargo, si uno despliega la baraja en abanico, para que la examine un espectador, las cartas parecen estar totalmente al azar. Saber en qué posición está, exactamente, cada carta permite realizar muchos juegos distintos, pero no me pregunten en qué consisten. No es tan complicado como parece. Rosa lo aprendió con sólo practicar dos o tres tardes. Decía que estaba *chupao*. E incluso trató de crear un acrónimo propio, que venía a decir algo así como «Dos reyes le meten el as de bastos a una reina del sexo...».

Y el ejercicio se diluyó, desternillándonos de risa con unos juegos mnemotécnicos cada vez más surrealistas.

La memorización sistematizada es una herramienta útil para un ilusionista, no sólo en los juegos de cartas, sino en varias demostraciones de «magia mental». Es

asombroso comprobar la enorme capacidad que tiene el cerebro para almacenar datos, si está bien entrenado. Además, prácticamente, todo espectador se inclina a admirar el milagroso don psíquico de un ilusionista, en lugar de la alternativa más terrenal: que ha dedicado más tiempo y esfuerzo de lo imaginable en aprender algo. Aprender una larga lista de nombres de memoria es una cosa, pero recordar qué aspecto tenía Rosa cuando vivía es otro cantar. O cómo sonaba su voz. O sus andares. Su fragancia. El sabor de su boca. La capacidad para almacenar información, de manera eficiente, se debilita por el estrés, la ansiedad, el abatimiento y la fatiga. Lo sé muy bien. También sé que puede uno potenciar la memoria aumentando el flujo de sangre oxigenada que llega al cerebro. Y ésa es la razón de que, durante las semanas siguientes a la muerte de Rosa, me impusiera pasear en bicicleta. La llave de la cadena de su bicicleta estaba entre las pertenencias que encontré en el bolso que me devolvieron, y todos los días salía a dar un paseo con el viejo armatoste de color negro. Sin embargo, *Merlín* no quería acompañarme metido en la cesta (la única vez que me empeñé en meterlo me arañó y me hizo sangre). Yo pedaleaba furiosamente, para sudar y aumentar mi ritmo respiratorio. A Paul le parecía que mi comportamiento no era nada saludable sino una obsesión. Yo le dije que sólo pretendía que llegase suficiente oxígeno a mi cerebro (para que no se me olvidasen las cosas). Pero sólo afloraban recuerdos erráticos, no lo que yo quería recordar. Entre las cosas que sí recuerdo, perfectamente y sin recurrir a la mnemotecnia, está el contenido del bolso de Rosa y su carta, al pie de la letra.

Durante veinticuatro horas, sólo supimos lo del envío del paquete Vicky y yo. Al haberseme devuelto los efectos personales de Rosa no quise verme privado de ellos tan pronto. Era como volver a tenerla en casa. Además, sentía curiosidad. Me resistía a comunicárselo a la policía, hasta analizar por qué Vicky no se lo había enviado ella misma. Si Vicky quería que se descubriesen las verdaderas causas de la muerte de Rosa (y la razón de su viaje a Amsterdam), tenía que haber puesto las pruebas en manos de quienes estaban más cualificados para investigar. ¿Cómo fue a parar a manos de Vicky el bolso de Rosa? ¿Por qué lo había retenido durante tanto tiempo, hasta después del funeral y de que empezase la investigación policial? ¿Por qué me lo había enviado a mí? ¿Y por qué no incluía una nota aclaratoria, o la enviaba después, si, como testigo presencial, podía dar testimonio de las últimas horas y de los últimos instantes de la vida de Rosa? Cuanto más lo pensaba más convencido estaba de que las anotaciones de la partida de rami fueron un descuido por parte de Vicky. Estaba seguro de que Vicky no reparó en que el bloc contenía una clave de su identidad. Igualmente convencida debía de estar ella de que no habría modo de identificarla como remitente del paquete.

La mañana siguiente no llegué a ninguna conclusión sobre las razones de Vicky

para saltarse a la policía. Estaba molesto con ella. Llamé al inspector Fuller, que me dijo que enseguida salía para vernos en mi casa. Volví a la cocina. Las pertenencias de Rosa estaban aún esparcidas encima de la mesa. Dudé entre dejarlas tal cual o volver a meterlas en el bolso, para que se las llevase el detective. Probablemente, había cometido un error al sacarlas, alterado las pruebas que la policía pudiese encontrar, y borrado otras huellas con las mías. Les eché un último vistazo, para sopesar la importancia que pudieran tener cada uno de los objetos, individualmente y en combinación con los demás. Inútil. Un rompecabezas que me desbordaba. Puede que Rosa hubiese sido asesinada, o puede que no. Quizás hubiese saltado al paso del tren, como decía el juez, y nadie sabría nunca por qué. Y puede que tampoco llegara a saber nadie la razón de su viaje a Amsterdam. Comoquiera que fuese, a la policía correspondía averiguarlo, no a mí. Yo sólo la echaba de menos. La echaba muchísimo de menos. Y me sublevaba. No quería darle vueltas a la cabeza todo el día. «Así revientes, Vicky, quienquiera que seas, así revientes por hacerme esto».

En otros tiempos, no le habría dado más vueltas. Habría aguardado a la policía, habría entregado el bolso con todo lo que contenía y... habría dejado que hiciesen su trabajo. Pero Rosa había trastocado mi vida durante un año. Había dejado huella en mí y en mi manera de trabajar. A veces, al hablar con alguien, hacía comentarios que llevaban el sello de Rosa; pensaba a su manera. Y me gustaba. Incluso cuando nos separábamos, durante unas horas o unos días, era como si ella siguiese conmigo. Y creo que yo causaba un efecto similar en ella, aunque nunca me lo dijo. De haber vivido Rosa lo bastante, podíamos habernos convertido en una de esas parejas que cuentan chistes a la vez, y porfían por adelantarse a contar el final. Pero no vivió lo bastante. Y todo lo que me quedaba, aquella mañana, eran recuerdos, la manera de hablar de Rosa y sus últimas pertenencias, a punto de pasar a otras manos.

Oí que un coche se detenía frente a la entrada; que apagaban el motor, que abrían la puerta y la cerraban de un portazo. En lo que tardó Fuller en llegar a los escalones de la entrada, aparté dos de los objetos que había en la mesa y los escondí. Uno de ellos era el trozo de papel en el que estaban anotados los nombres «Nikolaas» y «Lena» y dos números de teléfono; el otro era el pasaporte de Charity Ann Magdalena Jackson.

Son dos: Amy y Jennifer. Amy es negra. Jennifer es rubia y lleva una melena que le llega hasta la mitad de la espalda. Nunca dice llamarse Jenny, sino Jennifer. Es muy bonita. No me gusta. Me gusta más Amy. Me recuerda a Nicola, mi amiga del colegio, sólo que Amy es verdaderamente negra y Nicola es morena. Jennifer coloca una filmadora en una especie de trípode y la enfoca hacia mí. Dice que tienen que filmar la entrevista y que si no me importa. Yo no digo nada. Nadie ha hecho una película sobre mí. Son más jóvenes que la tía Niamh y van vestidas como colegialas (como las de octavo). Jennifer me hace algunas preguntas, cosas que ya saben, y toda esa mierda de que ya sabes que soy tu amiga. Me pregunta qué edad tengo y yo le digo que catorce. Mira un trozo de papel y me dice que tengo trece, ¿no?, y luego que no, que tiene mal el dato, porque sólo había tenido en cuenta el año y no el mes de mi nacimiento. Me preguntan otras cosas acerca del colegio y de mi vida con la tía Niamh y el tío Michael. Entonces Amy me pregunta lo que él me hace y yo se lo cuento.

—¿Qué edad tenías la primera vez que sucedió?

—Nueve años. O, no..., diez. Tenía diez.

Jennifer me hace un montón de preguntas acerca de con qué frecuencia me lo hacía, y cuántos años duró, y que si me hacía daño, y qué otras cosas me hacía y me obligaba a hacerle. Y me pregunta cuándo fue la primera vez que tuvo plenas relaciones sexuales conmigo. Así es como lo llama: «plenas relaciones sexuales».

He de pensarlo porque estoy confusa.

—Tenía doce años.

Estoy llorando. Y no quiero, delante de ellas. Trato de contenerme pero no puedo. Amy me da un kleenex y un poco de agua. Jennifer aguarda un poco y luego vuelve a filmar y, cuando termino de contarle cómo se me follaba, me hacen un montón más de preguntas: si se lo había contado alguna vez a alguien; a mi tía, a mis hermanastras o a mis hermanastros. Yo meneo la cabeza. Jennifer quiere saber por qué no lo conté y yo digo que no lo sé y ella anota algo. Digo que se lo dije a Nicola y a la señora Mountjoy. La señora Mountjoy es mi profesora de dibujo. Por habérselo dicho a la señora Mountjoy es por lo que estoy aquí. Jennifer sigue interrogándome.

—He de preguntarte esto, Rosa: ¿te heriste tú misma alguna vez y fingiste que te lo había hecho tu tío?

—No.

—¿Me estás diciendo la verdad, Rosa?

Yo me limito a mirarla. Para mis adentros digo *alamierdalamierdayalamierda*. Y sigue.

—No podemos ayudarte si no nos lo cuentas todo.

Me echo a llorar otra vez. Noto que tengo la cara y el cuello enrojecidos. Les digo que a veces me hago daño.

—¿Y no te das cuenta de que eso nos dificulta saber cuándo lo haces y cuándo no?

Me encojo de hombros. Y ella sigue.

—Si te inventas algunas cosas, le das la oportunidad de decir que siempre lo finges.

—No me lo invento.

—No digo que te lo inventes, sólo te señalo las dificultades.

Miro a Amy.

—¿Irás a la cárcel? —le pregunto.

—Necesitaremos que testifiques ante un tribunal —contesta ella—. ¿Estás dispuesta a hacerlo, Rosa? ¿O prefieres contarlo sólo así, grabado?

Le digo que no quiero volver nunca allí, a aquella casa. Amy me dice que no tendré que volver; que, aunque él no vaya a la cárcel, no tendré que volver.

Cherchez la femme

Existe un número de ilusionismo llamado *Cherchez la femme*. Kim sube encima de uno de tres taburetes. Luego tres naipes gigantescos descienden (los taburetes están bastante separados, con las patas a la vista, bajo el borde inferior de cada naipe). Cuando se alza el naipe que está frente a Kim, ella ha desaparecido y reaparece en uno de los otros taburetes. Tras una rápida repetición de la maniobra, se alzan los tres naipes. Y Kim ha desaparecido completamente. El número debe su nombre al principio general de un truco archiconocido, en el que la víctima intenta seguirle la pista a una de tres cartas —por lo general una reina— que el trilero, como se le llama en la jerga policial y de los bajos fondos, cambia de un sitio a otro con gran rapidez. El jugador apuesta a la que cree que es la reina, y casi siempre pierde.

Esto fue lo esencial del monólogo que solté antes de que Paul Fiebre aprovechara una breve pausa para interrumpirme.

—Ya sé todo eso, Red. ¿Se puede saber por qué me lo cuentas?

Estábamos en su casa. Le telefoneé cuando se hubo ido el inspector de policía y le pregunté si podía ir a verlo enseguida. Estaba trabajando. Había habilitado el desván de su casa de Jericho para oficina, y desde allí dirigía su agencia. Su única ventana, graduable, tenía vistas a un tramo del canal de Oxford (si te ponías de puntillas). La estancia, atestada de los habituales muebles y aparatos de oficina, era tan calurosa que resultaba soporífera. Las paredes estaban cubiertas de posters y fotografías publicitarias de sus clientes, yo incluido. Penny estaba en su trabajo y las gemelas al cuidado de una canguro. Paul estaba sentado en el borde de la mesa y yo ocupaba la única silla. Entre nosotros, sobre la alfombrilla del ratón y la torre del ordenador, estaban las dos cosas de Rosa que me quedé. Le pedí, como un favor, que se quedase con el pasaporte de Charity Jackson y la nota, y que lo guardase en lugar seguro. Me preguntó que por qué me había quedado precisamente aquello, y no cualquier otro de los efectos personales de Rosa. Eso fue lo que me indujo a comentarle lo del número *Cherchez la femme*.

—Mira —proseguí—, supón que tú eres el jugador, y que el trilero se vale únicamente de la habilidad en la manipulación y no en naipes marcados. La única carta por la que no apostarás será aquella que notes que él te induce a creer que es la reina. ¿De acuerdo?

Paul se encogió de hombros.

—Claro —dijo.

—Apuestas por una de las otras dos, así, por lo menos, tienes el cincuenta por ciento de probabilidades de acertar. Y, como te digo, suponiendo que haya de verdad una reina entre las tres cartas.

—Bueno... ¿y qué me quieres decir con eso?

—El problema aquí es la «reina»: Rosa. ¿A qué estaba jugando? —dije alzando una mano para atajar una nueva interrupción—. Lo que no he tenido en cuenta han sido sus efectos personales, sus cosas, y por lo que apuesto es por los únicos objetos de su bolso que no parecen tener nada que ver con ella.

Paul farfulló algo a modo de asentimiento. Volvió a asentir, tras cierta vacilación, al repetirle yo la petición de que guardase el pasaporte y la nota.

—¿Sabes que eso podría convertirte en cómplice, por ocultar pruebas?

—Encima..., no me seas paternalista —replicó en tono inexpresivo—. Ya veo que eres muy consciente de tus responsabilidades sociales —ironizó.

—Bueno. —Le di las gracias y luego añadí—: ¿Te importa que llame a Holanda por teléfono desde aquí?

Pasábamos casi todo el tiempo en pubs, discotecas y en la cama. Durante las primeras semanas, nuestra relación parecía basarse exclusivamente en nuestra predilección por fumar, beber y follar. A Rosa también le gustaba bailar, pero para mí, ir de discotecas no era más que un medio para seguir bebiendo después de la hora de cierre de los pubs. Ella me decía que yo bailaba como un maniquí. Los irlandeses eran los únicos que bailaban de verdad, porque les importaba un pito lo que los demás pensasen. ¡Déjate ir, joder! «¡No jodas, hombre, y suéltate!». Rosa se convertía en una trilladora —meneaba de tal manera los brazos, las piernas y la melena que creaba un vacío en el centro de la pista por más atestada que estuviese—. Chorreaba sudor. Según ella el «éxtasis», las anfetaminas y el ácido estaban concebidos para darles a los críos ingleses una idea de lo que era ser irlandés. Nunca vi que se drogase. Bebía y fumaba, pero eso era todo: ni siquiera un porro le vi fumar nunca. Si le ofrecían algo, se limitaba a menear la cabeza y el camello la dejaba tranquila. No recuerdo que la abordase ninguno dos veces.

—¿Has experimentado...? —le pregunté un día.

—Sí, en biología —me atajó—. El profesor Davidson nos hizo diseccionar una rana.

Bailar era la droga de Rosa. Casi todos los fines de semana volvíamos a casa caminando por calles desiertas, borrachos, mal abrigados para las dos de la madrugada, con la música todavía resonando en los oídos. Exultantes y exhaustos. Pero nunca demasiado cansados para follar. Las noches que habíamos ido a la discoteca, sobre todo, nos embarcábamos a explorar nuevos territorios sexuales en los que Rosa era el timonel. Ella era más voraz, más imaginativa y menos inhibida. Pero en cierta ocasión, cometí un error de cálculo. Obnubilado por la aparente falta de límites de lo permisible. Contagiado por su abandono, buscando, supongo yo, tomar por una vez la iniciativa..., le metí el dedo en el culo. Rosa se rebulló violentamente, me apartó la mano y me empujó contra el cabecero. Luego, gruñendo, me soltó un

puñetazo que me aplastó la nariz.

—¡Me cago en la leche! —exclamé inclinado sobre el lavabo, cuya pila esmaltada se tiñó de rosa y de mucosos rodalitos rojos con el agua del grifo—. ¡Joder, Rosa!

Ella estaba de pie, desnuda, detrás de mí, mirándome en el espejo. Al ir a incorporarme, se me llenó la garganta de sangre y di una arcada. Me apoyé en el lavabo. Me colgaba un espagueti de saliva escarlata. Nuestros ojos se encontraron reflejados, su imagen refractada por mis involuntarias lágrimas. Sin decir palabra, dio media vuelta y salió del cuarto de baño. Cuando hube terminado de lavarme, Rosa estaba acostada en su lado de la cama, de espaldas a mí y con el edredón echado por los hombros y ceñido al cuello. Pensé que fingía dormir. Pero no.

—¿Puedes respirar por la nariz? —me preguntó con aspereza al meterme en la cama y arrimarme a ella.

—Sí, creo que sí; más o menos.

—Pues entonces no tendrán que arreglártela.

Seguía de espaldas. Guardamos silencio. Cuando, al fin, posé la mano en su cintura desnuda ella no reaccionó, ni se apartó ni me rechazó, simplemente, siguió acostada. Su cálida piel ascendía y descendía al ritmo de su tenue respiración.

Estuve dos semanas sin trabajar. Anulé todos los compromisos, hasta que la inflamación desapareció y la tumefacción remitió lo bastante para disimularla con maquillaje. La nariz se me había torcido un poco. Me había quedado un bultito en el puente que todavía ahora, casi un año después, suelo acariciarme con el índice cuando me sumo en mis cavilaciones. Para justificarles la herida a los demás —a Paul, a Kim y a amigos mutuos— opté por no decir que había sido un accidente. En lugar de ello me atuve al «principio de honestidad» —que en el ilusionismo equivale a divulgar el método real por el que se consigue un determinado efecto, dando por sentado que la verdad resulta tan inverosímil, para el público profano, que no te van a creer—. Les dije a los demás que Rosa me había pegado, que era un esposo maltratado. Se reían y me acusaban de ocultar algún torpe traspie que me resultaba demasiado embarazoso confesar.

Desde el teléfono de la oficina de Paul hice dos llamadas. Lena no contestaba, y tampoco contestó las varias veces que llamé desde cabinas telefónicas en días sucesivos. En el número de Nikolaas respondía un contestador automático. La grabación, de voz de hombre, era sorprendentemente seca y —aventurando una traducción— no parecía dar ningún nombre ni consistía más que en las breves instrucciones para dejar un mensaje. Titubeé, sin saber qué decir y, por supuesto, reacio a revelar mi identidad ni a dejar mi número de teléfono. Colgué. Llamé otras dos veces, desde teléfonos públicos, con el mismo resultado.

Pese a acceder a ayudarme, Paul me aconsejó que no le ocultase información a la

policía. También objetó lo que calificó de táctica de innecesario subterfugio. «¿Por qué iban a querer registrar tu casa o pincharte el teléfono?». La raíz del problema, sugirió, era mi temor a sucumbir a la aflicción. Ésta... *pre-ocupación* de asumir personalmente la investigación de la muerte de Rosa era un intento inconsciente de borrar el dolor de haberla perdido.

—No es que estés afligido, es que tratas de mantenerla viva.

Moví la cabeza. Le dije que no, que era yo quien trataba de seguir vivo. No es que tuviese tentaciones suicidas ni nada parecido, simplemente quería llenar el vacío.

—Cuando me despierto por las mañanas, parece como si no tuviese ninguna razón para levantarme —dije—. Me cuesta horrores levantarme, lavarme, comer, cocinar o hacer cualquier cosa. Algunos días ni siquiera me visto. Ya no ensayo...; no quiero siquiera *pensar* en ensayar. —Le miré a los ojos y luego añadí—: ¿Sabes qué, Paul? Me gustaría hibernarme durante seis meses, despertar y que todo esto se hubiese acabado.

Incluso ahora, al retrotraerme a aquella conversación, me resulta difícil discernir quién estaba en lo cierto. Lo que sí es verdad es que Paul se equivocó acerca de la policía.

No fue el inspector Fuller quien se presentó sino otro detective, acompañado de un sargento, de paisano, junto a cuatro tipos con mono azul que parecían una brigada de mecánicos. El sargento apenas habló. Llevaba el pelo cobrizo y muy corto. Era pecoso y tenía todo el aspecto de no haber dormido. El inspector tenía un extraño parecido con mi padre, sólo que sobrio. Tenía el pelo igual que él, se peinaba con la raya en medio y llevaba bigote canoso, igual que él. Pero era más joven —cuarenta y tantos— y era alérgico a *Merlín*. A todos los gatos, me dijo, después de un espectacular ataque de estornudos que lo dejó con los ojos enrojecidos y jadeante, aunque tuvo el positivo efecto secundario de hacer que *Merlín* saliese de estampida hacia su trampilla. Fue el inspector quien presentó a los dos. Ambos mostraron su placa y el sargento, Crookes, me mostró también una orden judicial. El inspector, sonándose con un pañuelo, me sugirió que fuésemos a la parte trasera del jardín mientras la brigada de mecánicos registraba mi casa.

En el exterior, Strudwick se quitó la chaqueta y rechazó la cerveza que le ofrecí. Fue directo al grano. Me explicó que la recuperación del bolso de Rosa había hecho aflorar «algunos aspectos interesantes». Me dije que uno de los más importantes debía de ser haber despertado la curiosidad de la policía acerca de una extraña pero, hasta entonces, no sospechosa muerte. Se interesaron muy especialmente en saber más acerca de Rosa. Su pasaporte les había permitido acceder a archivos del negociado en el que se lo expidieron. Habían descubierto que su verdadero apellido no era Kelly, y que no era huérfana.

—Le dijo usted al comisario Fuller que sus padres habían muerto —señaló el inspector.

—Eso es lo que ella me contó; que murieron en accidente de tráfico cuando tenía catorce años, y que la cuidaron unos parientes. Eso es lo que ella me contó.

—¿Y no le contó nada más de ellos?

—Que se llamaban Mary y Patrick; que su madre ayudaba en el comedor de un colegio, y que su padre era cartero.

Strudwick miró a su compañero y ambos sonrieron. El sargento, deslumbrado por el sol de la primavera, tenía el ojo izquierdo entornado. Estábamos sentados en sillones blancos de plástico en la terraza, separados por una mesa que Rosa robó, con parasol incluido, una noche al salir de un pub. El aire olía a la hierba recién cortada del jardín de un vecino.

—Que su madre se llamaba Mary es cierto —asintió el inspector—. Trabajaba de camarera en un hotel de Killarney. Murió a consecuencia de una hemorragia cerebral cuando la supuesta señorita Kelly tenía nueve años. Su padre no se llamaba Patrick sino Gerard, y sí era cartero. Se llamaban Gerard Brendan Houlihan.

Dejé que el inspector continuase.

—El nombre le sonó mucho a uno de nuestros superiores de St. Aldate que había formado parte de una brigada antiterrorista en los setenta. En 1973, el señor Houlihan fue condenado a cadena perpetua en Eire, por proporcionar una casa franca a los activistas del IRA y por almacenar y preparar equipo para la fabricación de bombas, armas y municiones. Su esposa estaba encinta de Rosa cuando lo detuvieron.

Fui a decir algo, pero tuve que interrumpirme y volver a empezar.

—Yo ignoraba todo eso —dije al fin sin farfullar.

—Después de la muerte de su madre —continuó Strudwick—, Rosa Houlihan, que es como se llamaba, fue oficialmente adoptada por su tía materna y su esposo, Miamh y Michael Kelly, y fue a vivir con ellos a Londres. Como he dicho, eso ocurrió cuando ella tenía nueve años. Su verdadero padre ya estaría ahora en libertad condicional, de no haber apuñalado a un funcionario de la prisión.

—¿Han hablado ustedes con sus tíos? —pregunté.

—Aún tratamos de localizarlos. El paradero de la joven y sus actividades, después de la adopción y antes de Oxford... —me dijo sonriente—, pues..., requerirán desentrañar algunas cosas.

Hasta ahí llegó la información. Luego empezaron las preguntas. No fue un interrogatorio formal, aunque el inspector tomó notas de vez en cuando. Estuvimos hablando durante más de una hora. Me distraía el ruido que hacían los funcionarios del juzgado, y la asimilación de los datos sobre la infancia de Rosa, que el inspector acababa de injertar en la idea que tenía yo de su pasado. Querían que les contase todo lo que supiera acerca de Rosa. Me preguntaron acerca del contenido del bolso y de

las circunstancias de su devolución. ¿Por qué Amsterdam? ¿Había estado Rosa allí antes? ¿Conocía a alguien en Holanda? ¿Sabía yo que Rosa se proponía viajar a Holanda? (No lo sé; no creo; no lo sé; no). ¿Quién es Vicky? ¿Y la peluca? (No sé; no tengo ni idea). Siguieron haciéndome preguntas sobre la agenda de Rosa, y tomaron nota de toda la información que pude proporcionarles acerca de los nombres que figuraban en ella. ¿Tenía amigos irlandeses? ¿Había estado alguno de ellos en casa? (Sí. A veces). ¿Cómo se llamaban? (Les di los nombres). ¿Estuvo alguna vez en Irlanda, durante el tiempo que vivió conmigo? (No, no que yo sepa). ¿Y en Londres? (A veces. Tenía amigos allí). Nombres.

—¿Insinúan que era una terrorista? —pregunté.

—Nosotros sólo...

—Su padre era miembro del IRA, y ella es irlandesa, por lo tanto..., ella es una terrorista. —Señalé la casa y dije—: ¿Qué esperan encontrar sus hombres? ¿Gomas en el cajón de sus bragas?

—Tratamos de hacernos una idea sobre ella, señor Brandon. Eso es todo.

Justo en aquel momento, *Merlín* saltó al regazo de Strudwick, que se quedó helado mirando a los ojos del gato como hipnotizado por el pánico. Luego —reacción retardada—, lo tiró bruscamente al suelo. Un estornudo. Se excusó y volvió a estornudar.

Ciclismo

Las preguntas conducían a una conclusión. A través del balcón, veía a los funcionarios de la policía judicial con sus monos. Portaban bolsas de plástico llenas con lo que deduje que eran pertenencias de Rosa. Una nube acababa de tapar el sol y el detective del pelo cobrizo ya no entornaba el ojo. Ahora bostezaba; parecía más cansado que aburrido. Pues... si le contara cómo estoy yo..., pensé. Tenía agujetas en la cara posterior de los muslos de estar tanto rato sentado en la misma postura. Descansé el peso del cuerpo en el otro pie, escuchando a medias al inspector Strudwick explicar que deseaba comentar cuestiones «más personales». De mí y de Rosa. Contesté con tiento a sus preguntas, y luego me soltó otra.

—¿La describiría usted como una persona excesivamente reservada?

Reflexioné un momento.

—¿Qué quiere decir con «excesivamente reservada»?

—Que si tuvo alguna vez la sensación de que le ocultaba cosas.

—¿Como qué?

—Su trabajo en el periódico. Usted creía que trabajaba allí a jornada completa...

—Me enteré luego.

—Bien. ¿Y qué me dice de la carta que le escribió y que no llegó a echar al correo? La posdata. —El inspector consultó su bloc de notas y luego añadió—: Aquí está: «No le digas nada de mí a nadie». ¿Por qué le escribió esto?

Me encogí de hombros.

—¿No cree que su posdata era una manera de insinuarle que sospechaba que podían venir a hacer preguntas acerca de ella?

—Dudo que imaginase que iba a morir.

—Puede. Pero sí sabía que se marchaba para no volver. Por lo menos, no con usted. —Hizo una pausa como para dejarme digerir el comentario y prosiguió—: ¿Por qué lo dejó, señor Brandon?

—No tengo ni idea.

—No tiene ni idea —dijo en tono más afirmativo que de pregunta. Su expresión no dejaba traslucir nada, pero el tono delataba escepticismo.

—Mire, durante todo el tiempo que estuvimos juntos, tuve la sensación de que podía marcharse en cualquier momento. No podía dar uno nada por sentado respecto a Rosa. Vino a vivir conmigo por un impulso y, por lo visto, por un impulso se marchó.

El inspector volvió a mirar sus notas.

—«Me marchó. No he de decirte por qué», parece apuntar a algo más que a un impulso —dijo el inspector mirándome con fijeza desde el otro lado de la mesa—. Suena como si pensara que usted sabía perfectamente cuál era la razón.

—Pues no —dije meneando la cabeza—. No. Yo no lo interpreté en el sentido de que no necesitase decírmelo sino de que no tenía obligación de decírmelo.

—Vivieron juntos durante un año, como pareja; y ella se marcha sin razón aparente. Sin ninguna explicación; nada.

—Así era ella.

—¿Y a usted le gustan esa clase de relaciones? —me preguntó mirándome sin sonreír.

—Era la única clase de relaciones que estaba dispuesta a mantener —repuse, mirándolo a mi vez con la misma seriedad.

Se marcharon al poco. Unos minutos después, el ayudante del inspector regresó con *Merlín* bajo el brazo. El gato, que parecía desmadejado, miraba hacia abajo desde aquella altura, desconcertado por no poder tocar el suelo con las patas extendidas. El sargento Crookes me explicó que uno de los funcionarios de la policía judicial había visto moverse algo en una de las bolsas que habían cargado en la furgoneta. Dejó a *Merlín* en la entrada y el gato se escabulló de inmediato entre mis piernas, hacia el interior de la casa.

—La gata era de ella, ¿verdad?

—Es macho. Y tiene suerte de que no se le haya orinado.

El sargento me miró muy serio y señaló hacia uno de los vehículos policiales aparcado en la calle.

—Ése privilegio se lo ha reservado el inspector, señor.

Fui en bicicleta hacia el centro de la ciudad, desmonté en Bonn Square y fui andando con la bicicleta de Rosa hasta Carfax, antes de volver a montar y continuar por la cuesta de High Street. Rosa no tenía en cuenta por sistema la prohibición de ir en bicicleta por Queen Street, igual que en todas las zonas peatonales de Oxford, por más veces que la obligasen a bajar. Tampoco se molestó en reponer el faro después de que se lo robasen una noche que la dejó con la cadena puesta frente a un pub. ¿Molestarse en desmontar el faro y llevarlo consigo? «¿Al pub? ¡Vamos anda!». Se le antojaba más molesto desmontar el faro que circular sin él.

Seguí con la bicicleta por el puente Magdalen. Unos madrugadores amantes del picnic habían dispuesto sus viandas en la franja de hierba, frente al Cherwell. Se veían varias bateas en el río. Cinco minutos después, volvía a desmontar, casi sin resuello y acalorado por el paseo. Fijé la cadena de la bicicleta a la barandilla de la acera, frente a una casa de ladrillo rojo de Cowley Road.

Dympna debía de estar mirando por la ventana, porque al asir la aldaba, me sorprendió ver que la puerta se abría. Me dio la impresión de probarse una sonrisa que no le venía. Nos saludamos. La seguí pasillo adelante hasta su habitación. Las paredes y las puertas del armario empotrado estaban cubiertas de pósters de músicos

y escritores irlandeses —un cantante pop y un Joyce con gafas, codo con codo—. El llamativo estampado del edredón y los cojines, a juego con las cortinas de color mandarina y carmesí y la alfombra de alegres dibujos, creaba un ambiente psicodélico. Habíamos estado en aquella habitación muchas veces —Rosa y yo, Dympna y John— fumando, bebiendo, charlando sin parar, y cantando al compás de la música hasta el amanecer. Ahora, en cambio, me sentía como un extraño.

Dympna me hizo té y puso galletas en unos platitos —por hacer algo, dio la impresión, más que por verdadero sentido de la hospitalidad—, como para retrasar el momento en que tendríamos que dejar de hablar del tiempo, y de preguntarme si lo quería con o sin leche, con o sin azúcar.

No nos veíamos desde el funeral, y sólo habíamos hablado una vez, al telefonarla yo para decirle que quería verla. La miré desde el único sillón; su almiar de rizos de color rubio rojizo rebosaba de la cinta azul que ceñía su frente. Tenía hoyuelos en los codos e iba descalza. Llevaba una camiseta holgada y unos pantalones vaqueros arrugados. Era la mejor amiga de Rosa. Compartieron un apartamento en Londres años antes. Perdieron el contacto después de que Rosa se trasladase, y luego reanudaron su amistad tras coincidir en un festival de rock irlandés. Por entonces, Rosa estaba sin trabajo y Dympna —que trabajaba en Oxford como articulista en *Erin*— le consiguió un puesto de ayudante editorial, y le encontró alojamiento con una amiga. Ésa era la historia.

—¿Demasiado fuerte?

—No, está bien.

Posé la taza en el ancho brazo del sillón junto a un platito de galletas. Dympna se sentó en una de las sillas de respaldo recto frente a la mesa. La luz que entraba por la ventana le daba un aspecto cremoso a su rostro lleno de pecas. Se oía una radio sonar en otra de las habitaciones. La vajilla del desayuno, reluciente, estaba en un escurrerplatos de alambre junto al fregadero. La habitación apestaba a olla podrida y a porro.

—¿La echas de menos?

Se lo pregunté sin pensar. Se me ocurrió de pronto y se lo dije. También pensé que era la primera vez que estábamos a solas.

—Muchísimo —musitó Dympna bajando la vista.

Me dije que estaba a punto de hacerme la misma pregunta. Pero no me la hizo. Simplemente, me miró y luegoladeó la cabeza hacia la ventana. Transcurrieron unos momentos un tanto embarazosos, mientras tratábamos de mostrarnos amables ofreciéndonos cigarrillos. Ella accedió y fumamos de los míos.

—Tengo entendido que la policía estuvo en la redacción del periódico —dije.

—Sí —asintió Dympna, a la vez que se remetía unos rizos bajo la cinta del pelo—. Son unos cabrones.

—También han estado en mi casa.

—Ya lo sé.

—Creen que pudo haber estado mezclada con el IRA.

Ella asintió con la cabeza. Se había alcanzado dos galletas y mordisqueaba como una ardilla la fina capa del relleno de crema de chocolate.

—¿Creen que también pudiera estar vinculado alguien del periódico? —pregunté.

—¿Lo crees tú?

No contesté. No me pareció que tuviese que hacerlo y pensé que mi expresión así lo dejaba traslucir. La hostilidad de Dympna remitió visiblemente. Acabó por comerse toda la galleta.

—Si quieres que te dé mi opinión —dijo ella con un ademán desdeñoso—, la policía no tiene ni idea de nada.

Aunque ya no se mostrase abiertamente hostil, a medida que nos adentramos en la conversación, quedó claro por su talante que ella era amiga de Rosa y no mía. Si yo esperaba una colaboración más calurosa —siquiera condolencia o simpatía—, a causa de nuestra mutua pérdida, me equivocaba. Todos sus movimientos, todas las expresiones de su rostro, cada palabra, encubrían preguntas silenciadas. *¿A qué has venido aquí? ¿Qué quieres de mí?*

—Rosa te lo dijo, ¿no?

—¿Decirme qué?

—Por qué me dejaba.

—¡Pero Red...! —exclamó exhalando el humo.

—No importa, Dympna, no hablemos de ello si no quieres. —La miré mientras apagaba el cigarrillo B&H, a medio fumar, y añadí—: No lo digo por mí, sino por tratar de entender por qué murió. Quiero decir que no se trata de mí y de ella, sino de ella.

Dympna no contestó; ni siquiera me miró, pero su desdén era palpable. No me iba a quitar el sueño. Hice caer la ceniza de mi cigarrillo, al que apenas había dado dos caladas, y aspiré el humo.

—¿Sabes qué hacía Rosa los jueves y los viernes? —le pregunté mientras el humo se dispersaba.

No contestó.

—¿Sabes a qué iba a Amsterdam?

Tampoco contestó.

—¿Quién es Charity Jackson, Dympna?

Frunció el ceño pero siguió con el mismo mutismo.

—Está bien, dime entonces quién es Vicky.

Noté un matiz distinto en su silencio al hacerle esta pregunta.

Dympna sonrió y alzó la vista. Se le humedecieron los ojos.

—Rosa y yo solíamos dormir juntas cuando vivíamos en Londres. Nada de sexo, sólo compartíamos la cama. Si una de nosotras pasaba por un mal momento, a causa de algún chico, claro, nos tapábamos hasta las orejas y hablábamos hasta quedarnos dormidas. Ella siempre decía que... yo olía a helado de vainilla.

Dympna rompió a llorar.

—Y así se os pasaba todo, ¿no? —dije.

Pues vaya... Me irritó deducir que Dympna no sólo conocía a Rosa desde hacía más tiempo que yo, sino que su relación había sido de una naturaleza que yo, como hombre, sólo podía aventurar. Y sentí celos, la verdad.

—Un arrumaco y una cariñosa charla bajo las ropas de la cama y... se acabó: problema solucionado.

Dympna se secó las lágrimas.

—Yo no he dicho que solucionásemos nada —replicó.

Me afloró un recuerdo: Rosa chupándose el pulgar, sin saber que la observaba, dormida. Por la mañana, se echó a reír al comentárselo, pero noté que la violentaba saber que la había visto en una actitud de niña indefensa.

Bebí un sorbo de té. Estaba casi frío y apenas lo toqué.

—Yo también la he perdido —dije.

—Claro.

—¿Por qué...? ¿Le diste tu palabra de que no dirías nada? —le pregunté en tono conciliador.

—No era necesario —contestó con frialdad.

—¿Ni siquiera a mí? ¿Ni siquiera después de lo que ha ocurrido?

Movió la cabeza.

—Está bien, si no quieres contarme nada dime, por lo menos, dónde puedo encontrar a la tal Vicky.

Dympna me pidió que me marchase. Concretamente me dijo: «Me parece que será mejor que te marches, Red». No lo dijo de mal talante sino cansada (como una inválida que despidiese a quien había ido a visitarla, fatigada por su compañía). Su silla chocó contra la pata de la mesa al levantarse. Fue al fregadero y echó los posos de su té.

—Nunca te he caído bien, ¿verdad?

—Estabas con Rosa, y yo confiaba en su criterio —me contestó mirándome. Titubeó unos momentos y sonrió sin ganas—. ¡Joder, Red! ¡Claro que me caías bien!

—¿Fue a ti a quien le pidió que fueses a recoger sus cosas a mi casa?

La sonrisa se evaporó. Permaneció unos momentos en silencio y luego asintió con la cabeza.

—¿Y te dijo por qué?

—No, sólo me dijo que se marchaba.

Dympna me pregunta acerca de Red, qué siento por él, y no sé qué decirle, porque ni siquiera yo lo sé. De modo que me encojo de hombros. Está fumando un porro. Tiene los ojos enrojecidos y sonrío de esa manera que parece que la boca vaya a quedársele con la misma mueca de por vida. Cuento las semanas que llevo viviendo con él. Siete. Joder. Es bastante jodido llevar siete semanas, si lo mira una bien. Según Dympna, ella estuvo segura de lo de John cuando llevaba siete días con él. No la creo. La gente dice esas bobadas porque cree que suenan bien, que es romántico. O quieren recordarlo así, y acababan convenciéndose de que fue así. Yo le digo que me alegro por ella. Me mira como si adivinara que creo que son paparruchas, pero como ya está emporrada lo deja correr.

—Algo debe de haber o, de lo contrario, no seguirías con él —me dice.

—No he dicho que no me guste. Me gusta. Es como un acelerador. Te pone a cien. Se echa a reír. Dice que hacía siglos que no oía esa expresión. Un acelerador... Su habitación apesta. Incluso yo, que no estoy fumando, me noto emporrada. Lo que tengo que hacer, según ella, es trazar mi mandala, que no tengo ni idea de lo que significa.

—¿Mandala...? ¿Como de Nelson Mandala?

—No. Es Nelson Mandela. He dicho mandala. Verás...

Me explica lo que es. Trazas un gran círculo en esta hoja de papel y, dentro del círculo, escribes todas las cosas que son importantes para ti: personas, lugares, trabajo, lo que sea. Puedes representarlos con pequeños dibujos en lugar de escribir, si quieres. Cuanto más importante sea más cerca del centro del círculo debe estar; y lo menos importante cerca del exterior del círculo. Las cosas que te importan un pito... no las incluyes en el círculo. Dympna dice que ella hace continuamente su mandala, cada par de meses, y que siempre es diferente. Se incorporan nuevas cosas al círculo; otras antiguas quedan fuera; otras se acercan o se alejan más del centro.

—El quid está en que has de ser completamente sincera contigo misma. Y no hacerlo cuando estás furiosa o afectada por algo.

La verdad es que la condenada Dympna tiene mucho de hippie. Le pregunto qué objeto tiene hacer eso, y me dice que te hace pensar con mayor claridad acerca de una misma y de lo que más te importa.

—El modo de averiguar hasta qué punto te importa Red es ver cómo te sientes, respecto a él, en relación con los demás aspectos de tu vida.

De modo que me da una hoja de papel y un bolígrafo de punta de fieltro y lo hago. Resulta difícil, la verdad. Parece fácil, pero no lo es. Creo que voy a tardar unos diez minutos, pero al cabo de una hora, aún estoy en ello. Dympna ha hecho té y está comiendo un trozo de tarta de frutas, grande como un ladrillo. Cuando termino, se lo muestro. Lo observa unos momentos, sonrío y asiente con la cabeza.

—Yo estoy más cerca del centro que él —me dice.

—Sí, pero prefiero follar con él que contigo.

Nos echamos las dos a reír, y le pregunto si puedo comer un poco de tarta, antes de que se la zampe toda. Mira unos momentos más mi mandala y me lo devuelve. Me mira como preguntándome: «¿Y bien?». ¡No lo sé, joder! Me gusta, follamos, sintonizamos, y aún no ha hecho nada para hacer que lo odie. Y no tengo intención de largarme, lo que es bastante, después de siete semanas.

Desorientación

¿Qué es lo más importante en el repertorio de un mago? La desorientación. Sin la desorientación, ni el más hábil prestidigitador, ni el artilugio mecánico más ingenioso, crearían la ilusión de «verdadera» magia. Y, a la inversa, con la ayuda de la desorientación el método más simple puede lograr una apariencia milagrosa. Los dos factores esenciales de la desorientación son distraer la atención del método de un número —del secreto— y atraer la atención hacia algún punto, o aspecto, que parece crucial pero que no lo es. El objeto es contrarrestar la capacidad de observación del espectador, no su capacidad de comprensión. La mayoría de las personas están familiarizadas con el concepto de desorientación en la magia. «No miren la mano que se mueve sino la que parece pasiva por parte del ilusionista...». Pese a ello, un buen ilusionista no sólo sabe «afrentar» la mirada del espectador, sino utilizar ese conocimiento contra él con una serie de sutiles maniobras.

La desorientación es otra de las tácticas que tienen en común el ilusionista y el mentiroso. La esposa adúltera, por ejemplo, pillada *in fraganti* mientras habla por teléfono con su amante, justificará su evidente azoramiento ante la súbita aparición de su esposo. «¡Oh, qué susto me has dado!» (si él le pregunta con quién hablaba, ella puede recurrir al «principio de honestidad»: «Ah, pues con mi amante», confiando en que su esposo no la crea). Existe un número de ilusionismo en el que se combinan el principio de honestidad y la desorientación. Muestro dos cajas grandes, para que se vea que están vacías. Luego, con la de mayor tamaño cubro la otra. La Encantadora Kim irrumpe, con exultante teatralidad, a través de la parte superior como por ensalmo. Aplausos. Los espectadores son entonces invitados a imaginar que están entre bastidores, viendo el número desde atrás, mientras repito el mismo número frente a un público ficticio, pintado en un decorado que acababan de hacer descender. La premisa es que al verdadero público se le permite el raro privilegio de presenciar cómo se hace el «truco». Sigo el mismo procedimiento de antes. Muestro la primera caja a los espectadores ficticios, y la vuelvo a dejar. Al acercarme a la segunda caja, Kim, a través de unos paneles secretos, asoma de esta caja y entra en la primera, a la vista del verdadero público, pero oculta respecto al público ficticio. De nuevo vuelvo a introducir una caja en la otra. Se palpa un ambiente de divertida complicidad, al descubrir el truco, mezclado con decepción, cuando los espectadores descubren que el método no tiene nada de mágico. Esto, sin embargo, se transforma en asombro cuando el fondo de la caja se abre y... no aparece Kim sino un hombre, un ayudante. Y Kim ha desaparecido.

Éste número, que llamamos *Entre bastidores*, lo hice en mi única (hasta la fecha)

aparición en televisión. Fui uno de los finalistas en un concurso nacional para jóvenes magos que trabajaban en salas de espectáculos. «Jóvenes» significaba tener menos de treinta años. A mí sólo me faltaban unos meses para cumplirlos. Mis partidarios entre el público del estudio eran Rosa, Paul Fievre, Taaffe y su esposa, Dympna y John. Paul me consiguió el vídeo de mi actuación, que contiene las únicas imágenes en movimiento que tengo de Rosa.

Durante cosa de una semana, después de su muerte, no podía soportar la idea de ver el montón de fotos que tenía de ella, de los dos, que llenaban dos álbumes. Las fotos fijadas al panel de corcho de la cocina, o enmarcadas, las retiré. Pero después de ver su fotografía en el pasaporte que estaba en el bolso que me devolvieron, sentí el impulso contrario y, de eludirlas por completo, pasé a mirarlas de una manera insaciable. No me cansaba de verlas. En pocas horas, festoneé las habitaciones de la casa con las fotos de Rosa que encontré. Dondequiera que estuviese, estaba con ella. Rosa riendo, haciendo una mueca; Rosa en bicicleta. —Mira...: ¡sin manos!— por el camino de sirga; Rosa y yo besándonos; Rosa con la melena ondeando al viento; Rosa tirándome una empanadilla; Rosa y Dympna bebiendo un cóctel; Rosa arrullando a *Merlín*; Rosa bailando; Rosa en bata; Rosa en cama con gripe; Rosa desnuda a través de la cortina translúcida de la ducha; Rosa cocinando; Rosa trabajando en el jardín; Rosa y yo en un carrusel de feria; Rosa poniéndose sombra de ojos de color borgoña; Rosa sentada en el suelo con las piernas cruzadas, abriendo regalos de Navidad; Rosa fumando un cigarrillo. La fotografía del jardín, mientras podaba los rosales, se la tomé por sorpresa. Fue la última antes de su muerte. Entonces no lo sabía, pero ya estaba perdiéndola.

Durante esta fase de fotoadicción fue cuando puse el vídeo de mi número en televisión. Introduce la cinta, pulsé el avance hasta la secuencia que me interesaba y la vi una y otra vez. Rosa sólo aparecía unos segundos, al recorrer la cámara un sector del público. Mis partidarios aplaudían entusiásticamente. Rosa tenía los dedos índice y corazón de la mano derecha en la boca, y se oía claramente un agudo silbido que destacaba de la ovación general. Luego bajaba la cabeza y se inclinaba a susurrarle algo al oído a la mujer que se sentaba a su lado, Dympna. Se ve a Rosa de cintura para arriba. Llevaba una blusa de algodón de color amarillo limón, a la que las luces del estudio daban un aspecto sedoso. Su peinado tiene demasiado volumen, y el pelo es de un color negro poco natural; los ojos y los labios tienen trazos de amarillo. Sus pendientes y sus brazaletes emiten reflejos. Tiene los labios entreabiertos. Es Rosa y no es Rosa. Más bien parece una extraña, captada fugazmente por la cámara (podría ser la novia, la hija, la hermana o la amiga de cualquiera). Se la ve feliz y entusiasmada. Podía haber sido una actriz situada entre el público para fingir que se lo estaba pasando en grande. Sólo conociéndola era posible notar que su entusiasmo no era fingido. Después de volver a ver la escena varias veces, congelé la imagen,

con Rosa en el centro. Está parcialmente desenfocada. Los colores aparecen difuminados, «sangran». Tiene la boca abierta. Igual podía estar hablando que a punto de estornudar. Se le ve la punta de la lengua humedecida entre los dientes. Al mirar su imagen congelada, recordé una fotografía de hombros para arriba, en que aparecía detrás del presentador que aludía a la víctima de un horrible crimen o accidente. En esta clase de fotos instantáneas, y en las filmaciones de videoaficionados, la expresión de ojos de la persona da la impresión de presentir la muerte, como si el retrato captase la esencia de la inminente tragedia. Me pregunté si no habría sido mi intuición la que captó algo que no estaba allí. O la propia Rosa que, al igual que todos nosotros, llevase siempre la impronta de la mortalidad. Toda fotografía de una persona es la fotografía de alguien que un día morirá. Descongelé la imagen y dejé que Rosa volviese a moverse. Reía, silbaba. Luego, la cámara enfocaba a Peter Prestige y a la Encantadora Kim en el escenario, saludando.

Kim me telefoneó para preguntarme cómo lo llevaba. Ésa fue la expresión que utilizó: «cómo lo llevaba». También me preguntó, de un modo menos directo, cuándo calculaba que podría reanudar el trabajo. Le dije que no tenía ni idea. Le garanticé, aunque no me lo pidió, que continuaría cobrando igual. «No es en mí en quien pienso, Red. Lo digo por ti...».

Se lo agradecí. Si había algo que ella pudiera hacer (nada en absoluto), que se lo dijese. Volví a darle las gracias y colgué.

Kim tiene un talento para desorientar muy superior al que necesita cualquier ayudante de un ilusionista. Con su participación, pude introducir más elementos en mis números —y más elaborados—. En palabras de Paul, era como si hubiese dos ilusionistas en el escenario.

Mientras miraba el teléfono, el auricular posado en el receptáculo, pringoso por la condensación de mi tacto aún no evaporado, dominé el impulso de volver a llamarla. Pero en lugar de ello, llamé por teléfono a Dympna. Fue al día siguiente de haberla visitado en su estudio. Me sentía tan abrumado por las preguntas que no me había contestado, que mi voluntad de respetar su reticencia cedió. Tenía que saber lo que ella sabía. No me había mentido de un modo expreso, pero sí por ocultación, por evasivas. «No le digas nada de mí a nadie». ¿A cuántos de nosotros no les habría dicho lo mismo Rosa? Estaba convencido de que Dympna había mentido también por «desorientación», aunque de un modo nada sutil. Había disfrazado su hostilidad hacia mí de lealtad hacia Rosa, que era con quien tenía una amistad íntima y no conmigo. Era una hostilidad cargada de celos. Aunque ella ignorase la razón de que Rosa me hubiese dejado, la sola deserción alimentaba su desconfianza. Pero yo había captado algo más en su talante —no se trataba sólo de rabia, cautela o desdén, sino también de temor—. Al reflexionar sobre nuestra entrevista, concluí que Dympna tenía

verdadero miedo a hablar conmigo. La llamé. No para confortarla, ni para volver sobre la conversación del día anterior, sino para hacerle una pregunta que olvidé hacerle entonces.

—¿Se veía Rosa con alguna otra persona, Dympna?

—¡Qué va!

—Sé sincera conmigo.

—No, te digo que no, Red.

—¿Y nunca había salido con otro, estando conmigo?

—No.

—Bueno.

—De ser así, me lo habría dicho.

—Ya.

—Red...

—Perdona, Dympna. Es que... necesitaba saberlo.

Le conté que la policía se había llevado las cosas que Rosa le pidió que fuese a recoger. Me habían entregado copia de la lista de pertenencias y me la habían hecho firmar, a modo de recibo. Me lo devolverían todo a su debido tiempo, junto a todo aquello que contenía el bolso que ya no fuese necesario para la investigación. No se llevaron ninguna fotografía, aunque el inspector Strudwick se sorprendió bastante al ver tantas por toda la casa. También Dympna pareció sorprenderse cuando le conté lo que había hecho con las fotos. Noté que eso dulcificaba su actitud hacia mí, aunque sólo un poco; no lo bastante.

La creí cuando me aseguró que Rosa no me era infiel, lo que no significa que yo creyese en la fidelidad de Rosa. Había demasiados interrogantes en relación con su muerte. De lo que no me cupo duda era de que Rosa llevaba una doble vida de la que yo no sabía nada. Había oído comentar, más de una vez, que cuando dos amantes se conocen tienen una premonición subliminal de lo que causará su separación. Con Rosa, tuve la intuición, desde el principio, de que esa causa sería el sexo. Era tan sexual que no podía creer que tuviese bastante conmigo. Se mostró tan dispuesta a follar conmigo, nada más conocernos, que me parecía imposible ser el último hombre de su vida a quien se follase de buenas a primeras. Incluso antes de su muerte, antes de aventurarme a descifrar el misterio del que ella rodeaba la mitad de su vida, me afirmé en el convencimiento de que me ocultaba algo. Y ese algo era que estaba a punto de perderla, de que me dejase por otro. Traté de explicárselo en parte a Dympna por teléfono. Mi comentario hizo que su tono volviese a ser áspero. «Por Dios, Red. Rosa se mata y en lo único que se te ocurre pensar es en si se acostaba con otro». No dijo «Rosa ha muerto», sino «Rosa se mata». Ésas fueron sus exactas palabras: «Rosa se mata».

—¿Por qué, Dympna?

—¿Qué?

—¿Que por qué se mató?

—Yo no he dicho eso... No he querido decir que se suicidase. ¿O es que no lees los periódicos? «Se mata en la autopista al patinarle el coche». Mira, no tergiverses...

—¿Crees que la mataron?

En lugar de una respuesta oí un clic y se cortó la comunicación.

Empanadillas

Rosa estaba haciendo empanadillas. No era Martes de Carnaval ni ningún otro martes. Llegué a casa después de ensayar, y encontré la repisa de la cocina salpicada de leche, harina, cáscaras de huevo y fragmentos de clara que parecían restos de semen. Rosa iba a verter la masa de un cuenco de cristal en la sartén, que humeaba.

—*Pannekoeken* —dijo moviendo la espátula—. Me gustan tanto que comería hasta reventar.

—*Panne...* ¿qué?

Rosa me miró y luego volvió a mirar a la sartén.

—Así es como me dijo que se llamaban un chico en Londres. Un chico holandés. Era cocinero.

Era la primera vez que cocinaba desde que se vino a vivir conmigo. Por lo general, picábamos cualquier cosa fuera, íbamos al restaurante o nos traíamos menús preparados. De vez en cuando, preparaba yo algo. Vi que Rosa cubría la masa de la sartén con una líquida capa de color blanco amarillento. En otro fogón tenía una cazuela con algo que hervía a fuego lento. Al levantar yo la tapa para echarle un vistazo, me dijo que era jamón y champiñones, con una salsa de crema al vino blanco. *Woite woine*. Rosa tenía a mano un vaso de vino, por la mitad, encima de la repisa. Abrí el frigorífico y miré el interior.

—¿Dónde está el resto del morapio? —le pregunté.

—Te he dicho que es blanco. Está aquí —contestó Rosa señalando su estómago—. Y me parece que aquí también tengo un poco —añadió dándose un golpecito en la cabeza.

Perdí la cuenta de los *pannekoeken* que comimos aquella noche. Estaban deliciosos. Me confesó sin modestia que era su especialidad; que nadie los hacía mejor y que, si alguien lo decía, era un farol. En aquellos momentos, su comentario me pareció divertido. Pero es que para entonces ya nos habíamos bebido dos botellas de vino. Nos echamos en el sofá y escuchamos unos discos compactos. Debía de ser pasada la medianoche. Teníamos los brazos y las piernas entrelazados. Pero tras mucho rebullirnos para encontrar la postura, estábamos cómodos. Yo le acariciaba el pelo. Tenía su mano izquierda posada en mi estómago, lleno de empanadillas. Nunca habíamos estado en tal proximidad física, aunque completamente vestidos, sin que ella o yo buscásemos el sexo. Incluso cuando ella introdujo una mano bajo mi camisa, el contacto fue más afectuoso que insinuante. Le pregunté si se alegraba de haberse venido a vivir conmigo. Me contestó que era la peor decisión que había tomado en su vida. Y coronó el comentario con un eructo por el que no se excusó.

—¿No habías vivido nunca con un hombre?

Ella movió la cabeza, pese a estar semiaprisionada entre mi hombro y el pecho.

De modo que no pude interpretar si afirmaba o negaba.

—¿Eh?

—Claro.

—¿Con uno o con más de uno?

—Nunca con más de uno a la vez.

—¿Y qué tal salgo parado en la comparación? —pregunté riendo.

—Ah, vaya...

Calambre. Retiré una pierna de debajo de las suyas y la flexioné. Apoyé el pie en el brazo del sofá.

—¿Y qué ocurrió con los otros?

Notaba el cálido aliento de Rosa en el cuello.

—Pues que no seguimos. El caso es que ya no vivo con ellos.

—No, yo...

«Déjalo correr». Me apetecía fumar, pero habría tenido que desentrelazarme para alcanzarme el paquete. Seguí jugando con su pelo. Raramente hablábamos de nuestras anteriores relaciones —o, mejor dicho, de vez en cuando, yo había hecho tímidos intentos de sacar el tema a colación—. Ella siempre despachaba el asunto como si aplastara un insecto con el matamoscas. Un día, ante mi insistencia, Rosa me recordó una escena de la película *Cuatro bodas y un funeral*...

«Sí, hombre, en la que el protagonista quiere saber a cuántos se ha tirado ella, y ella le suelta una lista así de larga». Punto. A veces, una involuntaria imagen de Rosa con otro hombre me producía náuseas y ansiedad; otras, fantaseaba, y me excitaba con las imágenes de sexo duro que reflejaba la pantalla de mi imaginación. Aquella noche, en el sofá, Rosa me sorprendió reanudando la conversación donde yo la había dejado.

—Se jode.

—¿Siempre?

—Hasta la fecha, sí.

—¿Y por qué crees tú que ocurre?

—¿Nunca has pensado en dedicarte a la psicología? —dijo ella riendo.

—Perdona, sólo...

—Por Dios, Red, estoy como una cuba. No me dejes beber más.

—Ya no queda.

—Pues sal a comprar más y no me dejes beberlo.

—De acuerdo.

La estancia estaba caldeada y el calorcillo me adormecía y relajaba. Posé una mano encima de la que ella reposaba en mi estómago. Tenía los dedos fríos y yo no.

—Es como si yo les llenase un agujero que ni siquiera saben que tienen —dijo ella.

—¿Ah sí?

—Vamos..., que hablo en serio.

—¿Un agujero?

—Como si su vida estuviese vacía y no se diesen cuenta. Y entonces aparezco yo —dijo exhalando—. No sé lo que digo...

—Pues no entiendo que ésa pueda ser la causa de que se joda la relación.

—Me refiero a aquellos con los que hay algo más que cama.

—Claro.

—Es..., no lo sé. *Me convierto...* en su vida —dijo riendo—. Dympna dice que soy como una invasión. «Una invasión física y emocional».

—¿Y los desborda?

—A mí suele desbordarme. Me desborda desbordarlos.

—¿Cuál es tu tipo de hombre entonces? Tu «hombre ideal» —le pregunté tras reflexionar unos momentos.

Rosa me besó en la oreja. Me hizo cosquillas con los pinceles de sus labios humedecidos.

—Mi hombre ideal es siempre *el siguiente*.

Después de la muerte de Rosa he descubierto la verdad de dónde aprendió a hacer empanadillas. *Un chico holandés*. Eso no era mentira, pero no era cocinero ni se conocieron en Londres. Se llamaba Nikolaas. *Se llama Nikolaas*. Un nombre y un número de teléfono en una hoja de papel, arrancada de un bloc, que estaba en su bolso. Era una pista respecto del fatal viaje de Rosa, y respecto a Charity Jackson. Aunque, mientras aquella noche nos atiborrábamos de *pannekoeken*, no tenía ni idea de la existencia de Nikolaas, y menos aun de lo importante que sería para mí, ni qué escurridizo.

Lo llamé desde casa de Paul y desde cabinas telefónicas. Lo llamaba tan a menudo que ya no necesitaba consultar la nota para marcar. Pero llamase a la hora que llamase, fuese cual fuese el día de la semana, invariablemente oía el mensaje grabado en un idioma que no entendía. Al final, exasperado, dejé mi nombre y mi número y dije ser un amigo de Rosa. En cuanto colgué, tuve la sensación de haber cometido un error. A decir verdad, no fue una sensación tan definida. Si ahora me lo parece así es al considerarlo en retrospectiva. Por entonces, lo que sentí fue un indescriptible deseo de retirar mi mensaje, de borrar las identificadoras palabras que había grabado en aquella cinta, que estaba irremediadamente en poder de otra persona. «Deslumbramiento» lo llamamos los magos. Un momentáneo *lapsus* en la técnica o en la concentración; o una inapropiada valoración de los campos de visión del público, que permite al espectador entrever algo que no debería haber entrevisto.

Me recosté en la pared de cristal de la cabina. Estaba oscuro. La lluvia recubría el

pavimento con una película de farolas reflejadas. Marqué el número de Lena. Con ella tuve aun menos éxito —no se ponía nadie al teléfono, ni respondía el contestador. Nada—. Las llamadas se habían hecho habituales. Escuchaba el timbre del teléfono, reiterado y aparentemente interminable, como si ése fuese el verdadero objeto de llamar. Me sumía en una especie de trance, entre el tedio y la rumia expectante. De ahí que, aquella noche lluviosa, me sobresaltase el clic de la conexión. Oí su voz con la misma claridad que si estuviese a mi lado. En holandés. Me pilló tan de improviso que no reaccioné enseguida. Y, tras una pausa, ella dijo algo más. ¿Hablabas mi idioma?

—Sí. ¿Quién es?

—Soy... Me llamo Red. Soy un amigo... Llamo acerca de Rosa.

—¿Red?

—Sí, erre-e-de. Soy amigo de Rosa. ¿Es usted Lena?

—No conozco a ningún Red.

—¿Es usted Lena? —insistí.

—¿Desde dónde llama?

—Desde Inglaterra. Desde Oxford. Yo vivía con Rosa aquí en Oxford... He encontrado su número... Su nombre y su número estaban anotados en un papel, entre sus cosas.

—No lo conozco a usted, señor Red.

Aunque no tuviese un acento marcado, no podía negar que era holandesa. Debía de ser joven y, a juzgar por el tono de su voz, era una mujer segura de sí misma, pese a su cautela ante la inesperada llamada. No se oía ningún ruido de fondo.

—Rosa ha muerto. ¿Lo sabía? Hace dos semanas.

—Me parece que se ha equivocado de número.

—Por favor... Creo que Rosa fue asesinada, que alguien la mató.

Silencio.

—¿Lena? ¿Sigue usted ahí? Creo que iba a verla a usted a Amsterdam cuando la mataron.

—Perdone. Ya le he dicho que se ha equivocado de número.

—No cuelgue, por favor. Necesito saber qué ocurrió.

No me contestó, pero tampoco colgó. La oía respirar.

—No puedo hablar con usted, señor Red, si no se identifica.

—Ya le he dicho que me llamo Red, que vivía con Rosa. Quiero decir que hacía un año que vivía conmigo cuando la mataron. Aunque Red no es mi verdadero nombre. Me llamo Fletcher Brandon. Soy ilusionista profesional.

Silencio.

—No sé qué más puedo decirle para identificarme.

—No puedo hablar con usted.

—Lena, por favor...

—Voy a colgar. Y no debe usted volver a llamarme.

—¿Quién es Charity Jackson?

Silencio. Pensé que había colgado.

—¿Quién es Nikolaas? ¿Un amigo de usted?

—¿Ha hablado usted con Nikolaas?

—No. Responde... su contestador. Le he dejado un mensaje con mi nombre y mi número de teléfono. ¿Qué...?

—¿A qué número lo ha llamado? —me preguntó en un tono claramente alarmado.

Le dije el número. Se hizo un largo silencio. Fui a decir algo pero ella se me adelantó.

—Señor Red, voy a decirle una cosa y luego voy a colgar. Ése número no es seguro.

—No entiendo.

—El número no es seguro para usted. Adiós.

Clic. Volví a marcar pero no contestó.

Por dos veces, en días sucesivos, una mujer me colgó cuando traté de hablar de Rosa. Primero Dymna. Ahora Lena (caso de que fuese con Lena con quien hablé). Me quedé en la cabina un rato, pensativo, escuchando la insistente llamada de un teléfono de Amsterdam. Luego colgué y volví a casa a pie, bajo la lluvia.

Aquí todas somos chicas, unas majas y otras no. Todavía tengo que ir al colegio. Creí que aquí enseñaban. Pero no. Y es un rollo, pero no me importa porque está Nicola y somos muy amigas. Algunos días nos escaqueamos y vamos al centro comercial, o a cualquier otro sitio, pero el personal de aquí siempre se entera y alguien (Dave o Jilly, por lo general) viene a tu dormitorio y te pide explicaciones. Eso es lo que quieren que hagas: hablar. Sin parar. Hablar y hablar. La semana pasada me tocó con Dave.

—Ayer faltaste a clase, Rosa. ¿Qué te parece eso a ti? —me preguntó.

—Me parece estupendo —contesté.

La tía Niamh no viene a verme. Ni siquiera me ha enviado una felicitación para mi cumpleaños. El mes pasado cumplí catorce y las únicas felicitaciones que he tenido han sido de Nicola y de Amy. Amy ha venido a verme un par de veces desde que me metió aquí. Dicen que confían en «colocarme» en otra familia adoptiva y yo pienso... ¡ah, vaya...! He recibido una carta de la tía. Dice que era una puta. Dice que he sido la desgracia del tío Michael y que arderé en el fuego eterno, igual que mi padre. Que el tío Michael no irá a la cárcel, que ni siquiera irá a juicio.

Muchas chicas de aquí se drogan. Un tal Luke viene hasta la verja trasera casi día sí y día no. Él lo llama «reparto de bocatas». Calculo que tiene unos veinte años. Dice que vivía en un hogar como éste desde los ocho años. A la mayoría de las chicas les huele mal. La primera vez que lo vi, estaba frente a la verja al volver yo del colegio. Me saludó y me dijo: ¿Eres nueva, verdad? Le contesté que sí y entonces me preguntó cómo me llamaba y se lo dije. Él me dijo que se llamaba Luke. Nos dimos la mano y eso me hizo reír porque no veo que nadie se dé la mano. Charlamos un poco. Es de Manchester, o de Liverpool, no me acuerdo, pero lleva aquí muchos años.

A veces subo a su coche. No vamos a ninguna parte. Nos quedamos donde lo tiene aparcado, frente a la casa, y fumamos. Marlboro. El Marlboro es el que más me gusta. Le digo que odio esta casa. Pero que no la odio tanto como vivir con mis tíos, pero la odio. Le cuento cosas, de todo. Le cuento lo del tío Michael. Luke no habla mucho; sólo se queda allí sentado escuchándome —de verdad, parece que me escucha—, asiente con la cabeza, fuma y mira a través del parabrisas. Y yo no paro

de contarle cosas.

Necromancia

Cuentan de Houdini que, al morir su madre, contrató a médiums para ponerse en contacto con ella. Y, como es natural, durante una de las sesiones el espíritu de la mujer muerta se comunicó con su hijo. Lo malo estuvo en que le habló en inglés, un idioma que ella apenas farfullaba. A partir de entonces, Houdini se consagró a denunciar la charlatanería de los videntes. También se cuenta que, pese a su escepticismo, Houdini le dijo a su esposa, Bess, que, si él moría antes, intentaría comunicarse desde el Más Allá. Para protegerse de la impostura, convinieron una clave que sólo ellos conocerían. Houdini murió el día de Halloween de 1926. Durante diez años, Bess organizaba una sesión el día del aniversario de su fallecimiento. Varios de los médiums aseguraban transmitir mensajes del espíritu del extraordinario escapólogo, pero ella no les daba el menor crédito. Y desistió de las sesiones. La viuda de Houdini terminó por creer lo que yo creo: la necromancia —o sea, la comunicación con los muertos mediante la adivinación— es una completa patraña. No piquen. Si yo no puedo detectar una mentira, ¿quién va a hacerlo? Al fin y al cabo, tanto los ilusionistas como los videntes se valen de la propensión de la gente a dejarse engañar.

Rosa y yo no convinimos ninguna clave para mantener relaciones póstumas. Nunca hablamos de la muerte, ni de la suya ni de la mía. Nada de esa filfa de «confío en morir yo primero porque no podría vivir sin ti...», como Rosa pudo haber dicho. Yo tenía veintiocho años cuando nos conocimos y ella estaba a punto de cumplir los veinticinco. No piensa uno en la propia muerte a esa edad. Con franqueza, no estaba muy seguro de que siguiésemos juntos cuando yo cumpliera los treinta, y nada digamos de imaginarme con ella, picando espuelas en geriátrica carrera, para llegar antes a la metamuerte. Y no me equivoqué. Ahora tengo casi los treinta y Rosa ya no está conmigo. La magnitud de su ausencia supera a la que tuvo su presencia. Su ausencia aquella noche, al volver de la cabina telefónica calado hasta los huesos... Fui arriba, me quité la ropa y me senté desnudo en la cama en la que dormíamos y follábamos tan a menudo. Allí, solo, en silencio y a oscuras, intenté comunicar con ella. Pero no se trataba de una tácita aceptación del fraude, ni de engañarme a mí mismo. Era la más pura y mágica de las farsas (la escenificación de lo ilusorio, de la errónea interpretación de los estímulos sensoriales). Sentado en la cama con las piernas cruzadas, cerré los ojos y reviví los olores, los sabores, los sonidos; las imágenes y el tacto de Rosa. Soñé con ella de un modo tan real, en aquel momento, que tuve la sensación de que no tenía más que abrir los ojos y la vería frente a mí, para abrazarla, hablarle y besarla. Si me habló fue a través de mis propios pensamientos. Como los espíritus de todos los seres queridos, me dijo lo que ya sabía, o lo que deseaba oír, o lo que estaba disfrazado dentro de mí.

Dos hechos deshicieron la ilusión. El primero corrió a cargo de *Merlín*, que saltó a la cama a investigar, con su húmedo morro y sus bigotes, ante los intrigantes olores de mis desnudos genitales. La segunda fue una voz que me llamaba. Había alguien en la casa. Eché al gato de la cama, salí al rellano de la escalera, me asomé a la barandilla y vi a mi hermano abajo.

—La puerta estaba abierta —dijo Taaffe—. Llevo varios días llamándote por teléfono.

—He dejado el contestador —repuse, empezando a bajar por los escalones—. No tenía ganas de hablar con nadie.

—¿Sabes que la tienes más pequeña que cuando éramos niños, Red?

—Espera..., voy a ponerme algo —dije deteniéndome a mitad de la escalera.

Bebíamos cerveza en el salón. Taaffe me dijo que estaba preocupado por mí. Y le dije que bueno. Y él me dijo que bueno no: que malo.

—Tienes muy mal aspecto. Y está la casa hecha un desastre. ¿Cuánto hace que no has comido?

—Es que... me he abandonado un poco desde que no está Rosa conmigo para tenerme a raya.

Se echó a reír.

—¡No me digas! «Rosa preferiría saltarse un ojo antes que hacer las labores domésticas». ¿No me dijiste tú eso, con estas mismas palabras? Pero... ¡si te planchabas tú hasta las servilletas!

Me encogí de hombros.

—Me llamó Paul —me dijo—. Pensó que podría venirte bien que me acercase por aquí.

—¿Ah sí? ¿Qué le ocurre a Paul?

—Muy gracioso.

—Mira, Taaffe, te voy a decir de qué va: Estoy de luto... Muere alguien y te quedas jodido. Prueba a guardar luto alguna vez. Te lo recomiendo.

—Eso no es estar de luto. Eso es ser incapaz de funcionar... Lo que haces, en realidad, es compadecerte.

—Bueno..., apenas llevas aquí cinco minutos y ya me siento mejor.

Taaffe alzó la botella y miró al trasluz su contenido.

—Buena cerveza...

—Belga. Era la favorita de Rosa.

—Pues tenía buen gusto la chica —dijo mi hermano mirándome con fijeza.

Taaffe y yo nos parecemos mucho, aunque él es un poco más moreno y tiene la cara más redonda. Tenemos parecida complejión. Lo que más nos diferencia es que yo me mantengo en forma (en atención a mis necesidades escénicas), mientras que él

tiene un trabajo sedentario (es subdirector de una sociedad financiera). Además posee una aversión compulsiva a toda clase de ejercicio físico y una desconcertante habilidad para leerme el pensamiento. A Taaffe le pusieron ese nombre en honor al *jockey* que ganó el Grand National de 1970, montando a *Gay Trip*, porque la carrera se disputó la semana anterior a que él naciese. Fue otro de los lucrativos ganadores de papá. Taaffe es un año y medio más joven que yo, pero está casado y tiene tres hijos, y eso le confiere una madurez que siempre me coloca en el papel de hermano menor. Dice que debería colocar un capitalito a plazo fijo para ahorrarme impuestos. En cierta ocasión, borracho, me confesó: «Me gustaría ser de la clase de tipos de los que una mujer como Rosa puede enamorarse». A Rosa le caía bien. Decía que era un *acelerador*.

Encendí un cigarrillo y miré el reloj. Casi medianoche. Le di las gracias a Taaffe por venir a verme, y él me dijo que no fuese tan blando.

—¿Has sabido algo de papá, últimamente? —le pregunté.

—Anteayer. A las tres de la madrugada.

—¿Cabreado?

—¿Te ha llamado a ti también? —dijo asintiendo con la cabeza.

—No. Hace varias semanas que no llama. —Bebí un trago de cerveza y añadí—: ¿Le has contado lo de Rosa?

—No.

Las cortinas estaban descorridas. Me acerqué a echarlas. En el alféizar había un cenicero lleno, dos botellas de cerveza vacías y una rebanada de pan de ajo a medio comer (de varios días). Encendí una lamparita y apagué las otras luces. Así, la estancia no parecía tan descuidada. Taaffe tenía los pies apoyados en un montón de periódicos. Yo me senté en el sofá, recostado en el respaldo y volví a fumar y a beber.

—¿Crees que mamá lo ha llegado a perdonar por lo que hizo? —pregunté.

—¿Lo habrías perdonado tú en su lugar? —dijo Taaffe mirándome.

—Es que ya hace diez años.

—Yo no contaría con que me perdonasen.

—Es que tú no lo harías.

Taaffe sonrió.

—¿Qué? —pregunté yo.

—Fantasear con tirártela.

—¿A quién? ¿A Mónica?

—¡La de pajas que me he hecho fantaseando con ella!

—¡Dios!

—¿No irás a decirme que tú no?

—En absoluto. Desde luego que no —dije meneando la cabeza—. La odiaba. Creo que la odiaba a ella más que a él.

La verdad es que yo también fantaseaba con ella. De haberme hecho la menor insinuación, yo habría... ¿Qué? ¿Qué habría hecho yo? Pues, probablemente, me la habría cascado. Cuando yo era un adolescente, solía masturbarme imaginando a Mónica follando con mi padre.

—¿Recuerdas las revistas que encontramos en su estudio? —le pregunté sonriente.

—¿Encontrar? Querrás decir las que vimos al forzar la cerradura de su despacho.

—Sí, bueno, es verdad —reconocí señalándolo con el cuello de mi botella—. Que yo sepa no le hiciste ascos a mirarlas.

—¿Cuántos años debía de tener yo? ¿Once? Nunca he visto nada semejante.

—No creo que sea una cuestión de edad, Taaffe. Muchas personas pasan toda la vida sin haber visto nunca a una mujer mamándose a un pastor alsaciano.

Mi hermano se echó a reír. Permanecimos en silencio unos momentos, dejando paso a esporádicos ataques de risa. Acabé el cigarrillo y encendí otro. Le pregunté a Taaffe si tenía apetito y me contestó que sí. Hay pan, le dije, que aún estaba bien para hacer tostadas, aunque no tenía nada para untar. La última Kerrygold que quedaba se la había dado a *Merlín* para desayunar. Fui a la cocina, corté cuatro rebanadas de la corteza de un pan de molde y las puse en la tostadora. Me quedé allí unos momentos, sin hacer nada. La puerta del armario de la cocina que quedaba bajo el fregadero estaba abierta. Me acerqué en dos zancadas y le di una patada, tan fuerte que se cerró con un tremendo estrépito. Reverberó en las paredes como el disparo de un rifle. Taaffe corrió a la puerta de la cocina. No dijimos nada. Me dolía el pie. Vigilé las tostadas, consciente de que mi hermano me observaba mientras les daba la vuelta y volvía a deslizar la parrilla bajo las llamas. Mi hermano entró entonces en la cocina. Le echó un vistazo al frigorífico y a dos compartimentos de los armarios.

—Mañana después del trabajo —me dijo—. Vendré e iremos a Tesco.

—¿A quién me parezco más, a mamá o a papá?

—A papá, sin duda. Mamá sólo tostaba el pan por un lado.

Tal como prometió, al día siguiente me llevó a hacer la compra. También vino mi cuñada, mis dos sobrinas y mi sobrino. Se quedaron todos a merendar y después me convencieron para que les hiciese un número a los dos mayores. Fue el primero que hice después de la muerte de Rosa. Le enseñé a Gemma cómo clavar un alfiler en un globo sin reventarlo. Le encantó. Me preguntó si la tía Rosa se había ido al cielo. Le contesté que no lo sabía. ¿Qué iba decirle? No se le puede decir a una niña de siete años que no crees en todas esas bobadas.

El intruso

Salí de copas con Conal Riordan, el jefe de Rosa en *Erin*. Empezamos en el Head of the River. Luego, cuando apareció toda la tripulación de estudiantes de una barca, con extravagantes vestimentas, y se liaron a competir con la bebida, apuramos las jarras y salimos de estampida hacia Folly Bridge Inn. «Ésta condenada ciudad está a merced de la universidad, dijo Conal».

Yo confiaba en sonsacarle, a ver si me daba alguna pista, pero estaba claro que ignoraba por completo la doble vida de Rosa. No tenía ni idea de qué podía hacer Rosa los días en los que, según había creído yo, estaba trabajando. Tampoco sabía por qué iba a Amsterdam; ni le había oído jamás mencionar a ninguna Vicky. Conal sabía menos que Dymrna, salvo que mintiese mejor que ella. De lo que estaba convencido era de que todo aquello nada tenía que ver con el IRA.

—Su compañera era la persona menos interesada en la política que he conocido —me aseguró.

—¿Todavía cree la policía que alguien del periódico pudo tener algo que ver?

—¡Menudos pelmazos! La policía está convencida de que cualquier chica que simpatice con los nacionalistas tiene contactos con los provisionales del IRA.

¿En qué andaría Rosa? A cada trago de cerveza, las hipótesis se hacían menos plausibles. Pero no tardamos en dejar de especular, y nos adentramos en una etílica melancolía de mutua condolencia. «Qué gran chica. La mejor del mundo. Qué horrible tragedia. Horrible, horrible...».

Volví a casa en bicicleta, borracho perdido.

Dejé la bicicleta de Rosa en el jardín, sin ponerle la cadena, porque estaba al cabo de la calle de que podían abrir el candado. La luz de la alarma me deslumbró. Vi su lívido rostro aquella primera noche, el primer beso. Pasos. Uno, dos, tres. La puerta. Encontré las llaves en un bolsillo en el que creía que no estaban, y la cerradura, la cerradura, forcejeé con la cerradura. Dios... La puerta se abrió. Entré en el vestíbulo y encendí la luz. Demasiado intensa. El perchero. ¿Qué coño era eso...? El perchero estaba volcado en el suelo. Y las chaquetas por el suelo. ¿Lo habría hecho yo? No. Yo nunca tocaba..., *Merlín*. Tenía que haber sido *Merlín*. Enderecé el perchero. Recogí las chaquetas. ¿Cómo era posible que hubiesen ido a parar tan lejos del perchero? Pero me urgía ir al aseo. Arriba. Escaleras... arriba. Puede que silbase. No lo recuerdo. Me da por silbar cuando me he tomado una jarra de más. Puede que fuese el silbido que él oyó, o puede que fuese el ruido que hice al entrar. No lo sé.

Las escaleras. Al llegar arriba, vino directo hacia mí a través del rellano. Rápido. Sin decir palabra. Lo vi echárseme encima desde la entrada del dormitorio. Llevaba guantes, un pasamontañas; labios sonrosados a través de la abertura de la tela. ¿Dije yo algo? ¿Grité? Me pegó. Lo vi pegarme; alzar el brazo con algo en la mano —

negro— y perdí el equilibrio, y la luz del techo daba vueltas. Debí de agarrarlo —del jersey, de la chaqueta—, porque... ¡Aaaah! Rodé escaleras abajo con él encima. Y luego, ¿luego qué? Hechos un ovillo en el vestíbulo. Ahora era yo quien estaba encima de él. No sentí dolor. Sólo náuseas. Nos quedamos allí sentados mucho rato, horas y horas, o puede que sólo fuese un momento. Ahora sí que me dolía. Miraba algo —una pesada linterna negra—, que rodó por los escalones hasta mis pies. Él estaba de pie, detrás de mí, empujándome. Agarré la linterna y me di la vuelta para golpearlo, pero le aticé al perchero, que se interpuso entre nosotros con sus brazos de lana. Vi a un árbitro tratando de separar a dos boxeadores. La linterna cayó al suelo. Gruñidos y jadeos. Me golpeó con el perchero y me quedé sentado mientras él corría hacia la puerta. Tras él. Tras él. A través de la puerta. Estábamos frente a la luz. Tiré del pasamontañas y vi su cara, cetrina, sudorosa; los ojos brillantes. Pelo negro y enmarañado. Volvió a levantar el brazo.

Echado boca arriba en los escalones. Quería dormir. Sólo dormir. Dormir.

Merlín me despejó, olisqueándome, dándome lametones en la mejilla. Toqué donde me lamía y se me empaparon los dedos de sangre. No podía sentarme. Estaba helado, agarrotado. A cada inspiración sentía un pinchazo. El gato estaba en los escalones, a mi lado, como si analizase mi poco airosa postura. Por un momento, pensé que iba a utilizar mi cuerpo a modo de pasarela para bajar hasta el último peldaño, sólo por lo que tenía de novedoso.

Rosa y yo solíamos pelear. No me refiero al día que me pegó. Nos peleábamos en la cama por nuestra parte de edredón. Los domingos por la mañana hacíamos guerra de almohadas. Forcejeábamos en el salón para hacernos con el mando a distancia. También nos peleábamos de verdad, y no necesariamente cuando habíamos bebido. Me echó un cuenco lleno de agua a la cara como réplica a una observación que le hice. Un día me mordió la oreja y me hizo sangre. Otro día me lanzó un tiesto al salir de casa. Por más años que viva no lograré recordar por qué habíamos discutido. Quizá se debiera a su explosiva pronunciación (decía «biolencia» en lugar de «violencia»).

El sargento del pelo cobrizo vino a casa solo. Le abrió Paul. El agente tuvo que recordarme su apellido: Crookes. «¿Cómo podía haberlo olvidado?», le dije (se apellidaba igual que un célebre ladrón). Un error por mi parte. Costaba contener la risa. Yo estaba tumbado boca arriba en la cama, con la cabeza apoyada en dos almohadas, las cervicales inmovilizadas por un collarín y el torso vendado de arriba abajo. El detective tenía el mismo aspecto cansado de siempre.

—Dos costillas rotas, una muela bailando y diez puntos —le contesté al

interesarse por mi estado—. Incluso tuve conmoción cerebral. Y me disloqué el pulgar dándole puñetazos al perchero.

El sargento Crookes asintió con la cabeza.

—¿Dónde está el inspector Strudwick? —pregunté.

—En el dentista. Una muela del juicio atravesada. Algo horrible, según dicen.

Sonreímos. El sargento se alcanzó una silla y se sentó junto a mi cama. Oía a Paul trajinar abajo.

—Lo peor es que no puedo fumar —dije—. Si fumo, me duelen las costillas.

Era consciente de que hablaba a saltitos, porque no podía decir más que dos palabras seguidas sin tragar saliva, sin tener que interrumpirme por los pinchazos. Me dio un ataque de tos y un sudor frío.

—Pues está usted mejor que el otro —dijo—. Le reventó el bazo.

—Con suerte, a lo mejor palma.

—Confiamos en tener oportunidad de interrogarlo.

Un agente de uniforme que estuvo en la escena de lo que, de momento, calificaron de «robo con allanamiento de morada», informó de que el intruso fue detenido después de desplomarse en la calle, no lejos de mi casa. La herida interna fue causada, presumiblemente, por el peso de mi cuerpo al rodar los dos escaleras abajo. La policía no encontró nada con lo que poder identificarlo, y aún no lo habían declarado en condiciones para interrogarlo después de la operación de urgencia a que tuvieron que someterlo.

—¿No lo conocía usted? —me preguntó a continuación el sargento Crookes.

—No lo había visto en mi vida.

—¿Y no le dijo él nada?

—No, ni una palabra.

Tomó nota.

—De modo que, básicamente, ¿por qué cree que se trató de algo más que de un ladrón que se ve sorprendido *in fraganti*?

Le reiteré lo que le dije al agente el día anterior. El intruso había registrado la casa al tuntún. Pero no afaná lo que le habría sido más fácil —tarjetas de crédito, dinero y una cámara fotográfica de las caras—; y, como al parecer había llegado a pie, difícilmente podía querer llevarse el televisor, el vídeo, la cadena de música o el ordenador. A juzgar por el desorden en que quedó la casa, se había interesado más por la correspondencia, documentos, diarios, agendas y blocs de notas. Había vuelto del revés los bolsillos de las prendas de Rosa que quedaban en la casa, y los de casi toda mi ropa. Había encendido mi ordenador, y había disquetes esparcidos por la mesa, aunque, al no tener la contraseña, no había podido abrirlos.

—Buscaba información —dije.

—¿Qué clase de información? —preguntó Crookes.

—¿Por qué no se lo pregunta a él?

—Se lo preguntaremos. Ahora se lo pregunto a usted.

En mi estado no podía encogerme de hombros. Hice una mueca con la intención de que significase: «A mí... que me registren, que es lo suyo».

—Si no sabe usted qué podía buscar —continuó el sargento—, ¿por qué está seguro de que tiene que ver con la muerte de la señorita Kelly?

Sopesé la conveniencia de decirle lo del mensaje que dejé en el contestador de Nikolaas; y la subsiguiente advertencia de Lena de que aquel número no era «seguro» para mí. Pero eso habría significado contarle lo del trozo de papel que encontré en el bolso de Rosa, y confesarle —explicarle— que lo había ocultado.

—No estoy seguro de que exista ninguna relación —dije—. Es sólo una sospecha.

—¿Y no falta nada de su casa? ¿Lo ha comprobado?

—No —contesté. Traté de impulsarme un poco con los talones para colocarme en una postura más cómoda—. ¿Le han encontrado encima algo mío o de Rosa?

—No.

Señalé hacia el vaso de agua que estaba en la mesita de noche y le pedí al sargento que me ayudase. El detective sostuvo el vaso, bajo mi mentón, e introdujo la pajita entre mis labios. Derramó un poco de agua. Se excusó y enderezó el vaso. Cuando hube terminado, volvió a dejarlo en el posavasos. Le di las gracias.

—¿Ha venido usted a preguntarme todo lo que ya le dije a su compañero?

—No —repuso él—. Quería que hablásemos de la señorita Kelly.

—¿Sobre qué, concretamente?

—Han aflorado algunos aspectos desde la última vez que hablamos. En relación con su pasado —repuso Crookes.

—A ver si lo adivino: cuando ella tenía dieciséis años, salía con un chico cuyo padre tenía un vecino cuyo mejor amigo conocía a alguien que tenía un primo en el IRA.

Sonrió. Reflexionó unos momentos antes de proseguir.

—La verdad es que no hemos aclarado nada por esa vía de investigación, señor Brandon.

—¿Y qué han aclarado, por otras vías...?

Me explicó que la policía había localizado a los padres adoptivos de Rosa, o sea, a sus tíos. Él había muerto de cáncer hacía dos años. Pero la tía Niamh aún vivía, ingresada permanentemente en un hospital psiquiátrico al norte de Londres. «Básicamente, alcoholismo crónico y enfermedad mental asociada al mismo». Tenía cincuenta y ocho años, dijo el sargento. Sus compañeros también habían localizado a una de las asistentes sociales que intervino, a lo largo de todos aquellos años, para poner a Rosa bajo la tutela de las autoridades locales. Se llamaba Amy Judd y, en la actualidad, trabajaba para una institución de beneficencia infantil, aunque en aquellos

momentos estaba de vacaciones. Había ido a las Antillas, a visitar a la familia, a Santa Lucía, concretamente.

—¿Rosa bajo tutela? —exclamé.

—Sí. A los trece años, casi catorce —repuso—. Aunque no por la razón que ella le contó.

—¿Por qué entonces?

Crookes titubeó, con la mirada fija en el punto en el que mi mentón sin afeitarse descansaba en el borde del collarín. Pensé que no me iba a contestar. Pero me equivoqué.

—Estaba incluida en el registro de riesgo, en lo que oficialmente se llama Unidad de Protección Infantil. Eso fue lo que propició que la apartasen de su hogar adoptivo.

—¿Y cuál era el riesgo?

—Abusos —me contestó. Me miró entonces a los ojos, aunque yo hubiese preferido que no lo hiciese—. Abusos deshonestos. Al parecer, de su tío Michael Kelly. Se abrió un sumario y se iniciaron diligencias, pero no llegó a ser procesado.

Guardamos silencio. Oí que sonaba el teléfono abajo y la apagada voz de Paul, que hablaba con alguien. Más que distraerme, fue un contrapunto surrealista al efecto de las palabras del detective. Cuando Crookes habló de nuevo, tuve que concentrarme para enterarme de lo que me decía. El hogar infantil en el que vivió Rosa estaba cerrado, me explicó. Los agentes trataban de localizar a los responsables del centro que trabajaban por entonces allí. Amy Judd había seguido el caso de Rosa durante varios años. Pero al no estar ella les era difícil determinar qué ocurrió con Rosa cuando abandonó la tutela oficial.

—Desde los dieciséis años hasta que trabó amistad en Londres con Dymphna O'Neill y luego empezó a trabajar en Oxford, en el periódico *Erin*, no sabemos nada en absoluto —me explicó el sargento—. O sea, una laguna de unos cinco años. No existe constancia de empleo ni de desempleo durante ese periodo; tampoco de haber estado implicada en ningún delito; ni consta en ningún padrón municipal ni lista de electores; tampoco cuentas corrientes ni de ahorro... Nada. Básicamente, como le he dicho, una laguna. Se diría que durante cinco años la señorita Kelly hubiese dejado de existir.

Estamos en casa de su hermano —yo y Red—. Lo pasamos en grande. La cena del domingo. La pierna de cordero parece de vaca. Salsa casera a la menta. Red les ha hecho unos números de magia a los niños, y les han encantado. Creen que es el rey de la reunión, sobre todo Gemma. Tiene seis años y está loca por su tío Red, y él por ella. Los veo jugar y pienso que —ya sé que está mal pensar así, pero no puedo evitarlo—, dentro de un par de años, podría empezar a pensar en follársela. A su sobrinita. Joder... Miradla, tan inocente, pero me dan ganas de decírselo, de prevenirla a tiempo. Pero no se puede hacer eso. Y miro a Red y lo veo muy lejos de desear nada parecido a follársela. La verdad es que su actitud con ella es estupenda. Incluso con la chiquitina, que apenas hace más que dormir, llorar y cagar, también se interesa por ella. La acuna y le habla, incluso le cambia los pañales. «Cuando digo las palabras mágicas...». Hace desaparecer cualquier cosa que tenga en la mano. Tiene narices la cosa. Sería un padre formidable, aunque no pienso decírselo nunca. En cuanto a él y a Gemma... me odio por pensar ciertas cosas.

Como digo, el domingo cenamos asado. Red está en buena forma y Taaffe es un tipo estupendo. Noto que a Lisa, la mujer de Taaffe, no le caigo muy bien —no debe de gustarle mi manera de vestir, mi manera de hablar, o la actitud de los niños conmigo, no lo sé—. Pero se muestra correcta, sonrío mucho y no me corta durante la conversación ni nada de eso, y la verdad es que me importa un pito lo que piense de mí. No agua la fiesta. Quien está a punto de estropearlo todo es Taaffe. Creo que soy la única que lo nota, y lo sabe. Yo no lo aliento, ni lo más mínimo, ni siquiera le sonrío. No va a quitarme el sueño. Nunca habrá nada entre nosotros, y él sabe que lo sé y, mientras Lisa y Red no lo noten, todos contentos. No pienso decírselo a Red, que tiene a su hermano en un altar. De modo que todo va sobre ruedas, apaciblemente.

Voy al cuarto de baño. Taaffe está lavando los platos; Red en el jardín, con Gemma y con Daniel; y Lisa acostando a Katy en la cuna. Pero cuando descorro el pestillo y salgo al rellano, Lisa está allí. Y ahora no sonrío.

—Ni se te ocurra —me dice.

Pude hacerme la tonta. Pero no.

—Él es el único que piensa en ello.

—¿Ya qué crees que se debe?

Noto que me mide de arriba abajo con la mirada. Hasta aquel momento estoy de su parte en el asunto, pero ahora pienso: ¡anda y que te den!

—¿Qué quieres?, ¿que me vista como una musulmana? ¿Es eso? ¿Con esa mierda del velo, para que no se empalme cada vez que me echa los ojos encima?

Pudo haberme abofeteado. Está a punto de hacerlo, pero se contiene. Pudo echarse a llorar. Dulcifico mi actitud.

—No va a hacer nada. No es de esa clase de hombres. Estoy segura.

Leo en sus ojos que el verdadero problema es la idea de que a él se le ocurra siquiera imaginarlo. Que piensa en mí mientras folla con ella, o algo así. «Pensamientos impuros», los llamaba el padre Horan. Y me dije que, por Dios, si yo no sabía salir airosa de la situación, no podría volver a tener contacto con ninguno de ellos.

Como he dicho, no pienso contárselo a Red. Cuando yo deje de formar parte de su vida, Taaffe seguirá siendo su hermano.

La muñeca viviente

Para realizar el número de *La muñeca viviente* se coloca un trípode aislado en el centro del escenario, encima de una plataforma. Encima del trípode se coloca una cabeza de tamaño natural (de mujer) hecha de yeso. La cabeza carece de todo adorno, calva, con los ojos y los labios cerrados. Música, luces. Aparece en escena Peter Prestige, el Prestidigitador Prodigioso, vestido de esmoquin. Empujo por el escenario un carrito a modo de tocador, lleno de toda la parafernalia de cosméticos. Con floreados ademanes y una palabrería adecuada para entretener, empiezo a maquillar la cara. Le pinto las cejas y las pestañas, le pongo rímel, polvos para darle el color de la piel, utilizo colorete para añadir definición; le aplico sombra de ojos en los párpados superiores y le pinto los labios con carmín. Le pongo unos pendientes dorados que relucen con la luz de los focos. Cada gesto, cada toque, está impregnado de la sensualidad de una caricia erótica. Cuando termino con la cara, le coloco en la cabeza una peluca, una melena rubia que llega por los hombros. Retoco el pelo amorosamente con los dedos. Finalmente, le ajusto al cuello una capa roja que abarca el trípode en el que descansa la cabeza. La beso. Y cuando me aparto, los ojos parpadean y la boca sonrío. Es la Encantadora Kim, que abre la capa y deja ver un cuerpo estilizado con biquini de lentejuelas. Baja de la plataforma (que ahora está vacía, sin trípode ni plinto), se me acerca y me devuelve el beso. Nos volvemos con las manos entrelazadas hacia el público, saludamos y hacemos mutis juntos, mientras suena una entusiástica ovación.

La clave del éxito de este número de ilusionismo, más bien sencillo, radicaba como siempre en la presentación. Nuestra habilidad —la mía y la de Kim— en la interpretación de nuestros respectivos papeles —nuestra *actuación*—, convierte la historia en una trama. No es el «truco» en sí mismo lo que es mágico sino el modo de representarlo. Kim posee el don de la naturalidad; en el escenario y fuera de él, tiene una infalible conciencia del efecto que causa en quienes la miran y, significativamente, una facilidad para manipular ese efecto del modo más conveniente para sus propósitos. La sutileza con que lo consigue hace que sus dotes de actriz sean aún más impresionantes. Nada más conocerla, después de contratarla para que fuese mi ayudante escénica, Paul Fievre me lo advirtió: «Ésa mujer te va a joder». Le pregunté si se refería a profesionalmente o personalmente.

—Como mago, podría ser lo mejor que te haya ocurrido nunca —me contestó—; como hombre, como hombre comprometido... todo lo que te digo es que quien juega con fuego se quema.

—Demasiado críptico para mí.

—Ya sabes a qué me refiero.

—Si quieres que te diga lo que creo, no será Kim quien me joda. En todo caso me

joderé yo por joderla.

Que es lo que sucedió, desde luego. Una relación larga, plagada de mentiras y evasivas, de infinita desconfianza, un riesgo incuestionable, una ex novia. ¿Culpa suya o mía? Ella sabía que yo tenía novia tan bien como yo. Ella quiso seducirme y yo me dejé seducir. Hizo posible mi infidelidad; y fui yo el infiel. Jugué con fuego y me quemé, por emplear el eufemismo de mi amigo, manager y agente.

Kim empezó a seducirme durante la realización del número de *La muñeca viviente*. Lugar del crimen: Fairfield Halls, Croydon (de modo que no vayan a decir que nos embriagamos con el romántico entorno). Besé la figura «de yeso», como exigía el número, y le infundí vida, la Encantadora Kim bajó de la plataforma y me correspondió. La aparente pasión de aquel segundo beso debía ser fingida, como de costumbre, sólo para el público. Pero en aquella ocasión, Kim insinuó su lengua en mi boca durante lo que duró nuestro beso. Hacía sólo unas pocas semanas que era mi ayudante, pero el *frisson* sexual al que después se referiría Paul ya estaba en marcha. También fuera del escenario se insinuaba tal posibilidad en nuestras relaciones. Aquélla noche, en Croydon, exprimimos los aplausos y nos retiramos. En el camerino, con la puerta cerrada, echamos un polvo en el suelo, sobre un lecho improvisado con trajes de la época de la comedia de la Restauración, que nos agenciamos de un guardarropa.

Kim vino a verme el día siguiente a la visita del sargento Crookes. Se había enterado por Paul de mi percance, y me trajo fruta, flores y una novela de un autor desconocido para mí. Seguía confinado en mi cama. Paul nos hizo té y luego volvió abajo para continuar con la «operación limpieza». Kim se sentó en una silla junto a la cama, tal como hizo el detective. Tenía buen aspecto. Siempre tenía buen aspecto. La he visto muchas veces a primera hora de la mañana, después de no haber dormido más que unas pocas horas, con resaca, sin pintar, y tan fresca y sexy como siempre. Aquél día llevaba un vestido amarillo, veraniego y sin mangas que le llegaba justo por debajo de la entrepierna. Su pelo era de un rubio más claro de lo habitual, por haber tomado el sol, y lo llevaba suelto. Me preguntó cómo me encontraba y yo le contesté que mejor que el día anterior.

—¿Te sientes mejor al verme?

—Por lo menos estoy más afrutado —contesté señalando el frutero de la mesita de noche—. Me lo acababan de volver a llenar.

—He echado mucho de menos tu encanto —dijo ella con una sonrisa.

—Esto de no poder fumar me crispa.

Kim quitó el papel del ramo de flores y las puso en un florero en el alféizar. Eran claveles rojos y de color melocotón. Muchos de los capullos no estaban aún abiertos. Miré su silueta, recortada en la luz del día, sus brazos y sus piernas bronceados, sus

antebrazos con pelillos rubios realzados por el sol de una espléndida mañana de primavera. Volvió junto a la cama. Llevaba un collar que le había regalado hacía siglos.

—¿Cómo estás por lo demás? —me preguntó muy seria.

—No demasiado bien.

Ella asintió con la cabeza. Sus facciones rebosaban comprensión mientras tejía un silencio que me invitaba a pensar.

—Nunca te cayó bien, ¿verdad? —le dije.

—No voy a mentirte, Red. Es que notaba algo en ella que...

—Ya. Da igual. —Traté de sorber mi té y añadí—: Creo que tampoco ella te tenía en mucha estima.

Kim desvió la mirada. Se concentró en alisarse el vestido con las palmas de las manos. Alzó la vista hacia la ventana.

—Supongo que a ambas se nos comían los celos —dijo.

—Rosa no era celosa —le aseguré.

—Todo el mundo es celoso —replicó—. Por lo menos, según mi experiencia. Lo que ocurre es que unos lo sobrellevan mejor que otros.

Kim era tan calculadora que había que analizar y descifrar cada una de sus palabras, cada uno de sus gestos, sus muecas y sus poses. «Era toda subtexto», como decía Paul (que por algo era licenciado en literatura). No se puede decir que en este aspecto Kim sea una excepción: actuar de acuerdo con las circunstancias —es decir, exhibir ciertos aspectos de nosotros mismos a la vez que ocultamos otros— es un rasgo común a la mayoría de las personas. Sin embargo, Kim tiende a identificarse con su actuación. Y creo que su «verdadera» identidad es tan oscura para ella como para aquellos ante los que actúa. Ahora, junto a mi cama, representaba otro papel, el papel de persona solícita y allegada, que viene a expresarte sus buenos deseos; el papel de amiga, colega, ex amante. ¿Subtexto? Consideraba que Rosa llevaba muerta el tiempo suficiente; que podía volver a mostrarme su atracción. Sea como fuere, no me sentía con fuerzas de entrar en juegos emocionales. Por lo menos, no de acuerdo con sus reglas.

—¿Qué tal está Tony? —le pregunté.

—Oh..., estupendamente —aseguró con un ligero titubeo, casi indetectable—. Como siempre —añadió sin lograr que su tono armonizase con sus palabras.

—Es un hombre afortunado —dije guiñándole el ojo.

—Lo dices porque sabes que es verdad —replicó echándose a reír.

Misión cumplida. Desvié la conversación del tema de Rosa y de mi dolor por su pérdida y, con una parodia de coqueteo, diluí la tensión que ella había creado. Nos sentimos más cómodos. Nuestra conversación se hizo menos sesgada, menos coreográfica. Charlamos durante casi una hora. Kim me animó y me hizo sonreír

como no había sonreído últimamente (estando sobrio). Incluso comentamos, aunque por encima, la perspectiva de reanudar el trabajo. Aunque la sola mención de hacerlo me aterraba. Volver a la normalidad, en cualquiera de sus formas, era adentrarme en el camino que conducía a relegar a Rosa al pasado. A seguir adelante. A seguir en la brecha para entretener y divertir...

—Aún no me hago a la idea —dije—. No puedo.

—¡Vamos, Red! —exclamó ella—. Es lógico.

Sopesé lo que me acababa de decir y la manera de decirlo. «Apoyo. Comprensión. Amistad incondicional». No tenía que haber hablado con ella de ese modo. Aún no. Por primera vez, reconocí que había albergado un ilógico resentimiento hacia Kim por estar conmigo en Bradford cuando, a doscientos cincuenta kilómetros de allí, Rosa moría bajo las ruedas de un tren. Tenía que haber estado con Rosa y no con Kim. Como si se hiciese cargo de mi estado de ánimo, Kim recondujo la conversación a un terreno seguro. Me refirió una anécdota, acerca de un amigo mutuo, que me habría hecho muchísima gracia de no ser por que me dolían las costillas al reírme.

—Siento interrumpir la fiesta —dijo Paul, que acababa de asomar por la puerta del dormitorio. Añadió que estaría fuera cosa de una hora, y me preguntó si quería que me trajese algo antes de salir.

La salida de Paul produjo otro cambio notable en el ambiente entre Kim y yo. Oír la puerta de la entrada y percatarnos de que estábamos solos en la casa, en mi dormitorio, hizo que se desvaneciese nuestro distendido desenfado y nos cohibió. Nos mostrábamos educados. No tardamos mucho en caer en el mutismo. Fingí interesarme por la sobrecubierta de su libro y lo volví a dejar en la mesita de noche. Kim estudió mi expresión hasta que mis ojos se posaron en ella. Sonriente, con cierta vacilación, sin dejar de sostenerme la mirada, metió una mano bajo el edredón. Yo estaba ya en semierección antes de que me la encontrase. Al notar el contacto de sus dedos me empalmé del todo. Metí la mano bajo la ropa, le sujeté la muñeca y le aparté la mano. Sus ojos llamearon. La solté. Siguió allí sentada tranquilamente un momento. Luego, se levantó y salió de la casa.

Una carta de Rosa

En su momento, no capté que Kim y Rosa se parecían mucho en un aspecto esencial: en su predisposición al engaño, lo que no significa que su modo de mentir fuese manifiesta o tácticamente similar. El mayor talento de Kim consistía en el falseamiento, en hacerte creer cosas acerca de ella que no eran ciertas; el de Rosa radicaba en la ocultación, en correr un tupido velo ante aspectos de sí misma o de su vida. A menudo, Kim creía en sus propias patrañas. En cambio, Rosa nunca se engañaba respecto a sí misma. Al igual que una actriz, Rosa interpretaba un papel mientras que Kim lo encarnaba. Y, sin embargo, fue Rosa quien me engañó de un modo más total, sin que nunca lo sospechase. Con franqueza, debo confesar que no tenía la menor idea de cómo era ella.

El engaño mejor urdido por parte de Rosa —la mentira en la que vivía, la mentira de lo que era— empezó a revelárseme por casualidad, al ir a ver a su tía Niamh. El detective Crookes, después de entrevistarse con el jefe del hospital psiquiátrico, me proporcionó su dirección en Londres. «Tenga tacto al plantear el tema de Rosa», me había aconsejado el sargento, «y haga lo que haga, déjele claro que no es usted el Viejo Bill». Me contó que un compañero suyo de uniforme, que le hizo unas preguntas, la excitó tanto que los enfermeros se vieron obligados a dar la entrevista por terminada. La señora Kelly —gritando y llorosa— acusó al agente de tratar de engañarla para que le quitasen a Michael.

—Creía que había muerto hace años —dije.

—Hablamos de una mujer que pasa todo el día tricotando ropa de bebé para sus hijos mayores —dijo el detective sin inmutarse.

Me preguntó por qué quería verla. Porque era la tía de Rosa, le dije. Ciertamente, había sido una madre para ella durante cinco años, desde los nueve a los catorce. Deseaba que me contase cualquier recuerdo que tuviese de la niña que se convirtió en la mujer de la que me enamoré. Necesitaba hablar de Rosa. «Usted tiene que llenar sus lagunas, sargento, y yo las mías».

Estábamos sentados en un jardín, en la parte trasera del edificio, en un banco, al final de un sendero de piedra sonrosada que asomaba de un cavernoso balcón como una lengua de una boca. El balcón daba a un salón común en el que la señora Kelly tricotaba cuando llegué. Una enfermera me acompañó hasta ella. «Ha venido una persona a verla, Niamh». Lo dijo elevando la voz, porque el televisor, adosado a la pared, estaba encendido. Con cincuenta y siete años, la señora Kelly pasaba por una mujer de setenta y tantos. Alzó la vista y me dirigió una sonrisa que le quitó varios años a su cara. Me llamó Liam.

—¿Quién es Liam? —le musité a la enfermera.

—Su hijo. Es decir..., uno de ellos —me contestó sonriente—. Hace un par de semanas un empleado de mantenimiento era «Liam». Lo hacía sentarse con ella a tomar el té y lo tenía ahí una hora.

La señora Kelly, sin percatarse de nuestros cuchicheos, me preguntó si me había metido en una pelea. A través de sus gafas miraba la herida que me produjo el intruso, en la que aún se notaban las lívidas marcas de los puntos que me habían quitado.

—Deberías tener más cabeza a tu edad —me reconvino.

Hacía bochorno y el salón apestaba a orina y a té pasado. La mayoría de los otros ocupantes del salón estaban dormidos o miraban la televisión. Sugerí que saliésemos a pasear. «Buena idea». La señora Kelly había metido su labor bajo un lado del cojín, se levantó, enfiló hacia la puerta con desconcertante prisa y fue derecha al banco. «Mi banco». Nos sentamos junto al sonrosado sendero bordeado de flores. Me tomó la mano izquierda entre las suyas. «Un día estupendo», aseguró. A modo de confirmación le dije que los tulipanes habían florecido antes este año.

—Calentamiento global de la atmósfera —dijo—. Londres será un desierto dentro de diez años. —Reparó en que le dirigía una mirada atravesada y, en actitud defensiva, añadió—: Eso dicen en la tele.

Pese a haber pasado casi toda su vida en Inglaterra, seguía teniendo un inconfundible acento irlandés, un suave canturreo, menos bronco que el dublinés de Conal Riordan y Dympna O'Neill. Deduje que el mismo acento debía de tener su hermana, la madre de Rosa. Un atisbo de Rosa, también, aunque su acento se hubiese contagiado del londinense de sus años de colegiala, y del dublinés de sus compañeros de trabajo en *Erin*. La señora Kelly tenía el pelo oscuro, con muchas canas, y llevaba permanente. Sus facciones estaban avejentadas a causa de la bebida. De vez en cuando, los cristales de sus gafas se convertían en brillantes discos de sol. Se interesó por cómo estaban personas de las que yo nunca había oído hablar (la esposa y los hijos de Liam, supuse), y yo le aseguré que estaban todos bien. Que les dijese que los tenía siempre presentes en sus plegarias, me pidió.

—Julia estuvo aquí el otro día, con el de turno; y he recibido carta de nuestra joya. Por avión —me dijo sonriente—. Ahora se hace llamar señora Ferucci. Es italiano, de Boston. Uno de los nuestros, me parece a mí —añadió bajando el tono de voz.

Después de ganarme la confianza de la señora Kelly «por defecto», me fue fácil seguir interpretando el papel que su confusión mental me asignó. Si quería que fuese Liam, no tenía inconveniente. De pronto, me desconcertó al hablarme de Liam y, tras un momento de perplejidad, caí en la cuenta, por un par de frases que dijo, de que acababa de reciclarme como su otro hijo: Declan.

—¿Qué tal te encuentras últimamente? —le pregunté para desviar la conversación hacia un terreno menos comprometido.

Pero se me escabulló. Murmuraba para sí y miraba en derredor con ansiedad, como si tratara de ver la cara de una persona en una estancia atestada. Sus ojos se posaron en una mujer que caminaba con la ayuda de un andador por el lejano patio. La señora Kelly sonrió.

—El sacerdote viene los lunes —me dijo—. El padre Nichol. Es inglés.

Una abeja se posó en el sendero justo frente a nosotros, tambaleándose ebria, antes de despegar de nuevo, en dirección a un parterre festoneado de piedras, con pensamientos, ciento en rama y una desgredada mata de lavanda. En gran parte del jardín daba el sol, pero nosotros estábamos a la sombra de un toldo de rododendros. Otros dos residentes estaban también en el jardín. Un jardinero pasó empujando una carretilla de hediondo abono.

—¿Quieres...?

—¡Con la de años que mi Michael le dedicó al jardín! ¡Lo pisotean todo! —se lamentó—. ¡Fuera! ¡Fuera de aquí! —exclamó haciendo ostensibles ademanes hacia quien fuese.

Durante un rato, seguimos el curso de los meandros de su incoherencia, salpicada de largos silencios y raros momentos de lucidez —un comentario de cinco minutos, acerca de un programa de televisión que ambos habíamos visto— que pasaron por una conversación normal. Íbamos de la mano. Elegí el momento y, fingiendo una desenfadada curiosidad, me decidí.

—¿Te has enterado de lo que le ha ocurrido a Rosa?

—Ah..., ésa —dijo apretándome más la mano, sin dejar de mirar hacia delante, hacia el balcón.

Muéstrate desenfadado. Háblale.

—¿Cuántos años tendría ahora? Veinticinco, ¿no?

—Como te oiga tu padre mentar su nombre...

—¿Nunca te has interesado por ella, en todos estos años?

La señora Kelly me soltó la mano y entrelazó las dos sobre el regazo. Se me había escabullido, ahora mentalmente. Parecía observar con desinterés un enjambre de moscas enanas que nos sobrevolaban en zigzag.

—He de entrar ya, Liam.

La acompañé en silencio hasta el salón. Sacó de debajo del cojín la labor y las agujas. Pensé que iba a volver a sentarse para seguir haciendo punto, sin importarle que siguiese allí o me marchase. Pero en lugar de ello, enfiló hacia una puerta que conducía a un pasillo mal iluminado, volviendo la cabeza hacia atrás como esperando que la siguiese. El pasillo olía a pulimento para el suelo.

—Quiero que me hagas un pequeño favor —me dijo en cuanto llegué casi a su

altura.

Su dormitorio era un templo a la Virgen, con estampas pegadas a las paredes. Sobre el cabecero colgaba un crucifijo de madera labrada. La única decoración laica eran fotografías enmarcadas. Estaban en la mesita de noche, sobre un tapete de blonda; retratos que deduje que eran del tío Michael y de los cuatro primos que se convirtieron en sus hermanos adoptivos. Los hijos de la señora Kelly eran morenos; uno llevaba barba y el otro estaba perfectamente afeitado; la menor de las hijas era preciosa. Miré a Michael Kelly. Era tan cejijunto que las cejas se tocaban por encima del puente de la nariz. Pero era bien parecido, de facciones firmes y sonrisa cautivadora. Unos cincuenta y cinco años debía de tener. No podían quedarle muchos más de vida cuando le tomaron aquella foto, aunque no aparentaba estar a punto de caer en picado. Lo imaginé con Rosa, un tipo corriente tirándose a su sobrinita.

—Me alegro de que te hayas quitado esa pelusa de la cara —dijo la señora Kelly señalando hacia las fotos—. Nunca te sentó bien.

Estaba de pie a mi lado. Me tomó por el hombro y me condujo hacia uno de los dos sillones que tenía en la habitación. El sillón estaba pandeado, con los brazos y el respaldo protegidos por sendos cuadrantes de algodón bordados. Me senté. Fue al armario y lo abrió con una llave que llevaba colgada de un cordón. Sacó una caja de zapatos atestada de cartas y postales, la mayoría arrugadas o descoloridas por el tiempo. La caja estaba remendada con cinta adhesiva transparente.

—Aquí está la carta de la joya —me dijo tendiéndomela—. Adelante, léala.

Fingí leer los apretados garabatos azules. Me llamó la atención la fecha (la del funeral de Rosa). Con un soliloquio ininteligible, la señora Kelly rebuscó en la caja como si fuese un fichero. Me pasó parte de su correspondencia familiar: una tarjeta postal de Declan, desde una isla griega; otra de Mairead, con una fotografía de las cataratas del Niágara; una carta de seis páginas de Julia; felicitaciones (cumpleaños, Navidad, Día de la Madre, incluso una mía, es decir, de Liam). Mi letra era horrible. Fingí interés en todo lo que me mostró. La última era una carta con papel de avión.

—De esa puta —dijo.

—¿De Rosa?

Inspeccioné la letra del sobre. Era la suya, sin duda. La señora Kelly me miraba, y yo allí, sosteniendo la carta.

—¿Cuándo la has recibido? —pregunté dominando la tensión de mi voz.

—Me llega esto y al día siguiente se me presenta aquí la policía, preguntando por ella. Deben de creer que estoy chiflada.

—¿La has recibido hace poco?, ¿en las últimas semanas?

Volví a examinar el sobre. Los bordes estaban muy doblados. En el matasello se leía AMSTERDAM, pero no podía distinguir la fecha. Miré a la tía de Rosa, expectante frente a mí.

—Ella misma me anunció que vendrían a preguntar por ella —me dijo señalando la carta—. Pero no, con mi ayuda no van a...

—¿Te importa que...?

—¿Sabes que lo hacían en tu cama? —me dijo. Le temblaban tanto las manos que temí que se le cayese la carta al suelo—. Lo inducía a que se lo hiciese cuando tenía la regla, para que fuese como si se lo hiciera a una chica virgen. Eso le decía ella. ¡A su propio tío!

Le cogí la caja a la señora Kelly, la dejé en la cama con las cartas que me había pasado, y la ayudé a sentarse en el otro sillón. Rebuscó un pañuelo en la manga de su chaqueta de punto, pero lo apretujó en la mano, en lugar de utilizarlo para enjugarse las lágrimas. Tenía la cara llena de churretes, como manchas de humedad en una pared blancuzca.

—Quiero que la quemes —dijo ella como si tal cosa, cuando logró recobrar la compostura. Fue el momento en que la vi más centrada desde que llegué—. Porque seguro que la encontrarán, la próxima vez que vengan —añadió señalando hacia una jofaina esmaltada—. ¿Llevas cerillas? A mí no me dejan tener.

—¿Y el extintor? —objeté señalando al techo.

—¿Eso? Eso es de adorno. Si hubiese aquí un incendio no nos librábamos.

Rebusqué entre las cartas que había dejado en la cama, luego saqué el encendedor del bolsillo y me acerqué a la jofaina.

—¿Estás segura de que quieres que la queme?

—Quiero que la quemes.

Sujeté el papel azul de avión por una esquina y le apliqué por abajo la llama del encendedor. El papel tardó en prender pero enseguida quedó envuelto en llamas. Lo dejé caer en la jofaina. Siguió ardiendo, levantando fragmentos de papel carbonizado. Lo observamos hasta que las llamas se hubieron extinguido. Luego, abrí el grifo para vaciar la pila de los restos ennegrecidos. Después limpié el lavabo y me enjuagué las manos. Aparte de un desagradable olor a humo, no quedó rastro de la carta. Me dio las gracias. Al despedirme, la señora Kelly me besó, me puso una moneda de una libra en la mano y me dijo que no me lo gastase en caramelos. Me guardé la moneda en el bolsillo, en el mismo bolsillo en el que me había guardado la carta de Rosa antes de quemar la de la señora Maired Ferucci.

Es que..., no sé, es como si no me acabase de gustar estar despejada. Despierta. Es irreal estar tan despierta. Te mueres de ganas por hacer cosas (bailar, correr, lo que sea). Y piensas, sí, sí, joder, menéate. Lo que es yo, voy por ahí hablando con todo el mundo y, si estamos en la discoteca, me los llevo a la pista y es como si todos me mirasen a mí, porque no hay nadie que baile mejor, y estoy da buten. Hablo, con quien sea; con gente que no tengo ni puta idea de quién son, pero no paro de cascar. Brillante. Tan brillante que me parece increíble, como con un chute. Luke está cachondo. Me llama Culanfeta. Dice que soy una séxtasis. Pero al día siguiente, se jodió. Quiero decir, que nunca había tenido una resaca como ésta. ¡Dios...! Y no paro de decir: ¡mi cabeza!, ¡mi cabeza!

—Todo lo que sube, baja —dice él—. Pura ciencia. Si te hace un físico sobresaliente, soy tu hombre.

Los vendo por él en la escuela. Me he cosido una bolsita por dentro del forro de la chaqueta. Un bolsillo secreto. No se nota nada.

El testigo ausente

En el sobre sólo había una hoja de papel de avión, de color azul y una fotografía en color. En la foto se veía a un hombre y una mujer, con las caras muy juntas, mejilla con mejilla, brindando ante la cámara con sendos vasos de cerveza. Sus cabezas llenaban casi toda la foto. Sonreían. Él era rubio y llevaba el pelo corto y de punta, atiesado con espuma. Tenía una perfilada perilla y un pendiente en una oreja. La tez bronceada, de color caramelo. La mujer era Rosa. No había duda, a pesar de la mala calidad de la fotografía y de que era mucho más joven. Aparentaba unos dieciséis años. Llevaba cola de caballo, negra y lustrosa; sombra de ojos con franjas de color lavanda y cereza; pendientes plateados del tamaño de posavasos de cerveza; y un anillo en cada uno de los dedos de la mano con la que sostenía el vaso. La iluminación, junto a la yuxtaposición de su bronceado compañero, le daba a la piel de Rosa una extraordinaria palidez. Su rostro reflejaba la luz mientras que el de él la absorbía. Las pupilas de ambos estaban enrojecidas por el flas. Sus sonrisas parecían forzadas. Sobre todo Rosa, no sonreía con la espontaneidad y desinhibición características en las fotos que yo tenía de ella. Parecía cansada, borracha e insegura. No había nada escrito al dorso de la foto que indicase dónde, o cuándo, se tomó; ni que identificase al joven rubio que estaba con la mejilla pegada a la de Rosa. Dejé la fotografía a un lado y me dispuse a leer la carta. Estaba escrita con tinta verde. Había apretado tanto al escribir que las palabras se marcaban en el reverso en blanco de la hoja. Era su letra, con aquellos característicos floreos y la invertida ene mayúscula, una desmañada nota que llenaba la mitad de la página. La carta era de hacía cuatro años, o sea, de cuando Rosa tenía casi veintiuno.

*10 de marzo de 1994 Pijlsteeg 37 III
1012 NP Amsterdam, Países Bajos*

Querida tía Niamh:

Ya sé que me odias pero te escribo porque eres la hermana de mamá, y porque no tengo a nadie más en Inglaterra a quien pueda escribir. Por favor, no le enseñes la carta al tío Michael ni la tires.

Llevo viviendo aquí en Holanda hace casi tres años. Y soy muy desgraciada, pero unas personas tratan de ayudarme. Lo que pasa es que no sé si puedo confiar en ellas, pero no me queda otro remedio, porque no tengo a nadie más. Estoy asustada.

Si me ocurriese algo, la policía te lo diría porque eres mi tía. Por favor, dales esta carta y la foto. Irán al apartamento de Pijlsteeg y encontrarán al hombre de la fotografía y lo obligarán a hablarles de mí.

No le enseñes esta carta a la policía hasta que no te digan que me ha

ocurrido algo porque si no, nadie podrá hacer nada por mí.

Besos. Rosa.

Cuando llevaba viviendo conmigo tres meses Rosa estuvo con gripe. Conal la mandó a casa un lunes. El martes estaba postrada en la cama, bajo un montón de mantas y edredones. «Palmo, Red. Te juro que palmo. Estoy en las últimas, Red». Le pregunté el nombre de su médico, pero me aseguró no recordarlo. Añadió que, además, todos los médicos que había conocido eran una mierda. Fui a comprar la parafernalia habitual: zumo de naranja, paracetamol, jarabe para la tos, polvos anticongestivos Beechman, pastillas para la garganta, y una caja grande de kleenex. Cada dos horas le preparaba una dosis de la Cura Milagrosa de la señorita Kelly: una aromática infusión con whisky, miel, clavo y agua caliente, de acuerdo con su propia receta. Me aseguró que su eficacia dependía de la adecuada proporción de los ingredientes (cuatro partes de whisky, y una parte de lo demás).

—Esto no te va a sentar bien —dije—. Lo único que hará será emborracharte.

—Claro. Y me importa una mierda.

Al cabo de cuarenta y ocho horas estaba peor. Le ofrecí llamar a mi médico, pero Rosa me dejó claro que no lo hiciese. Discutimos. Yo le dije que era una terca, estúpida e irracional. Y ella me mandó a tomar por el culo. Le traía todo lo que necesitaba. La dejaba dormir cuando estaba cansada. Le hacía compañía cuando la quería. La mimaba. Poco a poco fue reponiéndose.

—Apesto —dijo ella, la cuarta noche de su enfermedad, al arrimarme a ella en la cama.

—Ya lo sé —dije besándola.

—Te lo voy a contagiar.

—Estupendo.

—¿Quién es el irracional?

—Es que te quiero.

Se hizo un silencio tan largo que temí perderme en él. Tardó tanto en hablar que empecé a dudar de haber dicho lo que había dicho, o de que me hubiese oído. Lo dije tal como me vino. Durante la horrible pausa, permanecí echado a su lado inhalando el griposo vaho, preguntándome si sentía lo que le había dicho, y si era el momento oportuno para decírselo. Luego, habló al fin.

—No tienes ni puta idea de lo que dices, Red.

Cuando estuvo bastante recuperado de su operación, el hombre que irrumpió en mi casa participó en una rueda de identificación. Lo reconocí. Los otros incluidos en la rueda, que tuvo lugar en la comisaría de St. Aldate, no tenían mucha semejanza, ni

de compleción ni de facciones, con el sospechoso. Pero lo habría reconocido aunque hubiesen sido otros, más parecidos, los que hubiesen incluido en la rueda. Tenía sus facciones grabadas. Verlo otra vez, a través del falso espejo, fue como verme de nuevo frente al resplandor del piloto de la alarma al arrancarle el pasamontañas. Claro que no había transcurrido mucho tiempo, sólo diez días desde su arresto y hospitalización. Prácticamente, eso mismo tardó la policía en identificarlo. Al principio, los médicos dijeron que estaba demasiado débil para ser interrogado. Luego, cuando lo consideraron en condiciones, él se negó a dar su nombre y a contestar a las preguntas de los agentes. No decía una palabra. Ni sus huellas ni su foto aparecían en los archivos policiales. En una audiencia preliminar, los jueces ordenaron que permaneciese bajo custodia policial como «S. I. (Sin identificar). Dirección desconocida». Por el hecho de negarse a dar su nombre ante el tribunal, y ni siquiera responder sí o no cuando se le preguntaba, incurrió en el delito de desacato, que se incorporaría como agravante de los de robo con allanamiento de morada y agresiones. El día anterior a que se celebrase la rueda, aún seguía empeñado en no dar su nombre. Como lo expresó el detective Strudwick: «Organizamos una rueda de identificación para un hombre sin identidad».

Pero la mañana de la rueda se produjo una novedad. El dueño de una pensión de Botley Road, que estaba sólo a unos minutos a pie desde mi casa, informó de la desaparición de una persona. Uno de sus huéspedes llevaba sin aparecer más de una semana. Pero sus pertenencias seguían en su habitación, y había pagado dos semanas por adelantado. Dijo no haberlo notificado antes a la policía porque no era infrecuente que sus huéspedes —su clase de huéspedes— no diesen señales de vida durante varios días. Los agentes registraron la habitación del desaparecido. Entre las pertenencias que dejó allí había un pasaporte. La fotografía guardaba un gran parecido con el tal S. I. Cuando llegué a la comisaría, habían improvisado una biografía, basándose en las pertenencias encontradas en la pensión. La policía conocía su nombre, su fecha de nacimiento, su dirección, el número que calzaba, su profesión (impresor), la pasta dentífrica que prefería... «Bueno, ¿y quién es?», le pregunté al detective Strudwick. Se llamaba Freddie Roos, y era holandés.

Tres hechos interesantes acerca de Freddie Roos:

- 1.º «Freddie Roos» era un seudónimo. Entró en Gran Bretaña hacía cuatro semanas con documentación falsa. Su verdadero nombre era Max van Dis, nacido en Luxemburgo, de padres holandeses, residente en Amsterdam desde la infancia.
- 2.º Estaba fichado en los Países Bajos. Casi todo eran delitos de robo en coches y domicilios, cuando era más joven, pero posteriormente tenía fichas por

tenencia y venta de drogas.

- 3.º Entre sus pertenencias encontraron más de veinte fotografías de Rosa, a diversas edades y con peinados distintos. Varias de las fotografías eran recientes, tomadas en Oxford con teleobjetivo. También había fotografías mías.

Como ilusionista, se acostumbra uno a ver la expresión de sorpresa de los espectadores cuando llega uno al momento culminante de un número. En el de Max, noté una variante de esta expresión en los detectives Strudwick y Crookes. El descubrimiento de las fotografías —unido al país de adopción de Max, su historial delictivo, las extrañas circunstancias de su intrusión en mi casa— y el hecho de que Rosa muriese cuando se dirigía a Amsterdam modificaron la actitud de los detectives respecto al caso. Los electrizó. Sin embargo, el hecho de que todo resultase ahora más apremiante y grave, no llevó la investigación mucho más allá. Por lo menos, no inmediatamente. Max no colaboró ni tampoco yo fui de mucha ayuda, con mi insistencia, tras unos interrogatorios repetitivos y tediosos, de que jamás supe que Rosa tuviese algo que ver con las drogas. «¿Tuvo o tomó alguna vez drogas en su casa?». No. «¿La vio usted alguna vez drogarse?». No. «¿Mostró alguna vez síntomas de tomar drogas?». No. «¿Frecuentaba personas que tomasen o suministrasen drogas?». No. «¿Toma o ha tomado usted drogas?». No. (La verdad es que me había fumado más de un porro cuando era estudiante, pero no me pareció que eso tuviese ningún interés para la policía). «¿Le ofreció ella alguna vez drogas?». No. «¿Recibió la señorita Kelly visitas, o llamadas telefónicas, que le hiciesen sospechar algo anormal?». No. «¿La vio alguna vez con importantes sumas de dinero, que no le pudiese justificar satisfactoriamente?». No. «¿Encuentra alguna explicación a que un conocido camello tenga una serie de fotografías de la señorita Kelly y de usted?». No. «¿Dice usted la verdad?». Sí. Por supuesto que sí.

Unos días después, el detective Crookes vino a casa. Tras los habituales prolegómenos intrascendentes y amables, fue al grano. Debido a lo ocurrido, me dijo, el jefe de la Brigada Criminal había pedido las grabaciones de las cámaras de seguridad de la estación de ferrocarril de Reading, en el día de la muerte de Rosa. Y habían analizado la filmación de los pasajeros que se apearon del tren Oxford-Reading en el que viajaba Rosa.

—El tal Max puede ser claramente identificado al bajar al andén —dijo el detective—. Iba en aquel tren.

Lo dejé continuar.

—A medida que los pasajeros avanzaban hacia la salida se ve a otro hombre situarse a su altura, como si se reuniese con él. Se les ve hablando. Volvemos a tenerlos filmados en el vestíbulo de la estación, y siguen hablando. Fuera, se sitúan en la cola de la parada de taxis y suben a coches distintos.

—¿Tienen idea de quién es el otro tipo? —pregunté.

—¿Recuerda usted a uno de los testigos que declaró ante la policía, un tal Terence Farr? —preguntó el sargento Crookes asintiendo con la cabeza.

—¿Aquél mayor que no acertaba a bajar su maleta del portaequipajes de la plataforma?

—Exacto. Le hemos hecho ver la filmación con nosotros, para ver si podía reconocer al hombre que pasó junto a él detrás de la señorita Kelly. Ya sabe..., el testigo que la siguió hasta el final del vagón y que nunca se presentó a testificar.

—Sí, lo recuerdo.

—El señor Farr lo ha identificado; nos ha dado una buena descripción. El testigo ausente no es sino el tipo que habla con Max al salir de la estación.

—¿Sugiere usted que eran cómplices... en lo que fuese? —pregunté tras digerir la información.

—He venido a su casa, señor Brandon, para comunicarle que, en estos momentos, tratamos oficialmente el caso de la muerte de la señorita Kelly como un caso de asesinato.

Ver el truco

¿El público ideal? Un teatro lleno de matemáticos, filósofos y científicos. Pregúntenle a cualquier ilusionista. Cuanto más inteligente, cuanto más lógico es un espectador, más fácilmente se le engaña. Porque lo que hace uno en la magia es una simulación de una cadena de causas y efectos: hago esto y ocurre esto; hago esto otro y ocurre esto otro. Lógica elemental. Y una mente lógica, receptiva a la conexión entre cada causa aparente y su aparente efecto, es más proclive a la sorpresa cuando una ilusión llega a su «ilógico» clímax. Si es paradójico describir la inteligencia como un obstáculo para la comprensión, también resulta irónico el común error de creer que cuanto más cerca se esté del mago más fácil resulta «ver el truco». Mi otra clase de espectador ideal, por lo tanto, es el que tengo delante de las narices. Al creerse en una posición privilegiada para detectar el método, tanto más le impresionará no poder descubrirlo.

Y allí estaba yo, un mago (pero también graduado en matemáticas; un hombre enamorado; parte del público) engañado por ella. Por Rosa. Acepté la lógica del relato de lo que decía ser. Estaba demasiado cerca. Teníamos demasiada intimidad. No le digan a nadie que es más fácil engañar a un extraño que a un ser querido. No lo es. Ni en broma. Uno puede mentirle a alguien que conoce, porque sabe a qué tipo de engaño es más vulnerable. Sabe lo que quiere oír. Y te lo ponen en bandeja, cegados por sus propios prejuicios, complacientemente. A veces, aunque sospechen, optan por la credulidad en lugar de la horrible alternativa de afrontar la mentira y todo lo que significa. Son confiados. Y eso es lo que yo hice, confiar en Rosa. ¿Y saben qué es lo peor? No su engaño sino comprender que nunca confío en mí lo bastante para revelarme ni siquiera la más pequeña e inocua parte de la verdad de su vida. Puedo imaginar lo que me espetaba interiormente: *¡Como si fuese asunto tuyo, joder!*

Seguridad «doméstica y personal» peligraba a causa de mi relación con Rosa. Max van Dis podía haber sido el primero en localizarme, me dijeron, pero no tenía por qué ser necesariamente el último. Por lo pronto, quien todavía era su anónimo cómplice en el tren seguía en libertad. De modo que mi agente se convirtió en mi casero. Me acompañó *Merlín*, que exploró superficialmente (al parecer con escaso entusiasmo) su nuevo hogar, antes de optar por la retirada forzosa hasta el estante más alto de una librería para que los gemelos de Fievre, que aún gateaban, dejasen de tirarle de la cola, de las orejas y de los bigotes. Sólo se aventuraba a bajar cuando los niños no rondaban por allí. *Merlín* y yo dormíamos en una cama plegable en el suelo del estudio. «Quédate todo el tiempo que quieras», me dijo Paul (noté que la bienvenida de Penny era menos sincera).

Estaba viendo la televisión en casa de Paul, haciendo de canguro mientras mis anfitriones celebraban su aniversario de boda. Ya de noche, había salido un par de veces a la parte de atrás del jardín a fumar (estricta norma de la casa). Me disponía a salir por tercera vez cuando llamaron a la puerta. Mi primera reacción fue el egoísta temor a que los gemelos se despertasen y tuviese que ocuparme de ellos. Fui hasta la entrada y, sin encender la luz del vestíbulo, miré por la mirilla. Allí, distorsionada por la bolita de cristal, estaba una mujer que tenía un extraño parecido con Whoopi Goldberg. No la reconocí. Estaba sola y de perfil. Su pose tenía la naturalidad de quien no se sabe observado. Encendí la luz y entreabrí la puerta sin quitar la cadena. Nos miramos y sonrió, dejando ver toda la dentadura. Tenía los labios carnosos y las encías purpúreas. Me preguntó si yo era el señor Fievre. Tenía acento londinense, sin rastro de deje caribeño. Le dije que los señores Fievre habían salido. Volvió a dirigirme una amplia sonrisa.

—Entonces debe de ser usted el señor Brandon, ¿verdad? —Reparó en mi expresión de sorpresa y añadió—: Me ha dado su dirección la policía. El sargento Crookes. En realidad, es a usted a quien he venido a ver.

Desvió la mirada hacia mis pies. *Merlín* la miraba inquisitivamente desde el escalón de la entrada. «Hola, chiquito», lo saludó ella, que se agachó a acariciarlo. Fui a advertirle de su tendencia a arañar, pero ella lo aupó y se restregó la nariz en la suya.

—Los gatos me adoran —dijo ella. Y, como para confirmar sus palabras, *Merlín* le dio un lametón inequívocamente afectuoso—. Con los perros... es otro cantar. O me gruñen o intentan tirárseme.

Nos echamos a reír. La desenfadada presentación hizo que me sintiera violento por seguir sin quitar la cadena. De modo que la descorrí y abrí la puerta. Era casi tan alta como yo. Llevaba pantalones vaqueros y una chaqueta de punto desabrochada, que dejaba ver una camiseta con la imagen de dos volcanes y la leyenda SUBE DOS VECES MÁS ALTO EN ST. LUCIA. Tenía una poblada melena.

—La invitaría a entrar, pero... —le dije.

—¿Sólo qué? —exclamó ella frunciendo el entrecejo.

—Sólo que no tengo ni idea de quién es usted.

—¿Se refiere a cómo soy?

Su momentánea ansiedad quedó sofocada por otro acceso de risa contagiosa. Dejó a *Merlín* en el suelo y se entretuvo un instante con él, para desengancharle una uña del grueso punto del puño de su chaqueta. Me tendió la mano y se excusó por presentarse sin avisar.

—Me llamo Amy Judd. Era la asistente social de Rosa.

Nos sentamos en el salón, bebiendo cerveza en lata. Nos abstuvimos de fumar. Aunque, como Amy no me lo pidió, deduje que no era fumadora. Vacié un paquete de

cacahuets en un cuenco y la invité a picar. Los rechazó, diciendo que hacía poco que acababa de cenar. Sin embargo, casi inmediatamente, atacó el bol, se puso un puñado en la mano y empezó a comérselos. Acepté los efusivos elogios por lo bonita que era mi casa, y luego le recordé que la casa no era mía. Eso nos hizo volver a reír. *Merlín* se quedó dormido en su regazo.

—Era de Rosa —le dije—. Lo adoptó de un refugio para animales cuando era cachorro.

Ella lo acariciaba entre las orejas y a lo largo del lomo. Movía la cola pero se estaba quieto, con los ojos muy cerrados.

—Ronronea —dijo ella sin alzar la vista—. ¿No ronronea si le rasca el cuello?

—No me arriesgo a perder un dedo.

—¿Cómo se llama? —me preguntó sonriente.

—*Merlín*. Pero Rosa lo llamaba *Kerrygold*. Además, se empeñaba en que era una gata.

—Humm —exclamó Amy que, de pronto, se puso seria. Sin dejar de acariciar al gato, pero mirándome con fijeza, añadió—: Sentí muchísimo saber que Rosa había muerto, señor Brandon.

Muerto. La mayoría de las personas, caso de referirse a su muerte, lo expresaban diciendo: «Sentí lo de Rosa» o «Siento lo ocurrido». Le pedí que me llamase Red; y ella, que le hablase de mí y de Rosa. Le conté cómo nos conocimos, cuánto tiempo habíamos vivido juntos... Amy escuchó. Cuando hube terminado, pasó a explicarse. La idea de la visita había sido del sargento Crookes. La había avisado con muy poco tiempo, empeñados en traerla a Oxford para que ayudase en la investigación, de modo que se había aventurado a encontrarme en casa; en casa de otra persona, en realidad. El sargento estaba preocupado por mí, acerca de «cómo lo llevaba».

—¿No habrá equivocado la carrera? A lo mejor iba para psicólogo y el test psicotécnico lo hizo aterrizar en la policía —dije.

Amy me rió la gracia.

—Le cae usted bien —me aseguró—. No se burle.

Bebí un trago de cerveza, que aún conservaba gran parte del frío de frigorífico. Le pregunté cómo se había enterado de lo de Rosa. La policía, me contestó, se había puesto en contacto con ella a su regreso de vacaciones en casa de sus abuelos. Señaló su camiseta: «Cultivaban plátanos, pero ahora son demasiado viejos». Llevaba ocupándose del caso de Rosa poco más de tres años, desde que la incluyeron en el registro de jóvenes en situación de riesgo. Titubeó.

—No tema —le dije—. Sé lo que ocurría con su tío.

Amy asintió con la cabeza, visiblemente más tranquila. Ella fue quien intervino para que se ocupasen de Rosa y la llevasen a un hogar de acogida infantil, me contó. Estuvo esporádicamente en contacto con ella, incluso después de que llegase a la

mayoría de edad y pudiese prescindir de la supervisión de las autoridades locales. Acerca de ese periodo fue sobre el que los detectives Strudwick y Crookes le preguntaron con mayor interés.

—No he podido decirles gran cosa —dijo acompañando otro cacahuete con un trago de cerveza—. Estuve con ella cosa de un año, después de que abandonase la tutela. Menos, en realidad. La verdad es que ya no me correspondía, oficialmente, pero termina una por encariñarse. No debería, pero se encariña una. ¿No?

—De modo que tendría..., ¿cuántos? ¿Diecisiete años cuando usted perdió el contacto con ella?

—Ajá.

—¿Dónde vivía ella entonces? ¿Todavía en Londres?

—Sí. Fue a vivir con un chico, un tal Luke. Mayor que ella. Yo solía ir a verla a su apartamento cuando él no estaba, o quedábamos en algún sitio para tomar un café o cualquier cosa. Bueno..., he dicho «su apartamento», pero debieron de vivir en tres o cuatro distintos por entonces —se corrigió—. Siempre en el norte de Londres.

—¿Y qué ocurrió? ¿Cómo perdió el contacto con ella?

Se encogió de hombros.

—Había quedado en ir a verla y, cuando fui, no estaba. Hacía varios días que se habían mudado. Como si hubieran dado la espantada. No dejaron señas para que les enviasen el correo ni nada. Rosa siempre me decía adónde iba, pero aquella vez...

Amy volvió a encogerse de hombros.

—¿Y no intentó Rosa ponerse de nuevo en contacto con usted?

—No.

—El tal Luke no era holandés, ¿verdad?

—¿Holandés? —exclamó frunciendo el ceño—. No. Era de Liverpool, me parece. Tenía la pinta.

—¿Qué tal era? Me refiero a si era un buen tipo.

Amy fue a beber un trago de cerveza pero se interrumpió.

—¿Es que no sabe usted nada? ¿No sabe por qué estaba con Luke?

—No.

Se recostó en el respaldo bruscamente. Sobresaltó a *Merlín*, que se puso a cuatro patas y se estiró. Pero enseguida volvió a acurrucarse en el regazo de Amy y cerró los ojos. Amy me miró a los ojos. Su piel negra relucía con el resplandor de la luz del aplique.

—Luke era un camello. Vendía *speed*, coca, LSD, heroína, de todo.

Guardé silencio. Pensé que yo sería el primero en apartar la vista, pero fue ella, que miró a la lata de cerveza al dejarla en la mesita auxiliar, junto a la silla. No había posavasos. Otra norma tajante de la casa: «beber = posavasos; en todas las superficies, en todo momento». Reparé en el cerco que la condensación y las gotitas

que rezumaban de la lata habían formado en el barniz. Después de su primera visita a casa de los Fiebre, Rosa la describió como «el tipo de casa donde le dan a una ganas de apagar la colilla en el sofá». Oh, Dios, ¡cómo ansiaba fumar! Me levanté, fui a buscar un posavasos a la alacena y lo puse debajo de la lata de Amy.

—¿Y Luke era el camello de Rosa?

Noté que me observaba al volver a mi silla.

—Ésa es la razón...; una de las razones que me indujeron a seguir viéndola —contestó—. Para convencerla de que debía desintoxicarse. Y pasar de Luke.

—¿Qué tomaba Rosa? —pregunté tras aclararme la garganta.

—Al principio anfetaminas. Pero creo que terminó enganchándose también a la heroína. Me refiero a la época en que perdí el contacto con ella.

—¿Heroína?

—Luke era un adicto —asintió Amy—. Y Rosa... era de prever que siguiese por el mismo camino, después de estar con él tanto tiempo —añadió titubeante—. Le seré sincera, Red, cuando la policía me dijo que Rosa había muerto, en lo primero que pensé fue en las drogas.

Le dije que necesitaba fumar un cigarrillo y que si le importaba que saliésemos al jardín. No le importó. De camino a la parte trasera del jardín, me detuve en la cocina a tirar las latas vacías y saqué otras dos del frigorífico. Nos quedamos en la terraza, frente a los primeros parterres. La luz de la cocina proyectaba una retícula de sombras en las losas hexagonales. La temperatura era fría pero no desagradable. El fresco me estimulaba. Bebimos en silencio unos momentos, mientras yo fumaba.

—No tomaba nada mientras estuvo conmigo —dije al fin. Al aire libre de la noche, me sorprendió oír mi voz tan nítida, libre de la absorción de la acogedora estancia.

—Eso me dijeron. La policía. Que eso era lo que usted les había dicho.

—Rosa no tomaba nada, Amy. Me importa una mierda lo que piense Strudwick. ¡Por Dios! De buenas a primeras ya la consideró sospechosa de vinculación con los terroristas del IRA.

Amy se echó a reír y yo no pude evitar secundarla.

—Si me asegura que se drogaba, todo lo que puedo decirle —proseguí— es que eso debió de ser hace ocho años. Por entonces, usted la conocía y yo no. Pero estoy completamente seguro de que, mientras estuvo conmigo, no tomó nada. Aparte de esto —añadí alzando la lata de cerveza y el cigarrillo.

—La última vez que la vi, se encontraba en un estado... Necesitaba ayuda —me aseguró Amy—. Y urgente. Puede que la obtuviese. No sé cómo ni dónde. Y cuando lo conoció a usted debía de haberse recuperado. ¿Quién sabe?

Miré hacia las sombras del jardín de los Fiebre, que asomaban entre los árboles y arbustos. Se apiñaban —negro sobre gris— recortadas en el horizonte, como

embozados al acecho. No había estrellas, sólo nubes.

—Lo que no entiendo —dije— es que, si todo el mundo sabía a qué se dedicaba el tal Luke, ¿cómo es que no lo detuvieron?

—El problema es que no todo el mundo lo sabía. Lo sospechábamos, desde luego. Dios sabe cuántos registros le practicaron, a él y a su apartamento. La policía lo vigiló durante meses. Pero era demasiado listo para dejar ninguna prueba concluyente.

—Aparte de Rosa.

—Bien. ¿Y cómo demuestra uno que era quien le proporcionaba la droga a Rosa? Y si me va a preguntar si no pudimos conseguir que ella se aviniese a testificar, le diré que ella estaba tan enganchada a él como a lo que él le proporcionaba.

—¿No irá a decirme que estaba enamorada de ese tipo?

—Rosa tenía diecisiete años, Red. Catorce cuando lo conoció. Él era mayor, tenía coche, mucho dinero, un apartamento y se interesó por ella —me explicó Amy mirándome. Su dentadura y el blanco de sus ojos relucían con la luz que llegaba a través de la ventana de la cocina—. Después de la vida que le había tocado vivir hasta entonces, se refugió en lo primero que encontró.

No repliqué, le di una calada al cigarrillo y lancé la colilla hacia la oscuridad, más allá del perímetro de la terraza. Por la mañana tendría que recogerla.

—Cuando ella le contó a Luke lo de su tío —prosiguió Amy—, no hablaba con una asistente social bienintencionada, sino con un chico que había estado donde ella estuvo, un chico que había vivido casi toda su infancia bajo tutela, que tenía ocho años la primera vez que su padrastro lo sodomizó.

Permanecimos ambos en silencio un largo rato, como para digerir el último comentario. Sólo se oía el ladrido de los perros, el lejano runrún del tráfico y, más cerca, alguna que otra voz procedente de la calle, pasos y puertas de los coches que se abrían y cerraban. Traté de ver a Rosa como debía de ser por entonces. Traté de imaginarla con Luke. Traté de visualizar una imagen de Rosa, tomando pastillas o chutándose heroína en una vena. Pero aquélla era una Rosa tan insondable para mí como mi propia adolescencia desde mi perspectiva actual. En lugar de ello me retrotraje a las imágenes de la Rosa que sí conocí. Pero eran imágenes retrospectivas, no las que en su momento capté (o me dejaron captar). Miré el reloj. Paul y Penny no tardarían en volver y tenía que echarles un vistazo a los gemelos.

—¿Quién fue el primero que te dijo que te quería? —pregunta Carole-Ann.

—Mi tío.

—No. Me refiero...

Entonces se fija en mi cara, se excusa y cierra el pico. Me excuso yo también porque, si no lo hago, se enfadará y no estoy aquí para hacerla llorar. Le digo que no importa. Vuelvo a hacer que hable y no está enfadada. Terminamos riendo, mientras ensayamos decir «te quiero».

—Sabes que te quiero, Rosy. Lo sabes, ¿verdad?

Así me llamaba el tío Michael. Su pequeña Rosy. Solía decirme que me quería mientras me la metía. Su aliento era caliente. Sudaba. Los tirantes de su camiseta me enrojecían la piel.

—Te quiero, te quiero, te quiero...

Anda y que te den por el culo, cabrón de mierda.

La primera vez, Luke me lo dijo así:

—¿Qué dirías si te dijese que te quiero?

Por entonces yo debía de haberle dicho más de cien veces que lo quería y todo lo que se le ocurrió fue esa caca de decir: «¿Qué dirías si...?». Lo que tú quieres es follar conmigo, debí haberle dicho. Pero no se lo dije. No lo dice una, ¿verdad? Debería decirlo, pero no lo dice. Lo abrazas, lo besas o lo que sea, y te dan ganas de llorar porque es lo que deseabas oírle decir desde hacía mucho tiempo, tanto, que crees que has esperado toda una vida.

A Nick nunca le dije que lo quería; ni una sola vez, en tres años. Ni me lo dijo él tampoco.

Y ahora... va, y me lo dice Red. Me abraza y me dice: «Porque te quiero». Estoy en cama, con un trancazo de aquí te espero y le digo que sólo tengo ganas de acurrucarme y palmar.

—No te mueras —me susurra—. No te mueras.

—¿Por qué no? —digo yo.

—Porque te quiero y no creo que pudiese vivir sin ti.

Noto su aliento en mi cuello mientras me habla. Lo pienso un poco y luego le digo que dice chorradas. Porque las dice. Siempre las dicen. Lo que pasa es que te

mienten, se engañan a sí mismos o son tan estúpidos que no tienen ni puta idea de lo que dicen, pero creen que es lo que hay que decir y lo dicen como si, por el hecho de decirlo, fuese verdad. Eso de «te quiero» es pura filfa. Al fin, con Luke, terminé por gritarle: «¡Dijiste que me querías...! ¡Dijiste que me querías!». ¿Saben qué me dijo el muy cabrón? Me dijo: «Entonces lo sentía». ¿De qué coño sirve eso? Pura filfa. Y eso significa... significa que, siempre que alguien te dice que te quiere, puede dejar de sentirlo nada más acabar de decirlo. ¡No te jode!

O sea, que va Red y me dice que me quiere. Es su problema, no el mío. En cuanto a esa mierda de «no te mueras, que no podría vivir sin ti»... Tenía que haberle dicho: «Bueno, pues mátate. Si muero, mátate. O no lo digas». Porque, si no, es pura filfa. Y no vale una mierda.

Vicky

Una semana después de que, por primera vez, le dijese a Rosa que la quería (por primera y última vez, tal como luego resultó), asistió a los preparativos de una inusual actuación al aire libre de Peter Prestige, el Prestidigitador Prodigioso, y de la Encantadora Kim. Fue en una feria, en South Park. Me contrataron para que actuase durante diez minutos cada hora, a las horas en punto, desde las doce hasta las seis. Rosa y Kim me ayudaron a cargar la furgoneta para el corto trayecto desde Port Mahon hasta el recinto del parque, donde la ciudad se empina hacia Headington Hill, que te regala un panorama de postal, con ahusados capiteles, campanarios y cúpulas. Mi caseta estaba flanqueada por la tienda de una pitonisa y el caballete de un pintor, que hacía caricaturas a cinco libras. Puse a Rosa a trabajar en las cortinas y el decorado, mientras Kim y yo colocábamos los accesorios y los aparatos. A Rosa le divertía que nunca quisiera revelarle la magia mecánica de mi actuación. «Si dices que no hay que andarse con secretos, ¿por qué te guardas tanto los tuyos?», le repliqué. Que la magia no era sólo cuestión de secretos, vine a decirle.

—La ilusión es la obra de arte, el método es el pincel con el que la pinto.

—¡Vamos, Red! ¿Sabes de qué estás cargado?

—¿De puñetas?

—Fijo.

—Ven, Kim, no te lo pierdas, que nos peleamos.

Kim estaba en el escenario, frente a nosotros, empujando un armazón del aparato que utilizábamos para el número de *La chica a través del cristal*. La sonrisa que esbozó ante mi comentario excluyó a Rosa. No se habían dirigido la palabra en toda la mañana, salvo para lo estrictamente necesario. Rosa y yo, en cambio, no parábamos de hablar. Nuestras palabras llenaban el vacío que siguió a mi mal recibida declaración, cuando estaba con gripe. No era una persona malhumorada. Pero durante días, dio la impresión de estar furiosa conmigo, con nosotros, con ella misma y con el mundo entero. En cuanto estuvo recuperada, me esquivaba, trabajando todo el día, bebiendo toda la noche con sus compañeros de trabajo de *Erin*. Cuando, tras avisarme casi al salir por la puerta como quien dice, se marchó a Londres, a casa de unas amigas a quienes nunca le oía mencionar, tuve el convencimiento de que sólo regresaría para recoger sus cosas y marcharse de mi casa. Llamé a mi hermano por teléfono. «Le he dicho a Rosa que la quería y, a juzgar por cómo ha reaccionado, cualquiera diría que le he dicho todo lo contrario». Taaffe me dijo que la pequeña Katy tenía una infección de oídos; que yo no debía hablar de amor hasta que supiese lo que era seguir queriendo a una hijita después de tenerme toda la noche en vela, llorando a causa de una otitis. Y luego colgó. Rosa regresó el día que dijo que regresaría. Y no me dejó. Cesó el malhumor. No hizo referencia ni

alusión a lo que yo le había dicho, ni yo tampoco. Fue como si aquellas dos palabras se hubiesen desvanecido. Pero —en esto soy una autoridad— nada se desvanece realmente; sólo lo parece.

En la feria, Rosa y yo seguíamos con nuestra cháchara. Pero ellas dos continuaban sin hablarse. Lo tuvimos todo preparado a tiempo para la primera actuación. Como el tiempo veraniego invitaba, acudió muchísima gente. La actuación de las doce fue bien, aparte de un momento delicado cuando, al intercambiar mágicamente algodón de azúcar por una manzana recubierta de caramelo, hice llorar a un niño. En el descanso Rosa, Kim y yo fuimos con Paul, Penny y los gemelos a almorzar a un ribazo cubierto de hierba, desde el que se dominaba el parque y todo Oxford. Paul se empeñó en que nos hiciésemos una fotografía —«vendría muy bien para un póster»— de la Encantadora Kim y yo, con la indumentaria escénica en aquel decorado natural. Posamos y nos hizo la foto. En aquellos momentos no comprendimos por qué a Penny le hizo tanta gracia. Hasta que no hicimos revelar el carrete, no nos percatamos de que Rosa se había colado en la foto. La copia, que nunca ha llegado a utilizarse para publicidad, está entre las que adornan mi casa. Kim y yo estamos en primer plano, con las místicas agujas al fondo; y, también detrás de nosotros, Rosa, agachándose, con la falda levantada y las bragas bajadas, enseñando el oscuro pasadizo y las dos cúpulas blancas de su trasero.

Vicky no llamaba tanto la atención en las fotografías que la policía me mostró (tomas de las cámaras de seguridad de los ferrocarriles, en las que se veía a los pasajeros apearse en la estación de Reading). «Vicky»: un nombre en una columna de anotación de tantos, de unas partidas de rami, y cuya letra coincidía con la del paquete que contenía el bolso de Rosa. Era la última persona, aparte de los asesinos, que había visto a Rosa con vida. No era de extrañar que los detectives Strudwick y Crookes considerasen de vital importancia localizarla. Las imágenes de todas las pasajeras que aparecían en la filmación, que llevasen un bolso similar al de Rosa, habían sido congeladas y ampliadas, con la esperanza de conseguir una identificación concluyente. El sargento Crookes vino a casa de Paul una mañana, con una docena de fotografías para que yo las examinase, por la remota posibilidad de que reconociese a alguna de las mujeres. El sargento me devolvió casi todo lo que contenía el bolso de Rosa, así como otros objetos que se llevaron de mi casa. Bolsas negras, llenas de sus pertenencias. El sargento pensó que preferiría tenerlo en casa de los Fievre por el momento. Le di las gracias. Y también se las di por haber animado a Amy Judd a dejarse caer por allí.

El detective hizo un ademán como indicando que no tenía importancia.

—En serio. Me ha servido de mucho hablar con ella —le aseguré.

—¿Y qué tal con Niamh Kelly? ¿Sacó algo en claro?

Le conté mi visita a la tía de Rosa, ciñéndome bastante a la verdad, salvo en los aspectos esenciales. Le expliqué que me había tomado por su hijo y que, como consecuencia de ello, pudimos hablar de Rosa sin que recelase ni se alterase. Desde mi regreso de Londres, le di vueltas a la conveniencia de entregar la carta de Rosa a la policía, pero (por motivos tan oscuros para mí como los que me indujeron a no entregar el pasaporte de Charity Jackson y los números de teléfono de Lena y de Nikolaas) decidí guardármela. Sentí algo más que una indefinible sensación de desasosiego por ocultarle a la policía lo que sabía. Cuanto más desentrañaba el pasado de Rosa, más absorbente y posesivo me volvía. Rosa era mía, no de ellos. Si ponía sus secretos en sus manos, renunciaría a lo poco que me quedaba de ella. Al ver al sargento Crookes, volví a preguntarme si hacía lo debido. Guardaba aquella carta, y la foto adjunta, a sólo unos pasos de donde el detective y yo estábamos sentados. Me habría sido muy fácil entregárselas. Aunque eso hubiese entrañado la complicación de tener que explicar por qué no lo había hecho antes. De modo que no dije ni hice nada. La carta se quedó donde estaba y Crookes, que ignoraba su existencia, sacó el juego de fotos que me traía y las examinamos juntos.

Ya le había comentado que no conocía a ninguna Vicky relacionada con Rosa. No esperábamos gran cosa de la operación de examinar aquellas fotografías, granuladas y desenfocadas. Algunas eran de tan mala calidad que, si se hubiese tratado de íntimas amigas, no las habría reconocido. En cuanto a las que aparecían con mayor claridad, y de cara y no de perfil, no entreví nada que me permitiese reconocer a ninguna. Eran sólo mujeres con un bolso negro colgado del hombro; extrañas, ignorantes de que las filmaban, que iban a lo que tuviesen que hacer en Reading aquel día. No las había visto nunca. Con una excepción. Una joven, de poco más de veinte años, quizá, de pelo castaño, peinado en copete. Miraba hacia la cámara, aunque no directamente, con la cabeza un poco echada hacia atrás y la mano derecha como si fuese a echarse una guedeja hacia atrás. Estaba seria, aunque no más que las otras, con una vaga expresión de fastidio por la incomodidad del viaje. La voz del sargento Crookes me sobresaltó.

—¿La conoce?

Lo veía sentado junto a mí casi de reojo, observándome mientras yo estudiaba la foto de la joven. Debió de notar algo en mi actitud, porque no me detuve en aquella foto más que en las otras. Me eché a reír.

—No, no... —contesté mirándolo un momento. Fingí cierto azoramiento y volví a reír—. Es que... no le diría que se fuese, si me la encontrase a mi lado en la cama.

El detective también se echó a reír. Volvió a mirar la foto y de nuevo a mí. Rebuscó entre las otras fotografías y me acercó la de una rubia de pelo rizado.

—Yo preferiría ésta, si me diesen a elegir —dijo Crookes sonriente.

Cuando el sargento se hubo marchado, recreé la imagen de la morena en mi

mente. Traté de recordar dónde la había visto. Le estuve dando vueltas durante todo el día, pero no había manera. Pensé que, a lo mejor, si volviese a ver la foto... Pero Crookes se las había llevado todas. Me había abstenido de pedir quedarme con aquella para no suscitar la leve sospecha que logré conjurar. Por la noche, en la cama plegable del estudio, me sobresalté al caer en la cuenta de por qué la había reconocido. Me incorporé, y me di un topetazo en la cabeza con la parte baja de la mesa de Paul.

No se llamaba Vicky, sino Carole o Caroline, o algo así. Salí de la cama y encendí la luz. Rebusqué entre las pertenencias de Rosa que me acababan de devolver. ¡Me cago en la leche! Su agenda no estaba entre lo que me habían devuelto. «Conocía a aquella mujer». Sólo la había visto una vez, hacía más de un año, pero estaba seguro de que era ella. Aunque llevaba un peinado diferente, no tenía la menor duda. Era como si la tuviese delante, con Rosa, en un ruidoso pub de Oxford lleno de humo. Estaban en extremos opuestos de una mesa, moviéndola para que dos grupos pudieran sentarse juntos. Que yo recuerde, Carole o Caroline siguió en la cabecera de la mesa, mientras que Rosa se sentó frente a un hombre que estaba a punto de seducirla, haciendo aparecer ceniza en la palma de su mano como por arte de magia.

Por la mañana telefoneé a Dympna —que aquel día estuvo también en el Eagle and Child, con John—. Se hizo la tonta. Me enfadé con ella. Ella se enfadó aun más y me colgó el teléfono. Al volver a marcar, comunicaba. Llamé luego a aquellos de mis amigos que presenciaron el número del estigma, para ver si alguno se acordaba de alguna del otro grupo. Afloró un nombre, la amiga de una amiga, y una de las razones de que los dos grupos se sentaran juntos. La llamé, pero sólo tenía un vago recuerdo de haber estado bebiendo, a base de bien, muchos meses atrás en aquel local. De todas maneras, era compañera de trabajo de John y no conocía en realidad a Dympna, y menos aun a las amigas de Dympna. Recordaba vagamente a Rosa, «por lo del truco de la ceniza», pero no recordaba a ninguna Carole ni Caroline. Volví a probar suerte con Dympna. Comunicaba. Me acerqué hasta su casa, pero tenía las cortinas echadas y no salió nadie a abrir. Fui a la redacción de *Erin*. Conal me dijo que Dympna había llamado diciendo que estaba indispuesta y que no iría aquella mañana.

Sin saber qué otro paso dar, fui a casa —a la mía, no a la de Paul— a recoger el correo. Por lo general, solía recogermelo Paul cada dos o tres días. Pero desde Hythe Bridge Street a Osney sólo había un breve trayecto, de modo que monté en la bicicleta de Rosa y fui para allá. Entré por atrás, para que no me viesan desde la calle. La casa estaba fría y olía a cerrado. Crucé hasta el vestíbulo y vi que la alfombrilla de la entrada delantera parecía un *patchwork* hecho con sobres y folletos publicitarios. Tiré a la basura lo que no me interesaba y abrí el resto: una circular del Círculo Mágico, el último número de *Abracadabra*, una carta de mi contable y la factura de la

electricidad. Me guardé en el bolsillo el correo y fui a escuchar el contestador. No había mensajes. Lo del contestador y lo de la factura de la electricidad fue lo que me dio la idea. Corrí escaleras arriba hasta la habitación de invitados, donde tengo un armario que me sirve de archivador de todo tipo de papeles, caseros y profesionales. En una carpeta amarillenta y atestada encontré lo que buscaba: la factura del teléfono del último trimestre. Había tres hojas grapadas, con la relación de llamadas. Examiné las fechas y anoté los números marcados antes de la muerte de Rosa. Reconocí algunos números: Paul, Taaffe, la redacción de *Erin*, Dymyna, el Port Mahon, un número de Bradford, relativo a la llamada que hice al hotel en el que Kim y yo nos alojaríamos después de la actuación. Otros números los confronté con los de mi agenda: el banco, el agente de seguros del hogar, reserva de billetes de tren con tarjeta de crédito. Quedaron dos números que no pude identificar. Llamé al primero: *pizzas* a domicilio; el otro, también con el código de Oxford, había sido marcado dos veces —dos días antes de la muerte de Rosa, y otra vez el mismo día—. Ésta última llamada, de cincuenta y dos segundos de duración, se hizo a las 10:01 —después de que yo hubiese salido para Bradford, pero antes de que Rosa hiciese la serie de retiradas de dinero antes de subir al tren—. Llamé al número correspondiente. Contestó una voz de mujer: «Has llamado a Sheena y Carole-Ann... Lo sentimos pero no podemos atender tu llamada en estos momentos, pero por favor, deja un mensaje después de oír la señal y te llamaremos en cuanto podamos. Muchas gracias».

Aguardé a oír la señal. Di mi nombre y el número de teléfono y dije que quería hablar con Carole-Ann. Añadí que era urgente y que esperaba que pudiera ponerme en contacto con Vicky. Luego, colgué, salí de la casa, de nuevo por la puerta trasera, y volví en la bicicleta a Jericho a darle de comer a *Merlín* y a aguardar a que Carole-Ann me llamase.

El inspector Strudwick y el sargento Crookes ya estaban allí, en el salón, hablando con Penny mientras los gemelos utilizaban a un agente de uniforme como pared de escalada. Interrumpieron la conversación en cuanto entré. Penny me miró. Crookes no. Fue Strudwick quien habló. Que habían averiguado algo, y que si me importaría acompañarlos a la comisaría de St. Aldate. Al preguntar por qué, Strudwick miró a Penny y dijo que me lo explicaría de camino a la comisaría. Y así lo hizo; íbamos por una vía de dirección única en un coche camuflado de la policía.

—A última hora de anoche, detuvimos a un hombre que, al parecer, estuvo en el tren, con Max van Dis, cuando la señorita Kelly murió.

Aguardé en silencio a que continuase.

—Fue conducido hasta Oxford para interrogarlo —añadió el inspector—. Durante el interrogatorio, anoche y esta mañana, el hombre en cuestión nos ha dicho que a él

y a Van Dis les habían prometido una importante suma de dinero... para matar a la señorita Kelly.

—¿Quién? —pregunté.

El inspector Strudwick hizo una larga pausa antes de contestar.

—Según él, usted, señor Brandon.

Al límite del vértigo

¿Puede decirnos que ocurrió la noche que, supuestamente, entraron a robar en su casa?

Ya saben lo que ocurrió. Llegué a casa borracho y sorprendí a un hombre que había entrado en casa. Forcejamos y huyó.

¿No conocía usted a este hombre?

El sospechoso meneaba la cabeza.

¿Qué significa eso de «sospechoso»?

¿No lo conocía?

No.

¿Qué razón pudo tener este hombre para entrar en su casa? ¿Se le ocurre alguna explicación?

No lo sé. Buscaría algo, información o lo que fuese. No tengo ni idea.

¿Información acerca de qué?

Acerca de Rosa. Sobre lo que fuese en lo que estuviese metida Rosa.

¿Y en qué estaba metida Rosa?

Ya les dije que no lo sé. Ojalá lo supiera, pero no lo sé.

Le muestro al sospechoso la fotografía Ib. ¿Reconoce a este hombre?

No.

¿No lo conoce?

No.

¿No se vio con él en un pub de Oxford, el miércoles 18 de marzo?

No.

¿No se vio usted con él y con Max van Dis para hablar del contrato para matar a su novia, la señorita Rosa Kelly?

¡Claro que no, joder!

¿Volvió a encontrarse con ellos el viernes de la semana siguiente, para entregarles un adelanto de la cantidad convenida?

¿Se puede fumar?

El sospechoso no contesta.

No conozco a ninguno de los dos. La única vez que vi a Van Dis fue cuando irrumpió...

¿Puede probar dónde estuvo las referidas noches?

Sin consultar mi diario, no. Quizás estuviese actuando. No lo sé.

¿Fue...?

Un momento... El 18 fue el día posterior a San Patricio. Sí, sí. Estábamos hechos polvo por la juerga de la noche anterior, y nos acostamos temprano.

¿Quiénes?

Rosa y yo.

¿Sólo ustedes dos?

Sí.

¿No salieron en toda la noche, la del 18?

No.

¿Ni estuvo nadie en su casa?

No.

¿Lo llamaron por teléfono?

No lo recuerdo. ¿Cómo voy a recordar eso?

¿Y el viernes siguiente?, el 27. ¿Dónde estuvo aquella noche?

Como he dicho, necesito consultar mi diario. Está en la casa, en casa de Paul.

Pueden enviar a alguien a buscarlo.

¿Se ocupa usted, Dave? El sargento Crookes sale de la estancia. Ahora, señor Brandon, hablemos de nuevo del supuesto allanamiento. ¿No será más cierto que Van Dis fue a su casa a exigirle el resto del dinero?

Pero por Dios, ¿cuántas veces he de decirlo?

No les había pagado la totalidad. Fue a pedirle explicaciones y acabaron a golpes. ¿Fue eso lo que ocurrió?

¿Es eso lo que él dice?

Le estoy preguntando a usted. ¿Es eso lo que ocurrió?

La casa estaba revuelta. Ustedes estuvieron allí y pudieron ver que había estado registrando mis cosas y las de Rosa.

Pudo haberlo hecho usted mismo.

Pero ¡por Dios! ¡Si estaba inconsciente!

Cuando los agentes llegaron, no.

Esto es ridículo. No puede ser más ridículo. ¿Por qué iba a querer que matasen a Rosa?, ¡por el amor de Dios! Yo la quería. La amaba.

...

...

Bien. Dejémoslo por ahora. Interrogatorio terminado a las 11:27.

Trajeron mi diario. El viernes 27 de marzo estaba en blanco. Strudwick volvió a interrogarme por la tarde, a las tres. Hablamos del tráfico de drogas y del encarnizamiento con que defienden sus feudos los traficantes. Anotó los datos de mi banco y de mi caja de ahorros, para pedir extractos del periodo en el que, supuestamente, se hizo un pago a cuenta al tal Van Dis y su cómplice. Mientras tanto, me dejaron en libertad, sin cargos, a reserva de futuras indagaciones y con ciertas condiciones; una de las que me impusieron fue seguir viviendo con los Fiebre; y, otra, entregar el pasaporte. Al salir de la comisaría, le pregunté al sargento Crookes, que

me acompañó, por qué tomaban en serio las acusaciones de mi implicación.

—Básicamente, porque ambos lo han señalado a usted —contestó.

—¿Y qué? Es obvio que se han puesto de acuerdo.

Movió la cabeza.

—No se han visto, ni han hablado, desde que Van Dis fue detenido. ¿Cuándo iban a ponerse de acuerdo?

En casi todos mis números, soy el ilusionista, el oficiante. Soy el intérprete. Kim se limita a lo que indica su empleo: a ayudar. Incluso en el número de *La venganza de la ayudante* en el que, como recordarán, me inmoviliza las muñecas y los tobillos a una tabla, el clímax se produce cuando yo invierto los papeles. Sin embargo, existe un número en el que parecen invertirse los papeles. Lo llamamos *Al límite del vértigo*. De vez en cuando, es el número que realizo en primer lugar porque su espectacularidad es muy adecuada para encarrilar bien la actuación. Además, es difícil imaginar un medio más espectacular de presentarme al público.

Sube el telón. El escenario está vacío. La Encantadora Kim entra por la izquierda —sonriente, asombrosa, bañada por la luz de los focos—. Aplausos. Señala hacia lo alto, hacia un punto al que inmediatamente se dirige el haz de otro foco. Hacia ese círculo luminoso desciende una red grande, en cuyo interior está nada menos que Peter Prestige, el mago. Aplausos. Sigo suspendido en la red, a unos diez metros por encima del escenario. A una señal de Kim, la red se abre. Los espectadores gritan, convencidos de que voy a precipitarme sobre las tablas. Pero sus exclamaciones pasan de la alarma al asombro..., porque he desaparecido. Allí está la red, abierta; y allí está el escenario, en el que sólo se ve a la Encantadora Kim. El mago no está. Más aplausos. Peter Prestige entra por la derecha del escenario, sonriente, impasible e ileso.

No me pregunten cómo se hace porque no se lo voy a explicar.

Baste decir que Kim —aunque parezca ser quien orquesta el número— no interviene para nada en el hecho «mágico»; se limita a presentarlo. En cuanto entro en el escenario, el público se ha olvidado por completo de ella. Sólo piensa en mí, y en mi milagrosa fuga. *Al límite del vértigo* era uno de los números favoritos de Rosa. «El día menos pensado te partirás la crisma».

Estuvimos levantados hasta tarde, bebiendo. Paul escuchaba, decía las cosas más sensatas. «Es su palabra contra la tuya, la del tal Van Dis y la de ese otro individuo... No hay pruebas... Se aclarará todo en un par de días... La policía no puede probar que hiciste algo que no hiciste, ¿no crees?».

Sonreí. Le expresé mi agradecimiento por su fe y su apoyo, con lo que provoqué

que me recordase, indignado, que era mi amigo y no sólo mi agente.

—Si me enchironan por conspiración para un asesinato, ¿cumplirás por mí el diez por ciento de la condena?

Cuando íbamos a acostarnos, telefoneé desde su estudio a la mujer —llamada Vicky o Carole-Ann— que no había contestado a mi mensaje. Respondió el contestador. Dejé otro mensaje, una variante del anterior, con el añadido de la información de que había estado ayudando a la policía en sus investigaciones durante todo el día, y que se lo agradecería si pudiese arrojar alguna luz sobre todo aquel lío. Cuando aún no había terminado de dejar el mensaje oí una voz de mujer, joven, aunque no muy femenina. Tenía un marcado acento del noreste. Traté de asociar la voz a la cara filmada por la cámara de la estación de ferrocarril, y a la de la mujer que estuvo con Rosa aquella noche en el Eagle and Child. Me habló muy rápido y casi susurrante.

—Escuche, Red, no les diga nada de mí; nada en absoluto; ni mi número ni nada. No sé cómo me ha localizado usted, pero ellos no deben localizarme.

—¿Qué me dice de las cosas de Rosa? ¿Por qué...? —la interrumpí.

—Eso fue un error. La jodí con lo del bolso. Si aún no está en manos de la policía, deshágase de él. Si le preguntan qué había dentro, no diga una palabra.

—De acuerdo, de acuerdo —dije con el solo objeto de calmarla—. Han detenido a dos hombres. La policía cree que mataron a Rosa. No sé..., que la tiraron del tren.

—Yo no vi nada.

—Pero estaba usted con...

—No vi lo que ocurrió.

—¿Y por qué la mataron? Eso es todo lo que quiero saber: por qué murió. ¿A qué iba a Amsterdam? ¿Quién es Charity Jackson?

—¿Tiene la policía el pasaporte de Charity?

—No.

Noté que respiraba con alivio.

—Si la localizan, si les preguntan por ella a esos tipos que han detenido, se sabrá y ella acabará igual que Rosa.

—¿Y usted?

—¡Ay! Yo y... la tira...

Y, sin más, Vicky-Carole-Ann, o quienquiera que fuese, me colgó.

Esto es especial, dice Luke. Doscientas libras. Y digo: ¿De qué va la cosa? Y Luke contesta: Con dos; uno folla y el otro mira. Yo le digo que no quiero ni oír hablar del asunto y él me dice que no hay problema, porque estará en la habitación de al lado por si me hiciesen algo. Que ha visto mi fotografía, me dice Luke (el que quiere mirar, un tal Peters, un cincuentón que está forrado y, por lo visto, colado por mí).

—¿Y por qué no quiere hacerlo él?

Luke se encoge de hombros.

—Lo pone cachondo ver a jóvenes bonitas montándoselo con chicos jóvenes y guapos.

—¿Un chico?

—Diecisiete, igual que tú.

—¿Cuántos tiene, Luke?

—Se trata del señor Peters. Y se hace lo que él dice. ¿Entendido?

Luke me mira y se da cuenta de que no estoy por la labor.

—Son doscientas libras —insiste—. Piénsalo.

Le replico que les diga al señor Peters y a su muñequito que se la machaquen. Luke se encoge de hombros como si le importara un pito. Pero no. Entonces va y me dice que me la guarda. Sin gritar ni nada, tan normal como si me dijese lo que dan por la tele. Que no me iba a follar hasta que se lo suplicase.

—Me lo montaré yo sola. No te necesito.

—¿Tienes algún sitio donde te lo den gratis? —me dice—. ¿Dónde? ¿Dónde te lo dan gratis, Rosa? ¿Quieres decírmelo? Me gustaría verlo. Dímelo, que me apunto.

—No te necesito.

—¿Tienes coche? ¿Teléfono? ¿A lo mejor tienes hasta apartamento y yo in albis? O a lo mejor es que prefieres hacer la calle y meterte en un callejón con cualquier tipo. Hacer la calle y topar con uno que te lleve a un callejón y te dé por el culo con una botella rota. ¿Bonito, eh, Rosa? Ni para dos papelinas te iba a pagar.

Estamos en el dormitorio de Luke, el señor Peters, el chico y yo. Luke está en la cocina. Lo oigo merodear por el apartamento. Oigo la radio. El señor Peters no se

quita la ropa, ni se la casca ni nada. Sólo mira y nos dice lo que tenemos que hacer. En realidad, no me causa problemas el señor Peters. Es simpático y me llama por mi nombre. Lleva traje y corbata, y un peluco; y un pañuelo de seda que asoma por el bolsillo de la chaqueta. Me dice que lo llame Jan. Yaan. Por su acento, le pregunto si es alemán, y se echa a reír. El chico tiene unos catorce años. No llego a enterarme de cómo se llama. Tiene pinta de esos que salen en las revistas de adolescentes. Está acojonado. He de enseñarle cómo se hace y, mientras lo hacemos, pienso doscientaslibras, doscientaslibras, doscientaslibras.

El señor Peters —Jan— sale a ver a Luke. El chico y yo nos duchamos por turno y nos vestimos. Nos sentamos en el dormitorio, a esperar. No tenemos nada que decirnos. Entonces Luke y Jan vuelven y Jan sonrío y me mira. Por su manera de mirarme, me vuelvo hacia Luke y le pregunto de qué va la cosa. Luke no me mira a los ojos, sólo mira al suelo, al techo, a las paredes..., a todas partes menos a mí. Le pregunto qué coño pasa, y no me dice nada ni me mira. Y durante todo el rato el tal Jan sonrío de oreja a oreja.

—Rosa, cariño, ¿no has estado nunca en Holanda? —me pregunta Jan.

Desaparición

Llevaba un largo rato sentado, mirando el teléfono. Al final, descolgué y marqué otro número. Hablamos y colgamos. Me cambié de ropa, metí unas cuantas cosas en una bolsa de viaje, le musité adiós a *Merlín* (que no me hizo caso) y me dispuse a salir sin hacer ruido. Llevaba todo lo que necesitaba de momento (ropa, estuche de aseo y, por supuesto, un poco de dinero), además de documentación; mi agenda, la carta de Rosa en papel de avión, la fotografía en la que estaba con el joven de la perilla, el trozo de papel con los nombres de Lena y Nikolaas. Y el pasaporte (no el mío, que estaba en la caja fuerte de la comisaría, sino el de Charity Jackson). Otras cosas esenciales podría comprarlas, o agenciármelas, por el camino. Cerré la puerta de la entrada muy despacio y eché a caminar. La una y media. No se veía a nadie, y sólo en algunas ventanas había luz. Evité pasar por las calles principales, siempre que me fue posible. Di un rodeo por calles secundarias de Jericho y luego de Osney, más allá de mi casa. Seguí por un paso peatonal que rodeaba por un colegio y una fábrica. El sendero conducía a un campo de deportes paralelo a la carretera principal, pero separado de ella por una hilera de casas. Vi moverse algo cerca. Un gato que, al verme, saltó a una alta valla y se quedó allí, mirándome pasar. La noche era templada, sin luna, el cielo estaba jaspeado de nubes bajas. Había entrado en calor a causa de la caminata. La bolsa me rozaba en la pierna a cada zancada. Con la oscuridad, el campo cubierto de hierba junto al que pasaba parecía un mar gris en calma. Veía mi aliento. Oía mis pasos. Seguí el perímetro del sendero hasta una bifurcación, una arboleda tras la que, por la izquierda, se accedía a una calle de casas adosadas de ladrillo rojo. El coche ya estaba allí, aparcado junto al bordillo, con los faros y el motor apagados. Subí por el lado del acompañante. Lo miré. Se me adelantó.

—Mira, Red, no me lo digas... No quiero saberlo —me dijo Taaffe.

Mi hermano vive con su esposa y sus hijos en Abingdon, una pequeña localidad cercana a Oxford. Su casa está a orillas del Támesis, igual que la mía. El pasado verano hicimos un experimento: lancé una pelota roja de plástico al río, cerca de mi casa, y pasamos el día en la parte trasera del jardín de Taaffe para ver si la veíamos bajar. No pasó. Su hija mayor, Gemma, nos hizo quedarnos allí hasta que oscureció y ni siquiera se veía el agua. Gemma se apostó allí desde primera hora de la mañana, subida a una silla para ver mejor el curso del río. Cuando mi cuñada la metió dentro para desayunar, Gemma agarró una pataleta, despotricando contra mí por haber fallado en la magia de que reapareciese la pelota. Dije que quizá pasó cuando ella estaba dormida, aunque eso no sirvió para calmarla.

Pero ya volvemos a ser amigos (ya éramos amigos otra vez al terminar el

desayuno, si no recuerdo mal). Al bajar a desayunar, la mañana siguiente a mi huida nocturna de casa de Paul, Gemma dio una jubilosa patada en el suelo para celebrar la visita sorpresa del tío Red. Se me colgó del cuello hasta la hora de ir al colegio, bajo la promesa de que, al volver, le haría un número de magia.

Vi alejarse el coche, con Lisa al volante y los niños con el cinturón de seguridad puesto; uno dormido y los otros dos diciéndome adiós por señas a través de la ventanilla. Taaffe estaba en la cocina, leyendo el periódico y tratando de comerse una tostada sin mancharse la ropa. Trabajaba a sólo unos minutos de su casa, en una financiera del centro de la ciudad. Yo sabía que tendría que marcharme enseguida y traté de disimularlo. Pero pocas cosas he podido ocultarle a mi hermano.

—Ya no estarás aquí cuando Gemma vuelva, ¿verdad?

—No.

—¿Hablamos de ello?

—No.

—Como quieras.

—Cuanto menos sepas, mejor, Taaffe.

Le echó una ojeada al periódico y luego lo dejó encima de la mesa de la cocina. Té y tostadas. Se sacudió unas migas del regazo. Me miró.

—¿Necesitas dinero?

—No, de verdad.

—Menos mal.

No pude evitar sonreír.

—Si alguien te pregunta, no he estado aquí, ¿de acuerdo?

Taaffe asintió con la cabeza, apuró el té y se levantó. Volvió a sacudirse las migas, se alcanzó la chaqueta que tenía colgada en el respaldo de una silla y se la puso. Luego, fue a dejar los utensilios del desayuno en el fregadero.

—No te preocupes si no tienes tiempo de fregar los platos antes de marcharte.

—¿Desde cuándo he lavado yo los platos?

—En la semana del trabajo infantil de 1978, a chelín la tarea —repuso Taaffe.

—De 1977 —le corregí—. En el 78 me tocó lavar el coche de papá.

Taaffe meneó la cabeza, con visible embarazo por parte de ambos. Luego me abrazó. Que me cuidase, me dijo. Luego se marchó.

No tenía mucho tiempo antes de que Lisa regresara con Katy, después de haber dejado a los otros: a Gemma en el colegio y a mi sobrino en la guardería. Ya me había agenciado una de las cosas que necesitaba (la tarjeta de crédito de Taaffe, que le quité de la cartera, aprovechando la confusión que se produjo al llevar a los tres niños desde la cocina al cuarto de baño, y desde el cuarto de baño al coche). En el compartimento de la tarjeta le dejé una nota informándolo del hurto, para que no

creyese haberla extraviado, o que se la hubiese robado otra persona. En todo lo que podía confiar era en que no tuviese la tarjeta anulada. Imitar su firma me sería sumamente fácil, porque la letra de Taaffe era tan simple como las de los cuadernos de pegatinas de Gemma, que las utilizaba para formar el suyo. Encontrar la segunda cosa que necesitaba fue más difícil y más lento. Pero tras una laboriosa búsqueda, la encontré en un archivador, en la letra pe. Su pasaporte era de los antiguos, de los expedidos antes de que uniformasen los que se expedían en los distintos países de la Comunidad Europea. La fotografía era de hacía ocho años. La examiné detenidamente. El parecido era notable, sobre todo teniendo en cuenta que el paso del tiempo hacía que cada vez nos pareciésemos menos. No era descabellado confiar en que, para un funcionario aburrido y cansado, el verdadero Fletcher Brandon, de veintinueve años de edad, y un Taaffe Clarke en dos dimensiones, de diecinueve años de edad (ocho años después), pasaran por dos versiones de la misma persona. De modo que aquél era yo, en mi nuevo papel de Taaffe Clarke. No tenía más que interpretar un papel. Sin confiarme ni tampoco con aprensión; sin comportarme de ninguna manera que pudiera llamar la atención. Si es uno quien pretende ser, nada tiene de extraño viajar con su propio apellido y con su propia documentación. De modo que actúa uno con normalidad. Desde el momento en que dejé su casa, yo era yo interpretando a un actor que interpretaba el papel de mi hermano. Para alguien acostumbrado a ser yo, interpretando el papel de un actor que interpretaba a un mago, era coser y cantar.

Pagué con la tarjeta de crédito un billete de avión en el mostrador de la KLM, en el aeropuerto de Heathrow. Y con el pasaporte logré pasar a la sala de espera y más allá del control de embarque. A mediodía, desaparecía entre un mar de nubes a varios centenares de metros de altura, sobre el sur de Inglaterra.

Segunda parte

Amsterdam

La verdad está ahí afuera, Mulder, pero... también las mentiras.

*El agente Scully,
en la serie Expediente X*

Tu corazón mendaz te delata.

Hank Williams

Improvisación

Al virar el avión en su descenso hacia el aeropuerto de Schiphol, a través de mi ventanilla se veía un panorama vertiginoso (un mar de melaza desbordado por una llanura que, sin solución de continuidad, formaba un incompleto rompecabezas de grandes rectángulos verdes y marrones, surcados por una retícula de canales). Diques, pólderes, tierra ganada al mar..., nombres de las lecciones de geografía adormecidas en mi interior, que despertaban para señalarme el mapa viviente que se desplegaba ante mis ojos. En otros tiempos todo aquello era agua. El avión volvió a virar, ajustando su rumbo a lo que parecía una compensación innecesaria. Mi primera imagen de suelo holandés fue sustituida por un liso panorama blanco que podía haber sido el cielo de cualquier otro lugar. El descenso fue un tanto brusco, y casi en picado. Mi vecino cerró los ojos y se aferró a los brazos del asiento. La verdad es que a mí nunca me ha dado miedo el avión (el matemático que alienta en mi interior se tranquiliza con la pequeña probabilidad estadística de morir en accidente aéreo). Lo que podía haberme angustiado era no poder fumar, pero no me angustia. Rosa me había dicho que nunca había viajado en avión (Yo: «¿Te da miedo?»; Ella: «Nunca he tenido que ir a ninguna parte en avión»). Otra de sus mentiras. De un momento a otro, aterrizaríamos en un país en el que había vivido en los años de su «laguna», y al que se dirigía en su último y fatal viaje. El entusiasmo por haber logrado huir de Inglaterra empezó a remitir. Mi mundo allí parecía haberse acabado, al agotar todas las fuentes de información sobre la doble vida de Rosa; los hechos me habían apretado las clavijas: Van Dis, la policía. Había tenido que largarme. Pero no me sentía liberado. Lo que sentí, al aterrizar, fue un vago y angustioso temor. No era un viaje de negocios ni turístico; tampoco se debía a mi condición de fugitivo. Se trataba de Rosa. Mi búsqueda de «su verdad» fracasaría o tendría éxito en los días que siguieran, aquí, en la ciudad en la que se ocultó, y yo estaba anonadado, intimidado por aquello en lo que me había embarcado, temeroso de la magnitud de lo que dejaba atrás. Con franqueza: no sabía lo que estaba haciendo.

El piloto anunció la hora y la temperatura de Amsterdam. Se excusó por la turbulencia («Me temo que hemos tenido bastante viento por ahí afuera») y nos recomendó pisar fuerte para que no se nos llevase el viento. Yo me lastré con mi bolsa del *duty-free* (sólo llevaba un cartón de B&H y una botella de Johnny Walker a cuenta de la tarjeta de crédito de Taaffe Clarke). Únicamente me quedaba una cosa por hacer: convencer a los funcionarios de aduanas y de inmigración de que yo era mi hermano.

Tres colas. Me situé en la que avanzaba hacia un joven funcionario de uniforme

que tenía pinta de importarle todo un pito. Cuando me tocó el turno le tendí el pasaporte de Taaffe. Me lo devolvió sin decir palabra y sin más que una superficial ojeada a la fotografía y a mí. Le di las gracias en holandés (lo que acababa de aprender de un librito que compré en Heathrow) y él me contestó en inglés, deseándome una buena estancia. *Chupao*. Tuve que dominar una sonrisa de satisfacción por lo fácil que me había resultado. Puede que fuese éste, el último en una secuencia de eficaces engaños, lo que hizo que me complaciese en la invulnerabilidad de mi falsa identidad. Al cabo de unos minutos, tuve problemas. Crucé la sala de recogida de equipajes y pasé al vestíbulo principal de la terminal. Fui a retirar una importante suma en florines, a cuenta de la tarjeta de crédito de mi hermano. La cajera de la agencia de cambio me pidió, en un inglés casi perfecto, que aguardase mientras pedía la autorización por teléfono. Un trámite normal. La observé a través de la ventanilla de seguridad mientras hacía la llamada. Era rubia y llevaba el pelo corto. Tenía los pómulos altos, los ojos de color azul claro y el cutis bronceado. No iba pintada. Anotó algo en un bloc y colgó. El pasaporte de Taaffe, la tarjeta de crédito y un impreso para cambio de moneda a medio rellenar estaban en el mostrador frente a ella. Comparó las firmas. Y, sin sonreír, habló a través del micrófono.

—He de hacerle un par de preguntas para confirmar su identidad, por favor.

—Por supuesto.

La jodimos, pensé. Actúa con naturalidad. Era importante comportarse con naturalidad y mirarla a los ojos, mientras interiormente buscaba una salida airosa; hacer «mutis por el foro» como se dice en el teatro, cuando algo se tuerce a medio número. Ella tenía el pasaporte y la tarjeta; y yo sólo unas pocas libras en el bolsillo. También llevaba mi propia tarjeta de crédito, pero ningún documento con el que concordase. Además, no podía utilizarla sin correr el riesgo de que localizasen mi rastro en Amsterdam. De modo que, o contestaba las preguntas o estaba jodido. Pero ¿qué preguntas? Si me pedía una clave secreta... ¡Dios! No habría podido adivinar la clave que utilizaba Taaffe aunque hubiese dispuesto de todo el día, y menos aun en pocos segundos. Me descolgué la bolsa que llevaba al hombro y la dejé en el suelo.

—Su fecha de nacimiento —me preguntó.

Le di la fecha de nacimiento de mi hermano.

—¿El apellido de soltera de su madre? Su segundo apellido.

Le di mi primera respuesta auténtica.

—Cooper. El apellido de soltera de mi madre es Cooper.

—Gracias, señor Clarke. Perfectamente.

Mi primer gasto a cuenta del fajo de florines que acababa de agenciarme fue un jarra de cerveza en el bar del aeropuerto. *Een pils*. Más espuma que cerveza. Al pedirle al camarero que me la acabase de llenar, rehusó con un ademán desdeñoso,

como si me dijese: «Mire, si quiere que le tiren la cerveza a la inglesa, váyase de vuelta a Inglaterra». De modo que no tiene uno más remedio que pedirse otra jarra para compensar por lo que le falta a la primera; y una tercera. Para entonces, el estrés postraumático de mis apuros en la agencia de cambio se había convertido en risueño alivio. Incluso brindé para mis adentros para celebrar mi buena suerte.

Mi segundo gasto fue para pagar un billete de tren. Nunca había visto un tren de dos pisos hasta que puse los pies en el andén de la estación de Schiphol. Con sus franjas azules y amarillas, reluciente y con aerodinámica modernidad, más que un tren parecía un avión con ruedas. El breve trayecto hasta el centro de la ciudad fue muy silencioso y tranquilo, salvo un momento de azoramiento, cuando el revisor me llamó la atención sobre el hecho de que iba sentado en primera clase. Mi propulsión al coche contiguo provocó un éxodo masivo, y generalizada guasa, de los británicos que habían cometido el mismo error. Yo había actuado con mi espectáculo de magia en quince países, entre Europa occidental y del Éste; Estados Unidos, Australia, Nueva Zelanda y Japón, joder... (y allí estaba yo ahora tras un corto salto por el mar del Norte, reducido, por medio de un combinado de cerveza y nervios, al papel de inexperto dominguero). Me senté en un rincón de una parte del compartimento donde estaba permitido fumar (a juzgar por los letreros) y miré por la ventanilla. Los barrios sudoccidentales de la ciudad se caracterizaban por altos bloques de apartamentos y amplias avenidas, flanqueadas por columnatas de árboles engalanados por la primavera. Daba la impresión de que toda superficie de cemento estuviese tatuada con grafitos.

En un quiosco de la Estación Central compré un plano de la ciudad. El viento era cortante, aunque atemperado por un tímido sol de media tarde. La Stationsplein, una plaza grande de forma irregular presidida por el edificio de la estación Central del Ferrocarril, de estilo gótico, estaba congestionada por el tráfico, entretejida de hileras de ciclistas, viandantes y ruidosos tranvías. Eludí la subrepticia atención de varios jóvenes (camellos, chorizos y busconas que hormigueaban entre la gente con rostros macilentos. Una mujer dormía en un banco tapada con una manta roja deshilachada. A sólo unos pasos del banco, un organillero interpretaba una melodía ante un semicírculo de espectadores. Los niños miraban fascinados cómo las piezas, pintadas de colores alegres, se acompañaban al ritmo de la música en un mimo de movimiento continuo. El organillero recogía monedas con un sombrero de fieltro. En mis comienzos también yo había actuado en la calle, por libre o de manera organizada en los festivales de Edimburgo y de otras ciudades. Pero aquello no podía dar más que para tabaco (siempre y cuando pudiera uno hacer el desembolso inicial para comprar el órgano). Ni siquiera era manual, o así me lo pareció. Le di unas monedas, aunque sólo fuera por la curiosa coincidencia de que, por su oronda jovialidad, me recordó a un mago holandés que conocí una vez, y que era el único aliado potencial que tenía

en toda Amsterdam. Sincronía, supongo que habría que llamarlo, si creyese uno en tales cosas, que no es mi caso.

Fui a la parada de taxis y le pedí a un taxista que me llevase a un hotel de precio módico del centro de la ciudad, o no muy lejos. Se encogió de hombros. Me dijo que Amsterdam estaba lleno. «Todo el mundo viene ahora a Holanda para la temporada floral». También había un festival de música (Beethoven o Brahms, no estaba seguro) y una conferencia internacional. «Todos los hoteles están completos», añadió a la vez que ponía en marcha el taxímetro y se adentraba en el tráfico. Cuarenta minutos y diez hoteles después, salió del vestíbulo de un hotel llamado Terdam, señalando con los pulgares hacia arriba. Estaba en una plazoleta cubierta de hojarasca, atestada de coches aparcados en diagonal. Vi el nombre de la calle en un rótulo: Tesselschadestraat. El hotel no parecía ni muy destartado ni muy lujoso. No tenía ni idea de dónde estábamos. Desplegué el plano encima del capó del taxi y le pedí al taxista que me mostrase dónde estábamos. Señaló vagamente más allá de un enorme y frondoso castaño de Indias. «Leidseplein aquí», dijo. Luego señaló en sentido opuesto: «Voldelpark». Finalmente, más o menos entre ambos puntos de referencia: «Rijksmuseum». Su tono venía a decirme, ¿qué más puede pedir? Le pagué, recogí la bolsa del maletero y entré en el hotel.

Sólo tenía su nombre y sus señas (una anotación de hacía dos años en mi agenda), legado de una fugaz amistad trabada en un simposio, celebrado en Madrid y organizado por la Hermandad Internacional de los Magos. No nos habíamos escrito desde entonces y no tenía su número de teléfono. Podía haber cambiado de dirección. Renuncié a pedirle a la telefonista que me buscara el número y, en lugar de ello, bajé al vestíbulo en el ascensor y pedí el listín en recepción. Localicé el apellido que buscaba y comprobé la inicial y la dirección. Era la edición actualizada, de aquel año, y los detalles coincidían con los de mi agenda. Anoté el número, volví a mi habitación y llamé.

—Diga.

—¿Es Denis Huting?

—Sí, ¿quién llama?

—No sé si me recordarás. Me llamo Fletcher Brandon. Red. Peter Prestige. Compartimos habitación en Madrid, hace dos años.

—¡Joder, Red! ¡Claro que te recuerdo! No me has escrito...

—Sí, ya lo sé. Lo siento. Ya sabes cómo...

—Claro. Yo tampoco te he escrito —dijo riendo—. ¿Qué tal te va?

—Bien. Estupendamente, Denis.

—¿Sigues trabajando?

—Sí. En estas últimas semanas no. Pero habitualmente trabajo. ¿Y tú?

—Acabo de regresar de un show, divertido y bastante bueno.

—Mira...

—¿Y a qué se debe tu llamada?

—Pues a que estoy en Amsterdam.

—¡Vaya hombre, qué casualidad! ¡Yo también!

Nos echamos a reír los dos.

—Acabo de llegar y he pensado que podríamos vernos y tomar una cerveza, si te apetece.

—Por supuesto. Hecho.

—Quizás es algo precipitado, pero... ¿qué haces esta noche?

—Ésta noche no puedo.

—Pues nada...

—Mejor mañana. Podríamos almorzar.

Acepté. Me preguntó dónde me alojaba y me dio el nombre de un café cercano. Me dio unas explicaciones para orientarme y convinimos la hora. Nos despedimos y colgué. Dentro de menos de veinte horas podría verlo. Me desvestí con la idea de echar una cabezada antes de ducharme y salir a comer algo. Pero estaba demasiado impaciente. Y llamé por teléfono a Lena. No había vuelto a intentar hablar con ella desde aquel día que me dejó con la palabra en la boca, cuando la llamé desde un teléfono público de Oxford bajo un fuerte aguacero. No contestaban. Llamé una y otra vez durante diez minutos y al fin desistí. En el mismo trozo de papel en el que llevaba anotado el teléfono tenía el de Nikolaas. Titubeé. El tono insistente y medroso de Lena advirtiéndome que no lo llamase («este número no es seguro para usted») hizo su efecto, así como las consecuencias de mi última llamada a aquel número. Incluso en el anónimo refugio de la habitación de un hotel de Amsterdam, eran fuerzas más potentes que mi deseo de hablar con Nikolaas. De modo que colgué sin llegar a marcar su número.

«¿Te gustaría pasar un fin de semana en la costa?». Así es como se me trajo para acá. Pero no estamos sólo nosotros dos (también está Kim y su novio). Y tampoco es un verdadero fin de semana de fiesta, porque Red ha de actuar tres noches en Brighton. «Ocio activo», lo llama él. Sólo he visto al tal Tony una vez, y no es que precisamente sintonizásemos demasiado los cuatro, y aquí estamos de fin de semana como si fuésemos los mejores amigos. Están en la habitación contigua y se oyen crujir las camas, porque los tabiques son de papel de fumar. De modo que el viernes por la noche, estamos follando y los oímos a ellos follar también, y Red dice que eso lo pone nervioso y que lo hagamos en el suelo para que no nos oigan. Y lo hacemos. Yo a gatas, y él a montar. Al correrse, se le afloja el ojete y se le escapa un pedo de los que atufan. Nos quedamos los dos en el suelo, entrelazados y riendo como locos. El sábado por la mañana, durante el desayuno, compartimos mesa, Red y yo, Kim y Tony. No nos miramos ninguno a los ojos y apenas hablamos más que para decir «¿Me pasas la mantequilla, por favor?», y «Me parece que hoy hará buen tiempo», y todas esas bobadas. Luego Red trata de romper el hielo. «Las camas son un poco ruidosas, ¿verdad?». Kim esboza una de sus sonrisas y dice: «Por lo menos la nuestra no se tira pedos».

Es sábado por la noche (Red y Kim están en el escenario; yo y Tony estamos entre el público). Están ejecutando el número del cesto. He debido de verlo media docena de veces y sigo sin entrever el truco. El número consiste en lo siguiente: Kim está de pie en el interior de un cesto de mimbre, de unos sesenta centímetros de alto y el doble de ancho, y Red la cubre con un paño. Ella se sienta dentro del cesto, Red retira el paño y cubre el cesto con una tapa. Luego él atraviesa el cesto con espadas, una tras otra, hasta que parece imposible que no la atravesase a ella. Entonces Red retira las espadas, vuelve a colocar el paño encima del cesto y retira la tapa, se mete en el cesto y se sienta. Al volver a salir, el paño se eleva del cesto como un fantasma... Red lo retira y allí estaba Kim, sonriente. «Una trampilla», me susurra Tony al oído.

Y yo me digo que no, porque los he visto ensayar el número y no hay trampilla en

el estudio del Port Mahon pues, de lo contrario, Kim habría aterrizado de culo en el bar de abajo. Se lo digo así a Tony, que entonces me pregunta: «¿Cómo lo hace entonces?».

Noto el roce de sus labios en mi oreja. Y entonces soy yo quien le susurro: «Es una muñeca hinchable. Todo lo que ha de hacer es desinflarla y volver a inflarla».

Tony dice que eso es una estupidez.

En el intermedio vamos los dos al bar. Tony es instructor en un gimnasio. Asesor de formación física, lo llama él. Me mira. Me sonrío y dice: «¿Crees que nos daría tiempo a ir al hotel y volver antes de que termine el espectáculo?».

No digo nada.

«No tendrían por qué enterarse», insiste.

Le dirijo mi mejor sonrisa y le contesto: «No lo tomes como algo personal, Tony, pero ¿por qué iba a querer follar con un mamón como tú?».

El mago de los niños

Por la mañana, la plaza Dam estaba atestada. El ruidoso bullicio de la feria rivalizaba con las estridentes musiquillas de las atracciones. La noria empequeñecía la fállica estructura blancuzca del monumento nacional. De los autocares bajaban grupos de alemanes, japoneses y suecos que se mezclaban con la multitud al pie del monumento. Al otro lado estaba Pijlsteeg, un callejón que separaba un hotel de un café-bar de cuyo dintel pendía el emblema tricolor de la Heineken, rojo, negro y blanco. Era un callejón tan estrecho que pasaba inadvertido a los viandantes. Entrar en Pijlsteeg desde la plaza Dam era como salir de madrugada de una fiesta y adentrarse en el absoluto silencio de la soledad. La escasa luz que llegaba se filtraba a través de una irregular franja de cielo, enmarcada por los tejados. Las fachadas, que ejercían de aparcamiento de bicicletas, sujetas a toda tubería o rejilla de ventilación, repetían el sonido de mis pisadas en el adoquinado. Una bicicleta, sujeta al poste de un letrero que indicaba la calle, tenía un aspecto grotesco, con las llantas y el cuadro torcidos; a otra le faltaba una rueda. Montones de inidentificables desperdicios se habían amontonado en los portales, y en los enrejados de la alcantarilla. Al dirigir la mirada hacia el fondo del callejón, vi una entrada que desentonaba con éste, con cromados y cristal coloreado: una arcada por la que se accedía a unas galerías comerciales, en las que había tiendas que vendían queso y chocolate, restaurantes y un bar con ventanales divididos por parteluces. El número 37 estaba a la derecha, unos treinta metros antes de que Pijlsteeg tuviese un aspecto menos sórdido. Era un edificio estrecho. Se elevaba hasta un aguilón, del que sobresalía una viga de la que pendía una polea entre dos alerones. Las ventanas eran casi opacas, a causa de la mugre o del cristal esmerilado. Las de la planta baja tenían sólidas rejas. La puerta, blanca y de madera, cubierta de grafitos, tenía un aspecto psicodélico. Junto al marco, en la pared, estaba el panel del interfono, con los cuatro botones etiquetados: HS, 1E, 2E y 3E. La parte correspondiente a los nombres estaba en blanco. Eché la cabeza hacia atrás para mirar al piso superior, el «III», supuse, de acuerdo con el remitente de la carta que Rosa le envió a su tía. Una solitaria ventana de guillotina, firmemente cerrada. Traté de imaginar a una Rosa adolescente en aquella ventana, fumando, levantando la hoja de la ventana para tirar una colilla al callejón. O bajando los tres pronunciados tramos de escaleras, y saliendo por aquella misma puerta, con sus tacos pintados con spray, eslóganes y las esotéricas insignias de bandas juveniles. Una bicicleta sujeta con cadena a la cañería de un desagüe. Su melena negra viniéndosele sobre los ojos al agacharse para abrir el candado. Rosa subiendo al sillín y pedaleando hacia la plaza Dam para ser engullida por la multitud de turistas. Rosa había vivido allí. Había vivido allí años atrás, en aquel edificio, y allí había escrito una carta, asustada y suplicante, a una mujer que siempre la detestaría. No había

señales de actividad en el tercer piso, ni en los demás. El panel del interfono. Podía haber pulsado un botón tras otro y aguardar a que alguien contestase. Podía haber preguntado por Rosa. Pero si ella estuvo tan desesperada por salir de allí, quizá no debiera yo aventurarme a entrar, sin tener alguna idea de lo que podía encontrar. Llevaba en Amsterdam menos de veinticuatro horas. El número 37 de Pijlsteeg estaba allí antes de que yo llegase y seguiría allí al día siguiente, y al otro. Lo había visto... y eso me bastaba, de momento. De modo que me abstuve de llamar y me alejé. Al volver sobre mis pasos hacia la plaza Dam, me sobresaltó el chorro de vapor que salió de una abertura, justo por encima de mi cabeza. La fachada contigua estaba cubierta de más grafitos. Se leía un número de teléfono bajo el mensaje: CHICA NEGRA, 14, QUIERE POLLAS GORDAS PARA MAMAR Y FOLLAR.

La mente de una niña —me refiero a una niña pequeña, no a una adolescente mamona y folladora— es amplia y profunda y no está contaminada por el cinismo del cúmulo de experiencias. Una niña se abraza a todo lo nuevo. Como ilusionista, podría uno deducir que esto implica que un público formado por niños y niñas será más ingenuo, más crédulo, más fácil de engañar que un público adulto. Y se equivocaría. Ya lo he dicho antes: los más fáciles de engañar son aquellos que están más convencidos de la sutileza y sofisticación de sus facultades de percepción. Los niños —cuanto más pequeños mejor— no tienen tales pretensiones. Tampoco hay que deducir que ante los niños se puede triunfar con números más sencillitos. No. Nadie es más rápido que un niño para gritar «¡Es un truco!» si una torpeza le permite entrever el truco. Cualquier padre, abuelo, tío o tía, cualquier profesor se lo dirá: los niños ven lo que ven y no se dejan embaucar por nadie.

Lo sé por mi experiencia (como Peter Prestige y como el tío Red) tras actuar para niños de todas las edades. También lo sé por haberlo aprendido de Denis Huting, que es un especialista en la magia para niños; el mejor que he visto. Su nombre artístico es Oranjekip (gallo naranja). Actúa disfrazado de gallo, con vivos colores y una hechura adecuada para permitirle imitar los movimientos del animal. Denis calcula que, si fuese un verdadero gallo, a base de «tantas horas por libra», tardarían casi un mes en asarlo. La aparición y desaparición de huevos es una de las características de su actuación y, que yo sepa, es el único mago que ha ejecutado el número de *Abrir en canal un zorro*. En el simposio de Madrid le preguntaron por qué se había especializado en niños y él contestó: «Porque los niños son maravillosos, con lo que quiero decir que están llenos de maravilla».

El café en el que habíamos quedado citados —de madera y decorado como una atracción de feria— era un híbrido entre cabaña de *boy-scouts* y quiosco de la costa inglesa, estilo años cincuenta; servían empanadas y *poffertjes*, que no sé lo que son.

Denis Huting ya estaba allí cuando llegué. Era el único cliente y estaba sentado en una de las mesas del salón interior. Los dueños estaban disfrutando del sol apoyados en la barandilla del porche. Nos estrechamos la mano cordialmente y me dijo que llegaba con seis minutos de retraso. Me excusé.

—Los holandeses somos muy puntuales —me dijo.

—Lo tendré en cuenta.

—¿Conoces esa broma infantil inglesa?: «¿Qué hora es, luna?». Pues los niños holandeses no le ven la gracia, porque ya saben la hora.

—¿Ah sí?

—No. Me lo he inventado.

Nos echamos a reír. Denis se sentó señalando la silla de enfrente. Estaba más gordo de lo que yo lo recordaba. Dije que me alegraba de verlo, con lo que propicié una breve evocación de los tres días que compartimos habitación de hotel, con ocasión del simposio Hocus Pocus 96. «¿Recuerdas que llamaste al servicio de habitaciones a las dos de la madrugada, para pedir huevos revueltos?». «¿Eso hice?». «Y cuando llegó el camarero y abriste vestido de gallo y gritaste...». «Sí, lo recuerdo: ¡Ha matado a mis crías!».

Denis tenía unos cuarenta y cinco años y estaba casi calvo. Cuando se reía, sus ojos desaparecían entre pliegues de piel y su carnosa papada enrojecía. Cogió dos cartas de un soporte y me pasó una. Tenía los dedos tan rollizos que apenas se distinguían los nudillos. Pero les había visto hacer tales manipulaciones a aquellos dedos que incluso a mí me habían asombrado.

—Como no me escribías, pensé que acaso estabas molesto conmigo —dijo en tono serio.

—Mira, Denis, no eres el primero que se me insinúa —dije titubeante.

—Estaba borracho.

—Gracias. Me siento halagado.

—No, me refiero a que me insinué porque estaba borracho. A un mago especializado en niños no le conviene que se sepa que es gay.

—¿Tú crees?

—Por supuesto. Si te gusta follar con hombres, también te gusta follar con niños. Eso es lo que piensa la gente, te lo aseguro —dijo encogiéndose de hombros.

—Pues a mí me gusta follar con las mujeres, pero eso no significa que me guste follar con niñas.

—Te he dicho que eso es lo que piensa la gente. Pero tú no eres gente.

No repliqué. Denis llamó a una camarera, que se acercó a nuestra mesa sonriente.

—¿Fue por mi disfraz de gallo o porque soy tan gordo y feo?

—Por gordo y feo, desde luego.

Denis rió con desenfado. La camarera tuvo que aguardar a que acabase de reír

para poder anotar lo que queríamos: *poffertjes* para él y una empanada de queso para mí, y dos cafés.

—¿Qué son los *poffertjes*? —le pregunté.

—Te daré uno de los míos para que los pruebes —dijo—. Te convertirás en un adicto. Ya lo verás.

Estábamos en una mesa separada de las contiguas por sendas mamparas de madera, pintadas de azul celeste y rojo, con un festón, en armonía con la decoración del local. Los clientes que se sentaban en el porche quedaban semioscurecidos por un velo de humo, que se elevaba de las parrillas y de las freidoras. El local olía a café recién hecho, a aceite caliente y a dulces.

—¿A qué se debe tu viaje a Amsterdam, Red?

—Al gusto de darme un garbeo —contesté encogiéndome de hombros—. Tiene fama de ser muy interesante.

—Tulipanes, queso, Ana Frank, el museo Van Gogh... Sí, es interesante —dijo guiñándome un ojo—. O quizá para pasar un rato con alguna de las chicas de las ventanas y fumar unos porros, ¿no?

—Y ver a mi viejo amigo, Oranjekip —dijo sonriente.

La camarera nos trajo los cafés, con una solitaria galleta en cada platito. Las tazas eran pequeñas, bonitas. Denis se echó dos cucharaditas colmadas de azúcar en su café.

—Bueno, en serio, Red, ¿a qué se debe tu viaje a Amsterdam?

—Verás, tengo la sensación de haber entrado en esa pendiente en la que todo el mundo me hace las mismas...

—Bueno, puedes contestarme o decirme que no es asunto mío. —Engulló la galleta entera dejando caer migas de sus labios y luego añadió—: Pero no me mientas, ¿de acuerdo?

Mientras hablábamos tenía sus ojos clavados en mí, salvo cuando se llevaba la taza a los labios o seguía el movimiento de la galleta desde el platito a la boca. Denis te miraba con una fijeza que te impedía desviar la mirada. Asentí con la cabeza, en respuesta al resto de su observación. Le revelé la razón básica de mi viaje, lo justo para que me creyese. Le conté lo de la muerte de Rosa y lo de su carta, con remite de Pijlsteeg. Le mostré la fotografía en la que estaba bebiendo con el joven bronceado de la perilla. También le referí la implicación de Max van Dis, Lena, Nikolaas y «Vicky», y lo del pasaporte a nombre de Charity Jackson. Le expliqué que Rosa se proponía viajar a Amsterdam cuando la mataron. Y también le hablé de Rosa y de nuestra relación. Lo que no le conté a Denis Huting fue que me había interrogado la policía, ni mi ilegal salida de Inglaterra.

—¿Drogas? —preguntó cuando hube terminado.

—No lo sé. Como te he dicho, Rosa las tomaba cuando era adolescente, y existe

esa conexión con Van Dis, pero... no encaja con la Rosa que yo conocía.

—Pues, no acabo de entender por qué has venido —dijo en un tono casi desdenoso—, como si fueras un policía. ¿Qué puedes hacer tú?

Antes de que pudiera contestar llegó la camarera con los platos. Me sirvió a mí y luego a Denis, en cuyo plato había un molde de lo que parecían empanadillas, festoneado de azúcar en polvo, rodajitas de fresas y nata.

—Éstos son los *poffertjes* —dijo pronunciando la palabra como si fuera el nombre de su amante—. Buñuelos muy fritos —añadió pasándome uno con el tenedor—. Pruébalo, ya verás.

Volvió a guiñarme un ojo pero enseguida se concentró en su plato. A mí me había servido una empanada enorme, que se salía del plato, cubierta de tiras de Emmental fundido, con sus característicos agujeros alargados al fundirse.

—Ésta era la especialidad de Rosa —dije utilizando el cuchillo como un puntero—. *Pannekoeken*, la única palabra de holandés que me enseñó.

—¿La querías?

—Sí —contesté mirándolo.

—Pues tendrás que hacerte a la idea de que ya no existe.

—Ya lo sé.

Me distrajo el persistente campanileo que llegaba desde la calle. Era para advertir a los viandantes de la llegada de un tranvía, me explicó Denis. Había desmontado su pastel mientras yo troceaba la empanada. Cuando hubo terminado sus *poffertjes* hizo su plato a un lado y se recostó en el respaldo de la silla.

—Y, dime, ¿qué ha sido de la Encantadora Kim?

—Sigue siendo mi ayudante.

—¿Y aún te la tiras?

—No creí que se nos notase tanto en Madrid —dije riendo.

—Aquél número, en el que le prendías fuego... Me impresionó mucho.

Se refería al número de *El fuego y el agua*: a un lado del escenario se coloca una plataforma y en el otro una enorme cisterna de cristal llena de agua. Kim está de pie en la plataforma con un bikini de vivo color amarillo. Peter Prestige la envuelve con capas de papel. Saca un encendedor del bolsillo y acerca la llama al papel. Su ayudante queda inmediatamente envuelta en llamas. El mago hace una pausa para que el público recobre el aliento, antes de llamar la atención hacia la cisterna. La Encantadora Kim, indemne y con su bikini amarillo, nada en el agua de la cisterna, sonriente. Aplausos. No me pregunten cómo...

—Aquella noche salió muy bien —dije sonriente.

—Cuando la ayudaste a salir del agua —dijo—, por el modo de entrelazar las manos, de miraros antes de saludar..., por eso lo sé.

—Está visto que aquí eres tú el detective —dije.

No podía terminarme la empanada. Denis arqueó las cejas a modo de pregunta. Asentí con la cabeza y se sirvió lo que me dejé. Cuando hubo terminado saqué mi paquete de B&H.

—¿Te importa que fume?

—Sí —repuso escuetamente.

Volví a guardarme el paquete en el bolsillo sin decir palabra.

—Como me lo has preguntado, te contesto —dijo encogiéndose de hombros.

No pude evitar echarme a reír. Y él rió también, haciendo desaparecer sus ojos entre las arrugas de su cara. Interrumpimos la conversación mientras la camarera retiraba los platos y tomaba nota para otros dos cafés que le pedimos.

—¿Podrías darme los números de teléfono de Lena y Nikolaas? —me dijo cuando la camarera se hubo alejado.

—Claro. ¿Para qué?

—Cees tiene una hermana que trabaja en la PTT, la empresa estatal que gestiona Correos y Telecomunicaciones. Quizás ella pueda facilitar la dirección que corresponde a esos números.

—Cees es tu... humm...

—Sí. Es mi humm. ¿Así es como lo llamáis ahora en Inglaterra?

—Exacto.

Nos echamos de nuevo a reír. Saqué el trozo de papel en el que tenía anotados los números de Lena y Nikolaas, y los copié en una servilleta de papel.

—Ah... y anótame también las señas exactas en Pijlsteeg. A lo mejor averiguamos quién vive allí ahora.

Escribí la dirección completa y le pasé la servilleta a Denis, que la examinó unos momentos, la dobló en cuatro y se la guardó en un compartimento de su cartera.

Llegaron los cafés. De nuevo engulló la galleta de una vez, se acercó la taza a los labios, sujetando la minúscula asa con el pulgar y el índice, con el meñique levantado. Luego posó la taza en el platito, pero no era una taza lo que quedó en el plato sino un huevo. La taza había desaparecido. Con su cucharilla le dio unos golpecitos a la cáscara, que se abrió por la mitad y asomó un pollito en miniatura de plástico, de vivo color anaranjado.

—Toma. Un recuerdo —me dijo guiñándome el ojo—. Tenlo en tu mesilla de noche y así, cada vez que te acuestes, te acordarás de mí.

Los domingos por la mañana

Los domingos por la mañana nos quedábamos en la cama (durmiendo, fumando, leyendo los periódicos, escuchando la radio y follando). A la hora de almorzar, nos duchábamos, nos poníamos cualquier cosa e íbamos a un pub donde se podía almorzar y escuchar música en vivo. Sin embargo, a veces, sobre todo en los húmedos y fríos días de invierno de penetrante e implacable gris, no salíamos hasta media tarde. Allí encamados, el paso del tiempo lo marcaba la diferente tonalidad de la luz que se filtraba por las cortinas. Rosa me dijo una vez que yo era el único hombre con el que había pasado un día entero sin discutir. «¿A qué día te refieres? Yo no me acuerdo. ¡Anda ya, que se te van a caer los dientes!».

Yo era quien salía a recoger los periódicos que dejaban en la alfombrilla de la entrada; quien hacia el café, traía platos rebosantes de tostadas untadas con mantequilla y quien le ponía la comida y la leche con una bola de mantequilla a *Merlín*. Siempre lo hacía yo. Rosa sólo se levantaba para ir al cuarto de baño e incluso entonces se llevaba el edredón, que se ponía como si fuese una capa que le viniese grande. Me dejaba en desnuda protesta en el despojado lecho. Una tarde me hizo subir el televisor porque daban una película en blanco y negro que quería ver. Coloqué el televisor a los pies de la cama. Pero nada. Porque no teníamos allí toma para la antena. De modo que cargamos con todo (el colchón, las sábanas, el edredón, las almohadas y el televisor), bajamos e improvisamos la cama en el suelo del salón. Al cabo de diez minutos de empezar la película, Rosa la sentenció diciendo que era «una mierda» y apagamos el televisor. Echamos un polvo. Cuando hubimos terminado Rosa me miró y dijo: «Ahora un té vendría estupendamente».

De modo que allá que fui yo, desnudo, a la cocina, con la polla colgando, semitumefacta, devanando plateados hilillos de pegajosa sustancia que marcaron el suelo como rastros de babosas. *Merlín*, olisqueando mi estela en felina personificación de perro rastreador, no parecía impresionado. Se sentó junto a la puerta trasera, como si esperara que le ahorrara la molestia de salir por su trampilla. «Rosa te malcría, *Merlín*». Le abrí la puerta, pero no mostró el menor interés por salir. Se acercó a olisquear la comida de su plato. Cerré la puerta. *Merlín* le dio con el hocico a dos galletas y un trozo de conejo en el linóleo, pero no comió nada y salió de la casa por la trampilla.

—Ése gato está mal de la cabeza —dije, posando una taza al alcance de Rosa.

—No te metas con la gata.

Dejé mi taza en el suelo y volví a meterme bajo el edredón de nuestro improvisado lecho. Rosa tenía la piel caliente. Se había incorporado y se ejercitaba en un truco que le enseñé, utilizando un billete de cinco libras y dos clips. Se dobla el billete en forma de ése, se sujetan ambos bordes con los clips, se da un tirón seco por

ambos extremos del billete y los clips saltan por el aire pero no separados sino juntos. Como por arte de magia. Éste era uno de los números básicos —de ejecución sencilla pero muy eficaz visualmente— que había aprendido para entretener a sus compañeros de trabajo en *Erin*. No le salía. Le mostré cómo había que sujetar el billete con los clips y lo volvió a intentar. Bingo.

—Es lo de poner los clips con naturalidad, como si lo hiciese con papeles de la oficina... Eso es lo que no consigo.

—Es cuestión de práctica —le dije—. Has de hacerlo una y otra vez, hasta que lo consigas sin pensar.

—Es que soy torpe —dijo después de intentarlo otras dos veces sin éxito.

—Has de conseguir que el público te mire a ti y no a lo que haces.

Al cuarto intento los clips fueron a parar a su taza de té. «¡Joder...!», exclamó recuperando los clips.

Le comenté que pasaría a los anales de la magia por inventar la variante de la taza de té de un número tradicional. Pero no le hizo gracia.

—¿No dicen que las mujeres sois más pacientes que los hombres?

—Yo no. Por lo menos con esta mierda...

—Pues si no te gusta hacer magia, no me pidas que te enseñe nada.

—¡Vamos, Red...! No irás a decirme que no te harta repetir una y otra vez lo mismo...

—Pues no.

Rosa movió la cabeza.

—¿Qué? —pregunté.

—Nada.

—Vamos, dímelo.

Se echó bruscamente boca arriba en la cama. Su melena extendida en la almohada. Un par de mechones levitaron con la electricidad estática. Sus ojos, casi siempre azules, estaban ahora de un color gris oscuro, a causa de la media luz que se filtraba por las cortinas. Tenía el contorno de los labios enrojecidos, entreabiertos e irritados, de tanto libar con nuestros besos mientras jodíamos.

—¿Te has preguntado alguna vez qué has visto en mí? —me preguntó mirando al techo.

—¿A qué coño viene eso ahora?

—No, en serio, escúchame. Si no follase tan bien te habrías largado —dijo mirándome—. ¿A que sí? Seguro. Te habrías dado el piro.

—Yo vivo aquí.

—Muy gracioso.

—Pero, Rosa...

—Déjame —me dijo a la vez que me daba la espalda.

—¿Se puede saber a qué viene esto? Hace un momento estabas... y ahora...

—Te digo que me dejes, ¿no?

No era la primera vez que Rosa se desahogaba de una crisis de confianza, aunque sólo lo exteriorizaba cuando estaba borracha. Rara vez lo expresaba con claridad. «¿Cuánto tiempo nos das?», era una de sus preguntas favoritas, como si me pidiese un diagnóstico, como si yo fuese un médico y nuestra relación un enfermo terminal. «Estaríamos mejor cada uno por su lado». Era otra de sus formas de expresarlo. Cuanto más felices éramos más insegura se mostraba. Por la visto, para ella, la felicidad no hacía sino anticipar lo contrario. El subtexto era que sería yo quien diese el paso de dejarlo, de dejarla. Y me extrañaba, porque, desde el principio, me reconcomía el convencimiento de que sería ella quien hiciese realidad la profecía de nuestro fin. Lo dejaría ella, no yo. Pero allí estaba, Rosa, sobria, una lluviosa tarde de domingo, buscando el modo de reafirmarse. El edredón latía con su respiración.

—Además, ¿quién ha dicho que folles tan bien?

Guardó silencio. Al darle un golpecito en las costillas se alejó un poco hacia su lado de la cama.

—¿Cuánto hace que viniste a vivir conmigo? —pregunté retóricamente—. Seis meses. ¿Crees que hubiésemos durado tanto si el sexo fuese lo único que me gusta de ti?

—¿Cuál es tu récord de tiempo? —me preguntó.

Su voz me sonó desmembrada, como si el cuerpo que yacía en la cama no tuviese nada que ver con las palabras que acababa de pronunciar.

—No lo sé —dije tras reflexionar un momento—. Un par de años.

—¿Con Kim?

—Sí. Pero en realidad, sólo cuenta la mitad de ese tiempo. Y, además, nunca vivimos juntos. Hubo una chica, hace muchos años, en el politécnico... Estuve con ella unos quince meses.

—¿Y por qué no se vino Kim a vivir contigo?

—No lo sé —contesté—. Lo nuestro empezó como un puro ligue, y ni siquiera en los mejores momentos nos parecía que «vivir como una verdadera pareja» fuese una buena idea.

Rosa se dio de nuevo la vuelta y me miró. Esbozaba una sonrisa.

—¿Y nosotros somos una verdadera pareja?

—Bah..., no jodas. Ya sabes a lo que me refiero.

—No jodas tú —replicó dándome un codazo en las costillas.

—Sé cuál es tu color favorito. Sé qué número calzas. Cuántos terrones te pones. Sé que no crees en Dios, ni en papá Noel, ni en la otra vida ni en una Irlanda dividida.

—O sea, que me tienes calada, ¿no?

Encendí dos cigarrillos y le pasé uno. Nos arrimamos y permanecemos en silencio

unos momentos, exhalando el humo hacia el techo a intervalos irregulares. Todo su cuerpo estaba caliente, salvo los pies.

—¿Y cuál ha sido tu relación más larga? —le pregunté.

—Ah, vaya... relación.

—Ya sabes a lo que me refiero.

—Me estuve tirando a uno durante tres años. Dos y medio.

—¡Tres años! ¿Y eso cuándo fue?

—Yo tenía diecisiete cuando empezamos.

—En Londres, ¿no?

Rosa inhaló profundamente el humo del cigarrillo, lo retuvo y lo exhaló al contestarme.

—Sí, en Londres.

—¿Fue el que te enseñó a hacer empanadillas?

—Exacto.

—¿Cómo se llama?

Rosa ladeó la cabeza para mirarme mejor y volvió a esbozar una sonrisa.

—No estarás celoso, ¿verdad?

—Supón que vas en un tren y quieres impresionar a alguien. ¿Que harías?; ¿una empanadilla o un juego de cartas? —dije devolviéndole la sonrisa—. Lo mío es el arte de lo posible.

—Lo tuyo es embaucar, Fletcher Brandon.

Nos besamos.

—Eres un embaucador de primera.

—Bueno, pero no me has dicho su nombre.

—Nik. Se llama Nik. ¿Satisfecho?

—¿Estabas enamorada de él?

Rosa bajó la cabeza. No estaba seguro de que fuese a contestarme. Pero lo hizo, con la voz ahogada por la almohada.

—Creí estarlo, por entonces.

Sonó el teléfono. Respondió el contestador y oí mi voz y luego la de mi hermano, que me dejó un mensaje larguísimo acerca de vernos para tomar una cerveza. Rosa se inclinó hacia mí para tirar la colilla en los posos de mi té. Parecía haber recaído en el estado melancólico de hacía unos minutos. Terminé mi cigarrillo y lo eché junto al suyo.

—¿Es Nik la razón de que no estés segura acerca de nosotros? —le pregunté en mi tono más amable—. No me refiero a que todavía lo quieras, sino a si ocurrió algo entre vosotros que...

Volvió a besarme... para acallarme. Noté en la cara su aliento cálido. Olía a tabaco. Recuperó el buen humor con la misma facilidad con que lo había perdido. Me

sonrió, burbujeante. Me miró con fijeza y eludió mi pregunta haciéndome una.

—Vamos a ver, listillo, ¿cuál es mi color favorito?

—El verde.

—Pues, ¿ves? Te has equivocado.

—¡Pero si me lo dijiste tú!

—Claro. ¿No ves que soy una mentirosa?

Compré una tarjeta de teléfono y fui a una de las cabinas de Leidseplein para llamar a Taaffe. Lo llamé al trabajo, confiando en que, aunque la ruta de mi huida hubiese sido detectada hasta casa de mi hermano, difícilmente la policía controlase las llamadas a su oficina. La telefonista me pidió mi nombre antes de pasarme. «Eric White», le dije (una corrupción de Ehrich Weiss, el verdadero nombre de quien todos conocemos como Houdini). Mi hermano, que conoce mejor que nadie cómo funciona mi cabeza, descifró el seudónimo inmediatamente.

—¿Qué tal, señor White? —me saludó en cuanto la telefonista me pasó con él—. ¿Está satisfecho con su nueva modalidad de crédito?

—Sí, gracias, señor Clarke. Ha sido muy útil.

Oí ruido de fondo; una puerta que se cerraba.

—Tú me debes de tomar por imbécil, ¿verdad? —me dijo bajando el tono de voz, pero inequívocamente enojado.

—Taaffe...

—¿Dónde coño estás?

No contesté.

—Anoche vinieron los «polis». Me mostraron una orden de detención y me preguntaron si sabía algo de ti.

—¿Y qué les dijiste?

—Gemma aún estaba levantada cuando llegaron y le preguntaron a ella, delante de mí y de Lisa..., si había visto a su tío Red últimamente. ¿Y sabes qué contestó? Mintió. Con siete años y te encubrió... No tuve necesidad de decirle nada.

—Mira, Taaffe, todo lo que puedo decirte es que lo siento.

El intercambio de recriminaciones y excusas continuó unos momentos, hasta que mi hermano se calmó lo bastante para decirme lo que necesitaba saber. La policía no tenía ni idea de adónde había ido yo, después de dejar la casa de los Fievre. Aunque, según Taaffe, se negaron a creer que tampoco Paul supiese adónde había ido. «Lo han interrogado durante horas... Yo, en tu lugar, empezaría a buscar un nuevo agente». A mi hermano lo interrogaron por pura rutina, igual que a otros miembros de la familia, amigos y conocidos. Habían registrado mi almacén en el estudio del piso de arriba del Port Mahon, por si acaso me había escondido allí. Incluso a mi padre le preguntaron si me había puesto en contacto con él. Y, por lo visto, les había contestado que sí, «en la Navidad de 1982». Como la policía, que se había quedado con mi pasaporte,

ignoraba que yo le había robado el pasaporte a mi hermano, partía de la hipótesis de que yo seguía en Gran Bretaña. Esto me daba un margen de tiempo, pero limitado. Teniendo en cuenta «la conexión holandesa» de la investigación, Amsterdam sería el primer lugar donde indagasen en cuanto descubrieran que había dejado el país.

—¿Te das cuenta de la tontería que has cometido al huir de esa manera?

Taaffe se extendió en reconvenciones. Sabía, a través de Paul, que la inspección de mis cuentas corrientes, y de ahorro, no revelaba ninguna operación no justificada en el periodo durante el que se suponía que había pagado para que asesinasen a Rosa. Y, sin más base que las declaraciones de Max van Dis y del otro canalla que colaboraba con él, la policía empezaba a dudar de la verosimilitud de mi supuesta implicación. Hasta que opté por esfumarme. Ahora, mi fotografía había aparecido en los periódicos: ASESINATO VINCULADO A LA DESAPARICIÓN DE UN ILUSIONISTA.

—Tenemos que esconderlos —me dijo Taaffe—, no vaya a ser que Gemma empiece un álbum de recortes.

Si salimos, ha de ser con uno de ellos (por lo general con Nikolaas, con Max o con Wim). O con Rennie. Como Rennie es el sobrino del señor Peters has de tener cuidado con lo que dices. Al señor Peters apenas lo veo, salvo cuando viene para un show privado con un grupo de sus clientes especiales. Rennie no aparece en los shows ni en los vídeos, porque tiene algo en la piel y no le sale pelo en la cara. Es de Zimbabue (Rhodesia, lo llama él). Max es tan malo como siempre. Peor, en realidad. El otro día la emprendió con Renata y le dio una paliza. Pero le ha costado caro porque no podrá trabajar en una temporada. Wim no es mal tipo. Es muy corto, pero no es mal tipo. Y Nikolaas es muy enrollado y aguanta la bebida una barbaridad. Sólo que hay algo que... no sé... no me encaja. Siempre le digo: «Somos tal para cual, Nik».

Pero él mueve la cabeza: «Uno y uno no son dos; son uno y uno».

Extraño. No acabo de calarlo. No sé si es inteligente o si habla como si lo fuera. Nick es el que nos elige. La tiene de reglamento. A algunas de las chicas les va y a otras no, aunque no sé cómo quieren que hagas la mitad de las cosas que te piden si no estás colocada. Para joder, me refiero. Las chicas son majas, casi todas. Aunque apenas las veo más que cuando trabajamos. A Jan (al señor Peters) no le gusta que intimemos demasiado, como si temiera que fuésemos a formar una banda de la De Rode Draad, o algo así. A joder y ya está.

Estoy en mi habitación y me siento como si acabase de chutarme... y es hummmmmmmmm como si flotase... y está... no lo había visto... sólo que Max está en la entrada y no lo oigo... y dice que me llaman abajo...

—A las dos —digo—. A las dos.

—Son las dos y cinco.

Es como si su boca se moviera y las palabras estuvieran en otra parte... No están... Están en otro sitio y yo floto. Y ¿dónde está mi reloj? Max lo mira en el suelo y está... dice que he de bajar enseguida. Inmediatamente. Me río... Se me escapa la risa...

—¿Cómo estás, van Pis?

Van Pis... Le cabrea lo de van Pis. VAN DIS, me recalca. Y me mira... y las palabras flotan... Y ahora no las oigo... No veo... No sé lo que dice... Se quita el cinturón y yo estoy... ¿Dónde estoy? Estoy sentada en el suelo y él levanta el brazo y... no siento nada. No siento nada en absoluto, y me agarra del pelo y me levanta del suelo a tirones... y me asoma a la ventana y veo la calle y bicicletas y las veo muy lejos... al fondo, al fondo... y él... palabras... me van a tirar por la ventana... y yo no y no.

Nik... Porque ahora es Nick y no sé dónde está Max, pero no está porque está Nik y estoy sentada en la cama. La cama. No me duele.

—Me ha tirado por la ventana.

—No, no te ha tirado.

—Sí que me ha tirado.

Estoy en la cama y no me duele.

El apartamento

Mi habitación en el hotel Terdam estaba en la última planta. Las paredes y el techo formaban un ángulo oblicuo de acuerdo con la inclinación del tejado. La ventana tenía una barandilla que quedaba por encima del cabecero de la cama, y evitaba que las cortinas llegasen a la almohada. La decoración y los muebles eran de estilo minimalista (líneas rectas, blanco y negro; el espacioso cuarto de baño con cromados relucientes, baldosas blancas y espejo). Yo estaba en la ducha, en mi tercera mañana en Amsterdam, con la piel sonrosada bajo el torrente de agua caliente, cuando oí el agudo sonido del teléfono. Me ceñí una toalla a la cintura, pasé al dormitorio y contesté.

—Diga.

—O sea... que eres Fletcher Brandon; eres Red; eres Peter Prestige. Y ahora resulta que eres Taaffy Clarke.

Era Denis Huting. Le corregí el nombre de mi hermano. Pero me dijo que no era culpa suya sino del recepcionista que le había pasado la llamada. Me alegró oír a Denis. Había tenido que dominar mi impaciencia por volver a verlo, durante las cuarenta y ocho horas que hacía que no lo había visto.

—¿Cómo es eso de que te llamas Clarke?

—Es mejor que no lo sepas, Denis.

—Quiero saberlo. Por eso te lo pregunto.

—Bueno..., pues no quiero decírtelo.

¿Qué prefería, que me lo dijese por teléfono o vernos donde estuviésemos seguros de que nadie podía escuchar nuestra conversación? «Si quieres, puedo ponerme gafas oscuras y llevar un ejemplar del *De Telegraaf*...». Le dije que no había inconveniente en hablar por teléfono. «De acuerdo. Ahí va la información». Ya teníamos el apellido de Lena; Gies, y una dirección que correspondía al número de teléfono que yo tenía. Vivía en la Kerkstraat.

Tomé nota.

—¿No vive nadie más en esa dirección?

—No, sólo Lena Gies.

—¿Y Nikolaas?

—Pues, lo de Nikolaas es interesante. El número de teléfono que tienes corresponde a una dirección en la que no vive ningún Nikolaas. Tu información es antigua.

—Bueno, pero dame la dirección de todas maneras.

—Ahí está lo más interesante. La dirección que corresponde a ese número es la misma que la que me anotaste el otro día: Pijlsteeg 37, tercero.

—¿Quieres decir que Nikolaas vive, o vivía, en Pijlsteeg? —le pregunté—. ¿Hay

manera de comprobarlo?

Denis se echó a reír.

—Ya lo he hecho. La hermana de Cees ha comprobado quién vivía en esa dirección. Vivió un tal Nikolaas van Zandt durante más de siete años; desde junio de 1990 hasta el pasado noviembre.

—¿Y no dejó señas para que le reexpidiesen el correo?

—Pues no. No hay datos.

—¿Y quién vive allí desde noviembre?

—Nadie. Eso por lo menos es lo que figura en los archivos de Correos y Telecomunicaciones.

—¿Y quién es el propietario del apartamento? —le pregunté.

—Ése dato no lo tengo.

Entonces se me ocurrió una cosa.

—Verás, Denis: hace unas semanas, llamé desde Inglaterra a ese número de teléfono y respondió el contestador automático. ¿No crees que si en el apartamento no viviese nadie el contestador estaría desconectado?

—No. Sigue habiendo teléfono. Los administradores pagan para que el apartamento siga con todos sus servicios. Lo hacen así para que esté en condiciones de ser alquilado de inmediato. Eso es lo que me ha dicho la hermana de Cees.

—¿Y te ha dado también los nombres de los otros vecinos?

—No se lo he pedido.

—¿Y en el tercer piso? ¿Había alguien más registrado, aparte de Nikolaas van Zandt? Me refiero durante el tiempo en que él vivió allí.

—¿La señorita Rosa Kelly, por ejemplo?

—Sí.

—No. Tengo cuatro nombres anotados, pero ninguna Kelly.

Los cuatro eran de mujeres. Me los leyó por orden cronológico. Tres de los nombres no me dijeron nada. La segunda persona de las cuatro que vivieron en el tercer piso del número 37 de Pijlsteeg vivió allí desde junio del 91 a abril del 94 era Bernadette Houlihan: el nombre de pila de Rosa y su verdadero apellido.

En cuanto colgamos, me alcancé la bolsa que había dejado encima del armario y saqué la carta que Rosa le envió a su tía en papel de avión. Llevaba fecha del 10 de marzo de 1994. Ya no me cupo duda de que el «Nick» con quien me dijo que había vivido tres años en Londres, y que le había enseñado a hacer *pannekoeken*, era Nikolaas van Zandt. Pero no fue en Londres donde vivieron juntos sino en Amsterdam. Aquél era el Nikolaas cuyo teléfono no era seguro para mí; el Nikolaas fotografiado con la adolescente Rosa bebiendo cerveza; el tipo a quien, según ella, debía buscar la policía en caso de que le sucediera algo. Releí la carta:

«... Irán al apartamento de Pijlsteeg y encontrarán al hombre de la fotografía y lo obligarán a hablarles de mí...»

»... Soy muy desgraciada, pero unas personas tratan de ayudarme. Lo que pasa es que no sé si puedo confiar en ellas, pero no me queda otro remedio...»

»... Estoy asustada...».

Estaba escrita un mes antes de que «Bernadette Houlihan» dejase de vivir en el tercer piso del número 37 de Pijlsteeg. Lo que yo no sabía era por qué estaba tan desesperada para huir, ni si había huido de Nikolaas o con la ayuda de Nikolaas. Tampoco comprendía el «cómo» y el «porqué» de que Rosa sobreviviese a su clandestina marcha de Amsterdam, sólo para morir cuatro años después al tratar de regresar allí.

La fachada del edificio estaba pintada de negro y beige. Tenía cuatro pisos y estaba situado en la esquina de Kerkstraat y Utrechtsestraat. En la planta baja había una tienda de ropa, contigua a una puerta negra por la que se accedía a los pisos superiores. Aquél tramo de la Kerkstraat era zona peatonal. Sobre una tarima, se hacinaban unas doce bicicletas, en un espacio pensado para seis. Cada vez que pasaba el tranvía a lo largo de la Utrechtsestraat, las vibraciones hacían entrechocar las bicicletas y producían un sonido metálico. En la segunda planta, había jardineras rebosantes de pensamientos rojos. Las ventanas estaban cerradas, a pesar del calor que hacía. Una tarjeta con un nombre, junto al timbre del interfono, confirmaba la información facilitada por el contacto de Denis en la PTT: allí vivía Lena Gies.

Llamé al timbre. No contestaron. Volví a llamar con el mismo resultado. Vi que había una ventana abierta en el primer piso y llamé. Al cabo de unos momentos contestó una mujer. Eché rápidamente mano de mi libro de frases en holandés.

—*Um... alstublieft, waar is Lena? Twee...*

—*Lena... kommerst Donderdag.*

—*¿El jueves?*

—*Ja.*

Se oía llorar a un bebé. La mujer parecía preocupada, impaciente por dar por terminada la conversación.

—*Bedankt...*

De modo que Lena no volvería a casa hasta dentro de dos días. El jueves haría casi una semana que estaba yo en Amsterdam, cada vez más cerca de que la policía de Oxford diese con mi rastro. Pensé en volver a molestar a la vecina del primer piso, para preguntarle si sabía dónde estaba Lena..., pero no sabía holandés suficiente para hacerlo. Quizás una nota en el buzón de Lena pidiéndole que me llamase al hotel. No.

Era demasiado peligroso. No me convenía decir dónde me alojaba. Pero en lugar de ello, hice algo que resultó ser aun más imprudente.

Un panel de interfono; una serie de botones. No una puerta negra en Kerkstraat, sino una puerta blanca torturada con grafitos, en un sórdido callejón que daba a la plaza Dam. Pijlsteeg 37. Llamé al timbre del tercer piso, manteniendo el pulgar en el botón, como si la duración de la llamada pudiese aumentar las probabilidades de que contestasen. Pero cuando al fin contestaron, me sobresalté. Fue una voz que no me llegó a través del interfono sino que procedía de alguien que estaba justo detrás de mí. Me di la vuelta y vi a un hombre y a una mujer, juntos. El hombre llevaba un manojo de llaves en una mano y un cigarrillo encendido en la otra. Me habló en mi idioma, aunque dudo que yo hiciese nada que revelase mi nacionalidad.

—¿Qué desea?

—¿Viven ustedes aquí?

—Sí.

Él era unos años mayor que yo y más bajito —poco más de metro setenta—. Tenía el pelo muy fino, castaño, y carecía totalmente de cejas, lo que le daba un aspecto aniñado. Llevaba echado por los hombros un jersey azul. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho. La mujer era mucho más joven que él. Llevaba una camiseta blanca sin mangas y una minifalda de algodón. Estaba tan delgada que casi se le transparentaban los brazos con el sol. Era pelirroja y tenía unos rizos que me recordaron a los de Dympna, la amiga de Rosa.

—¿Viven en el tercer piso? —les pregunté.

El hombre me miró escrutadoramente unos momentos e inhaló el humo del cigarrillo. Movié la cabeza.

—En el segundo —contestó—. El apartamento de arriba está vacío.

Tenía acento sudafricano. La joven parecía incómoda. Es más: daba la impresión de estar muy violenta. Aunque yo me había dirigido a los dos, estaba claro que iba a ser él, en todo caso, quien respondiera a las preguntas. Les pregunté si vivían allí desde hacía mucho tiempo y él me contestó que no. ¿Conocía a un tal Nikolaas van Zandt, que había vivido en el tercero? Tras una pausa volvió a mover la cabeza.

—Ése apartamento lleva vacío desde que nosotros vivimos aquí. Y no conocemos a ningún Nikolaas.

—Me han dicho que hace sólo unos meses que se marchó, en noviembre.

—No —me dijo sonriente—. A lo mejor se han equivocado de dirección —añadió.

Nos miramos un momento a los ojos. Los suyos parecían pequeños, y extrañamente alojados bajo el repliegue de piel que se formaba donde debían estar sus cejas. Se llevó el cigarrillo a los labios para apurarlo, inhaló el humo y lanzó la

colilla en dirección a la cloaca. La joven no había parado de descansar el cuerpo en uno y otro pie, alternativamente, como si necesitase ir al aseo. Me percaté de que me interponía entre ellos y el portal. Él eligió una de las llaves del manajo y ciñó las demás con el puño.

—Sí —dije—. Puede que me haya equivocado de dirección.

Me aparté para dejarlos pasar. Él me rebasó para abrir la puerta. Posó una mano en la espalda de la joven y la hizo entrar, aunque sin dar la impresión de empujarla. Me miró antes de desaparecer tras la puerta y él volvió a sonreírme. Luego, cerró la puerta. Yo seguí allí de pie. Una mujer pasó por mi lado en bicicleta, con una niña en la sillita de atrás, montada a la jineta y balanceando los pies. Cantaba. Cuando calculé que la pareja había tenido tiempo suficiente para llegar al apartamento de la segunda planta, llamé al timbre. Aguardé. Volví a llamar. Pero nada.

Me alejé del portal en dirección a la plaza Dam. Era la una y media. No había comido nada desde que desayuné en el hotel. En la esquina de Pijlsteeg había un café-bar que daba a la plaza. Entré y me pedí una cerveza y un sándwich. El camarero señaló hacia una mesa vacía, junto a una ventana, y me indicó amablemente por señas que me lo llevaría allí. Me senté. Iba a encender un cigarrillo cuando vi entrar a la pelirroja de la minifalda, como por ensalmo, y se sentó frente a mí. Parecía asustada.

El número de El bungalow de Bangkok

«Puedo ayudarlo a encontrar a Nikolaas». Éstas fueron las primeras palabras que me dijo en aquel bar de Pijlsteeg, que olía a humo de cigarrillo, café y carne. Daba la impresión de que la mitad de los clientes eran turistas.

A decir verdad, no fueron las referidas las primeras palabras que me dirigió.

—No tengo mucho tiempo. Cree que he ido a por tabaco —me dijo exactamente, al sentarse frente a la neblina del humo del B&H que acababa de encender.

Estaba claro que se refería al tipo sin cejas. Miraba continuamente hacia la puerta, como si tuviese un tic que la obligase a ladear la cabeza, como si temiera verlo aparecer de un momento a otro. Estaba sin resuello (porque había corrido para alcanzarme, me dijo). Sus delgados brazos estaban llenos de pecas, y su pálido rostro anegado por la luz de la ventana que daba a la plaza. Reparé en que llamaba la atención de los hombres que estaban sentados en los taburetes de la barra. Señalé con mi cigarrillo hacia Pijlsteeg.

—¿Qué ocurre en el piso?

—Escuche...

Entonces fue cuando me dijo lo de que podía ayudarme a encontrar a Nikolaas. Le pregunté si lo conocía.

—Sí, claro que lo conozco.

En mi repertorio, tengo un número que rara vez ejecuto (porque requiere un segundo ayudante y el consiguiente gasto). Es el número de *El bungalow de Bangkok* o, como también se le llama, *Visto y no visto*. Peter Prestige induce al público a mirar hacia una casa de muñecas, colocada encima de una tarima provista de unas cortinas.

Corro las cortinas. Anuncio que haré aparecer a una persona que se oculta en el interior de la casa de muñecas. Al descorrer las cortinas, un hombre alto y de buena planta aparece de pie en la tarima. Tras anunciar el proceso inverso, corro las cortinas un momento y las vuelvo a descorrer enseguida. El hombre ha desaparecido y, supuestamente, se encuentra de nuevo en el interior de la casa de muñecas. Acto seguido, levanto la casa de muñecas y se la paso a la Encantadora Kim, que la saca del escenario. Los espectadores no prestan la menor atención a esto, muy atentos a un sospechoso bulto que se advierte en las cortinas. Entre un clamor, pidiéndome que descubra al hombre que se oculta tras las cortinas, tiro de las cortinas y las hago caer al suelo. En la tarima no hay nada. El hombre ha desaparecido por completo.

Aplausos, etcétera. No me pregunten cómo se hace porque no se lo diré. Todo lo que puedo decirles es que el hombre en cuestión en ningún momento está en la casa de muñecas.

El camarero vino junto a la mesa y la limpió vigorosamente con un paño. Luego me dejó la jarra de cerveza con el posavasos. La joven le habló en holandés y el camarero asintió con la cabeza. Cuando se hubo alejado, reanudamos la conversación y ella se inclinó sobre la mesa, susurrante. Su torso y su cara se reflejaban en la pulida superficie de la mesa.

—Vivía allí en el treinta y siete —me dijo—. No estoy segura de dónde vive ahora, pero conozco a una persona que puede saberlo.

—¿Cómo te llamas?

—Eso no importa. ¿Qué coño importa eso?

—A mí sí que me importa.

Me dio la impresión de elegir un nombre al azar.

—Bueno..., pues me llamo Kirsty.

—¿Eres de Glasgow?

—¡Dejemos eso, coño, que sólo tengo dos minutos!

A pesar de su vago parecido físico con Dymrna (el pelo, las facciones), Kirsty me recordaba más a Rosa, con su procacidad verbal, y el olímpico desdén por la impresión que pudiera causarles a los demás. *Yo soy así, lo tomas o lo dejas*. El cambio de talante, en comparación al que mostró cuando iba con su compañero frente al 37 de Pijlsteeg, no podía ser más acusado.

—Te tiene atemorizada, ¿verdad?

—Mira, ¿quieres encontrar a Nikolaas o no?

—No has encontrado su marca de cigarrillos en el bar y has tenido que ir a otro sitio. Si ha aceptado tu excusa para salir también puede aceptar ésta.

—Con él no valen esas cosas —replicó meneando la cabeza.

El camarero regresó con mi sándwich y un paquete de Camel. Dejó la cuenta bajo el posavasos y luego se dirigió a Kirsty, que sacó un monedero de un bolsito, que llevaba prendido del cinturón, y rebuscó monedas. Dije que ya pagaría yo sus cigarrillos. Pero el camarero me miró como si hubiese dicho un taco. Añadió con bolígrafo el cargo adicional a la nota y se alejó sin decir palabra.

—¿Es amigo tuyo el camarero?

Kirsty no me contestó. Seguía preocupada, mirando continuamente hacia la puerta.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —añadí.

—Necesito dinero —dijo mirándome, a la vez que buscaba nerviosamente la tira de celofán para abrir el paquete—. ¿Entiendes?

—Creo que sí. Que si quiero encontrar a Nikolaas tendré que pagar, ¿no?

—Quinientos florines. La mitad por adelantado y la mitad cuando lo veas.

Hice un rápido cálculo mental. Eran poco más de ciento cincuenta libras. Sonreí.

—¿Para cuánto tienes con eso?

Casi como un movimiento reflejo, se llevó la mano derecha al bíceps izquierdo.

—Es eccema —me aseguró—. No es lo que piensas.

—Largo —dije con frialdad tomando un bocado del sándwich.

—¿Qué?

—Que te largues.

Me miró alarmada, casi asustada. Pero enseguida su alarma se transformó en indiferencia. Una indiferencia fingida, me pareció a mí. Me observó durante unos momentos mientras masticaba. Sus ojos, de color avellanado, realzados por el maquillaje, seguían el movimiento de mis dedos y de mi boca. Luego, dio unos golpecitos en el borde de la mesa con el paquete de cigarrillos, que aún seguía sin abrir.

—Yo me voy, pero tú te quedas sin Nikolaas —me dijo.

Dejé el sándwich a medio comer en el plato y me limpié la boca.

—¿Cuántos años tienes, Kirsty? ¿Dieciocho? ¿Diecinueve? Toda una bilingüe, trabajando en el extranjero, y con un novio guapo... Menudo carrerón llevas...

—Mira..., no me des la paliza, pelmazo —dijo sin abandonar su actitud displicente.

—¿Qué hay de Nikolaas? ¿Era tu novio?

Kirsty bajó la cabeza. No dijo nada. Cuando alzó de nuevo la vista, miró hacia la ventana y entreví que tenía los ojos humedecidos. Fuera, en la plaza Dam, una pareja le explicaba a un viandante cómo funcionaba su cámara para que les sacase una fotografía frente al monumento nacional.

—Necesito encontrarlo —dije, casi susurrándoselo.

Ella me miró, ya más tranquila.

—Lo que te he dicho: quinientos.

—Tendrás tu dinero cuando lo haya visto. Pagarte por adelantado sería como tirar el dinero a la basura.

—Pues nada —dijo levantándose y arrastrando la silla al echarla hacia atrás—. Me importa un pito que lo encuentres o no. Es tu problema, colega.

La agarré de la muñeca. La tenía tan delgada que la rodeaba completamente con el pulgar y el corazón. La hice sentarse. El camarero y varios clientes nos miraban. Uno de los tipos trajeados de la barra musitó un comentario a sus compañeros que provocó risas. La expresión de Kirsty reflejaba un desdén que los abarcaba a ellos y a mí. Le dije que le pagaría a tocateja en cuanto lo viese.

Ella se soltó la muñeca. Empujé el plato hacia su lado. Uno de los «pisos» estaba sin tocar y el otro a medias.

—Toma. Tienes pinta de no haber comido en dos semanas.

Me miró a mí y al sándwich, levantó una de las rebanadas de pan e inspeccionó el

contenido.

—Soy vegetariana —me dijo, deslizando el plato de nuevo hacia mí.

—¿Quieres que te pida algo?

—Me largo de aquí.

Volvió a levantarse, y esta vez no hice nada por detenerla.

—Quinientos a tocateja. ¿De acuerdo? —le dije al ir ella a darse la vuelta para marcharse.

Kirsty titubeó. Supuse que calculaba la cantidad de dosis que podía pagarse con aquella suma, sopesando el riesgo de que no le pagase o, peor aun, de que lo descubriese el tipo del apartamento del número 37 que, para entonces, debía de estar preguntándose por qué tardaba tanto. Pero yo necesitaba que Kirsty se desesperase.

—De acuerdo. Trato hecho.

—¿Cuánto tardarás en encontrarlo? —le pregunté recostándome en el respaldo.

—Hoy no. He de hacer un par de llamadas.

—¿Mañana entonces? Estaré aquí, a la misma hora.

—No, aquí no —dijo reflexionando unos momentos—. En el mercado de las flores. Está en Singel.

—Lo encontraré.

—Mañana a las dos.

Se marchó, seguida por la mirada de la mitad de los clientes. Cuando Kirsty hubo salido, varios fijaron su atención en mí unos momentos. Me terminé la cerveza y el sándwich y avivé la brasa del cigarrillo que había dejado en el cenicero. Seguí allí fumando, mirando por la ventana a la gente que pasaba por la plaza. No sabía qué pensar de Kirsty. Pero no confiaba en ella. Sin embargo, no sabía qué era exactamente lo que me hacía desconfiar. De lo único que estaba seguro era de que necesitaba dinero para colocarse, y de que temía lo que le pudiera ocurrir en el apartamento del número 37 si se descubría nuestro trato. Apagué el cigarrillo. Una brigada de basureros iba de un lado para otro de la plaza, entre los turistas, vaciando cubos en un camión y aspirando desperdicios con una aspiradora industrial. El cristal de la ventana del bar vibraba con el ruido de la maquinaria de la brigada al pasar. Le pagué al camarero. Hasta que me levanté para marcharme, no reparé en algo que, en aquel momento, parecía sin importancia, aunque sería más alarmante para Kirsty que para mí cuando lo descubriera. Era un simple descuido. Aunque bastante irónico, teniendo en cuenta cuál había sido el pretexto para salir a encontrarse conmigo. Las implicaciones de lo que había hecho, aunque involuntariamente, no las vi claras hasta más tarde. Hasta que ya era demasiado tarde. Y, al percatarme de ello, me di a los demonios por no haberme fijado antes. De haberme dado cuenta, las horribles consecuencias de nuestro encuentro en el mercado de las flores, la tarde siguiente, se habrían evitado. Sin embargo, en aquellos momentos, no pude evitar sonreír al ver

que Kirsty, en su prisa por volver, se había dejado olvidado el paquete de cigarrillos.

La primera noche, después del truco de la ceniza, Red me pregunta por qué llevo un anillo en cada dedo de la mano. Se burla de mí porque digo deos.

—Pues, para que te duela cuando te la casque.

Pero el caso es que me hizo que le contase, dedo a dedo, la historia de cada anillo; cuánto tiempo hacía que lo llevaba, de qué estaba hecho y qué «significaba», como si fuesen algo más que anillos. Joder. Son anillos. Y me los pongo. Me pregunta por el claddagh especialmente, porque es un anillo irlandés y yo soy irlandesa. Es como si quisiera saber cosas de mí. Y, me digo, ¿por qué no dejará de darme la paliza? Y luego pienso, joder, Rosa, ¿no ves que le interesas? Y se lo explico.

—Representa dos manos que sujetan un corazón. Mira: éstas son las manos y esto es el corazón. Si lo llevas de manera que la punta del corazón mire hacia fuera significa que no le has entregado tu corazón a nadie; y, lo contrario, si mira hacia dentro.

Por supuesto, el mío miraba hacia fuera.

—¿No lo has llevado nunca con la punta hacia dentro? —me pregunta.

—No. Y no te hagas ilusiones pensando que lo voy a volver hacia dentro por ti.

Como digo, eso fue la primera noche. ¿Cuánto hace? Ni puta idea. ¿Ocho meses? Puede que un poco más. Y llevo el anillo con la punta del corazón hacia dentro. No le he dicho nada a Red. Pero una mañana lo volví del otro lado (tuve que quitármelo con jabón) y esperé a ver si se daba cuenta. Ha tardado casi una semana. Hoy, mientras me ejercitaba en un juego de cartas, me ha mirado, me ha tomado la mano y ha mirado el anillo. Luego ha vuelto a mirarme y ha sonreído. No ha sido una verdadera sonrisa, sino como si no supiera si sonreír o no. Pero noto que le mola. No dice nada. Pero sigue sin soltarme la mano, acariciando el anillo con el pulgar, y luego me besa en la mejilla. Miro el anillo porque, conociéndolo como lo conozco, el muy cabronazo es capaz de haber hecho algún truco para volver el anillo del revés. Pero no. Y me río de mí misma. Y cuando me pregunta por qué me río se lo digo y se echa a reír él también.

Dos mentiras acerca del claddagh. Mentí cuando le dije que me lo compré (fue el regalo que me hizo Nik cuando cumplí los dieciocho). Y también le mentí al decirle que nunca lo había llevado con la punta mirando hacia dentro.

Mucha mano con las chicas

Creo que, desde que conocía a Rosa, aquélla fue la primera vez que mi fidelidad se vio puesta a prueba. En Brighton. Yo tenía que actuar allí un par de noches. Coincidió con el fin de semana y les sugerí a Rosa y a Tony que aprovechásemos para pasarlo juntos. Pensé que era una buena idea. Pero a Rosa no le caía bien Tony, y como ella y Kim tampoco se adoraban precisamente, la conversación se hizo tensa. Incluso Rosa y yo terminamos discutiendo. La segunda tarde en nuestro hotel, mientras me preparaba para ir al teatro le reproché a Rosa su actitud.

—No pones nunca mucho de tu parte con los que no te caen bien, ¿verdad? —le dije.

—¿Con quién?; ¿con esos dos? —exclamó señalando con el pulgar hacia la pared que nos separaba de su habitación—. ¿Quién ha dicho que no me caen bien?

—Creas mal ambiente.

—Ya. Ambiente...

Y así empezó una discusión que degeneró en algo chusco, porque teníamos que susurrar, para que Tony y Kim no nos oyesen desde el otro lado del tabique. Y gracias al lado cómico de la discusión no degeneró ésta en una riña más seria. «¿Por qué coño susurras?». «¡Eres tú quien susurra!». «¡A mí no me bajas la voz!».

—Vamos, Red..., que estás más guapo cuando no te pones tan serio...

Y en eso quedó. Con Rosa aprendí a ser paciente. Hacia la segunda mitad del fin de semana, Rosa estuvo más de acuerdo con su talante habitual, más habladora y sonriente. Sin embargo, su mejor estado de ánimo coincidía con el empeoramiento del de Tony. Era entonces él quien creaba mal ambiente. Y creo saber por qué. Aquél sábado por la noche ocurrió algo en el teatro y, aunque no sé cómo, parece que lo intuyó.

Kim y yo estábamos entre bastidores, cambiándonos de ropa y quitándonos el maquillaje después de la actuación para ir con Rosa y con Tony a tomar algo. Como en tantas otras ocasiones, compartíamos camerino debido a la precariedad de las instalaciones de muchos teatros de provincias. Mientras mantuvimos relaciones, esto no era un problema, naturalmente. Pero desde que rompimos e iniciamos nuevas relaciones cada uno por su lado, tratábamos de respetar la intimidad del otro, por más dificultoso que fuese a causa del pequeño espacio a compartir. Aquélla noche en Brighton, Kim se acercó por detrás a mi silla mientras me quitaba el maquillaje. Y nos miramos con la complicidad del espejo del tocador. Ya estaba desnudo de cintura para arriba y ella llevaba un albornoz de toalla. Tenía el pelo mojado. Le sonrió a mi reflejo y aludió al entusiástico polvo que oímos la noche anterior a través de nuestro tabique común.

—He de reconocer que me excitó mucho oíros a ti y a Rosa.

—¿Ah sí? —exclamé sonriente.

—Sí. No pude evitar imaginaros a los dos...

Me abstuve de decirle que también a mí me había excitado mucho oírlos mientras Rosa y yo follábamos. Kim posó una mano en mi hombro. Lo tenía humedecido por gotitas de agua que caían de su pelo. Seguimos mirándonos al espejo. Su cara reflejada tenía un extraño aspecto.

—¿Quieres que te diga qué es lo que también me pone cachonda? —me preguntó. No contesté.

—La idea de montárnoslo aquí los dos mientras ellos nos esperan en el bar.

No lo hicimos. Llamaron a la puerta y entró un empleado del teatro con un montón de programas para que los firmásemos a manera de autógrafo. Cuando el empleado volvió a salir, el momento había pasado. Y entonces me pregunté, igual que me lo pregunto ahora: ¿habría sucumbido de no ser por la interrupción? La verdad es que no lo sé. Pero creo que lo que pudo haber sucedido dejó un rastro subliminal que Rosa no captó pero Tony sí. Por la noche estuvo hosco y retraído. Y, a partir de aquel momento, lo único que hicimos fue soportarnos durante el resto del fin de semana.

Nunca le conté a Rosa lo que estuvo a punto de suceder entre Kim y yo en el camerino. No vino nunca a cuento o, en todo caso, no tuve valor para contárselo.

Muere alguien y llenas tu vida con cosas ajenas al dolor. Procuras estar ocupado. Pero no puede uno distraerse de la aflicción indefinidamente, ni en todos los momentos del día. El dolor termina por atraparte. Llamé a Denis Huting desde la habitación de mi hotel. «Echo de menos a Rosa», dije cuando dejé de sollozar y pude hablar. Mis ojos se posaron en el pollito de plástico en miniatura —de vivo color anaranjado— que Denis me regaló y que tenía ahora en la mesita de noche. «La añoro». Denis me dijo que comiese algo; que no era bueno para la salud llorar con el estómago vacío. «Toma azúcar. Y, luego, a las nueve, pasaré a recogerte e iremos al *walletjes*».

A las nueve menos un minuto me llamaron desde recepción. Bajé en el ascensor al vestíbulo y encontré a Denis coqueteando con el joven recepcionista. Uno de sus pasatiempos favoritos era hacer que los gay más aparentes se ruborizaran. Fuimos a pie hacia Leidseplein. Una vez allí, Denis llamó un taxi, le dio instrucciones al taxista y nos adentramos en el tráfico nocturno, casi todo formado por ciclistas que no llevaban faro. Esto me hizo volver a pensar en Rosa.

—¿Cómo me dijiste que se llama ese local al que me llevas? —pregunté.

—Se llama *walletjes*, pero no es un local, es un barrio. Significa «murallitas», porque está junto a las antiguas murallas de la ciudad. Ahora es el barrio de la movida nocturna.

—Si me llevas a ligar, olvídale.

Denis ocupaba casi todo el asiento. Me dio una palmada en la rodilla.

—No te preocupes, Red. Nada de ligar. Te llevo a ver un espectáculo.

Nos detuvimos en una calle secundaria, justo enfrente de una iglesia grandota y fea —la Oude Kerk—. Era un edificio medieval que, de un modo bastante incongruente, marcaba el centro geográfico del barrio del sexo. Denis le pagó al taxista y bajamos. El teatro estaba flanqueado por un bar y por una tienda de vídeos porno, anunciada con letreros de neón, en la que también vendían revistas y accesorios eróticos. El centro del escaparate lo ocupaba un consolador de color sonrosado y de, por lo menos, treinta centímetros de largo. La fachada del teatro era más discreta, pintada de negro y con letras blancas el nombre ACHT EN TWINTIG (Ocho y Veinte, en obvia alusión al número de la calle). En la cartelera anunciaban la función: ESTA NOCHE FUNCIÓN DE MAGIA.

Denis sacó dos entradas en la taquilla y subimos por una empinada escalera. Una vez arriba, una acomodadora de profesional amabilidad nos condujo al interior, a través de unas gruesas cortinas. Unas columnas recubiertas de reluciente mosaico reflejaban la única fuente de luz (velas, colocadas en unos cuencos pintados de rojo, en cada una de la cincuentena de mesas, dispuestas en forma de herradura frente al escenario). La mayoría estaban ocupadas, casi todas por hombres. Se oía el runrún de las conversaciones. Una nube sonrosada, formada por el humo de los cigarrillos y la luz, colgaba del techo. En un rincón había un bar. Las camareras (todas jóvenes y vestidas con exigua indumentaria estilo *cheerleader*) iban de un lado a otro con bandejas de bebidas y cosas para picar.

—No imaginaba que te gustasen esta clase de sitios —le dije al sentarnos.

No me oyó, distraído en darle la propina a la acomodadora, que se alejó sonriente. De inmediato se acercó una camarera.

—¿Cerveza? —me preguntó Denis, que aún estaba sin resuello por el esfuerzo de subir las escaleras.

Asentí con la cabeza y Denis pidió *twee pils*, y algo más que no entendí.

—Un sitio estupendo, ¿no? —me dijo.

—¿No lo dirás en serio?

Visiblemente incómodo, se acercó otra silla y acomodó una nalga en cada una. Se secó la frente con un pañuelo color naranja y se anticipó a mi siguiente pregunta: «¿Qué hacemos aquí?», señalando hacia el escenario. Sonaba una introducción musical. El runrún de las conversaciones remitía. La luz de un foco iluminó el punto en el que se encontraban las dos partes del telón. Una voz fuera del escenario dio la bienvenida al público en cuatro idiomas. Al llegar la camarera con dos jarras, casi rebosantes de espuma, y dos porciones de tarta de manzana, se abrió el telón y, ante un clamor de aprobación, un mago y su ayudante irrumpieron en el rodal de luz. Se notaba enseguida que él era el mago, porque llevaba chistera y una varita mágica.

Salvo estos dos objetos, él y su bonita ayudante iban completamente desnudos.

Goedenavond, bon soir, good evening, buenas noches... Soy el extraordinario, el único, Gran Nudini... (sonríe). Y esta noche voy a darles... ¡Polvos mágicos!

La ayudante (estilizada y bronceada, con el vello púbico recortado en forma de corazón) le da la espalda al público y se dobla por la cintura con las piernas separadas. Se oyen vivas y silbidos de admiración. Vemos que algo sobresale de su vulva. El mago se lo retira y levanta el objeto, que resulta ser una pelota de ping-pong. Saca otra, y otra, hasta un total de veinte. El número termina cuando la ayudante expelle la última pelota desde su vagina, con tal fuerza que describe una parábola y aterriza en el regazo de un sobresaltado pero risueño espectador. Vítores, risas. Aplausos... La ayudante se echa boca arriba y, a una orden que el mago da con su varita, empieza a levitar. Se eleva dos o tres palmos y vuelve a posarse en el suelo. El mago vuelve a intentarlo pero no consigue mantener la levitación. Y, como si se le ocurriese de pronto, el ilusionista la hace elevarse una vez más y mientras ella levita horizontalmente se sitúa entre sus muslos y la penetra, de tal manera que da la impresión de que su pene es lo único que la sostiene.

Vítores...

... El Gran Nudini muestra un cordón de algodón y media docena de hojas de afeitar. El mago hace una pelota con el cordón y lo introduce en la vagina de su ayudante. Luego, le introduce las hojas de afeitar, una a una. Aspavientos y murmullos. Pregunta en cuatro idiomas si hay alguien entre el público que quiera subir a follársela. Más risas. Nudini simula querer levantar a un espectador de la silla para llevarlo al escenario. El espectador rehúsa. El ilusionista vuelve al escenario, le da unos golpecitos a su ayudante con la varita y, rebuscando en su vagina, saca lentamente el cordón, que aparece anudado y con las hojas unidas. Aplausos.

Luego, sacan al escenario una cabina con ruedas y encierran dentro a la ayudante. El Gran Nudini desmantela la cabina en cuatro partes en forma de caja y las dispone en otro orden, colocándolas una encima de la otra. Al abrirse las tapas de cada caja, las caderas, los muslos y el pubis en forma de corazón, aparecen en la parte superior, mientras que los pechos y el estómago se ven en la segunda caja, la cabeza y los hombros en la tercera, y los pies y las piernas en la cuarta. El mago empieza por arriba, acariciando con los dedos y lamiendo la expuesta vagina. Luego, se concentra en la segunda caja, acariciando los pechos y chupando los pezones; después, en la tercera, se arrodilla para que su pene erecto se introduzca en la boca de la cabeza de la ayudante, aparentemente cortada. La ayudante se la chupa hasta que el semen rezuma por su mentón. Arrebatados aplausos. Entonces el mago cierra las tapas de las cuatro cajas y vuelve a colocarlas en el orden correcto. La ayudante sale de la cabina sonriente, con los labios aún húmedos a causa de la corrida del mago. En medio de una prolongada ovación el mago y su ayudante saludan...

... *Dank u, en tot ziens; merci, et au revoir; thank you, and bye bye; gracias y hasta la vista...*

Helado

Yo había ejecutado aquel número con la Encantadora Kim o, mejor dicho, variaciones del mismo. Había sacado pelotas de ping-pong de su boca. La había hecho levitar, sujetándola con el meñique en su talón izquierdo. Le había hecho tragar hojas de afeitar que luego le había sacado ensartadas en un cordón. También había ejecutado el número de *La joven troceada*: le hacía cosquillas en el ombligo y le daba un beso furtivo a su cortada cabeza, antes de volver a recomponerla. Lo reconozco. Y así se lo reconocí a Denis Huting, cuando me reprochó que criticase al Gran Nudini.

—Es un mago como tú —dijo Denis—. Ejecuta variantes de viejos trucos. Eso es todo.

—No. Hace pornografía —repliqué.

—Ante todo es un mago. Y, además, hace pornografía.

A medianoche fuimos a una heladería de Leidseplein. Estábamos los dos bastante colocados, a base de cerveza y de bombones de hachís, que tomamos en el bar contiguo al Acht en Twintig.

—¿Qué haces tú con la Encantadora Kim? —me preguntó a la vez que tragaba un trozo de almendra garrapiñada—. La atas; la cortas en pedazos; le clavas palos y espadas; la encierras en cajas; la haces aparecer y desaparecer a tu antojo; le pegas fuego... La exprimes a fondo, vaya... —exclamó dando una palmada.

—El mago en tanto que violador. ¿Es eso lo que insinúas?

Se encogió de hombros.

—Ella es un cuerpo, y tú abusas de ella.

Le había oído a la amiga de Rosa, Dympna, decir algo similar una noche en Oxford. «¿Por qué están tan obsesionados los ilusionistas con el sometimiento y la penetración?». Iba a decirle a Denis lo mismo que le dije a ella, que la premisa de una representación era irrelevante porque la magia era, por encima de todo, ilusión; que el mago y su ayudante sirven por igual a un mismo fin. La relación que importaba no era la de un hombre y su ayudante femenina sino la relación del mago y la ayudante que colabora en la ilusión. Pero ¿cómo encajaba eso en la lógica de mi objeción al número del Gran Nudini, sobre la base de lo explícito de su contenido sexual? De modo que me limité a decir que, en cierta ocasión, le pregunté a Kim si se sentía explotada.

—¿Y qué te contestó?

—«Si te refieres a lo que me pagas, te contestaré que sí».

Denis sonrió y siguió comiendo helado.

—No se trata de explotación —me dijo—. Es que tratas a la ayudante como si fuera un objeto.

—Como un objeto —repetí.

—Sí. Si tratas a alguien como si fuera un simple objeto, puedes abusar sin mala conciencia porque te crees superior. No la valoras.

—Pues lo que hemos visto esta noche ha sido una mujer objeto. Y no ha podido ser de un modo más crudo y explícito.

—¿Crudo u honesto? ¿Crees que es más honesto que Kim y tú aparezcáis vestidos y finjáis que lo que hacéis nada tiene que ver con el sexo?

—Me refiero a la delicadeza de la representación.

—O sea, que si se hace de manera delicada es correcto, ¿no? Es... un arte —dijo meneando la cabeza—. Red, amigo mío, si lo crees así es que eres deshonesto.

—De acuerdo, de acuerdo. ¿Y en el *strip-tease*? ¿Cómo ha de actuar la mujer, la artista? ¿Ha de empezar completamente vestida y, lentamente, ir desvelándose?; ¿o te excitaría más verla desnuda desde el momento en que pone el pie en el escenario?

Denis arqueó una ceja, *faux camp*, y ambos nos echamos a reír. Lo dejamos correr y seguimos en grato silencio. Cuando nos hubimos terminado el helado, me recosté en el respaldo, a ver si así se disipaba el efecto de la mezcla de la cerveza con los bombones de hachís. Pero no.

—¿Sigues mareado? —pregunté tocándome la sien.

—Más o menos —contestó Denis limpiándose la boca con una servilleta. Estaba acalorado. Miró el vacío recipiente de cartón del helado, como si le sorprendiera habérselo terminado—. Cuando se es tan grandullón como yo, hay drogas que se pierden tratando de encontrar el camino al cerebro.

Saqué un paquete de B&H y un encendedor del bolsillo derecho de la chaqueta. Miré en derredor para cerciorarme de que no hubiese ningún letrero que indicase que estaba prohibido fumar.

—No te importará que fume aquí, ¿verdad?

—En Amsterdam se puede fumar en todas partes —contestó sonriente—. Salvo que estés conmigo.

—¡Joder! —exclamé contrariado. Pero me guardé los cigarrillos—. Rosa en mi lugar habría encendido el cigarrillo y te lo habría metido por la nariz.

Al salir de la heladería, acompañé a Denis a una parada de taxis, al otro lado de la desierta plaza de Leidseplein. Lloviznaba. Los raíles del tranvía brillaban bajo el anémico resplandor de la luz de las farolas, en cuya superficie grasienta se acumulaban gotitas de agua como si fueran de sudor. No había taxis. Dije que lo esperaba hasta que llegase uno, pues mi hotel estaba a dos pasos y podía ir a pie.

—Te mojarás.

—No me importa. Resulta refrescante.

Denis se había puesto la capucha de su anorak, de manera que sólo se le veían los ojos, la nariz y la boca.

—¿Qué tal te sientes ahora?

La pregunta me pilló desprevenido. No supe qué contestar, así de pronto.

—¿Acerca de Rosa?

—Sí.

—Mejor —contesté—. Creo que me ha venido bien salir contigo esta noche. Aunque, a decir verdad... —añadí haciendo una pausa—, estoy fatal.

Denis guardó silencio.

—Lo jodido es que lo que yo quiero es que no esté muerta.

Le goteaba la nariz. Se la limpió. Miró vagamente hacia la dirección por la que podía venir un taxi y luego volvió a mirarme.

—Yo perdí a un buen amigo. Mi «hummm», antes de Cees. De sida. Murió de neumonía, pero a causa del sida. Y durante dos años me parecía no poder vivir sin él.

—Lo siento. No lo sabía.

Pasaron dos coches casi seguidos, que produjeron un largo siseo con el roce de los neumáticos en el asfalto mojado.

—Pero un buen día, al cabo de dos años, una persona me dijo: «Él ya no está. Pero tu amor por él sigue aquí. Cree sólo en eso, en tu amor por él, porque es mejor aferrarse a algo vivo que a algo muerto». Y eso es lo que hice —me dijo Denis mirándome.

—¿Y funcionó?

—No —contestó echándose a reír.

Reímos los dos de tan buena gana que, cada vez que nos conteníamos, uno de los dos volvía a empezar.

—No son más que palabras —dijo cuando al fin logramos calmarnos.

—¿Pero ayudan?

—Sí. Un poco.

Acababa de llegar un taxi, que siguió con el motor en marcha. El taxista aguardó, con una mezcla de paciencia y de indiferencia, a que terminásemos la conversación. Fumaba y miraba por la ventanilla hacia la lluvia. Denis alzó una mano y apretó firmemente el pulgar en la comisura de mi boca.

—Helado —dijo, y se chupó el pulgar—. Tarta de queso y arándanos.

Nos despedimos. Subió al taxi, que se hundió varios centímetros cuando se sentó. El taxista giró lentamente sin indicar la maniobra y se alejó. Me pareció ver que Denis me hacía señas con la mano desde la ventanilla trasera. Pero apenas se veía en la oscuridad, y el cristal estaba mugriento y salpicado de gotas. Puede que no hiciera sino quitarse la capucha.

El bar de la esquina de Pijlsteeg. Soplando. Hace... No sé. Horas. No sé cuántas horas han pasado desde el último chute y Nik la ha emprendido conmigo. Por mi propio bien, me dice. Ya. Igual que joder. Dice que me hará un «pannekoeken con marihuana» para animarme. Para joder. Se encoge de hombros y dice que si quiero matarme es mi problema, pero que él no va a ayudarme. Wim. ¿Qué dice Wim? No sé qué de una foto. Quiere hacernos una foto a mí y a Nik. Bueno. De acuerdo. Haz lo que te dé la gana.

—De mi perfil bueno, ¿eh? —le digo.

Wim me mira, como si tuviera la cabeza trastocada y le resultase complicadísimo. Nik me pasa un brazo por los hombros, me acerca la cabeza y levantamos nuestras cervezas. Brindamos. Wim no se aclara con la cámara. Y pienso que hacía sólo unas horas, Dios mío, aquella mano —la mano de Wim— la tenía yo metida en el culo hasta la muñeca.

Hace la foto. Digo que voy al lavabo. Renata tendría que acompañarme, pero Nik va a hacerles ahora una foto a ella y a Wim y, además, todos están demasiado colocados para que les importe.

Estoy aquí sentada tratando de mear y me siento... me siento como una mierda. Como una mierda. Miro el reloj. Al cabo de media hora estaremos de vuelta en el 37. Un grupo de ejecutivos americanos —numeritos en grupo y luego solos—, de modo que no me darán otro chute hasta que terminemos, y puede tardar horas. A lo mejor hasta las tres o las cuatro de la mañana. Llevo aquí demasiado tiempo. Me acerco a la pila del lavabo, me doy unos chapotones al lado de una mujer que se está lavando las manos. Me incorporo y la veo en el espejo, mirándome. Con demasiada insistencia. Como si quisiera ligar conmigo, aunque no tiene pinta, me parece a mí. Es alta, morena, bonita. Unos años mayor que yo. No recuerdo haberla visto en el bar, pero debía de estar. Me sonrío. De modo que sí, quiere ligar. Pero me pregunta si estoy bien.

No le contesto. Me acerco al secamanos. Ella se acerca también. Mira hacia la puerta. Parece asustada. Me lavo las manos y la cara. Y entonces me mete una cosa en el bolsillo de atrás del pantalón.

—No hago bollitos gratis —le digo.

—Pues... bueno. Si te va esa gente, no me llames —replica asintiendo con la cabeza.

De cerca se nota que lleva peluca. Lleva una mierda de peluca.

—Sí, bueno, te llamaré.

Me toca el hombro. Pero no dice nada; sólo me lo aprieta ligeramente y vuelve al bar. Saco el papel del bolsillo y lo desdoblo. Pienso que a lo mejor es una papelina, pero no. Es una nota: LENA, y un número de teléfono. La miro un minuto. Luego, la estrujo y la tiro a la papelera. Cuando ya estoy a punto de salir, me detengo, doy media vuelta y rebusco en la papelera como si la papelera fuese a decidir por mí. De un momento a otro, entrará Renata a preguntarme qué coño hago tanto rato aquí dentro. Tardo en encontrar la nota. La aliso un poco y la doblo formando un cuadradito. Me la meto bajo mi anillo más grande y holgado, de tal manera que ahora queda muy fijo y no se ve el papel, pero lo noto, apretado contra mi piel.

El mercado de las flores

¿Fue usted a comprar flores? ¿O a dar un vistazo y tomar fotografías?

Sí, a echar un vistazo.

Bien. Fue usted a dar una vuelta por el mercado de las flores. ¿A qué hora?

No lo sé. Hacia las dos, más o menos.

A las dos. ¿Iba usted solo?

Sí.

¿No está nadie con usted aquí en Amsterdam?

No. He venido de vacaciones solo.

¿A qué se dedica usted en Inglaterra, señor Clarke?

Trabajo para una sociedad financiera. Hipotecas, planes de ahorro y ese tipo de cosas.

¿Es usted soltero?

No, no. Estoy casado. Mi esposa se llama Lisa.

¿Tiene hijos?

Tres. Dos niñas y un chico.

Un hombre casado, con tres hijos... solo de vacaciones. En una ciudad como Amsterdam, no es muy corriente. Ya me entiende...

No es ésa la razón de que...

Por favor. De hombre a hombre...

...

En fin..., digamos que por las noches, no. Por si lo llaman, ya me entiende. Pero por la tarde es distinto, ¿no?

...

¿Cuánto tiempo ha pasado allí, mirando las flores?

No mucho rato. Una media hora.

Ajá. Ha estado por allí cosa de treinta minutos. ¿Y adónde ha ido después?

A una calleja del Singel.

¿Y a qué ha ido allí?

Buscaba un restaurante.

¿Aún no había almorzado? ¿A las dos y media?

Sólo me apetecía un café y un trozo de tarta.

¿Un café y un trozo de tarta?

Sí.

¿Y fue usted al callejón a por eso?

Había otra calle, al final del callejón, paralela a la Singel. Me dio la impresión de que por allí podía haber una cafetería, un bar...

¿En Reguliersdwarstraat?

No sé cómo se llama.

Está usted en el callejón. Bien. ¿Está solo?

Sí.

Verá: según el testimonio de una persona iba usted caminado junto a una joven.

Pues no es cierto.

Una pelirroja de piel muy blanca. De mediana estatura. Muy bonita. ¿Iba hablando con ella?

No.

Según la persona en cuestión, sí.

Pues esa persona se equivoca.

¿Había mucha gente por la calle? ¿Es posible que la mujer caminase a su altura, y que la persona que los ha visto creyese que iban juntos?

Quizá. No lo sé. Pero no se me ocurre otra explicación.

A mí tampoco.

...

¿Había mucha gente en el callejón?

No lo recuerdo.

¿Iba usted solo?

Ya le he dicho que sí, por Dios...

...

Perdone.

...

...

¿Qué ha ocurrido después, señor Clarke?

Tulipanes, de todas las variedades y colores. No había visto nunca tantos juntos. Dispuestos en bandejas, hilera tras hilera, a todo lo largo de la calle, en el suelo y en tenderetes, bajo toldos de lona o improvisados cobertizos de plástico encharcados con el agua de la lluvia de la mañana. La mayoría eran tulipanes, pero había muchas otras flores (pensamientos, crisantemos, flamenquillas), y muchísimas otras cuyo nombre ignoraba. Un formidable despliegue de colores. El aire estaba impregnado de un aroma casi mareante. También había plantas, innumerables bandejas y sacos de bulbos y expositores con paquetes de semillas. Los tenderetes formaban una estrecha franja que abarcaba toda la orilla del canal Singel; unos daban a la calle, y otros estaban instalados en plataformas flotantes y en barcas de fondo plano amarradas a la orilla del canal. La gente curioseaba, tomaba fotografías y regateaba con los vendedores de los tenderetes. Era imposible caminar normalmente por el mercado. Sólo se podía avanzar paso a paso con suma lentitud. Miré el reloj. Eran las dos menos cinco. Entre toda aquella confusión esperaba encontrar a Kirsty. O que me encontrase ella.

Me adentré entre la gente, de un lado para otro, distraído, mirando escrutadoramente el caleidoscopio de caras y cuerpos, tratando de localizar a Kirsty. Choqué sin querer contra un tenderete de bulbos y estuve a punto de volcar una bandeja, con lo que me gané una lluvia de invectivas en holandés por parte del dueño del tenderete.

Las dos y cinco. Las dos y diez...

Mis dificultosos recorridos por el mercado se hicieron más metódicos. Empezaba en Muntplein y avanzaba a lo largo de la calle hasta Koningsplein. Luego, regresaba por las plataformas de los tenderetes flotantes a lo largo del canal. Las tablas se balanceaban ligeramente, de un modo casi imperceptible, bajo mis pies.

Las dos y veinte. Las dos y veinticinco...

Recorrí trabajosamente el mercado de flores varias veces, resignado ante la posibilidad de que Kirsty no acudiese. Quizá me diese plantón. Quizá lo hubiese hecho a propósito o acaso le hubiese surgido algún imprevisto. Puede que desde el primer momento pensara no acudir. El caso es que no estaba. Pero precisamente cuando dejé de buscarla entre la gente, y me distraje con el despliegue de colores y aromas y el bullicio del mercado, apareció. El sonido de las campanas me distrajo; me hizo alzar la vista hacia el reloj de una adornada torre de piedra, cuyo carillón hacía sonar una melodía. Al bajar la vista casi me topé con Kirsty, que estaba de perfil junto a mí. Fingía interesarse por una verbena. Oprimió ligeramente una hoja entre el pulgar y el índice, se acercó los dedos a la cara e inhaló.

—No creía que hubiese una planta que oliese tan fuerte como el limón —dijo como para sí, y sin mirarme.

—¿Qué debo decir yo: «Tengo entendido que los tulipanes están floreciendo en Berlín?» —dije retóricamente.

Juraría que esbozó una sonrisa. Se había soltado el pelo y su cara parecía más pequeña y redonda. Iba muy maquillada, pero vestida más discretamente, con un jersey azul marino de cuello alto, pantalones vaqueros y zapatillas de deporte. Miró el reloj.

—Ya pensaba que no venías.

—No me ha sido fácil escabullirme.

Casi sin querer, nos adentramos por un congestionado pasillo entre tenderetes de *souvenirs*, zuecos decorados, postales, piezas de cerámica de Delft, azules y blancas. Kirsty les echó un vistazo superficial a unas postales. Íbamos tan apretujados que la olía: un intenso aroma a coco. Fingió besarme en la mejilla.

—¿Has traído la pasta?

—Tú dame el número de teléfono de Nikolaas y, cuando haya hablado con él, tendrás tu dinero —repliqué simulando besarla a mi vez.

—Puedo hacer algo más que darte el número. Puedo llevarte a verlo.

—¿Ahora?

—Sí. Está a dos minutos de aquí —dijo. Me devolvió la mirada sin pestañear, y se echó hacia atrás un mechón que se le había venido sobre el lado de la boca—. ¿Qué?

—Pues..., vamos.

—Los quinientos.

—Ya te lo dije: Los quinientos... a la entrega de la mercancía.

Volvió a mirar el reloj, se giró y rehicimos el camino hacia el Singel. Avivamos un poco el paso, aunque sin abandonar el talante de quienes iban allí a curiosear o comprar.

—Con otros quinientos, podemos ir después a tu hotel —dijo con la mayor naturalidad y sin apenas mirarme—. Si... te apetece.

—Más bien no.

—Como quieras.

—Además, tengo entendido que las chicas de las calles de las ventanas cobran sólo cincuenta.

—Sí, y eso es lo que te dan: un polvo de cincuenta florines.

Seguimos caminando en silencio durante unos momentos. Luego, nos adentramos por una retícula de callejas peatonales, parecidas a la Pijlsteeg aunque más cortas y con las fachadas en mejor estado. Apenas circulaba gente por allí. Un hombre que se detuvo junto a unos escalones de piedra a anudarse los cordones de un zapato; una pareja, ya mayor, con pinta de turistas, que se dirigía hacia la esquina de una calle mucho más concurrida. Kirsty señaló hacia delante. Me dijo que Nikolaas nos aguardaba en un café. Una paloma que examinaba restos de hamburguesa se sobresaltó al acercarnos y remontó el vuelo hasta una cornisa. Kirsty hizo una mueca y gritó alarmada. Su reacción me pareció exagerada. Fui a decir algo cuando el hombre que se anudaba los cordones del zapato se irguió y, mostrándonos un cigarrillo, nos pidió fuego. Era rubio, tenía el pelo rizado y un descuidado bigote. Me detuve junto a él, rebuscando en el bolsillo. Kirsty siguió adelante. Al sacar el encendedor del bolsillo derecho de la chaqueta, reparé en que, en lugar de aminorar el paso, Kirsty lo avivaba, sin aguardarme ni girarse a ver qué hacía. La llamé. Y, de pronto, aquel tipo me agarró de un brazo y me atrajo hacia él bruscamente, haciendo caer el encendedor al suelo. Con la mano con la que antes sujetaba el cigarrillo empuñaba ahora una navaja. Me apretó el lado plano de la hoja contra la boca. Le olía el aliento a hongos. Traté de soltarme, pero otras dos manos me agarraron por el cuello y por el codo izquierdo. Por lo visto, un segundo hombre me había seguido con tal sigilo que no había oído sus pisadas. Kirsty corría calle adelante, hacia el cruce, sin volver la vista atrás. El segundo hombre (negro, sin afeitarse, con la mejilla pegada a la mía) dijo: «Tranquilo, ¿eh?».

Entonces me flanquearon y me hicieron caminar por el desigual adoquinado,

simulando ser dos amigos que acompañaban a casa a otro, borracho, al salir de un pub. De Kirsty no había ni rastro. Me condujeron hasta la esquina de la calle perpendicular, donde se había detenido un coche junto al bordillo, con el motor en marcha y todas las puertas abiertas. Me llevaron hacia el vehículo. Yo no dije nada, como si tuviese la boca llena de mudas palabras, como en el interno grito en una pesadilla. Sofoco. Sólo acertaba a abrir la boca para respirar aire fresco. Ni siquiera era consciente de caminar. Las piernas se me antojaban inertes apéndices, como si fueran de trapo. De no sujetarme aquellos dos tipos, habría caído al suelo y no habría podido levantarme. El coche era de color gris. Nos aguardaba con las puertas abiertas. Estaba ya muy cerca y podría sentarme. De pronto, se abrió una puerta justo frente a nosotros y un hombre con mono azul salió de espaldas portando una mesita. Topamos y la mesa cayó al suelo con un ruido de madera astillada. Con el sobresalto, los dos tipos que me sujetaban aflojaron su presa en mis brazos. Sólo fue un momento, pero bastó para soltarme. Fui a echar a correr pero uno de ellos logró agarrarme de una muñeca, me hizo perder el equilibrio y me estampó contra la pared. Me golpeé el hombro izquierdo. Se abalanzaron ambos sobre mí y me inmovilizaron contra la pared, de tal manera que me quedó una mejilla pegada a los ladrillos de la fachada. Uno me dio un puñetazo y el otro una patada en la pantorrilla. El hombre del mono azul gritaba algo en holandés. Yo no podía verlo, pero oía sus gritos y el ruido de pisadas. No sé qué les hizo. Pero, de pronto, ya no me vi aprisionado contra la pared. Se oyó sonar el claxon de un coche dos veces. Al ladear la cabeza, vi al rubio sentado en el suelo, a un par de metros. Se tocaba la cara con una mano e intentaba levantarse, sin conseguirlo. Su cómplice y el del mono estaban enzarzados en una pelea, como dos luchadores. Volvió a sonar el claxon. Entonces se levantó el rubio. Tenía la nariz hecha un pegote y le sangraba profusamente al agacharse a recoger algo. Se acercó a los luchadores y la emprendió a puñetazos con el del mono, a la altura de las costillas, aprovechando que el del mono estaba en pleno abrazo de *sumo* con su compinche. Luego le lanzó varios *uppercuts* que provocaron sendas boqueadas y exclamaciones de dolor. El claxon volvió a sonar, con mayor insistencia ahora. Eché a correr. Me alejé del coche y de los tres hombres, que seguían enzarzados. Corrí, de nuevo en dirección al mercado de las flores. Un grupo de gente. Voces. Flores. Un tipo se tambaleaba, con los brazos extendidos como si quisieran abrazarme. Pero todo lo que pude ver, mentalmente, fue el puño de un hombre, golpeando al del mono una y otra vez. Pero no. No eran golpes sino navajazos. Vi relucir la hoja del arma ensangrentada hasta las cachas.

La tarjeta del hotel

Una de las principales preocupaciones de todo ilusionista es conseguir que el público valore el número sin que vea el truco. Debe lograr, simultáneamente, captar la atención de los espectadores y distraerlos; que se fijen bien y que se despisten; que, tanto individual como colectivamente, se muestren receptivos y distraídos, que reparen en unas cosas y que otras les pasen inadvertidas. Su talento se apoya en la astucia. Su instrumento es la falibilidad de los sentidos. A quienes menosprecian la ciencia de la magia les digo: en la actualidad, la ciencia cede parte de su poder para hacer que nos maravillemos. Un cohete parte hacia el espacio mientras nosotros estamos sentados en el salón y lo presenciamos, dando por sentado que ocurre tal cual lo vemos. Y, sin embargo, un simple mago como yo puede hechizar a la audiencia. Puedo hacer que el público se maraville. Puedo hacer que los espectadores se pregunten ¿cómo coño lo hace? Esto se debe a que los logros de la moderna tecnología son tan complejos, tan fuera del alcance de nuestra comprensión, que renunciamos incluso a intentar comprenderlos. Nos limitamos a aceptarlos. No es necesario saber cómo funciona una lanzadera espacial, una grabadora de vídeo, un teléfono móvil, un compacto, un ordenador, para poder utilizarlos. Sin embargo, en el caso de la magia el «mecanismo» de un número parece accesible, aunque en definitiva se nos escape. De ahí que afrontemos los simulacros de la magia con un talante que rara vez adoptamos ante los milagros tecnológicos. Así se lo expresé no hace mucho a Paul y, emulando a Rosa, me replicó que decía bobadas.

Pues bien: yo estaba simultáneamente atento y distraído; alerta y despistado; receptivo y desorientado. Yo... un mago. En un callejón, entre el Singel y la Reguliersdwarstraat, creí que Kirsty me llevaba a ver a Nikolaas van Zandt. Creí que el rubio que se ataba los cordones de los zapatos quería de verdad que le diese fuego. También creí que le daba puñetazos en las costillas al hombre del mono azul que había acudido a ayudarme. Pensé que eran puñetazos y no navajazos. No vi la navaja hasta después de que se la hubiese hundido por última vez. Ésta es la razón de que, durante el interrogatorio a que me sometió un inspector de policía de Amsterdam, le dejase perplejo con una de mis respuestas.

Pregunta: «¿Presenció usted el apuñalamiento?».

Respuesta: «Supongo, porque empuñaba una navaja».

Me pidió que fuese más explícito y le describí lo que vi y cómo lo vi. Al principio, la policía creyó que yo había participado en el apuñalamiento. El agente que me detuvo al final del callejón, dedujo que mi intento de huida era evidencia de culpabilidad. Mientras él me sujetaba, su compañero persiguió a mis supuestos cómplices. Pero los dos tipos llegaron al coche que los aguardaba y se alejaron a toda velocidad. De modo que el agente se quedó a auxiliar al obrero del mono azul, que

estaba arrodillado en el suelo, casi en la misma postura que adoptan los musulmanes en sus oraciones. Junto a él, la mesa volcada, con una pata rota. La sangre se había encharcado de tal manera que, desde lejos, parecía manar de la mesa más que desde el herido. Una testigo presencial, una oficinista que lo había visto todo desde una ventana del primer piso, informó a la policía de que yo me había resistido al asalto de los dos huidos cuando el herido intervino. Declaró que, en su opinión, querían atracarme o que, simplemente, me habían atacado sin que mediase provocación. No estaba segura. Yo confirmé esta versión durante el interrogatorio en la comisaría. Sin embargo, persistí en negar lo declarado por otro testigo presencial (el dueño de un tenderete del mercado de las flores, que afirmó haberme visto en compañía de una atractiva joven pelirroja, paseando a lo largo del Singel poco antes del apuñalamiento). El inspector Oosterling, que fue quien me interrogó, no me creyó. O, por lo menos, dejó claro que tenía dudas acerca de la inexistencia de mi acompañante femenina y esto, a su vez, parecía proyectar dudas acerca de mi condición de víctima de un ataque indiscriminado. La pelirroja le preocupaba. Pero, de momento, y a falta de pruebas concluyentes, lo dejó correr. Firmé una declaración y le di el nombre del hotel en el que me alojaba. Comprobaron mi identidad (los detalles del pasaporte y la dirección, obtenidos por teléfono del Terdam e introducidos en un ordenador). Reparé en la ironía de que el inspector Oosterling, preocupado por su desconfianza hacia mí, pasase por alto desconfiar de quién era yo. Si me presentaba como Taaffe Clarke y podía mostrar la documentación que lo avalaba, el inspector daba por sentado que yo era Taaffe Clarke. Cada vez que se dirigía a mí por mi apellido, tenía que dominar el júbilo y el sentimiento de culpabilidad que me embargaba por el éxito de mi impostura. Una vez terminado el interrogatorio, me dejaron marchar. No obstante, el inspector me dijo que era necesario que permaneciese unos días en Amsterdam, para ayudarlos en las indagaciones. ¿Suponía esto algún problema para mí? No. Un médico de la policía me reconoció. «Contusiones y tumefacciones. Quizás un leve shock. Tómese un analgésico y acuéstese». Oosterling me acompañó hasta la calle. Al detenernos junto al coche patrulla que me conduciría de regreso a mi hotel, pregunté si el hombre apuñalado iba a reponerse. El inspector me miró y luego desvió la mirada.

—Lo siento —me contestó—. Pero ha muerto.

Un jueves por la tarde. Sé que era jueves porque el año pasado el cumpleaños de Rosa cayó en jueves. Llevaba viviendo conmigo nueve meses, durante los que sólo la había telefoneado una vez a su trabajo en la redacción de *Erin* (y bastó esa vez para que me echase una bronca de aquí te espero diciéndome que, bajo ningún pretexto, volviese a llamarla allí). «El jefe nos tiene terminantemente prohibido atender o hacer llamadas personales durante el horario de trabajo».

—¿Y en caso de emergencia? —pregunté.

—¿Qué clase de emergencia?

—Pues..., no sé...

Durante meses me abstuve de llamarla por teléfono al trabajo. Pero el día de su cumpleaños, volví a casa después de los ensayos de la mañana y encontré un mensaje en el contestador. Era de una floristería cercana, informándome de que no habían podido enviar el ramo de flores que encargué porque la destinataria no estaba en la dirección que les había dado. Llamé a la floristería. «La repartidora ha ido a la redacción del periódico, pero le han dicho que la señorita Kelly tenía el día libre». Entonces le dije a la florista que enviase las flores a casa y colgué. Rosa había salido después de desayunar, a la hora de costumbre. Se encontraba perfectamente y no me comentó que se hubiese tomado el día libre. Busqué el número de *Erin* y llamé. Di mi nombre y pedí que me pasaran a Rosa pero fue Dympna quien se puso. Contestó en un tono cantarín muy artificioso.

—Hola, Red.

—¿Está Rosa?

—No —contestó sin titubear.

—Es que le he enviado unas flores; ya sabes..., por su cumpleaños. Y me han dicho en la floristería que no han podido entregárselas porque no estaba.

—Ah, claro.

—Quizás estaba en sus minutos de descanso.

—Supongo.

—¿Y ahora también?

—No. Es que... está reunida con Conal, organizando unos archivos. No puedo molestarlos ahora, porque...

—Ya. Porque Conal no permite llamadas personales durante el trabajo.

—Me temo que así es —dijo Dympna echándose a reír.

—Ya.

—Bueno, he de dejarte.

Imaginé a Conal y a Rosa encerrados en su despacho, follando encima de la mesa. Una idea bastante disparatada, porque si no estaba en el trabajo difícilmente podía estar jodiendo con su jefe. Pero con alguien debió de estar follando, fuese donde fuese, me dije casi convencido de ello, durante las tres horas que transcurrieron desde que hice la llamada y su regreso a casa. ¿Por qué si no iba a simular ir al trabajo? ¿Por qué si no iba a engañarme y pedirle a su mejor amiga que la encubriese?

Rosa volvió a casa a la hora de costumbre. El ramo estaba en la mesa de la cocina, todavía con las cintas y el papel de celofán. Leyó la tarjeta y me abrazó. Al ver que yo no le correspondía se echó hacia atrás. «¿Qué pasa?». Se lo expliqué. Y, cuando hube terminado con los hechos, empecé a especular. Siguió una discusión; acusaciones y airadas protestas de inocencia; contraacusaciones (me reprochó,

furiosa, quererla controlar). Yo estaba celoso. Me mostré posesivo e inseguro. Le dije que si le apetecía follar con otro, por lo menos, podía tener la decencia de largarse antes de casa.

—¿Sabes dónde estaba? —me dijo—. Estaba en el trabajo.

—¿Y cómo explicas esto entonces? —repliqué señalando al ramo.

—Tú tendrás que darles explicaciones, si me echan la bronca.

Se marchó de casa, volvió pasada la medianoche y se acostó en el dormitorio de invitados. Por la mañana, cuando me levanté, ya había salido. Luego, por la noche, Rosa me dijo que nadie sabía nada en *Erin* del ramo de flores. Según ella, había preguntado en la oficina y en la conserjería del edificio y, por lo visto, la repartidora había llamado a las oficinas de una empresa del piso de abajo. La recepcionista debió de decirle que allí no había ninguna Rosa Kelly y la repartidora, «la muy imbécil», debió de marcharse sin preguntar en ninguna otra planta. Le comenté a Rosa que, según la florista, lo que le habían dicho a la repartidora era que la señorita Kelly tenía el día libre. Rosa se encogió de hombros.

—Ya. Lo que ocurre es que la chica ha cometido un error con la entrega y le ha mentado a su jefa para justificarse.

No dije nada. Rosa señaló hacia el pasillo.

—Pues, anda..., si no me crees, llama a la recepcionista de la empresa de abajo y a ver qué te dice. Anda...

—Ya no debe de haber nadie.

—No cierran hasta las seis y media. Adelante.

No llamé. Lo que sí hice, aquella misma noche, fue preguntarle a Rosa qué tal había ido el dictado con Conal la tarde anterior. Arqueó las cejas con expresión de auténtica perplejidad. «No me estaba dictando nadie», replicó. «Estaba archivando».

Cerré la puerta y las ventanas de mi habitación del Terdam y me senté en la cama. Al cabo de un rato, me desnudé y me duché. Tuve que enjabonarme con una sola mano. Salí de la ducha, me sequé y volví a ducharme. Hasta tres duchas me di, una tras otra. Luego, me senté desnudo y mojado en la cama un rato antes de volver a ducharme. Después, vomité en la taza del cuarto de baño. Eran las seis de la madrugada. Me tomé las dos pastillas del analgésico que me dio el médico de la policía, corrí las cortinas y me acosté. Cerré los ojos y, al volver a abrirlos, estaba oscuro en el exterior, pero no había dormido. Ya no me dolía tanto el hombro. Saqué el paquete de cigarrillos del bolsillo de la chaqueta, pero no pude fumar porque se me había caído el encendedor en el callejón de frente al mercado de las flores. Fui a buscar un vaso al cuarto de baño y me serví un whisky de la botella que compré en el avión. Bebí un trago y luego llamé al servicio de habitaciones y pedí una caja de cerillas. Aguardé sentado en la cama. Cuando me trajeron las cerillas fumé y bebí

más whisky. Y durante todo aquel rato, hiciese lo que hiciese, pensara en lo que pensara, con los ojos cerrados o abiertos, lo único que invariablemente se me representaba era la imagen del apuñalamiento, una y otra vez. El sonido del puño contra las costillas, hundiendo la hoja: sszak, sszak, sszak. El aire que expelían los pulmones del hombre a boqueadas. El brillo de la sangre sobre la hoja reluciente.

Por la noche, después de intentar conciliar el sueño, de nuevo en vano, decidí salir a dar un paseo. A airearme un poco y a tomar unas cervezas en cualquier sitio. Recogí la chaqueta del suelo. La cartera no estaba en el bolsillo en el que yo solía llevarla... ni en ningún otro. Tampoco estaba en ningún bolsillo del pantalón. Rebusqué por toda la habitación, sin resultado. Me paré a pensar y me dije que debía de haberseme caído durante la pelea. Puede que estuviese tirada en el callejón, que la hubiese recogido la policía al inspeccionar el lugar del crimen, o que un viandante se hubiese tropezado con ella. Llevaba seiscientos florines. Afortunadamente, el resto del dinero en efectivo que tenía (así como el pasaporte y la tarjeta de crédito de Taaffe, el pasaporte de Charity Jackson, las direcciones y números de teléfono de Lena Gies y de Nikolaas van Zandt) estaba en la caja de seguridad de mi habitación. Pero... seiscientos florines. Mierda. Si era la policía quien había encontrado la cartera, recuperaría pronto el dinero; si no..., podía despedirme de él. También cabía la posibilidad de que me hubiesen robado la cartera, pensé crispado; que me la hubiesen sustraído aprovechando la aglomeración en los pasillos del mercado de las flores; dos cuerpos tan juntos..., acaso frente al tenderete en el que vendían verbena, o cuando fingimos besarnos frente a los expositores de postales. Kirsty. ¡Joder! ¿Qué más llevaba en la cartera? Lo pensé. Una fotografía de Rosa, hecha en una cabina automática, en la que aparecía con el pelo color púrpura; unos cuantos sellos británicos; una tarjeta fluorescente de una empresa de taxis de Oxford y otra tarjeta, blanca, en cuyo reverso había anotado el número de teléfono del despacho de mi hermano. La tarjeta era del hotel Terdam, y en ella figuraba el logotipo, los números de teléfono y de fax y la dirección.

«¿Ves? Así andas tú. Clavada...», me dice, e imita lo que según él es mi cómica manera de andar. Y yo le digo: «Y tú pones esta cara», e imito las muecas que hace al hablar. Y volvemos una y otra vez a imitarnos, hasta que se nos agota el repertorio y nos desternillamos de risa. Como niños. Como si tuviéramos doce años. Estoy a punto de decirle que nunca me había sentido así con nadie, pero me abstengo. No se lo digo. No se puede, ¿verdad que no? Porque siempre termina por sonar a falso y en cuanto lo has dicho, estás lista. De modo que me lo callo. Pero él lo nota. Y, si no lo nota es que es el tipo más ciego y estúpido que he conocido nunca.

Dympna lo sabe.

—Lo llevas escrito en la cara —dice.

—Maravilloso.

—En las dos caras...

—Vaya... ¡y yo que creía que sólo tenía una!

También lo sabe Carole-Ann. Se lo dije. Siempre quiere que le hable de él: que si Red esto, que si Red lo otro. El Hombre de la Ceniza, lo llama. Bueno... El caso es que se lo dije. Asegura que me lo merezco y le pregunto si eso es bueno o es malo, y ella se echa a reír y me abraza.

Kim también lo sabe. La Encantadora Kim. La otra noche, después de la función, fuimos los tres a un bar (en Londres, no sé en qué club; sin Tony, su antiguo novio). Así lo expresa ella. Lo de «antiguo» no significa más que un par de semanas. Y, como digo, estamos en el bar y Red ha ido al aseo. Nos quedamos ella y yo, mirando nuestros whiskies como si fuese lo más fascinante que hubiésemos visto nunca. Pero claro, alguien tiene que romper el silencio y es ella quien lo hace. Me dirige una de sus afectadas sonrisas y dice: «Es estupendo verlo tan feliz».

—¿A Red? ¿Tú crees?

Asiente con la cabeza, con un movimiento prolongado y lento. Su sonrisa viene a decirme: Cuando se trata de entender cómo se siente Red, aplicamos a la labor nuestros dos cerebros... Pero Kim está convencida de tener un cerebro y tres cuartos para ella sola.

—Lo has transformado.

—¿De veras?

—Totalmente.

—¿De qué... en qué?

La pregunta le resulta un poco complicada. Se limita a encogerse de hombros y a dirigirme otra de sus afectadas sonrisas. Posa una mano en mi brazo, una mano fría y reseca sobre mi piel.

—Créeme, Rosa: eres lo mejor que le ha ocurrido nunca.

Pienso que voy a tener que tomarme todo esto a broma o terminará por conseguir que le escupa en el escote.

—¿Te refieres a que soy con la que mejor folla?

Deja escapar una risita. Inclina la cabeza hacia delante y, al cabo de unos momentos, la echa ligeramente hacia atrás y retira unos mechones que se le han venido sobre la frente. Risueña. Va a decir algo pero se detiene. Sigo la dirección de su mirada y veo que Red se acerca. Cambia de modelo de sonrisa y bebe un sorbo de su vaso. Ella observa a Red y yo la observo a ella. Tiene una aceituna en su copa, ensartada en un palito de cóctel. Es una oliva verde con un minúsculo relleno de pimiento rojo. Lástima de oliva. De buena gana agarraría el palito de cóctel y se lo hundiría en un ojo.

Abracadabra

Llamé por teléfono a Denis Huting. Pero nada. Ni siquiera el contestador respondió. Lo llamé varias veces durante la noche, desde la habitación de mi hotel y luego desde el teléfono de un bar de Leidseplein, donde permanecí hasta que cerraron, a las dos de la madrugada. Volví a vagar por las calles, cansado y borracho, y llamé de nuevo a Denis, angustiado por la necesidad de dormir en lugar seguro. Pero tampoco contestó. No me atrevía a volver a mi hotel porque, si Kirsty me había robado la cartera, quizá sus amigos trataran de enmendar el fracaso de su anterior emboscada. ¿Adónde ir? Sugestionado por la idea de haberme reconfortado con la gran cantidad de cerveza y de whisky que había bebido, pensé en seguir vagando por las calles o dormir en un banco. Pero llovía, y llevaba encima todo el dinero en efectivo de que disponía, y otras cosas de valor que había sacado de la caja de seguridad del hotel. Podía haber ido a pie hasta casa de Denis (según mi mapa, estaba a menos de cinco kilómetros), pero si él y Cees habían salido, me quedaría bajo la lluvia a las tres de la madrugada, en un barrio de Amsterdam desconocido para mí. ¿Qué hacer entonces? Seguí en el interior de la cabina para refugiarme de la lluvia. Volví a marcar el número de Denis, casi sin más objeto ya que entretenerme haciendo algo. De buena gana me habría dejado caer en el suelo de la cabina y me habría quedado a dormir allí. Se me ocurrió una idea: ir a casa de Lena. No. No tenía sentido. Según su vecina, Lena no regresaría hasta el día siguiente, y difícilmente iba a encontrarla de madrugada. Además, no sabía si iba a querer hablar conmigo y, menos aun, ofrecerme su habitación de invitados. En cuanto a alojarme en otro hotel, en el supuesto de que encontrase uno que no estuviese completo, difícilmente iban a admitir a un borracho, calado hasta los huesos, a aquellas horas de la madrugada.

Durante una hora, merodeé por la zona de Leidseplein con la esperanza de encontrar un bar que estuviese abierto toda la noche (o una discoteca, aunque no iba precisamente vestido para ese tipo de locales), pero estaba todo... cerradísimo. No se veía un alma por las calles. Oriné en el portal de un restaurante indonesio. Estaba agotado, ebrio, calado hasta los huesos y aterido. Mis pantalones, empapados, rezumaban agua al caminar; me dolían los pies y me había quedado sin cigarrillos. Ansiaba estar bajo cubierto y reconfortarme; estar caliente y seco; echarme y permitirme el lujo de dormir. Al final, el miedo quedó ahogado por la desesperación y por el irresistible deseo de descansar. Volví al Terdam.

Me guarecí de la lluvia en el portal de un edificio de oficinas, no lejos del hotel, y pasé unos minutos observando las hileras de coches aparcados, los otros portales, la calzada débilmente iluminada y las columnatas de árboles negros que los flanqueaban. Silencio. Ni un alma entre las sombras. Crucé la calle corriendo. La puerta de cristal, de doble hoja, no estaba cerrada con llave, como de costumbre. Y,

también como de costumbre, el recepcionista del turno de noche apenas se dignó apartar la vista de la pantalla del televisor portátil al verme. Llevaba la llave. Pero como en noches anteriores, no me pidió que se la mostrase, como prueba de que me alojaba allí. Y me temí que para entrar ilícitamente en cualquier habitación bastaba con cruzar el vestíbulo con el talante confiado de un verdadero cliente.

En la última planta, salí del ascensor y me adentré por el pasillo con cautela hacia mi habitación. Me detuve frente a la puerta a escuchar. Alguien roncaba en una habitación cercana. El pitido con que terminaba el ronquido me impedía concentrarme en el ruido de la respiración normal de los que estaban despiertos, de los potenciales intrusos que pudieran estar en mi habitación. Con la llave en la mano, titubeé, temiendo que el parquet hiciese ruido al pisar y me delatase. Pero no. A pesar de lo aturdido que estaba, de pura fatiga, y de las ganas que tenía de acostarme en mi mullido lecho, no podía arriesgarme a entrar. Aunque no hubiese nadie dentro esperándome. No podía estar seguro de que las pocas horas que quedaban de la noche transcurriesen sin que alguien irrumpiera y me sorprendiese durmiendo e indefenso. Me alejé de la puerta y volví a los ascensores. Pulsé el botón de llamada, aunque sin la menor idea de adónde ir. ¿A las *walletjes*? ¿A dormir en un cine de películas porno, de los que no cerraban en toda la noche, flanqueado por tipos que se la cascaban? ¿A la comisaría? ¿A revelarle a la policía la verdad del ataque en el callejón; la verdad acerca de mí, y a asegurarme por lo menos una celda la noche previa a mi deportación? Quizá no fuese tan mala opción volver a vagar por las calles bajo la lluvia, o echarme a dormir en un portal. Volví a pulsar el botón. Mientras aguardaba, reparé en una puerta estrecha, un poco más allá de la del ascensor. Era un cuartito, con un armario auxiliar, un *office*, como lo llamaban en los hoteles. Al bajar a desayunar la mañana anterior, había visto allí a una camarera llenar un carrito con ropa de cama y toallas. Hice girar el pomo y la puerta se abrió. Olía a ropa recién limpia. Entré, encendí la luz y cerré la puerta sin hacer ruido. El *office* era pequeño y estaba atestado, pero resultaba lo bastante espacioso para mis propósitos. Y hacía un calor casi sofocante. Me quité la ropa mojada y los zapatos e hice sitio en los estantes de madera para dejarlos. Me sequé con una toalla, improvisé un jergón con mantas y sábanas apiladas en el suelo, apagué la luz y me dispuse a dormir.

Las invocaciones mágicas (abracadabra, ¡presto!, ¡ábrete, Sésamo!) rara vez son utilizadas por los ilusionistas de hoy en día. Tampoco la varita es un accesorio indispensable como en otros tiempos. En la actualidad, se emplea más como un elemento decorativo que como agente transmisor de los poderes mágicos. Yo sólo utilizo estos totémicos instrumentos en las funciones infantiles, o cuando alguno de mis números requiere un enfoque más tradicional. En los locales de la costa, por ejemplo, donde casi todos los artistas tienden a modificar sus números en atención al nostálgico ambiente. Tan es así que en mi repertorio figuran números que sólo se me

ocurriría ejecutar en localidades turísticas de la costa, o en campamentos de vacaciones. Uno de estos números es *La hermosa bañista*. Y consiste en lo siguiente: la Encantadora Kim aparece en el escenario en biquini, con gafas de sol y sandalias y una toalla de baño echada por los hombros. Indefectiblemente, algún espectador saludará su aparición con silbidos de admiración. Adopta pose de modelo y yo simulo fotografiarla. Luego, le entrego la cámara, que ella saca del escenario con el sobrentendido pretexto de hacer revelar el carrete. Kim regresa al cabo de unos momentos con una gran copia en color, casi de tamaño natural, en la que se la ve con el mismo atuendo y la misma pose (sin más diferencia que, en la fotografía, está junto a la orilla de una playa). Kim sale. Muestro la fotografía y la doblo por la mitad. Le doy un toque con la varita mágica y digo «¡A-bra-ca-da-bra!», subrayando cada sílaba con el ancestral estilo. Con la punta de la varita mágica, empiezo a sacar una cosa del interior de la fotografía doblada: las gafas de sol, una sandalia, otra sandalia, una toalla y, luego, entre más silbidos admirativos, la parte superior del biquini y después la inferior. Dejo todo esto a un lado y les pregunto a los espectadores si desean volver a ver la fotografía. Como es natural, esto provoca un coro de afirmaciones (masculinas). Los entretengo unos momentos antes de volver a darle a la fotografía un último toque mágico con la varita. Y, tras exclamar «¡presto!», desdoble la fotografía en la que ahora se ve a la Encantadora Kim, sumergida en el agua, de la que sólo asoman la cabeza y los hombros. «¡Qué pena!», exclamo, «¡ha subido la marea!». Murmullos, risas, vivas y aplausos. Gracias y buenas noches, loados seáis: Morecambe, Great Yarmouth, Bognor Regis...

(Todos en la costa a vuestra costa).

La raíz de la palabra *abracadabra* pasa por ser hebrea: *Ab* (Padre), *Ben* (Hijo), y *Ruach Acadsch* (Espíritu Santo). Antes de ser adoptada por los magos, la utilizaban los médicos para combatir las fiebres, la fluxión y el dolor de muelas. No acierto a comprender por qué la Santísima Trinidad habría de ocuparse en curar la fluxión (sea lo que sea) o en ayudar en el número de *La hermosa bañista*, pero ahí está. Y si la palabrería pseudoreligiosa refuerza la presentación de un número, a mí me viene estupendamente porque, como he dicho antes, el arte de la magia escénica radica en la ejecución. ¿Y qué medio mejor, para simular la magia, que mediante la simulación de una mágica palabra clave o contraseña?

Lena Gies me pidió una palabra clave. Una palabra acordada entre ella y Rosa y, tan celosamente guardada, que su utilización por una tercera persona garantizaba que la tal persona era de fiar. Todo aquel que ignorase la contraseña debería de ser tratado con recelo, al margen de las circunstancias de sus credenciales. De ahí que, cuando telefoneé a Lena desde Oxford y me presenté como amigo de Rosa, dijese que no podía hablar conmigo. Por eso, al volver a llamarla, en esta ocasión desde una cabina

de Amsterdam, la mañana siguiente a la noche que pasé en el *office* de mi hotel, colgase inmediatamente al oír mi voz. Hasta volver a llamar, no adiviné la existencia de una contraseña, segundos después de haber colgado.

—Estoy en Amsterdam..., yo...

—Si de verdad es usted amigo de Rosa debe decir algo para demostrarlo —me interrumpió en tono exasperado.

—¿Qué? ¿Dígame qué debo decir? No lo entiendo.

—Pues muy bien. Si no lo entiende, señor Red, adiós.

Fui hasta la Kerkstraat, esquina Utrechtsestraat, al apartamento de Lena. La fachada del edificio, de cuatro pisos, estaba pintada de negro y crema. Había jardineras en los alféizares y una tienda de ropa en la esquina. La ventana de guillotina de la segunda planta estaba en esta ocasión abierta, aunque sólo unos centímetros (lo bastante para que la errática brisa agitase la cortina de color azul pálido). Desde la calle, mirando hacia arriba, me pareció oír música procedente del apartamento de Lena. Pero el sonido también podía llegar desde cualquiera de las ventanas, puesto que la mayoría estaban abiertas. La lluvia del día anterior había cesado; la capa de nubes estaba más alta y parecía menos amenazadora. De vez en cuando, se fragmentaba y dejaba irrumpir tímidos rayos de sol que teñían trechos de las calles de un pálido color amarillento. Mi ropa se había secado y me sentía reconfortado, aunque algo entumecido, pues había dormido en el *office* pero no lo suficiente. Me dolía el hombro. Desistí de anunciarme a través del interfono, convencido de que Lena no querría hablar conmigo. En lugar de ello, aguardé a que hubiese menos tráfico, crucé al otro lado de la calle y fui a un bar que quedaba justo frente a la casa de Lena. Necesitaba pensar para planear mi manera de abordarla, mi «seducción», si se prefiere. La contraseña podía ser cualquier cosa: una sola palabra, una frase, el nombre de un lugar o de una persona, algo especialmente significativo para Rosa y Lena (más probablemente para Rosa). Y no contaba con que Lena me permitiese aventurar varias. De modo que, ante la imposibilidad de adivinar la contraseña, tenía que pensar en algo que hiciese que Lena confiara en mí.

Me senté en una mesa contigua a una ventana que daba a la Utrechtsestraat, colgué la chaqueta en el respaldo de la silla y dejé mi bolsa bajo la mesa. Se me acercó un camarero muy joven, casi un adolescente, vestido con una impecable camisa blanca y pantalones vaqueros negros. Al cabo de unos momentos regresó con un café y un paquete de B&H (los míos los había olvidado tontamente en mi habitación del Terdam). El joven abrió el paquete y retiró el papel plateado. Empecé a sospechar que el servicial joven llegaría al extremo de ponerme el cigarrillo en la boca y encendérmelo. Pero se limitó a dejar el paquete encima de la mesa y a tenderme la nota. Le pagué. Encendí el cigarrillo y recorrí el local con la mirada. Era uno de los bares típicos de Amsterdam (un *bruine kroeg*, con las paredes recubiertas

de paneles de madera, poca luz, pesadas cortinas de color castaño y una atmósfera cargada de humo, con un cierto aire a pub inglés). No era un local ruidoso. La mayoría de los clientes bebía cerveza, y un par de ellos leían periódicos de un revistero adosado a la pared, casi contiguo a una máquina de discos y un televisor. No se oían más que esporádicas conversaciones, y el zumbido del Grolsch extraído de un chisme de acero inoxidable del tamaño de una tetera de bar. Yo fumaba, sorbía el café y miraba por la ventana.

Cuando iba por mi segundo cigarrillo, dudando entre pedir otro café o un sándwich, llamó mi atención una mano que asomó por la ventana del apartamento de Lena. Me incliné hacia delante en la silla. La mano, que pese a la distancia se notaba que era de mujer, asomó un poco más y pude ver el antebrazo cubierto por una manga a franjas azules y blancas. Eso fue todo lo que pude ver de su propietaria. Vi que la mano soltaba la cortina de la parte interior del alféizar (probablemente de una anilla). Luego, la mano desapareció, corrió la cortina y cerró la ventana. Mientras seguía observando la ventana se abrió la puerta de la calle y salió una mujer alta y rubia. Llevaba una bolsa grande de plástico al hombro, a la manera de Papá Noel. Vestía calcetines largos de color gris y un top holgado que parecía una camiseta de rugby, con aros azules y blancos estampados.

Recogí la mochila del suelo, me puse la chaqueta, salí del bar y seguí a Lena a discreta distancia (porque estaba seguro de que era ella). Iba por la Kerkstraat. En un ensanchamiento de la calle, que formaba una plazoleta, se detuvo junto a una puerta y dejó la bolsa en el suelo. La vi abrir la puerta y entrar con la bolsa. Seguí en la acera de enfrente y reparé en que se trataba de una lavandería automática. Tras el cristal de la puerta, velado por el vapor, se veían varias siluetas borrosas. El top estampado de Lena se distinguía perfectamente, al inclinarse hacia una de las lavadoras para introducir el contenido de la bolsa. Me senté en un banco de la plazoleta, mirando hacia la lavandería. Detrás de mí, un grupo de muchachos, con el uniforme rojiblanco del equipo de fútbol del Ajax, jugaba contra otro equipado con el anaranjado uniforme de la selección nacional holandesa. Jugaban entre dos porterías marcadas con postes metálicos. Pensé que si Lena permanecía en la lavandería, yo podía volver a mi puesto de observación en el bar, a interceptarla al regreso. Pero no se quedó a esperar que la ropa estuviese lista. Volvió a salir con la bolsa vacía y estrujada en su puño. Miró el reloj y regresó hacia su casa. La seguí. Al principio, me limité a mantener la distancia y luego avivé el paso para acortarla. Su melena rubia ondeaba ligeramente al ritmo de sus pasos. Como al llegar al cruce tuvo que detenerse a esperar a que pasase el tranvía, pude acortar más la distancia. Al cruzar la calle, me situé a su altura. Le sonreí y le dije: «Hola, Lena». Pero no me presenté, ni fue necesario. Se alejó de mí y alargó el brazo, con la palma de la mano hacia afuera, como si dijese *vade retro*. Movié la cabeza sin mirarme, y enfiló hacia la puerta de su

casa avivando el paso.

—Tienes que marcharte. ¿Entendido? —me dijo.

—Por favor, Lena, he de hablar contigo.

Fui a sujetarla, pero el brusco movimiento del brazo me produjo un fuerte dolor en el hombro. Se soltó fácilmente de mi mano y, por un momento, pensé que iba a abofetearme. Pero el suyo fue también un acto reflejo. Estábamos a sólo unos metros de la puerta de su casa. Lena rebuscó las llaves en un bolsillo de sus pantalones. Yo le cerré el paso, en un desesperado intento de retrasar su desaparición.

—Lena...

—¡Vete a la mierda! —me gritó.

Su exclamación atrajo las miradas de dos obreros que reparaban una ventana en un edificio cercano. Sonrieron. Me sentí como lo que sin duda pensaron que era (un amante frustrado poniéndose en ridículo). Con cierta timidez, Lena bajó la voz pero en un tono igualmente irritado.

—No puedo hablar contigo. No pueden verme hablar contigo.

Me esquivó y fue hacia la puerta. Al introducir la llave en la cerradura, me aventuré a decir la única palabra que pensé que podía disipar la desconfianza de Lena. Una de las miles de palabras que le había oído a Rosa, que destacaba por su especial significación respecto de su vida en Amsterdam. Lena abrió apresuradamente la puerta.

—*Pannekoeken* —dije—. La contraseña de Rosa es *pannekoeken*.

Se detuvo en el portal y se giró a mirarme con sus ojos azules. No sonrió y meneó la cabeza.

—No la sabías.

Guardé silencio.

—La has dicho al azar. De lo contrario, me la habrías dicho antes.

Pude haber mentido y confiar en que me creyera. O podía decirle la verdad, arriesgándome a un nuevo rechazo. Me sostuvo la mirada, escrutadoramente, aguardando a mi reacción.

Me encogí de hombros.

—Me hizo unas empanadillas una vez en Oxford. Y me dijo cómo se llamaban en holandés. De modo que... sí, lo he dicho al azar —reconocí.

Lena siguió mirándome unos momentos. Luego, abrió más la puerta y, con un movimiento de la cabeza casi imperceptible, me indicó que entrase.

Conversaciones con Lena (1).

Volvió a abrirse la ventana y el aire agitó las cortinas. Pero ahora yo estaba en el interior, mirando hacia el bar en el que, hacía un rato, estaba tomando café y fumando. Lena estaba preparando unos sándwiches. «Tienes que comer», me dijo, casi nada más entrar en su apartamento. «¿Te apetece?». Le contesté que sí, si no era mucha molestia. Se encogió de hombros. Regresó de la cocina con dos platos y cerró la puerta del salón con el culo. Puso los platos en una mesa auxiliar y se sentó en el sofá, invitándome a que me sentase en un sillón. El tresillo estaba tapizado con un estampado africano abstracto de vivos colores, rojo, marrón, naranja y verde, que dominaban el resto de la decoración, muy austera: paredes blancas, alfombra beige, estanterías de color rubio pino y las cortinas azul pálido. Sentada junto a la ventana, Lena quedaba iluminada con luz natural. Su pelo parecía aun más rubio con el halo del sol; su nuca, moteada de plata y oro. Sonaba un disco compacto, el mismo que había oído antes, al mirar hacia el apartamento desde la calle: *Todo menos ella*. Lena se desprendió de los zapatos sacudiendo los pies, que remitió bajo el trasero sentándose con las piernas cruzadas.

—Espera... que falta algo de beber —dijo señalando la cocina—. Tengo cerveza, si quieres.

Su acento era parecido al de Denis Huting, aunque en él sonaba cómico, y en cambio en ella tenía un dejo de sensualidad que, cuando hablaba, te invitaba a mirar su boca más que sus ojos. Fui hacia la puerta de la cocina.

—¿Te traigo una?

—No, Coca-Cola.

Saqué dos del frigorífico, le tendí una y dejé la otra lata junto al plato de sándwiches que me había preparado.

—¿Sabes que no has acertado la contraseña? —dijo tras beber un trago de la lata—. No es *pannekoeken*. Es otra.

—¿Por qué me has dejado entrar entonces?

Se encogió de hombros.

—No quería que te quedases en la calle armando follón.

—Ya.

—Si quieres otra razón, señor Red, tendrás que buscarla, porque yo no tengo otra. Puede que cuando te termines los sándwiches te pida que te marches.

—Nada de señor, llámame Red.

—Es que me gusta más «señor Red».

Sonreí y ella correspondió a la sonrisa.

—Haces que me sienta como un personaje de *Reservoir Dogs*.

—No he visto la película.

En la pared, justo por encima de ella, había una fotografía de un canal en invierno, flanqueado de árboles cuyas ramas desnudas se reflejaban en la superficie del agua, que parecía una lámina metálica. Lena siguió la dirección de mi mirada.

—Es Leliegracht —me dijo volviendo a mirarme—. La hice yo.

—¿Eres fotógrafa?

—Bueno... Hago fotografías.

Tomó un bocado de un sándwich. No me explicó la diferencia. Su tono implicaba un matiz filosófico más que una distinción entre la profesional y la aficionada. La fotografía era espléndida. Iba a decírselo así cuando engulló el bocado y me miró.

—Bueno..., háblame de Rosa.

—Murió.

—Eso ya lo sé.

—Trato de averiguar por qué.

—Eso también lo sé.

La miré. Bien, me dije. Pues le diría cosas que ella ignoraba. Le hablé de mí y de Rosa; acerca de cómo nos conocimos y del año que vivimos juntos. Le hablé de Rosa tal como la recordaba. Lena me escuchó sin interrumpirme. Y, cuando hube terminado, nos habíamos comido los sándwiches y habíamos vaciado las latas. Encendí un cigarrillo pero ella no me secundó ni le ofrecí.

—¿Eres ilusionista?

—Sí.

—Aquí tenemos a uno muy famoso: Jasper Grootveld. Famoso... por lo menos, en Holanda —dijo arqueando las cejas—. Desde hace muchos años se dedica a pintar cosas en los anuncios de cigarrillos. Y escribe en todas partes la K de *kanker*, cáncer.

—¿Es una sutil manera de decirme que preferirías que no fumase aquí?

Lena estiró las piernas y apoyó los talones en la mesa. Se recostó en el sofá y reposó la cabeza en las manos entrelazadas por detrás. Las holgadas mangas de su blusa bajaron hasta sus codos. Me miró. Al volver a hablar, su tono no reveló la menor inflexión, como correspondía al brusco cambio de asunto.

—Te gustaría follar conmigo, ¿eh?

Lo dijo en el mismo tono que si me hubiese preguntado si quería más sándwiches.

—Lo leo en tus ojos —añadió, como si previese mi negativa—. Quizá prefieras comerme el conejito.

—Mira Lena, no quiero...

Lena movió la cabeza.

—Te diré lo de los cigarrillos. Conozco a un tipo que se cabreaba a menudo conmigo. Me ataba a la cama desnuda. Y me tocaba el coñito con la brasa del cigarrillo.

Lena imitó la acción con su mano derecha, apretándose la entrepierna con el

pulgar y el índice.

—Me lo hacía siete u ocho veces seguidas —añadió—. Así. Desvié la mirada.

—¿Quieres ver cómo tengo el coñito ahora, señor Red? ¿Quieres comérmelo? ¿Quieres meter la polla en mi conejito?

—¡Joder, Lena! —exclamé. Me escocían los ojos—. ¿Por qué me cuentas esto?

—Porque tú conoces al tipo que me lo hizo. Se llama Max van Dis.

Bebíamos cerveza. Lena había puesto otro compacto. Me había estado contando el tiempo que pasó en Pijlsteeg: tenía quince años (se había escapado de casa, una yonqui en ciernes, viviendo en la calle y buscando clientes todas las noches en la Dam). Entonces conoció a un tipo que se hizo pasar por cliente. Fueron a un callejón que daba a la plaza, con las paredes llenas de grafitos, donde pensaba hacerle la habitual mamada de dos minutos en un portal por veinte florines. Pero en lugar de ello, el tipo la invitó al número 37 con la promesa de comida regular, droga, dinero y un sitio donde dormir. Su anterior chulo la vio en un bar al cabo de una semana y le dio una paliza. Al día siguiente, me dijo encogiéndose de hombros, recuperaron el cadáver de su ex chulo del Amstel. Lena estuvo trabajando durante dos años en Pijlsteeg, antes de atraerse las iras de Van Dis, su nuevo chulo, por hacer tratos por su cuenta con clientes para servicios extra. Entonces fue cuando la mutiló.

—Y, como no podía trabajar, me echaron.

De nuevo a dormir en los portales y a hacer la calle. Imposibilitada para joder durante una temporada, incapaz incluso de orinar sin sentir fuertes dolores, pensó que el sexo oral y manual podía proporcionarle suficientes florines para comer y pagarse la droga. Pero se le infectaron las heridas y, al agravarse su estado, una compañera de la calle llamó a una ambulancia. Según ella, fue en el hospital donde le diagnosticaron su drogadicción. Cuando se hubo repuesto un poco, le propusieron seguir un programa de desintoxicación y rehabilitación, y aceptó. Después de más altibajos y recaídas de los que quería recordar, se desenganchó de la heroína, pasó a la metadona y logró desengancharse también de la metadona. Había adelgazado quince kilos y llevaba año y medio sin la menstruación.

—Ahora estoy desintoxicada —me aseguró—. Hace seis años que no tomo nada.

Ya no daba el sol y la estancia se había enfriado. Lena cerró la ventana. Bebí un largo trago de cerveza y volví a dejar la botella encima del posavasos.

—Rosa solía rascar las etiquetas de las botellas con las uñas —le dije sonriente—. Como un tic nervioso.

Ella asintió con la cabeza pero no dijo nada. Musité que Rosa sólo bebía cerveza belga. Apenas debieron de entenderse las últimas palabras.

—¿Y Rosa? ¿Hacía el mismo trabajo que tú cuando estaba en Pijlsteeg?

—Claro.

—Era una prostituta.

—¿No te gusta esa palabra?

—No.

—¿Crees que es mejor ser putero?

—No he querido decir...

—Ya —dijo Lena retirándose unos mechones de pelo que se le habían venido sobre la frente—. No te gusta la idea de estar enamorado de una ex prostituta.

—Yo no he dicho...

—... que hacía películas porno y shows jodiendo en directo. No te gusta la idea de haber vivido un año con ella sin enterarte.

—No.

El resentimiento que delató mi voz interrumpió la conversación. Lena se levantó, se acercó a la cadena de música, la apagó y llenó la estancia de un embarazoso silencio. Ajustó otra de sus fotografías enmarcadas, que estaba ligeramente ladeada. Era una fotografía en blanco y negro que reconocí por haberla visto en mi guía de la ciudad. Las «casas bailantes» (una hilera de viviendas levantadas de cualquier manera, cuyos fundamentos de montones de troncos estaban alabeados y podridos por los siglos, erosionados por los vaivenes del nivel de las aguas de Amsterdam).

—¿Hizo lo mismo que tú? ¿Rehabilitarse? —le pregunté.

—Sí.

—¿Aquí?

—No, en Inglaterra —repuso—. Pero le fue muy difícil. Tuvo que tomar metadona durante mucho tiempo.

—¿Para desengancharse de la heroína?

—Claro. Pero... es que la metadona es estupenda. Mejor que la heroína —dijo Lena recostada en la tapa de plástico de su enorme cadena de música, con los brazos cruzados, mirándome—. Rosa lo pasó muy mal —añadió.

Era como si hablásemos de una extraña. La Rosa que ella conocía no era la que conocí yo; la vida que ella me había descrito no era parte de la vida de la mujer con la que conviví. Traté de imaginar a la otra Rosa: jodiendo por dinero, pinchándose, con síndrome de abstinencia, como Kirsty. Pero aquella Rosa era aún demasiado nueva para mí para poder admitirla en un contexto más amplio.

—¿Cuándo la conociste? —le pregunté.

—En un bar de la plaza Dam, el que está en la esquina del Pijlsteeg —me dijo Lena sonriente—. La seguí al lavabo. De eso hará cinco o seis años.

—Conozco ese bar.

—¿Has estado en Pijlsteeg?

—Pasé por delante, por la curiosidad de ver el edificio —le contesté.

Entonces le conté lo de la suplicante carta que Rosa le envió a su tía, con remite

de Amsterdam y la clave de su inminente huida.

—¿Fuiste tú quien la ayudaste a huir del 37?

—Fuimos varias.

—¿Quiénes sois? ¿La Hermandad Roja?

—¿Has oído hablar de ellas?

—He leído algo.

—No. No tenemos nada que ver con ellas. La Hermandad Roja es un sindicato de prostitutas. Y nosotras no somos de ningún sindicato. Sólo somos chicas que hemos trabajado en Pijlsteeg y otros lugares parecidos. Si una chica quiere escapar, la ayudamos. La ayudamos a escapar y a dejar las drogas. Eso es todo.

—¿Fuiste tú la fundadora del grupo?

—No. Fue una inglesa. Le oí hablar de ella a una de las enfermeras de la clínica de desintoxicación —me explicó Lena mirando el reloj—. ¡Mierda! ¡Mi ropa!

—Te acompañaré hasta la lavandería.

—No. Es peligroso para ti que nos vean juntos por la calle.

«Es peligroso». Éstas palabras me recordaron una conversación anterior, cuando me advirtió del riesgo de marcar determinado número de Amsterdam.

—¿Es Nikolaas van Zandt tu contacto en Pijlsteeg?

Lena ya había empezado a retirar los platos de nuestro pequeño almuerzo.

—Nik ya no está.

—¿Lo mataron?

—No. Está escondido.

La seguí hasta la cocina. Enjuagó los platos y los dejó a secar en un escurridor de plástico. La ventana de encima del fregadero daba a una abigarrada retícula de jardines traseros, ceñida por los edificios, que daban la impresión de haber sido contruidos con el solo objeto de apoderarse del espacio ajeno. Un gato negro dormía en una cornisa, aunque yo no acertaba a imaginar cómo había podido subir hasta la segunda planta. Le pregunté a Lena si era suyo y me dijo que no.

—Yo tengo un gato como ése —le dije—. Se llama *Merlín*, como el mago. Rosa se empeñaba en llamarlo *Kerrygold*. Me lo regaló cuando vino a vivir conmigo.

Lena se echó a reír. Se estaba secando las manos con una servilleta y se las llevó a la cara para taparse la boca.

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia?

Me miró sonriente. Sus ojos azules emitían destellos de luz reflejada por el cristal de la ventana.

—Cuando ayudamos a Rosa a huir, vivió en una casa de Amsterdam durante un par de días, mientras aguardaba a que alguien pudiese llevarla a Inglaterra. ¿Sabes qué fue lo primero que pidió cuando se encontró a salvo en aquella casa?

—¿Mantequilla Kerrygold?

—¡Exacto! Tostadas con mantequilla Kerrygold. En Pijlsteeg pueden pedir lo que quieran (droga, bebida, cualquier cosa), pero sólo les dan margarina. Mantequilla... ni hablar. Vete a saber por qué.

Lena volvió a echarse a reír y dedujo que esta vez era yo el motivo de su hilaridad.

—¿Sí?

—Pues que... ésa era la contraseña secreta de Rosa: *Kerrygold*.

Sin la peluca es rubita. Lena. No sé si es su verdadero nombre. Pero así es como me dijo que se llamaba y así es como la llamo. En cuanto a mí, ahora me llamo de otra manera: Pauline Wright. Joder... «¿Por qué he de llamarme Pauline y tú Lena?», le pregunto. Me contesta que cree que es una bobada. Me están preparando un pasaporte (me parece que británico), a la medida de la tal Pauline Wright, pero con mi foto, que es una copia de la que me hizo Wim la noche que Lena hizo su habitual ronda para «cazar» en los lavabos (con la bonita jarra de Nik y las copas de cerveza, recortada de manera que sólo se me ven la cabeza y los hombros).

Lena... Joder... Apenas la conozco. Nos hemos visto dos veces: dos minutos en el lavabo de señoras y media hora en la habitación de un hotel, donde se supone que he de follar con uno que me pagará trescientos florines. Pero no se trata de un cliente sino de ella, y no follamos sino que hablamos acerca de lo que vamos a hacer. Hablamos de los pros y los contras. Del momento a elegir. Le doy vueltas una y otra vez en mi cabeza: adónde he de ir; qué he de decir; qué he de hacer si sucede esto o lo otro, si algo se tuerce. He de aprenderme contraseñas... Tengo la sensación de que me va a estallar la cabeza con tantas cosas que recordar. Y apenas puedo dormir soñando con lo que vamos a hacer. Pero en mis sueños todo sale mal. Siempre. Me descubren. Me matan. Sueño que van a tenderme una trampa. Que Lena me engaña. Y Nick. Me tienden una trampa.

Dos años y medio, y sigo sin saber a qué carta quedarme con Nick. Casi tres años. Me han dicho que no debo hablar con él de esto. Ni una palabra, no vaya a ser que nos oiga alguien. Ha de hacerse sin que nadie sospeche que él está en el ajo. A veces pienso que, si él se queda, quizá debería de quedarme yo también, porque... ¿de qué coño sirve volver a Inglaterra si él se queda aquí? ¿Qué coño voy a hacer en Inglaterra?

El otro día, Nick y yo estábamos en la cocina haciendo empanadillas y, como estábamos solos, le pregunté si iría conmigo. Él se limitó a mover la cabeza. No sé si quiere decir que no o que no es prudente que hablemos. Lo noto muy nervioso.

—O sea... que se trata de nosotros, ¿verdad?

—Sí.

Sólo una palabra. Sí. Fue bonito mientras duró... y ahora jódete. Me quedo allí

mirándolo mientras cocina. Ni en broma pienso tocarlo ni decirle nada más. Ni en broma va a verme llorar. Así que fijo. La verdad es que no sé si lo ha dicho en serio o si sólo lo ha dicho para que me sea más fácil marcharme, escapar. Dejarlo y no volver a verlo.

Conversaciones con Lena (2).

Le pregunté a Lena si le había hecho alguna fotografía a Rosa. Un retrato. O si se había limitado a fotografiar paisajes ciudadanos para reflejar el ambiente de Amsterdam. Y me contestó que, cuando le hacía una foto a alguien en Amsterdam, ya reflejaba el ambiente de Amsterdam. Porque, ¿no iría yo a creer que las ciudades sólo consistían en edificios, calles y canales?

Sonreí.

—No quisiera ser maleducado, ¿pero no te decía nunca Rosa que eras una lianta?

—¡Ya lo creo! Todos los días —repuso más risueña que antes—. «Vamos, Lena, no seas lianta» —añadió imitándola bastante bien.

Nos echamos a reír de una manera que dejó implícito el inexpresado vínculo que había entre nosotros. Luego, nos invadió la tristeza porque la «recreación» de Rosa no hizo sino poner un perverso énfasis a su ausencia. Lena salió de la cocina. Al cabo de un momento, me llamó y la seguí al dormitorio. La cama estaba hecha y encima había una maleta abierta a medio hacer. Del asa colgaba una etiqueta de la KLM. Lena sacó del armario ropero un pesado rectángulo, enfundado en un envoltorio de burbujas. Lo puso a los pies de la cama y lo desenvolvió.

La fotografía, en blanco y negro y enmarcada en madera, mostraba a Rosa de perfil, de cintura para arriba. Uno de sus pechos quedaba parcialmente expuesto en el escote de una bata de color oscuro, que hacía que su piel pareciese más pálida. No se apreciaba maquillaje. Tenía el pelo enmarañado y parecía mojado. Con la mano izquierda sostenía una jarra, en un gesto que igual podía indicar que iba a llevársela a los labios o a posarla en alguna parte. Llevaba anillos en todos los dedos. Lo que más llamaba la atención en la foto era la relajada naturalidad de la escena. Cualquiera que la viese compartiría la experiencia del fotógrafo de captar a Rosa sin que ella lo advirtiese. No miraba a la cámara sino hacia algo o alguien que no aparecía en el encuadre, con una sonrisa desinhibida, de irresistible atractivo. Parecía llena de vida.

Lena hizo que apoyase la cara en su hombro, sin preocuparle que mis lágrimas le mojasen la blusa. Cuanto más trataba de contener el llanto más profusamente brotaban mis lágrimas, y más audibles eran mis sollozos. Noté su mano cálida en el cuello. Su cuerpo desprendía un aroma a flores. No hablamos. Yo lo intenté, pero no me salían las palabras, en parte porque Lena me acallaba con la leve presión de su abrazo. Cuando al fin dejé de llorar sacó un pañuelo. Nos soltamos y, al hacerlo, no tuvimos una sensación de amable intimidad sino que nos sentimos cohibidos, violentos. Nos comportamos con torpeza. Me limpié las lágrimas y seguimos a los pies de la cama, volviendo a mirar la foto muy serios.

—Hice esta foto después de que huyese de Pijlsteeg —me dijo.

—¿En el refugio o en Inglaterra?

—En Inglaterra. Más o menos un año después.

Señalé la maleta y la etiqueta de la compañía aérea.

—¿Es de ahí de donde acabas de llegar?

Lena me sonrió.

—Es curioso. Tú aquí en Amsterdam buscándome y yo en Inglaterra a visitar a mis amigas.

—¿Dónde?

—En un refugio. No me preguntes dónde está porque no te lo diré.

Noté que me sonrojaba. Aún tenía las pestañas húmedas de lágrimas. La fotografía de Lena revelaba muy poco del lugar. Al fondo se veía una pared blanca y el follaje de una planta de jardín que, con la engañosa perspectiva, daba la impresión de brotar de la espalda de Rosa. Podía ser una habitación de cualquier parte.

—Fui con Rosa. La ayudé a salir de Amsterdam —prosiguió Lena.

—¿Existe una tal Vicky, que trabaja allí, en el refugio? ¿O vive allí? Creo que su verdadero nombre es Carole-Ann.

No me contestó. Le mencioné el paquete que contenía efectos personales de Rosa; el nombre de Vicky, que aparecía en una hoja de anotaciones de partidas de rami; el pasajero de pelo castaño y corto, filmado por una cámara del andén de la estación del ferrocarril de Reading; la amiga de Rosa en el pub, la noche que hice el número del estigma de la ceniza; la mujer cuyo número de teléfono localicé en una de las facturas detalladas que envía la compañía, y que recibió medio mensaje mientras yo le hablaba a su contestador automático. Su acento de Newcastle: «No les digas nada de mí, ni una palabra...». Y cuando le pregunté por qué me había enviado las cosas de Rosa: «Lo de la bolsa fue un error. La jodí con la bolsa...».

Durante todo aquel rato tuve la sensación de que no le estaba diciendo a Lena nada que no supiese.

—Carole-Ann ya no vive en el refugio —me dijo.

—¿También trabajaba como prostituta aquí en Amsterdam?

—Claro.

Volví a mirar la foto, consciente de que, de un momento a otro, Lena volvería a guardarla, como un tesoro que ocultase de nuevo. Poco a poco, nos fuimos inclinando a hablar de Rosa: de su fotografía. De mi Rosa.

—Tengo montones de fotografías tuyas —dije—. Pero ninguna tan buena como ésta.

Lena la envolvió de nuevo con cuidado y la dejó en un estante junto a un montón de paquetes similares. «Poca pared para tantas fotos». Cerró el armario. Una vez guardada la foto ya no tenía sentido seguir en el dormitorio. Volvimos a sentirnos cohibidos. Que tenía que ir sin falta a recoger su ropa a la lavandería, me dijo Lena. Noté un acceso de ansiedad. Ella era lo único que tenía de Rosa allí en Amsterdam,

mi único contacto.

—¿Quieres que me marche? —le pregunté.

—No, no, por favor. Tienes que quedarte.

Que regresaría enseguida, me dijo. «Queda cerveza en el frigorífico», añadió con amabilidad de azafata. Pero en su mirada, en su talante y en su voz, detecté el mismo pánico. Tenía tanto miedo a dejarme marchar como yo a perder el contacto con ella. Lo que yo no acertaba a adivinar era por qué.

Cuando Lena se hubo marchado, fui a por una cerveza, encendí un cigarrillo, con una mezcla de excitación y sentimiento de culpabilidad, que me recordaba lo que sentía de niño cuando me quedaba solo en casa. Curioseé por el apartamento. Abrí cajones y armarios; registré los bolsillos de chaquetas y abrigos; y les eché un vistazo a las cartas de un tarjetero. No buscaba nada en especial ni encontré nada extraordinario. El contenido de la maleta tampoco fue muy revelador: ropa, una novela de bolsillo en holandés, un estuche de tocador, dos rollos de película gastados, un compacto de Hothouse Flowers en una bolsa de W. H. Smith, con el ticket de compra fechado el día anterior, expedido en una sucursal de Londres. Había un teléfono en su mesita de noche. Llamé a Denis y hablamos brevemente: sí, había estado fuera (contratado sin apenas tiempo de avisar a nadie para una función en Alemania). No, no se había enterado del apuñalamiento en una calle cercana al mercado de las flores. Y... por supuesto que podía ir a su casa. Al colgar, oí que introducían la llave en la cerradura de la puerta delantera. Volví al salón justo a tiempo de ver aparecer a Lena en la entrada con una enorme bolsa negra, algo acalorada y casi sin resuello, después de acarrear la bolsa por la calle y subir dos tramos de escaleras. Me sonrió complacida al verme.

—Si tan ansiosa estaba por huir, ¿por qué volver?

—¿A Amsterdam? Rosa venía aquí a menudo.

—No. Me refiero en el tren, el día que...

Era difícil interpretar la expresión de Lena.

—¿Quieres decir que no fue su primer viaje? —añadí.

—Mira... Tú quieres hablar de Rosa. Pero eso significa hablar del grupo y no te conviene saber demasiado. Y es peligroso para nosotras.

—Rosa fue asesinada, ¿no?

—Por supuesto.

—Por supuesto... ¿Es eso lo único que se te ocurre decir?

Lena se levantó, cruzó la estancia y encendió la luz. La tarde se había oscurecido prematuramente, un banco de nubes negrogrisáceas ensombrecía el cielo. Apagué el cigarrillo, aguardando a que Lena hablase, y algo inquieto, temeroso de que esta vez sí que me pidiera que me marchase. Pero no lo hizo. Se sentó en el sofá.

—Aquél viaje fue el primero en mucho tiempo. Hacía casi año y medio que no

venía. Antes solía venir un par de veces al año.

—¿Por qué?

—Para ayudar a otras a salir de Pijlsteeg. Las británicas, Carole-Ann y... otras. Traía dinero..., un pasaporte..., porque en Pijlsteeg no les dejan a las chicas tener ni lo uno ni lo otro. Además, tienen miedo, están enfermas a causa de las drogas, o, simplemente, no son muy listas. De modo que necesitan a alguien que sepa qué hacer.

—¿Y por qué dejó Rosa de hacer esos viajes?

—Porque la buscaban.

—¿Los tipos de Pijlsteeg?

—Un día, en Londres, vio que Max van Dis la seguía por la calle, cerca de donde ella vivía. Tuvo que mudarse dos veces. Y la última a Oxford, no en Londres —me explicó Lena encogiéndose de hombros—. Ya no hizo más viajes a Amsterdam.

—Hasta... el último.

—Exacto.

—¿Y por qué buscaban a Rosa? —pregunté tras reflexionar unos momentos—. Me refiero a por qué la buscaban a ella precisamente.

—No. Nos buscaban a todos. A Rosa, a Nikolaas y a mí. Y a otras. Les habría gustado localizarnos a todos. Pero como Rosa estaba en Inglaterra, pensaron que, si la localizaban a ella, podían localizar también el refugio —me explicó Lena sonriente—. Además, Rosa lo hacía muy bien. Había conseguido sacar de Pijlsteeg a muchas chicas, y eso era un problema para ellos, porque viven de las mujeres.

—O sea, que querían acabar con vuestro grupo, ¿no?

Lena asintió con la cabeza. Noté en su expresión algo que me hizo sospechar que sólo me estaba contando una parte de la verdad. Lo noté en su expresión, pero también en lo que acababa de decirme. Pero tardé en reparar en ello.

—Si confiaban en que Rosa los condujese al refugio —dije—, parece que tuviese que serles más útil viva que muerta.

Lena tardó en contestar.

—Descubrieron que se acostaba con Nikolaas —dijo al fin—. Y..., bueno, el gran jefe del número 37, un tal Jan Peters, descubrió lo de Rosa y Nikolaas y se puso tan celoso que quiso matarlos a los dos. Por eso era peligroso para ella volver aquí.

—¿Me estás diciendo que Rosa era su...?

Lena me atajó con enérgicos movimientos de la cabeza.

—No, no... de Nikolaas. A quien se tiraba Jan era a Nikolaas.

Desde el apartamento de abajo nos llegó el llanto de un bebé. Mencioné mi conversación a través del interfono y le pregunté si la vecina de abajo era amiga suya. Lena asintió con la cabeza y me dijo que, a veces, le hacía de canguro. «El crío ese tiene cuatro pulmones: dos para respirar y dos para llorar». Me acordé de mi sobrina menor, Katy, que casi nunca lloraba y sonreía a la menor carantoña. Rosa solía

borrarle la sonrisa, simulando una garra con la mano y amenazando su carita de chica mayor, como si tratara de hacerse con un trocito de su felicidad.

—Bueno, señor Red, me parece que te toca decirme algo. Porque, vamos a ver: tienes un pasaporte a nombre de Charity Jackson. ¿Lo tienes aquí en Amsterdam?

—¿Has hablado con Carole-Ann?

—La verdad es que sí —reconoció Lena tras titubear unos momentos.

—Ajá.

—¿Dónde está el pasaporte?

Señalé mi mochila, que estaba en el suelo, en un rincón de la estancia. Lena miró la mochila. Fui hasta el rincón, me acerqué de nuevo a Lena y abrí la cremallera de uno de los compartimentos. Saqué el pasaporte y lo dejé en la mesita auxiliar. Lena no lo tocó.

—¿Es ésta la razón de que no quisieras que me marchase mientras ibas a la lavandería?

Lena me sonrió. Sus facciones quedaron semiveladas por unos mechones rubios al inclinarse hacia delante. Cuando alzó la cabeza su sonrisa había desaparecido. Preguntó si la policía de mi país sabía que yo estaba en Amsterdam. Le contesté que no. «¿Y la policía holandesa?». Titubeé. «¿Por qué iba a tener yo algo que ver con la policía holandesa?». Lena se encogió de hombros y comentó que si yo estaba haciendo averiguaciones acerca de Rosa quizás hubiese pensado que la policía podía ayudarme. Moví la cabeza y le dije que hacía las averiguaciones por mi cuenta, sin más colaboración que la de un tal Denis Huting. Le hablé de él. Lena me escuchó. Luego, me preguntó si, cuando estuve en Pijlsteeg, me vio alguien o hablé con alguien.

—Ya te he dicho que me limité a echarle un vistazo al edificio por fuera, para ver dónde había vivido Rosa. Quería verlo.

Lena asintió con la cabeza. Tras una larga pausa durante la que ni ella ni yo hablamos, me miró.

—¿Sabes por qué iba a venir aquí Rosa la última vez? —me preguntó.

—Sí —le contesté—. Lo sé.

De Pijp

Comentamos mi disposición a hacerlo, y si era viable. Luego, los riesgos que entrañaba. Yo seguiría con mi pasaporte y ellos me proporcionarían el dinero y los billetes de avión. Ellos trazarían el plan. «Tú podrías ser el cliente. Ella va a tu hotel. Despistamos a su chulo... o algo así». Yo iría a casa de mi amigo y aguardaría un mensaje. En la puerta, al salir del apartamento, Lena me besó en ambas mejillas y me dijo que tuviese cuidado. No debía volver a visitarla ni a telefonarla. Tampoco debía volver a intentar ponerme en contacto con Nikolaas. Y, bajo ningún pretexto, debía acercarme a Pijlsteeg. «Ellos no te conocen. Y eso es una ventaja para ti». Nos despedimos. En las pocas horas que pasé con Lena, había descubierto el objeto del último viaje que Rosa emprendió a Amsterdam, y también descubrí lo que me proponía yo de verdad: terminar la labor que le impidieron acabar a ella.

Qué poco conocía a Rosa. Sólo había pasado conmigo un año de su vida (el último). Acerca de ese año, disponía de mis observaciones, de los hechos de nuestra vida en común, de las facetas de su personalidad que quiso mostrarme, o que se evidenciaron pese a ella. Los veinticuatro años anteriores eran como páginas en blanco, salpicadas de retazos parciales e irrelevantes: fragmentos pergeñados por ella misma o por otros que la conocieron. Algunos respondían a la realidad y otros no. Lena me había proporcionado otro retrato: Rosa la prostituta.

Rosa.

Su tendencia a cerrarse en banda.

... a ocultar.

... a enfurecerse.

Su capacidad para perseverar.

¿Eran ésos los síntomas que vi del pasado que Lena me había revelado? Una actitud desafiante para defenderse de su vulnerabilidad.

Cuando alguien muere, lamenta uno las palabras que no llegaron a decirse. Las propias palabras, lo que uno nunca se decidió a decir. En mi caso, quería que Rosa volviera para oír sus palabras, sus respuestas a las preguntas que se habían acumulado en la cabeza hasta el punto de temer volverme loco. Ella me tenía por incordiante. Siempre escarbando en busca de fragmentos de su pasado y de sus pasados yoes. «¿Estoy aquí, no? Soy yo. ¿No es eso suficiente?». No fueron ésas las palabras que me dijo en realidad, pero quedaban implícitas en su reticencia, en sus evasivas, en cuanto trataba de sondearla demasiado a menudo o demasiado a fondo. Los atisbos que me había dejado entrever, aunque preciosos para mí, se habían convertido en inapreciables durante los meses transcurridos desde su muerte, desde que la mataron.

La Rosa infantil, por ejemplo.

Una pizzería de Oxford —un niño sentado en otra mesa, en plena rabieta, induciéndonos a hablar de la infancia—. Gradualmente, reconduje nuestra conversación desde lo general a lo particular. ¿Cómo era Rosa de pequeña? Y, por una vez, se mostró dispuesta —o, por lo menos, no reacia— satisfacer mi curiosidad acerca de un periodo de su vida que, hasta entonces, había permanecido semioculto entre vaguedades.

—¿Te refieres a cómo era de carácter?

—Sí.

Tomó un bocado de pan de ajo. Tenía los labios grasientos y llenos de migas. Me dijo que de pequeña era muy tímida, que no abría la boca para nada, que era tan asustadiza que se asustaba de su propia sombra; como una campanilla que encogía su corola al menor roce. Me eché a reír y le dije que no me lo creía. Pero no tardaría en comprender que le importaba un pito que la creyese o no.

—¿Y cómo es que has cambiado tanto? —le pregunté.

—Porque las personas cambian.

—No demasiado.

—¿No? Te sorprendería comprobar hasta qué punto, Red.

Le pregunté entonces cuál era su primer recuerdo. Me contestó que caer por las escaleras cuando tenía dos años y medio. Alzó el mentón invitándome a fijarme en su cicatriz. No vi ninguna cicatriz y me dijo que si no la veía es que estaba ciego. Se dio unos golpecitos bajo la barbilla con una uña. «Aquí. Está aquí». Pero seguí sin verla.

—Tuvieron que darme dos puntos.

Yo le conté mi primer recuerdo: montado en un burro en la costa y gritando que me bajasen. No era estar tan alto lo que me asustó sino el mal olor que despedía el animal. Debía de tener tres o cuatro años. Le aseguré que incluso podía recrear la sensación de aquel olor sólo con pensar en él.

—¿Y cómo eras tú de niño? —me preguntó Rosa sonriente.

—Siempre tenía que ser el centro de atención.

—Todo un figura, ¿eh?

—Exacto. Si mis padres estaban viendo la televisión, yo me interponía entre ellos y la pantalla. Yo no lo recuerdo. Pero me lo contaron muchas veces.

Comenté qué tal nos hubiésemos caído, de habernos conocido de pequeños. Rosa me dijo que no creía que hubiésemos simpatizado. Además, a sus padres no les gustaba que jugase con chicos. Que eran demasiado brutos y malhablados. Pero no recuerdo que me contase prácticamente nada de sus padres.

—¿A quién crees que te pareces más, a tu padre o a tu madre? —le pregunté.

Rosa me miró y, tan fuerte como para que la oyesen todos los clientes que ocupaban las mesas cercanas, me contestó:

—Como no tengo polla, supongo que me parezco más a mi madre.

Tardé una hora en ir a pie desde casa de Lena a la de Denis. Huting vivía en un barrio del sur de la ciudad, en las afueras de un distrito conocido como De Pijp. El Viejo Sur, una retícula de calles empinadas y estrechas, flanqueadas por edificios de ladrillo rojo, de cinco o seis pisos. Se veía bastante gente por la calle, a pesar de que el cielo amenazaba lluvia. Era un sector de atractivo bullicio. Encontré el bloque en el que vivía Denis con ayuda de las orientaciones que me había dictado por teléfono. En la planta baja había un restaurante guayanés con la fachada verde, blanca, roja y amarilla y unas cuantas mesas en la acera. El dueño, que se disponía a prepararlo todo para las cenas, interrumpió su trajín para corresponder a mi saludo, sonriente. La puerta de cristal contigua a la del restaurante daba acceso a un destartado hueco de ascensor. Subí a la cuarta planta y seguí por una pasarela cubierta, hasta una puerta pintada de vivo color anaranjado, decorada con un gallo de cartón que esgrimía una varita mágica.

Salió a abrir Denis, que llevaba un poncho multicolor con borlas en las costuras, un sencillo *sarong* blanco, botas de fútbol y una boina.

—No sabía que fuese carnaval —le dije sonriente.

—Cees, acaba de llegar un tipo con sentido del humor —dijo mirando hacia el interior del apartamento.

—Dile que ya tenemos uno —oí contestar a Cees.

Denis me indicó que entrase. Cees estaba sentado en el suelo del salón, con las piernas cruzadas. No sé por qué me había hecho yo la idea de que debía de ser joven y guapo. Pero era mayor que Denis, y tenía papada y bolsas en la cara, como un bulldog. De no ser por las gafas y por la ausencia de orejas grandes y caídas, su aspecto habría sido aun más canino. Llevaba un sombrero flexible, una camiseta de color púrpura, el chaleco de un terno a rayas, pantalones de ciclista, de un luminoso color amarillo, y botas Doc Marten de color cereza. Denis señaló las prendas, sombreros y zapatos amontonados en el centro de la estancia. Me explicó que se habían parado en un tenderete del mercado de la Albert Cuypstraat y lo habían comprado prácticamente todo.

—Ha muerto *Floyd* —me dijo—. Tratamos de consolarnos.

Por la dirección de su mirada deduje que *Floyd* era uno de los peces de colores que tenían en una pecera, montada sobre soporte en un rincón. Dejé mi bolsa en el suelo y me senté en una silla de mimbre que crujió con mi peso. Cees le dijo algo a Denis en holandés y luego me preguntó si quería café. Le contesté que sí y fue a prepararlo.

—Pareces acalorado —me dijo Denis, levantándose del suelo y sentándose en un sofá de *futón*.

—Es que he venido a pie.

—¿A pie? ¿Desde dónde?

—Desde la Kerkstraat.

—¿Y por qué te has dado esa caminata?

—Para hacer ejercicio.

—¿Ejercicio? —exclamó meneando la cabeza—. No existe esa palabra en holandés.

Repantigado en el sofá, con el poncho y el *sarong* colgando en abultados pliegues, Denis parecía una tienda de campaña desplomada. Su calva estaba enrojecida y los ojos empequeñecidos mientras le reía la gracia, con aquella risa chillona que ya me resultaba familiar.

—¿Tienes problemas, Red? —me preguntó entonces muy serio.

—Me temo que sí.

Le conté lo que me había llamado al llamarlo desde el apartamento de Lena. Le expliqué lo de Kirsty y lo del apuñalamiento. También le dije que me había interrogado la policía, y por qué era peligroso para mí regresar al hotel. Le hablé de Lena y de que pensaba colaborar en la operación para ayudar a huir a Charity Jackson. «Más que problemas tengo jeroglíficos». Mientras hablábamos, Cees trajo el café —tres elegantes tacitas, con una delgada galleta en el platito, que parecía una coma. Me pregunté si Rosa se habría adaptado a aquella costumbre holandesa, porque ella servía siempre el café en una jarra, acompañado de, por lo menos, medio paquete de chokolatinas. Denis se comió de una vez su galleta. Me dijo que podía quedarme allí todo el tiempo que quisiera, siempre y cuando me conformase con dormir en el *futón*. Miré a Cees para ver qué cara ponía. Pero si mi intrusión le molestaba, su expresión no lo revelaba.

—¿He de disfrazarme yo también? —dije señalando al montón de ropa.

Denis se echó a reír. Cees se limitó a esbozar una sonrisa, mirándome primero a mí y luego a Denis. Noté que no habría problemas. Y también reparé, por el contraste entre ambas sonrisas, en que ni una docena de inesperados visitantes podría menoscabar su privacidad ni su intimidad. Y, con franqueza, me entristeció (me entristeció mucho, percatarme de que yo nunca había amado de un modo tan pleno ni me habían amado a mí de un modo tan exclusivo).

Comimos pasta. Hablamos y bebimos vino y vimos una película hablada en inglés, con subtítulos en holandés. De vez en cuando me escabullía para fumar a un balconcito que daba a un tramo del río Amstel sin el menor atractivo. Mis anfitriones siguieron disfrazados durante toda la noche, aunque Denis terminó por quitarse la boina porque le picaba la calva. Su indumentaria era tan excéntrica como la decoración del salón. El empapelado de las paredes, que representaba escenas campestres, quedaba semioculto por enormes grabados Pop-art, utensilios rústicos de

latón y fotografías enmarcadas de futbolistas italianos. Las cortinas de zaraza estaban estampadas con motivos florales. Una alfombra *kilim* cubría parcialmente las astilladas tablas de pino del entarimado. El tresillo no pegaba ni con cola (*futón*, sillón de mimbre y un *puff* de los grandes). El agua y los moradores de la pecera estaban coloreados de rosa por un oculto tubo de neón. Y había docenas de variedades de pequeños cactus en macetas, un antiguo reloj de pared y focos montados en apliques que proyectaban luces al tuntún, iluminando unas partes del salón y dejando otras a oscuras. Me encantaba. Me encantaba estar con ellos. Al cabo de sólo unas horas de estar en su casa, me sentí tan relajado, achispado por el vino y animado por la cómoda compañía, que el consejo que me dio Denis me desconcertó. Por lo inesperado y por lo que tenía de receptividad, al exteriorizar lo que venía preocupándome desde que dejé el hotel Terdam. Cuando la película hubo terminado, apagó el televisor y me lo soltó sin preámbulos.

—Debes comunicarle a la policía dónde estás.

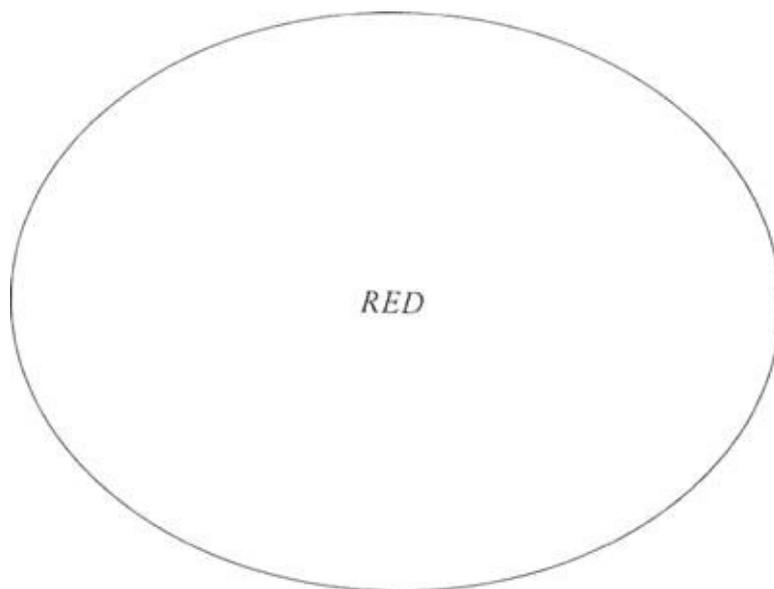
—Ya lo sé.

—Cuando descubran que no estás en el hotel, la cosa puede ponérsete fea.

Llamé al inspector Oosterling aquella misma noche. Era tarde y ya no estaba. Le dejé un mensaje con mi nombre (es decir, el de Taaffe Clarke) y el número de teléfono de Denis. También llamé al hotel, explicando mi ausencia temporal y preguntando si podía conservar la habitación durante unos días más. Me pidieron que pagase una cantidad a cuenta y se la hice cargar a la tarjeta de crédito de Taaffe. Por la mañana, me estaba afeitando cuando Cees llamó a la puerta del cuarto de baño y me dijo que me llamaban por teléfono. Con la cara semicubierta de espuma de afeitar, salí al pasillo y me alcancé el teléfono, que estaba encima de una caja de embalaje que ejercía de mesita auxiliar. El inspector no estaba sorprendido por mi desaparición o, mejor dicho, no se había enterado, pues no había tenido ningún motivo para ponerse en contacto conmigo desde que me interrogó. Me dio las gracias por la cortesía de informarle de mi paradero. No le concedió la menor importancia a mi explicación de que había decidido pasar unos días en casa de un amigo. A lo que sí concedió importancia —y ése era el objeto de su llamada— era a algo que uno de los agentes encargados de la investigación del asesinato había descubierto aquella mañana. La mujer que aseguraba haberme visto en el mercado de las flores, con una joven pelirroja, examinó un archivo policial de conocidas o presuntas prostitutas que trabajaban en la ciudad, legal o ilegalmente. Y, entre éstas, identificó a una mujer cuyo nombre, según los ficheros policiales, era Mary Ruth McAllister. Ciudadana británica, de diecinueve años de edad, sin antecedentes penales. La fotografía de la señorita McAllister, me dijo el inspector, les había sido mostrada a los agentes de la brigada durante la sesión informativa de la mañana en la comisaría. Y uno de ellos la

había reconocido. La había visto el día anterior al apuñalamiento. El agente, que en aquellos momentos estaba libre de servicio, se hallaba con unos amigos en un bar de la plaza Dam, esquina Pijlsteeg, cuando vio a la señorita McAllister en compañía de un hombre blanco, de unos treinta años, de poco más de un metro ochenta y complexión mediana, de pelo castaño y corto y cara bronceada. El hombre y la mujer hablaban en inglés. Y, a la luz de este nuevo dato, Oosterling me preguntó si me importaría presentarme en la comisaría en cuanto pudiese.

Hoy he hecho otro mandala personal, tal como Dymna me enseñó.



Después, lo he roto en mil pedazos y lo he tirado para que Red no lo vea.

El descubrimiento del inspector Oosterling

La mayor muestra de bobaliconería de un espectador es creer que ha descubierto algo que el ilusionista ha querido ocultarle. Tomemos por ejemplo el número de *La cabina mágica*. En el centro del escenario se coloca una cabina alta, cuyas paredes están hechas de finos paneles translúcidos, iluminados desde dentro como un farolillo. Después de mostrar que dentro de la cabina no hay nadie, cierro la puerta. Poco a poco, se forma una silueta tras el panel central, como si la sombra de una mujer se proyectara en la pantalla de papel por medio de una luz interior. A su vez, la silueta se transforma gradualmente en una figura reconocible, en una joven bonita con vestido de lentejuelas, sonriendo, y que, aparentemente, ha tenido que materializarse en el interior de la cabina. Luego, la imagen parpadea como la pantalla de un televisor defectuoso y, aunque la imagen se normaliza, el público se percata de que no se trata de una mujer de carne y hueso sino de unos fotogramas de película. La sensación de haber descubierto la trampa queda reforzada cuando el ilusionista finge perplejidad y embarazo, como si se sintiera en evidencia por culpa de un fallo técnico. El regocijo de los espectadores roza el choteo. La imagen «viviente» de la mujer queda ridiculizada como prueba de mi incompetente charlatanería. Y, justo en ese momento, el panel de papel estalla y una figura sale del interior de la cabina con muchos floreos: la auténtica, la mismísima Encantadora Kim. El regocijo es ahora de asombro y provoca aplausos entusiásticos. Peter Prestige saborea el momento. No sólo he engañado al público sino que les he hecho creer que soy un imbécil.

Intenté una maniobra similar con el inspector Oosterling, desviando la atención del verdadero «truco» al dejarle creer que descubriría algo.

La entrevista tuvo lugar en el mismo despacho en el que hice mi primera declaración el día del apuñalamiento. Al techo le faltaba un panel que permitía ver cañerías oxidadas y cables, había un rosario de quemaduras de cigarrillo sobre la superficie de la mesa de formica, de color blanco. Las paredes estaban pintadas de color verde pálido y el suelo era de color verde oscuro. No había ventanas; sólo un ventanuco rectangular de cristal sucio en la puerta. Me interrogaron los mismos dos hombres de la primera vez (Oosterling y un compañero suyo que tenía un apellido que sonaba a polaco; había olvidado aquel nombre desde la primera entrevista y ahora no me lo recordaron). Ambos llevaban traje. Y, como en la ocasión anterior, el presunto polaco no dijo nada, concentrado en tomar notas y hacer funcionar la grabadora. De vez en cuando, una pregunta, o mi respuesta, le hacía alzar la vista con expresión melodramática (una especie de tic que parecía desconcertar más al inspector que a mí).

Oosterling era alto y flaco. Tenía el pelo rubio oscuro y lo llevaba cortado como si fuera un molde de pudín con un estilo poco acorde con sus angulosas facciones y el

poblado bigote, que sobresalía de su labio superior (se lo humedecía de vez en cuando como si eso le ayudara a concentrarse). En lugar de la convencional camisa blanca y corbata, llevaba un polo color mostaza bajo la chaqueta del traje, con el cuello desabrochado. Su atuendo se complementaba con un talante desenfadado que daba al interrogatorio un incongruente carácter informal. Sólo en las palabras que utilizaba se ponía de manifiesto su seriedad y diligencia profesional. Las medía. Aunque era difícil colegir si respondían a una estrategia, o al engorro de tener que llevar a cabo el interrogatorio en un idioma que no era el suyo. Me caía bien. Pero tenía la impresión de que no era un sentimiento mutuo.

—De modo que conoce usted a esta mujer, Mary Ruth McAllister —me dijo.

Fue una afirmación, no una pregunta, expresada sin la menor diferencia de énfasis que sus comentarios en nuestros intrascendentes prolegómenos sobre el tiempo que hacía y mi desplazamiento hasta allí (en tranvía).

—¿Es amiga suya? —añadió.

—No la conozco.

—Lo vieron bebiendo con ella.

—No la conocía. La había visto minutos antes de ir al bar. Y me dijo que se llamaba Kirsty.

—Kirsty —repitió el inspector, que hizo una pausa y consultó su bloc de notas. Luego alzó la vista y me miró—. ¿Fueron al bar juntos?

—Fui solo, pero ella me siguió. Quedamos... en vernos allí.

—¿Y dónde la vio antes?

—En la calle..., en Pijlsteeg.

La inescrutable expresión del inspector dejó paso a un atisbo de interés.

—¿Ah sí?

—Hacía... la calle —dije titubeante.

—¿Una prostituta? ¿Lo sabía usted?

—Pues..., sí.

—Pero en la Pijlsteeg no hay ventanales...

—No es de las que se exhibe tras los ventanales. Hace la calle.

—Bien, Tippelen... —Le susurró unas palabras en holandés a su compañero y luego añadió—: ¿Sabe que en Amsterdam les está prohibido a las prostitutas hacer la calle?

Me encogí de hombros y él me imitó como diciendo «sí, ya sé que, a pesar de eso, la hacen».

—¿Y ésa fue la razón de que quisiera ir al bar con usted?

—Supongo. No lo sé.

El inspector Oosterling me observó mientras yo encendía un cigarrillo, y me acercó un cenicero de aluminio que tenía en su lado de la mesa. Le di las gracias. Me

preguntó cuánto cobraba y se lo dije: quinientos florines. Sonrió. Su compañero me dirigió una de sus miradas.

—¿Cree que me clavaba?

—¿Que lo clavaba?

—Mucho es eso para un polvo, ¿no cree?

No contesté. La obvia respuesta quedó en el aire: «Depende de cómo sea ella y... del servicio».

—Bueno... El caso es que no le pagué los quinientos florines ni me acosté con ella.

Se atusó el bigote, retrasando su siguiente pregunta.

—¿Por qué no se acostó con ella aquel día, después de haber estado hablando con ella en el bar?

—Temía que su chulo lo descubriese. Era un... servicio por su cuenta. Supongo que así es como lo llaman; un trato entre ella y yo, sin darle cuentas al chulo. Además, me pareció que era una yonqui.

—¿Ah sí?

—Sí, necesitaba el dinero para comprar droga. Heroína —dije dándome unos golpecitos en el brazo—. Vi marcas de agujas.

El inspector guardó silencio unos momentos.

—Además, no llevaba tanto dinero encima. —Pensé que acaso era dar demasiadas explicaciones. Opté por simplificar y añadí—: Quedamos en volver a vernos al día siguiente, en el mercado de las flores.

—¿Y adónde pensaba llevarla, señor Clarke? ¿A su hotel?

—No, no quería arriesgarme a que la vieran entrar los de recepción.

—¿Adónde entonces?

—Me dijo que iríamos a un apartamento. Pero no me precisó dónde.

La mirada de Oosterling siguió mi mano hasta el cenicero y luego hasta la boca. Inhalé el humo y exhalé una boca nada que lo oscureció unos momentos, antes de dispersarse hacia la adensada neblina que se acumulaba bajo el techo.

—Sí, ya sé que me arriesgaba —me anticipé a contestar a la previsible pregunta. Aspiré de nuevo el humo—. Fue una estupidez.

—Dispone de quinientos florines en efectivo y va con una chica de la calle a un lugar desconocido...

—Como le digo, fue una estupidez —dije tratando de ver qué efecto le hacía mi explicación—. Yo..., bueno... era inglesa. Escocesa. No sé si fue ésa la razón de que, pese a todo, me inspirase más confianza.

Noté que no colaba.

—En fin..., si he de serle franco —proseguí—, me apetecía tanto acostarme con ella que no sabía lo que hacía. Quiero decir que no reflexioné. En lugar de pensar con

la cabeza pensé... con otra cosa.

—¿Ha estado con otras prostitutas en Amsterdam? —me preguntó Oosterling.

—No... —contesté titubeante—. O... bueno, sí.

—¿Y siempre paga quinientos florines?

—No, cincuenta; con las chicas de las ventanas, o puede que algo más, según la chica.

—Quinientos por tirarse a una yonqui.

De nuevo tuve la sensación de que nada en el inspector revelaba una actitud hostil..., salvo las palabras que utilizaba. No contestarle a algo equivalía a asumir. Su librito parecía dar por sentado que el que calla otorga.

—Es que por quinientos florines me ofrecía estar dos horas con ella, no sólo veinte minutos. Además, me haría lo que yo quisiera. «Lo que quieras». Así me lo dijo.

—¿Y ha sido ésa la razón de que venga a Amsterdam? ¿En busca de sexo?

—Sí.

Oosterling asintió con la cabeza y volvió a consultar su bloc de notas.

—De modo que... el otro día me mintió. Acerca de su visita al mercado de las flores, y acerca de esa chica. Me dijo no haber estado en compañía de ninguna chica.

Bajé la vista.

—Temía que mi esposa se enterara. Si no mencionaba a ninguna chica, todo se reduciría a uno de tantos atracos a turistas. Un atraco fallido. Pensé que no tendría ningún problema por no mencionar a la chica.

—¿Cree su esposa que está aquí por trabajo?

—Sí.

—¿Por cuenta de una financiera?

Lo miré. Él se recostó en la silla y apoyó la cabeza en las manos entrelazadas. Al subírsele la chaqueta reparé en dos manchas ovaladas de sudor en su camisa, bajo las axilas. Me pareció notar en su expresión que no estaba en absoluto satisfecho con mis declaraciones. Opté por adelantarme a sus previsibles objeciones.

—Mire..., si esto..., si mi esposa se enterase... se acabó —dije tragando saliva—. Y la idea de perderla, de perder a mis hijos...

Me dirigió una mirada de desprecio. «¿Qué clase de padre, qué clase de esposo va a Amsterdam en busca de sexo?». Pensé que si Oosterling tenía una hija, debía de ser, más o menos, de la edad de Kirsty. A sus ojos yo era patético. Y esto me convenía porque era preferible que me considerase patético que sospechoso de implicación en un delito grave. Con tal de que me creyera, me daba igual caerle simpático como que me despreciase.

—¿Cree que ella se proponía robarle? —dijo el inspector al fin, tras un incómodo silencio—. ¿Cree que la tal Kirsty, la señorita Mary Ruth McAllister, quiso tenderle

una trampa para atracarlo?

—Sí, fue una trampa. Una emboscada. Estoy totalmente seguro.

Le expliqué el extraño comportamiento de Kirsty, momentos antes de que el tipo que se anudaba el zapato me atacase; de qué modo se alejó, prácticamente corriendo, sin mirar atrás ni pedir socorro cuando los dos tipos, sus cómplices, me atacaron. De no ser por la intervención del obrero del mono, le dije, no habría podido salir con bien del atraco. En el mejor de los casos me habrían robado los quinientos florines; y, en el peor, podían haberme apuñalado y dejarme agonizar en el callejón. Pero no verbalicé el posible «fatal desenlace». No era necesario. Quedaba implícito.

Oosterling sacó una fotografía de una carpeta. Dijo algo en holandés y luego me miró.

—¿Es ésta la chica?

Miré la foto. Una pelirroja de piel alabastrina; algo más joven y de aspecto más saludable. Pero no cabía duda de que era Kirsty. Aún me parecía oler a coco. Asentí con la cabeza.

—Dígalo en voz alta, por favor. Para la grabación.

—Sí, es ella.

Oosterling volvió a rebuscar entre sus papeles. Noté que se impacientaba al no encontrar lo que buscaba. Apagué el cigarrillo y aguardé a que continuase. Su compañero me miró con fijeza. Pareció incomodarlo que le devolviese la mirada. Saqué otro B&H del paquete, pero cambié de idea y lo volví a guardar. Al hacerlo, el inspector sacó de una carpeta una hoja de cartón con diapositivas.

—¿Ve aquí a los dos hombres que lo atacaron?

Los examiné. Había una docena; blancos y negros. Los estudié detenidamente. Ninguno de ellos se parecía a los que me atacaron, aunque cuatro de los tipos blancos me resultaron inmediatamente familiares. Se me hizo un nudo en el estómago. Si admitía conocerlos, tendría que explicar todo lo que hasta entonces había conseguido ocultar (mi verdadero propósito para viajar a Amsterdam; mi entrada ilegal en el país; mi conexión, vía Rosa, con los canallas del número 37 de Pijlsteeg; y... mi verdadero nombre. Me detendrían y me expulsarían del país, sin posibilidad de cumplir la misión de Rosa. Entre los tipos que aparecían en las fotografías estaba el chulo de Kirsty, el tipo sin cejas; Max van Dis; el cómplice de Van Dis en el tren, a quien había visto en la filmación de la cámara de la estación de Reading. El cuarto hombre que reconocí en una de las diapositivas era Nikolaas van Zandt. Examiné la imagen un poco más que las anteriores y luego le devolví la hoja a Oosterling.

—No —dije sin faltar a la verdad—. Ninguno de estos hombres me atacó.

El Kabin Klub

Referiré lo que me contó el inspector Oosterling una mañana, en el cargado ambiente del despacho en el que me interrogaron, aquel cuartito de paredes pintadas de color verde pálido, al que le faltaba un panel del techo. Me contó aspectos relativos a la prostitución en Amsterdam, a su Brigada Antivicio y al apartamento del número 37 de Pijlsteeg, en cuyas intermediaciones me dejé liar por una putita escocesa, que a la policía le constaba que vivía en aquel apartamento.

—Llevamos años vigilando ese apartamento. Sabemos lo que ocurre allí. A veces, entramos. Hacemos una redada. Hacemos muchas redadas. Detenemos a una o dos personas, confiscamos películas, revistas y un poco de droga.

—¿Y por qué no lo cierran? —pregunté.

—¿Qué vamos a cerrar? La prostitución no es ilegal aquí. Y la pornografía tampoco. No hay menores. El apartamento no incurre en ninguna ilegalidad. No arman escándalos ni son sistemáticamente ruidosos. Además, tienen papeles; el seguro contra incendios, que aquí es obligatorio y se toma muy en serio. ¿Drogas? Son para «uso personal». Y sólo encontramos pequeñas cantidades. No trafican.

—¿Y la violencia, la explotación, la intimidación?

Consciente de la curiosidad del inspector ante mi súbita agitación moderé el tono.

—Kirsty..., la tal Mary McAllister... estaba muy asustada. Se notaba. Temía lo que pudiera ocurrirle.

Yo no pensaba en Kirsty. Pensaba en Lena mientras le aplicaban una y otra vez la brasa de un cigarrillo en el clítoris. Pensaba en Rosa.

—Muy bien: una persona tiene miedo. ¿Dónde está el delito? —exclamó Oosterling separando las manos.

—¿No creen que las amenazan? No sé..., ¿que las tienen casi como esclavas?

Oosterling sonrió. Su actitud hacia mí se había dulcificado o, por lo menos, era menos hostil, ahora que le había reconocido mi anterior engaño. También me parecía que se refocilaba por haberme desenmascarado; a mí, al señor Taaffe Clarke, inglés, subdirector de una financiera, de vacaciones sexuales, metido en un lío con una de las más duras organizaciones de delincuentes de Amsterdam.

El inspector meneó la cabeza.

—No tenemos testigos. No tenemos pruebas de ninguna clase. Cuando hablamos con las chicas, nos dicen, y siempre nos dicen lo mismo, que están contentas; que les gusta estar allí; que, además de cobrar, tienen manutención y alojamiento. Aseguran que nadie les pega, ni les obliga a hacer nada. Eso es lo que nos dicen.

—¿Y ustedes las creen?

—Por supuesto que no, en absoluto.

Por su parte, Denis Huting me contó otras cosas acerca de la prostitución y de la historia de Amsterdam. En 1345, en una casa de la Kalverstraat, administraron la comunión a un moribundo, que luego la vomitó en un cuenco. Tiraron el fragmento de hostia consagrada al fuego y, al día siguiente, lo encontraron intacto, sin que las llamas lo hubiesen afectado. Lo consideraron un milagro. Posteriormente, se erigió allí una capilla, que se convirtió en lugar de peregrinación para los cristianos, atrajo a miles de visitantes a Amsterdam y contribuyó a que la ciudad se convirtiese en un importante centro comercial. Llegaban barcos y, con los barcos, llegaban marineros que, después de pasar semanas en la mar con sus compañeros, necesitaban mujeres. De modo que esto dio lugar a otro comercio, el más viejo del mundo, que empezó a florecer. Denis sonrió. Hasta nuestros días, la procesión que se celebraba en la Kalverstraat seguía siendo un acontecimiento que nunca faltaba en el calendario religioso. Y, aunque no fuese necesario, añadió que muchos no acudían a la ciudad a orar sino a follar.

Yo volvía a estar en casa de Denis. Me habían dejado en libertad con una amonestación formal por hacerle perder el tiempo a la policía. Pero no debía regresar al Reino Unido sin antes notificarlo en la comisaría. «Por el momento, es mejor que se quede en casa de sus amigos en De Pijp». La policía se presentó en el número 37 de Pijlsteeg con una orden de registro, pero no encontraron allí a Mary McAllister, ni a ningún hombre que encajara en la descripción de los dos que me atacaron. Les conté todo esto a mis anfitriones mientras jugábamos a las cartas (una timbita que transcurrió entre las continuas protestas de Cees, que aseguraba que Denis y yo utilizábamos nuestras artes manipulatorias para hacer trampas). Les referí todo lo relativo a Pijlsteeg, que fue lo que propició que Denis me contase la anécdota histórica.

—De modo que ya ves, ¡Amsterdam se construyó sobre la ilusión de un supuesto milagro!

También yo necesitaba un milagro, si quería ganar una mano de póquer sin más que un «diez». Pasé. Ganó Denis con una pareja de reyes y se llevó el bote (cinco galletas de chocolate), se comió dos y añadió el resto a sus anteriores ganancias.

Llevábamos media hora jugando cuando sonó el teléfono. Denis salió al vestíbulo y regresó al cabo de unos momentos arqueando las cejas.

—¿Oosterling? —pregunté.

Movió la cabeza. Corrí al teléfono. Pero al ponerme, ya habían colgado. Tras repetir «diga» en vano, tres o cuatro veces, colgué contrariado. Casi de inmediato, el teléfono volvió a sonar. En esta ocasión, mi ansioso «diga» sí obtuvo respuesta (brusca, directa, pero con seseo de Newcastle inconfundible).

—Hola, señor Red.

—Lena.

—¿Tiene algo a mano para tomar nota?

—Sí.

Había un bloc y un lápiz junto al teléfono.

—¿Qué? —pregunté.

Me dictó unas palabras y luego colgó. Su mensaje rezaba así: «Mañana, en el Kabin Klub de la Annenstraat. La chica número 6».

Mientras fumábamos el cigarrillo poscoito, Rosa me preguntó un día si había estado alguna vez con una prostituta. Y le dije la verdad: que no. Entonces me preguntó si me acostaría con una y también le dije la verdad: que no lo sabía. ¿Le habría preocupado que hubiese contestado afirmativamente a cualquiera de las dos preguntas? No contestó, salvo para señalar mi empleo de la expresión «contestado afirmativamente». A eso se redujo nuestra primera y única conversación sobre el tema de la prostitución.

La reacción de Denis, al revelar la antigua profesión de Rosa, fue de curiosidad. ¿Podía yo entrever, por su manera de estar conmigo, y contando con la ventaja de la perspectiva, que en otros tiempos lo había hecho por dinero?

—¿Quieres decir si era buena en la cama?

—¿Era buena?

—Sí, desde luego. Era increíble.

—Ya.

—Pero siempre a su manera —maticé—. Ella era quien marcaba la pauta de lo que hiciésemos, de cómo lo hiciésemos y con qué frecuencia.

—¿Acaso crees que las prostitutas dejan de verdad que sea el cliente quien marca la pauta?

—Hombre..., supongo que sí. Ellas ponen el precio y, si el cliente quiere una mamada, le hacen una mamada; si quiere que ella se ponga encima, se pone. Y si tiene cualquier otro capricho, se le complace. En cuanto ha pagado, el cliente es quien manda.

—Mandar... —dijo Denis, que se detuvo un momento a reflexionar—. No sé..., no sé... Y si uno quiere acostarse con una a la que realmente le apetece follárselo; que le apetezca de verdad. Que de verdad le apetezca follárselo. Por sexo y porque, además, lo quiera. ¿Cuánto pagaría él por eso?

Recorrí a pie la retícula de callejones del sexo. Algunas de las habitaciones estaban siendo utilizadas, con las cortinas color púrpura corridas que cubrían la puerta de paneles de cristal; otras estaban vacías y a oscuras, con un cartel impreso o escrito a mano pegado en el ventanal: KAMERA HUUR, junto a un número de teléfono; en el resto se exhibía la «mercancía». Cada ocupante, semidesnuda, posaba en el

umbral como una maniquí con vida propia: un mohín, una sonrisa, un guiño del ojo, una seña con el índice llamando a la clientela; una cantinela de insinuaciones en holandés, alemán e inglés, dirigida a la procesión de mirones, curiosos y clientes potenciales que atestaban las estrechas aceras. Las puertas estaban abiertas de par en par para dejar ver el interior de las habitaciones, todas ellas pequeñas y cuadradas: una jofaina esmaltada, paredes recubiertas de espejo, suelo de baldosa, un techo sencillo de color blanco, una cama pulcramente hecha con sábanas blancas, todo bañado de una tenue luz roja. Una joven negra y alta con una rebeca desabrochada me sonrió. Tenía los dientes muy blancos y las encías como cerezas estropeadas. «*Hey, vous êtes français? ¿Italia? Eh, ¿de dónde eres?*». Seguí caminando, eludiendo el contacto visual. En un portal cercano, una adolescente, rubia oxigenada, tiró de la uve de sus medias hacia un lado. «Eh, ¿os gustan los conejitos rasurados?». Me abrí paso entre un grupo de hombres (casi todos jóvenes), que se había detenido ante la visión de la suave piel de la entepierna de la joven. Sus ojos describían lo que veían. Con una chica de los ventanales no había duda de que se dejaría follar. Con sólo mirarla sabías que no tenías más que pedirle cómo querías hacerlo. Polvo garantizado a gusto del consumidor. ¿Cuántas mujeres encuentra uno en la vida cotidiana de las que se pueda decir lo mismo? Ninguna. Absolutamente ninguna. Eso fue lo que leí en los ojos de aquellos jóvenes, y lo noté en mí mismo. «Puedo hacerlo... Sólo he de entrar en la habitación, pagarle y follármela». Así de sencillo. Ningún problema. Doblé la esquina y me adentré por otra calleja. Y allí, a sólo unos pasos, donde la calle confluía con la St. Annenstraat, estaba la llamativa entrada del Kabin Klub.

No era un club, aunque sí tenía cabinas. Docenas de cabinas. En cada cubículo había un asiento, una pantalla de vídeo, una caja de kleenex, una puerta con pestillo y paredes reforzadas con paneles de acero inoxidable, para evitar que los clientes hiciesen agujeros para contemplar las respectivas pajas. A través de una ranura se introducían las monedas que activaban la película. Un botón de control permitía al cliente hacer *zapping* entre cuarenta canales de sexo duro. Había películas pornográficas para todos los gustos. Yo ya había visto antes estas cabinas (en Hamburgo, con ocasión de mi participación en el Festival Europeo de la Magia, en 1991). Fuimos un grupo de ocho a pasear por la Reeperbahn. Durante el resto de nuestra estancia en Hamburgo, siempre que uno de nosotros iba al aseo, oía a los demás exclamar a coro: «¡Canal cinco!». No me pregunten de qué va porque no es asunto suyo.

Aquél día en Amsterdam no estaba interesado en los vídeos. Lo que me interesaba eran los shows en vivo. Un escenario giratorio, rodeado de cubículos, desde los que los *voyeurs* miraban a una joven desnuda hacer eróticas contorsiones, al compás de la música, mientras cada cliente alimentaba el cajetín de las monedas para evitar que descendiese un panel que cegaba la ventana. Junto a la taquilla en la que te

proporcionaban cambio, había un tablón con las fotografías de quienes actuaban (siete mujeres y un travesti). Las fotografías estaban numeradas. Miré detenidamente la fotografía de la chica número 6. Era algo mayor que las demás. Calculé que tendría veinticuatro o veinticinco años. Llevaba una melena castaña por los hombros con reflejos de color ceniza. Tenía los ojos de color castaño claro y una expresión que pretendía ser seductora, pero que le daba un aspecto malhumorado y tristón. Se oprimía los pechos con las manos, unos pechos que resultaban desmesuradamente grandes, en relación con su estilizada figura. Su vello púbico estaba recortado y formaba una estrecha franja vertical, como si de un signo de exclamación se tratase. Según el letrero, la joven se llamaba Kola. Había cabinas en las que, mediante pago adicional, se tenía derecho a una sesión particular con la *stripteuse* que uno prefiriese, salvo que estuviera ocupada con otro. Al llegar, un panel digital anunciaba que la chica número 2 estaba actuando, la número 3 esperaba y la número 1 estaba en sus minutos de descanso. Varios hombres vagaban por el vestíbulo, aguardando al cambio de *stripteuse* en la plataforma giratoria. Entré en una de las cabinas de servicios individuales, cerré la puerta con el pestillo, me acomodé en el asiento y pulsé el número 6 del panel.

Le conté lo que hacíamos juntos, adónde íbamos..., de lo que hablábamos. Todas esas bobadas de nuestros «amoríos» era lo que quería que le contase. Historias para soñar, las llamaba ella.

—Cuando tú no estás, he de inventarme historias acerca de vosotros dos —me dice Carole-Ann.

Ella sólo lo ha visto una vez, en el Eagle and Child, poco antes de la última recaída. La Reina de la Recaída la llaman aquí. Como si alguna de ellas estuviese libre de problemas; como si no tuvieran más que chascar los dedos y... listo. Carole-Ann dice que el truquito de la ceniza es lo más romántico que ha visto en su vida.

Lo lleva bien. Poco a poco, va dejando la metadona. Vuelve a tener apetito. Y duerme mejor. Pero aún necesita las historias y los juegos de cartas. Todavía me necesita para que le diga: puedes conseguirlo. Si yo pude, tú también. Me sigue necesitando. Yo conseguí dejarlo, salir de aquí, tengo un empleo, tengo un lugar donde vivir, y tengo a Red. Red es..., no sé... Para ella, Red y yo somos su siguiente adicción, como si se estuviese enganchando a nosotros. Sobre todo a mí.

—Tú ya no necesitas seguir aquí —me dice.

—¡Que te crees tú eso!

—No lo necesitas.

—¿Crees que sólo vengo a verte?

—Te miro y me veo a mí misma dentro de un año.

—Pues jódete.

Se echa a reír, como si en su interior aún quedase algo verdadero.

Le llevo flores y revistas. Los jueves y los viernes. Ella es mi «proyecto». Mi misión. Me pregunta si no le importa a Red que le dedique tanto tiempo. Y yo le digo que no, que no le importa, porque, si le digo que él no sabe nada del asunto, equivaldría a decirle que lo engaño y (para su mentalidad) si nos engañásemos ya no seríamos una parejita feliz. De modo que prefiero engañarla a ella.

Cuando hace buen tiempo, Carole-Ann y yo nos sentamos en el jardín o salimos a dar un paseo con alguna otra chica. Vamos de excursión. Si llueve jugamos a los disparates, a las cartas o a imitarnos. Tomamos té. Comemos chocolate. Fumamos. Los únicos hombres que hay aquí son aquellos de quienes hablamos y aquellos en los

que pensamos, aunque no hablemos de ellos. En la pared hay un letrero que dice:

*NO NECESITÁIS SUS DROGAS
NO NECESITÁIS SU DINERO
NO NECESITÁIS SUS POLLAS.*

Una de las chicas ha tachado la última frase, porque es una estupidez, la verdad.

La chica número 6

Encendí un cigarrillo. Y, al hacerlo, alguien entró en el cubículo contiguo, a mi derecha. El ruido del pestillo al cerrarse y el de mi vecino al sentarse en el tapizado de plástico se oyó perfectamente a través del tabique de yeso. Yo miraba hacia delante, a mi reflejo en el amplio panel de cristal, que me separaba de un sillón de color rosa que dominaba la mitad de la otra cabina. Una figura, blanca, desnuda, asomó tras una cortina y se situó junto al sillón. Se sentó. Mis facciones reflejadas se superponían ahora a las suyas. La chica número 6: Kola. Su parecido con la fotografía resultaba sorprendente. Pero ya no tenía el mohín malhumorado sino que lo que ahora reflejaban sus facciones era un tedio que su profesional sonrisa no conseguía disfrazar. Exhibía su desnudez con la mayor desenvoltura, como si fuese vestida con una cómoda indumentaria. Me miraba pensando: «Otro pajillero». Desde el cubículo contiguo se oían susurros; un hombre y una mujer hablando en holandés. Le sonreí a Kola.

—Hola —la saludé.

—¿De dónde eres?

—Inglés —le contesté.

—Treinta florines —me dijo señalando una mesita contigua al sillón, en la que había media docena de consoladores de diversos colores, formas y tamaños, y un tubo de jalea—. Y también puedes acariciarte tú, si quieres.

Me pareció que tenía acento francés. Introduje una hoja de papel doblada a través de una ranura del cristal. Ya no se oían voces procedentes del cubículo contiguo, sólo el zumbido de un vibrador. Kola parecía no oírlo. Al abrir la nota y leer el mensaje, su cara de aburrimiento y su fingida sonrisa se esfumaron. Al volver a mirarme, lo hizo con mayor detenimiento, como para reconsiderar su primera impresión. Estaba alerta, casi recelosa. La nota consistía en una sola palabra: KERRYGOLD. La dejó encima de la mesita. Procuré que mis ojos no dejaran de mirar su rostro, atraídos por sus pechos, por la perfilada franja vertical de su vello púbico que, de todas maneras, desapareció de mi vista al cruzar ella las piernas. Llevaba una fina cadenita dorada en el tobillo.

—Me llamo Red.

—Yo me llamo Kola —dijo mirando hacia el tabique que nos separaba de la cabina de al lado—. ¿Lo has visto entrar? —preguntó bajando la voz.

—No.

Escuchamos. Me había contagiado su recelo. El zumbido del vibrador se oía ahora mezclado con gemidos femeninos, de una excitación presumiblemente fingida, y el cri-cric-cric de la tapicería de plástico, mientras el cliente reaccionaba activamente a la representación, suponía yo. «Tendrá que aplaudir con una sola

mano», dije. Pero Kola no pareció verle la gracia.

—¿Podríamos hablar en otro sitio? —pregunté.

—Es mejor aquí —repuso ella moviendo la cabeza.

Se relajó, aparentemente satisfecha de que no nos estuviesen espiando. Aun así, tuve que inclinarme hacia delante para oírla.

—¿Has hablado con Lena? —le pregunté.

—Naturalmente —dijo encogiéndose de hombros.

—Quiero ayudar.

—Ya me lo ha dicho.

Kola cogió un vibrador (grande, negro y muy parecido a los ubicuos *Amsterdammertjes*, los postes con los letreros indicadores en los cruces de las calles, de forma fálica, coronados por la triple equis del escudo de la ciudad, que evitan que los motoristas vayan a parar a los canales). Lo encendió y volvió a dejarlo encima de la mesita, que elevó el volumen de la vibración.

—¿Llevas bolígrafo? —preguntó.

El bolígrafo cabía justo a través de la ranura del cristal. Kola lo tomó y escribió algo en el reverso de la hoja que yo le había pasado.

—Toma.

Tenía una letra pulcra y sin floreos.

263, PRINSENGRACHT.

Alcé la vista.

—Debes ir a esa dirección mañana, a las once de la mañana.

—¿Es ahí donde vive Nikolaas?

—Se encontrará contigo allí —contestó.

¿Para qué?, me dije. ¿Me entregaría dinero y billetes de avión para la mujer que se hacía llamar Charity Jackson, con el objeto de sacarla del país y llevarla a Inglaterra? ¿Para informarme sobre cómo y dónde verla, y planear su huida del número 37 de Pijlsteeg?; ¿concretar la hora y el lugar? Quizás el plan se concretaría allí y tuviese que acudir dispuesto a partir de inmediato. Kola hizo caso omiso de mis preguntas, encogiéndose una y otra vez de hombros. La noté ligeramente irritada por mi ansiedad. «No puedo decírtelo». Que ya me lo explicaría Nikolaas, me contestó. La miré, imaginándola con el joven en la fotografía de Rosa. ¿Su amante más reciente? Me pregunté si sabía algo de Rosa, de Rosa y de Nikolaas. Y acerca de Nikolaas y de Jan Peters.

—¿Cómo es que te deja trabajar en un sitio como éste?

—¿Que me deja? —dijo entre dientes.

—Bueno..., me refiero a cómo es que trabajas aquí.

«Eso no es asunto tuyo», vino a decirme con su expresión. Pero su desdén se transformó de inmediato en ostensible indiferencia. Era una chica muy baqueteada,

que sabía manejarse muy bien en su ambiente, salir airosa de todo tipo de acosos, que sabía manejar a los hombres. No iba a dejarse impresionar por mi impertinente curiosidad.

—Por dinero. ¿Por qué trabaja todo el mundo? —contestó dirigiendo un ademán en derredor—. Además, así estoy «dentro». Veo y oigo cosas. ¿Entiendes?

Lo intenté por otro camino.

—¿Cuánto tiempo llevas con él?

—No trabajo para él —contestó, adelantándose al implícito sentido de mi pregunta—. No trabajo para nadie.

—O sea, ¿que te limitas a pasar mensajes suyos a personas en las que él no confía?

Me miró con fijeza.

—Tú seguiste a Lena. Has hablado con ella. Pero ella no te conoce. Nadie te conoce, en realidad. Si los tipos de Pijlsteeg descubren a Nikolaas lo matarán. De modo que, naturalmente, no confiamos en ti.

No repliqué. Kola se echó hacia atrás el pelo que se le había venido sobre la frente. Las luces indirectas proyectaban un tenue resplandor. Sus pechos subían y bajaban al compás del movimiento de sus manos. Reparó en que la miraba.

—Dice Lena que haces esto por Rosa.

—¿Conociste a Rosa?

—No, pero sé que murió.

—Sí.

Murió. Eso era todo lo que había que decir acerca de ella. Su vida quedaba reducida al hecho de su muerte. Rosa era una persona muerta.

—No lo hago por ella. Lo hago por mí —dije titubeante—. O, en todo caso, no lo hago sólo por ella.

El enojo de Kola remitió visiblemente. Por lo menos, parecía tratar de dominarlo, de no enturbiar el ambiente entre nosotros. Se excusó. Las vueltas y revueltas, los subterfugios y el complicado procedimiento para permitirme ver a Nikolaas no tenían más objeto que evitar que lo pusiera en peligro, aunque fuese involuntariamente, me explicó. En cuanto a mis motivos, para ella eran lo de menos. «Aunque hagas esto por ti, no se trata de ti». Los únicos que importaban eran Nikolaas van Zandt y la mujer que se ocultaba tras la falsa identidad de Charity Jackson. Ya no se oían los ruidos de la mutua masturbación tras el tabique. Voces, el frufrú de la ropa, el ruido de un pestillo al descorrerse, una puerta que se abría, pasos. Kola me dijo que aguardase cinco minutos antes de marcharme. Y, sin más, se levantó y desapareció tras la cortina. Al levantarse, golpeó la mesita con la rodilla y uno de los vibradores cayó al suelo. Era el negro y grande, que había olvidado apagar y seguía vibrando, con su zumbido amplificado por la reverberación al contacto con la superficie de

madera de la mesa. La cortina se movió y apareció un gato de entre las sombras. Era un siamés. Saltó grácilmente al sillón y, sin detenerse más que para mirarme a través de la ventana de cristal, se insinuó entre los cojines, todavía impregnados del calor corporal de Kola.

No utilizo animales vivos en mis actuaciones. Nunca lo he hecho. Ni tampoco animales muertos. Jamás he sacado un conejo de un sombrero; sólo conejitos de juguete en las funciones infantiles. Tampoco he hecho aparecer o desaparecer palomas blancas de una jaula. A modo de experimento, una vez pasé una lluviosa tarde de domingo tratando de enseñar a *Merlín* a poner una pata en un naipe concreto, entre una hilera de doce cartas colocadas boca abajo sobre la alfombra del salón. Permanecía sentado, mirando con aparente fascinación mientras yo repetía el procedimiento (barajando una y otra vez, dándole la callada orden con tenaz reiteración, confiando en conseguir que eso lo indujese a seleccionar el naipe correcto). El gato terminó por hartarse y dar la espantada. Rosa nos había observado, convencida de que mi pretensión era una bobada.

Dan más trabajo del que merecen. Además, cuando Kim solicitó el puesto de ayudante escénica, advirtió que no podía trabajar con animales porque era alérgica «a todo lo que tuviese piel, plumas, cuatro patas o un cociente de inteligencia inadecuado».

—¿Y los delfines? —le pregunté.

—Si eres capaz de sacar un delfín vivo de un sombrero es que no me necesitas para nada.

Ésta observación decidió el resultado de la entrevista. No me importa lo que digan los demás, acerca de que empleé a Kim por su aspecto. Curiosamente, en uno de los primeros números que ejecutamos, Kim tenía que vestirse de gata (con cabeza y cola incluidas) y su aspecto no contaba para nada. *Las siete vidas de la gata*. Eran, en realidad, siete números, presentados bajo la premisa de que yo era un mal amo que quería deshacerse de una gatita no deseada. La metía en un saco y la sumergía en un depósito de agua; la cortaba por la mitad; la decapitaba con una guillotina; la empalaba con una espada; le prendía fuego y la trituraba entre dos capas de púas... y en cada ocasión yo proclamaba su defunción. Pero la Encantadora Kim, disfrazada de gata negra, aparecía indemne, inmutable, paseándose por el escenario a cuatro patas con unos movimientos felinos muy logrados. El momento culminante, el de la séptima vida, era una desaparición: yo extendía una estera, como preludeo a la utilización de una trampilla, e inducía a la gata a pisar la estera ofreciéndole un plato rebosante de nata. La gata se sentaba en la estera. Y, mientras lamía la nata, yo le echaba una fina tela de seda por encima. Al retirar la tela, la gata había desaparecido y sólo se veía la estera y el plato. Entonces me dirigía al público: «¡Al fin me he

deshecho de ella!». Risas. Aplausos. Muchos espectadores señalaban hacia el decorado. Me giraba a mirar, y allí, en un oscuro hueco del fondo del escenario, se veía a Kim sonriente, con bigote incluido.

Kim iba siempre desnuda dentro de su disfraz de gata. «Si no, hace demasiado calor ahí adentro». Cuando se quitaba el pelaje en el camerino, su piel estaba sonrosada y luminosa, su melena rubia húmeda, apelmazada y aplastada sobre la frente, y los ensortijados rizos negros de su entrepierna engastados con gotas de sudor.

Cenamos en un pequeño restaurante guayanés. Estaba justo al lado de casa de Denis y Cees, que me orientaron en mi incursión por la carta. Nos sirvieron vino como obsequio de la casa. «Sin nosotros tendrían que cerrar», me susurró Denis. Incluso presumió de haber hecho incluir un postre no guayanés en la carta: los *poffertjes*. Al servirnoslos, empezamos a hablar de mi visita al Kabin Klub. Les describí a Kola y les referí nuestra conversación, lo más fielmente posible, entre las persistentes preguntas de Denis y el hipo de Cees (consecuencia de comidas demasiado picantes).

—¿Y crees que ahora confían en ti? —me preguntó Denis.

—No lo sé.

—Puede que el tal Nikolaas van Zandt no se presente.

—Lo dudo. Necesitan mi ayuda.

Denis se llevó otro *poffertjes* a la boca con el tenedor y lo acompañó con un sorbo de vino.

—¿Dónde has dicho que has de encontrarte con él?

—En una casa, me parece. En Prinsengracht.

—¿En qué parte de Prinsengracht?

—En el número 263.

Denis y Cees se miraron.

—¿Conocéis esa dirección? —les pregunté.

Se echaron a reír. Fue Cees quien contestó.

—Todo el mundo conoce esa dirección. En fin, conoce a la chica que vivía allí —añadió. Volvió a hipar y se excusó—. En el número 263 de Prinsengracht vivía Ana Frank.

263, *Prinsengracht*

Las campanas de la Westerkerk dieron las diez al cruzar yo el puente del Prinsengracht, por el que un barco turístico agitaba el agua. Los respiraderos del techo curvado de cristal estaban abiertos. Los pasajeros tomaban fotografías. Seguí por la calle paralela al canal, cuyos adoquines resonaban al paso de los coches. Columnatas de vetustos olmos convertían el canal en una avenida. Las cargadas ramas colgaban por encima de las casas flotantes. La estela de la embarcación turística se ensanchaba hasta chapotear en los amarres. Y allí, cerca de la iglesia, unas doscientas personas formaban una cola, como un dedo larguirucho que señalaba el camino hacia la casa de Ana Frank. Llegué con antelación, por consejo de Denis Huting: «Siempre hay cola». Aun así, veía bastante peliagudo entrar a tiempo para llegar puntualmente a mi cita con Nikolaas. Yo llevaba gafas de sol, gorra de béisbol y una indumentaria que me había prestado Cees y que me venía fatal. Había llegado hasta la casa-museo dando un rodeo, para asegurarme de que no me seguía nadie.

Junto al número 263 había un solar con un edificio en construcción, rodeado de vallas pintadas de colores alegres. Los paneles de madera formaban una exposición de pinturas realizadas por niños y niñas bajo el título: *De rechten van het kind*. Los derechos de los niños. Eran once en total, cada una de ellas acompañada por un lema: derecho a protección, educación, a la vida, a un país, a jugar, a la amistad, a la igualdad, a la libertad, a crecer, a expresarse. En una de las pinturas, realizada por Heleen, de doce años, faltaba el lema. Representaba a niños de pie sobre una tierra amarillenta, recortada bajo un cielo azul, cinco miraban hacia un lado y otro les hablaba. ¿Derecho a ser escuchados? ¿O se trataba de un sermón? ¿Derecho a la fe? Me pregunté cómo lo habría interpretado Rosa. Aunque lo cierto era que no tenía ninguna base para aventurar qué hubiese pensado ella. La joven que estaba justo delante de mí, en la cola, le comentó a su acompañante que faltaba el derecho al amor.

—¿No crees que ése es un derecho básico? —le dijo—. Derecho al amor, ¿no?

Su amigo asintió. Sus cabezas se tocaban. Ella llevaba una melena castaña que reposaba en los hombros de su amigo. Se besaron. Sus rostros, de perfil, estaban tan cerca que hubiese podido tocarlos con sólo alargar la mano. ¿Cómo podía uno incluir el amor en una «carta magna»? ¿Cómo puede uno hacer que la gente se ame? Guardé silencio, claro está. Y seguí en la cola, avanzando con lentitud exasperante hacia la casa-museo. El amigo de la joven le dio un golpecito con el codo.

—Con tanta gente por aquí fuera todo el día —dijo él—, sorprende que los nazis tardasen dos años en encontrarla.

¿Cuándo se produjo el principio del fin de Rosa? El día que nos conocimos. Ésa sería la respuesta cínica. Y, en cierto modo, así era. Pero eso siempre es verdad acerca de cualquier cosa. Por eso los verbos tienen un modo potencial. La mañana siguiente a la noche del «estigma», cuando Rosa se invitó a vivir conmigo, hablamos de nuestra futura ruptura. Del final. De modo que tenía que pensar en otra causa, en otro origen para la verdadera causa. Mientras seguía de pie frente al edificio en el que se ocultó Ana Frank, me pregunté si el hecho de que la descubriesen tuvo el impacto de lo inevitable (culminación de un final que ella temía, y que previo para sí misma desde el día en que su familia decidió ocultarse). «Así es como termina». El temor inconsciente hecho consciente, convertido en un hecho. La traición. La captura. La muerte. Y, entre el principio y el fin, dos años alimentando la esperanza de que el desenlace fuese otro, de que el final fuese distinto. Para Rosa y para mí hubo también un momento en el que desapareció la posibilidad de un final distinto. Y nuestro fin, también, se debió (como siempre sospeché que ocurriría) a la traición.

- 1.º Un acto de infidelidad sexual.
- 2.º El anillo *claddagh* de Rosa, colocado de manera que la punta del corazón ya no apuntaba hacia dentro.

Estuvimos trabajando en el jardín, preparándolo para la inminente primavera. Podamos los rosales, recogimos la hojarasca acumulada desde el otoño; cortamos el césped de la parte de atrás por primera vez en aquel año. Llevábamos una hora trabajando, repartiéndonos las tareas. Hacía frío aquel domingo por la mañana y se veía nuestro aliento. Fue cinco días antes de que Rosa muriese. Le hice una fotografía por sorpresa, mientras ella podaba un arbusto desnudo.

—Un rosal irlandés —dije.

Ella guardó silencio.

—Te has sonrojado.

—Es que hace frío —me dijo, reanudando el trabajo con metódico brío.

Seguí cortando el césped. Rosa llevaba un par de días bastante callada (callada para lo que era habitual en ella). No sonreía tan a menudo como de costumbre y, cuando lograba hacerla reír, su risa siempre parecía forzada. Que no le ocurría nada, que sólo estaba cansada, me decía cuando le preguntaba. De modo que lo dejé correr. Trabajar en el jardín, juntos... Fue idea mía para sacarla de su ensimismamiento, y para acercarnos más. Pero aquella mañana, nuestro silencio no era de los que acercan y acompañan. Trabajábamos cada uno por su lado, taciturnos. La fotografía (la última que le hice) propició nuestro primer comentario significativo. El segundo se produjo al ver a Rosa entrar corriendo en casa. La seguí. Estaba de pie frente al fregadero de

la cocina, con la mano bajo el chorro del grifo. El agua, que rezumaba sonrosada de sus dedos, salpicaba los platos del desayuno, aún por lavar.

—Es sólo un corte.

—Déjame ver.

—*Que no es nada.*

La sujeté por la muñeca y la atraje hacia mí. La sangre, que goteaba sobre las baldosas, dejó una constelación de estrellas rojas entre nuestros pies. Se había hecho un pequeño corte en la yema del dedo medio. La herida le sangraba bastante, pero era más aparatosa que grave.

—Me parece que me he podado el dedo.

—Ya te dije que te pusieras guantes.

Rosa retiró la mano y volvió a poner el dedo bajo el chorro del agua. Fui a buscar desinfectante, algodón y esparadrapo. Entre los dos limpiamos el corte y lo vendamos. Entonces reparé en lo del anillo, en el *claddagh*, que estaba invertido. Y ella notó que me había fijado. Y también vio, al mirarnos, que yo sospechaba cuál era la razón. Seguimos de pie en la cocina durante unos momentos, en silencio. Luego volví al jardín.

La razón principal radicaba en nosotros, en Rosa y en mí, en nuestra predisposición a comportarnos y a reaccionar del modo en que lo hacíamos. Empecé a perderla antes de que muriese. Empecé a perderla antes de la «traición». La verdad es que nunca confié en ella. Y, cuando media desconfianza, empieza uno a buscar los síntomas que la justifican. Y ése es, en realidad, el principio del fin.

Eran las once y media. Llegaría tarde. Aunque la verdad es que, hasta que no pagué la entrada, no caí en que no estaba seguro de si habíamos quedado dentro o fuera de la casa-museo. Me parecía que debía de ser dentro, aunque no recordaba que Kola me lo hubiese concretado. «Se encontrará contigo allí». Pero si tenía que aguardarlo fuera, lo lógico era que Nikolaas se me acercase mientras estaba en la cola, ¿no? Y, si teníamos que encontrarnos dentro, también él habría tenido que hacer cola durante más de una hora, exponiéndose a que lo reconocieran. Quizás hubiese llegado mucho antes que yo y me aguardase dentro (mi papel consistiría en mezclarme con la gente que visitaba la exposición, hasta que él apareciese a mi lado como por ensalmo). Al pensarlo, recordé mi clandestino contacto con Kirsty en el mercado de las flores, y me entraron ganas de echar a correr. Pero pagué la entrada, distraído, hecho un manojo de nervios, y entré.

Me quité la gorra y las gafas de sol, como si de una extraña muestra de respeto se tratase. La pareja inglesa subía por delante de mí por una empinada escalera. Los zapatos de suela gruesa de la joven resonaban en las tablas del entarimado. Con una mano se sujetaba el bajo de la parte de atrás de su falda de algodón, muy corta. En el

rellano, un hacinado grupo iba entrando en la primera habitación para ver un vídeo. Me quedé a un lado durante tres proyecciones, buscando a Nikolaas disimuladamente. Eran las once y media cuando entré, pasando más allá de una imponente librería adosada a la pared, que sirvió para ocultar la puerta del escondrijo del anexo trasero.

Se me ocurrió una variante de una anécdota de Houdini: «Un edificio vacío. Ocho judíos entran en el edificio. El edificio sigue vacío. ¿Dónde están los judíos?».

El recorrido nos llevó hasta otra estancia, una de cuyas paredes estaba marcada con trazos hechos a lápiz, para señalar las alturas de Ana Frank y de su hermana durante el tiempo en que permanecieron ocultas. Una mujer de mediana edad miraba las marcas. Se llevó una mano a la boca. Un hombre le pasó el brazo por los hombros y la atrajo hacia sí. Los que iban detrás aguardaron respetuosamente a que la pareja siguiese adelante. Ninguno de ellos era Nikolaas. Un grupo rodeaba una vitrina. Dentro había una casa de muñecas que recreaba cómo era el interior de la casa cincuenta años atrás, con todos los muebles. En la estancia, los visitantes miraban por la ventana, que en otros tiempos estuvo cegada pero que ahora dejaba entrar la luz. Ni rastro de Nikolaas. Seguí por allí curioseando, examinando un cuarteado mapa de Normandía, dejando que la gente me rebasara. Todo atisbo de pelo rubio, de barba, de piel bronceada; toda silueta entrevista en el incesante desfile me hacía concebir la fugaz esperanza de que fuese Nikolaas. Pero nada. Seguí adelante. En un bolsillo llevaba una fotografía en la que se veían las facciones de Nikolaas congeladas junto a Rosa, brindando con cerveza (facciones que había estudiado tan a menudo que ya no necesitaba mirar la fotografía para recordarlas). Seguí expectante, confiando en ver un rostro, el atisbo de un rostro.

Pero en el dormitorio de Ana fue una voz y un roce físico lo que me sobresaltó. Mientras inspeccionaba un tablón, con fotografías de estrellas de cine de antes de la guerra, una persona que se había situado a mi lado dijo dos palabras: «Shirley Temple». Aunque estaba tan cerca que nuestros hombros se tocaban, no había reparado en él. Desvié la mirada de la precoz estrella y miré al hombre que había pronunciado su nombre. Pero mi esperanza se transformó de inmediato en decepción. Era un tipo de pelo gris, que ya clareaba, de cara ajada. Ni siquiera se había dirigido a mí sino a la mujer que estaba a su izquierda. Apeataba a tabaco. Al notar mi reacción de desagrado, el hombre que no era Nikolaas se apartó medio paso y me miró con cierto enojo, antes de alejarse con su compañera. Me quedé a solas con Shirley Temple, fosilizada en su infancia, enmarcando su angelical rostro con las manos, como una florecilla que irradiaba felicidad. No sé qué edad tendría cuando le hicieron aquella foto (¿siete u ocho años?), pero ya había aprendido a posar.

Ni rastro de Nikolaas, no en la habitación de Ana ni en ninguna otra estancia. Tampoco estaba entre los visitantes que, en formación de a tres, miraban una serie de

tablones en la sala de exposición. Ya eran las doce, una hora más tarde de lo que habíamos quedado. Yo merodeaba de un lado para otro, entre el alud de visitantes. Pero a diferencia de ellos, desinteresado por la exposición. No pensaba en Ana Frank ni en el Holocausto, ni siquiera en Rosa sino en Nikolaas. Me hallaba inmerso en un monólogo frente a su invisible imagen; un monólogo que se reducía a repetir dos preguntas: «¿Dónde estás? ¿Por qué no has venido?». De modo que verla me pilló de improviso. Llevaba un melena castaña, gafas, un vestido amarillo (estaba por delante de mí, mirando uno de los paneles informativos al fondo de la estancia). Al ladear la cabeza me vio. Aunque..., no. Ya me estaba mirando cuando fui yo quien ladeó la cabeza. Se sonrojó ligeramente y luego desvió la mirada. Lena. Debía de llevar peluca, pero me bastó ver su boca, sus ojos y sus mejillas para reconocerla. Se dirigió hacia la salida. La seguí pero, con tanta gente, no podía ir muy deprisa. Quedó reducida a un *flash* de tela de color amarillo vivo entre figuras que salían de la estancia. Me abrí paso hacia la puerta, consciente del callado enojo que dejaba a mi paso. Bajé varios escalones de dos en dos y entré en la tienda de la casa-museo. Estaba llena de gente que trataba de situarse convenientemente para ver los *souvenirs*. Ni sombra de Lena. Mujeres; mujeres de pelo oscuro; mujeres con gafas; mujeres de amarillo. Pero la mujer de pelo castaño, gafas y vestido amarillo se había esfumado. Salí de la tienda. En Prinsengracht, la cola para entrar en la casa-museo de Ana Frank llegaba ahora hasta la Westerkerk. Media docena de personas tomaba café en una terraza; otras, que habían salido después que yo, se dispersaban en distintas direcciones. Ni rastro de amarillo, salvo el jersey de cuadros amarillos y blancos que un hombre llevaba por los hombros. La había perdido. La había perdido y no acertaba a comprender cómo podía haberse alejado tanto o tan rápidamente. Pero si aún seguía en el museo (si la había perdido o ella me había despistado) no podría volver a entrar sin hacer cola otra vez.

No fue necesario. Al volverme a mirar hacia la puerta de salida, vi asomar a una mujer vestida de amarillo que bajó las escaleras que conducían hasta la calle. Era ella: la mujer que entreví en la atestada sala de exposición; el mismo pelo castaño, las mismas gafas, el mismo vestido. Cuando llegó al nivel de la calle, se topó conmigo. Le cerré el paso. Por segunda vez nos miramos, pero ahora su cara estaba tan cerca de la mía que pudimos habernos besado. Tan cerca que podía inhalar su perfume y detectar el tenue maquillaje de su rostro. Tras los cristales de sus gafas, sus pupilas se dilataron y emitieron destellos de sorpresa. Pero no dio ninguna señal de conocerme, salvo en el sentido de recordar que yo era el mismo que la había sorprendido mirándome hacía unos momentos. También vi que, quienquiera que fuese, aquella mujer no era Lena.

Lo que deberías hacer... Lo que deberías hacer es decir: «Ya no te quiero». Dilo: «Ya no te quiero». Listo. Se acabó. Así, el polvo resulta, porque ya no es la misma clase de polvo. No es una mentira. Evita que todo lo que has hecho y dicho hasta entonces parezca mentira.

Pero ¿cómo le vas a decir a alguien que el polvo no es más que eso? ¡Joder!, ¿acaso no es suficiente avergonzarte de ti misma?

Aunque, no sé... No sé. Quizá follar sea la manera que tenéis los dos de averiguarlo. Se habla con el polvo. El polvo es lo que hace que las palabras sean verdaderas aunque aún no las hayas dicho. O incluso aunque aún no las hayas pensado.

Excusas. Pura filfa. Mierda pura.

Un polvo.

De modo que me quito el anillo. He de hacerlo con jabón, porque me viene muy justo. Pero consigo quitármelo y vuelvo a ponérmelo con la punta del corazón en dirección contraria. Y me echo a llorar. Lloro a moco tendido.

Luego llamo al refugio. Y les digo que voy a ir a Amsterdam para sacar a la chica de allí.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo, Rosa?

—Claro que estoy segura.

—Una semana. Necesitamos una semana para prepararlo.

—De acuerdo.

Puedo esperar una semana. Una semana no es mucho. Dentro de una semana me marcharé.

La princesa perdida

Imaginen una tumba estilo Cleopatra. La Encantadora Kim entra por el lado derecho del escenario, disfrazada de princesa egipcia. La vendo de pies a cabeza, de tal manera que queda erguida en el interior de un sarcófago abierto colocado en posición vertical. Le echo mucha verborrea. Al poco, la diáfana imagen de la princesa, translúcida y sin vendas, aparece ante el sarcófago, como un espectro que surgiese de su propio cuerpo momificado. La hermosa aparición se desliza hacia el público y su imagen se va desvaneciendo, hasta que se esfuma por completo ante los ojos de los espectadores, como un espejismo. Me acerco a inspeccionar la momia. Pero en cuanto la toco, los vendajes caen formando un montoncito a mis pies. El sarcófago está vacío. La clac arranca una ovación.

Ése es el número de *La princesa perdida*: no me pregunten cómo se hace porque no se lo voy a decir. Lo único que puedo asegurar es que la Encantadora Kim no muere ni va al cielo. Además, lleva una peluca negra, porque, ¿quién ha visto nunca una princesa egipcia rubia? (Aunque la peluca nada tiene que ver con el método que sigo para ejecutar el número).

—La magia es una forma de seducción —digo—. Te desorienta por completo. El público se encandila conmigo. Cuando me ven como Peter Prestige, le doy por el culo —añado. Y nos echamos a reír los dos—. ¿Sabes cómo le llaman las prostitutas de mi país a follar con los clientes?

Denis Huting movió la cabeza.

—Trampear.

No era Lena. No era nadie. La dejé allí, con su azoramiento. Fui a pie desde Prinsengracht hasta el centro de la ciudad. Al llegar a Rembrandtplein tomé por la Utrechtsestraat hasta la intersección con la Kerkstraat, donde estaba el edificio de apartamentos de la puerta negra, las jardineras y la plaquita que rezaba LENA GIES. Con Lena. Charlaría con ella, beberíamos cerveza y comeríamos sándwiches, mientras ella me explicaba la razón de que Nikolaas no hubiese aparecido. «¿Que Nikolaas no ha aparecido?». Quizá se sorprendiera de que Nikolaas no se hubiese presentado. O quizá no. Acaso ya lo supiera y me dijese: «Bueno..., verás lo que ha ocurrido».

—¿Os estáis quedando conmigo o qué?

—No. Nosotros no hacemos esas cosas, señor Red.

Pero no. La conversación no se encarrilaría por esos derroteros. Beberíamos

cerveza y comeríamos los sándwiches que ella prepararía. Nos reiríamos del hecho de que Nikolaas no hubiese aparecido y de la mujer que tomé por Lena. «Aparecemos y desaparecemos como por ensalmo». Concertaría otra cita para mí y Nikolaas. De modo que no tenía por qué decirle que «si se estaban quedando conmigo».

Lena Gies, rezaba.

Pulsé el botón, aguardando a oír su voz a través de los orificios del interfono. Yo estaba sin aliento, a causa de mi larga y rápida caminata desde la casa-museo de Ana Frank, sin haber probado bocado, sin cerveza y sin fumar, porque lo único que quería era hablar con Lena. Encendí un B&H. Sudaba. Mis manos manchaban el filtro. Volví a pulsar el botón. Una y otra vez. ¡Joder, Lena! Te estás quedando conmigo. Insistí. Luego llamé a los otros apartamentos, uno tras otro. En esta ocasión no contestó la vecina del bebé que lloraba sino un hombre.

—Perdone, quiero ver a Lena Gies. Vive en el segundo piso.

—Ya no está.

—¿Qué quiere decir con que ya no está?

—Pues que se ha ido. Hace dos días que se marchó. El apartamento lo ocupa ahora otra persona.

—¿Sabe adónde ha ido?, ¿su nueva dirección?

—No. Lo siento, pero no lo sé.

El vecino colgó. Miré hacia las ventanas de Lena. Estaban cerradas y las cortinas semicorridas. Eran de un color distinto. Traté de imaginar sus fotografías de Amsterdam en las paredes de otro apartamento. Se había marchado. Pero las flores de color escarlata seguían en las jardineras, y su nombre en la plaquita del panel de los timbres. Una adolescente en bicicleta tocó el timbre y tuve que apartarme de su camino. Vi pasar un tranvía por la calle perpendicular.

En el café de la esquina, pedí un Grolsch. El camarero no era el mismo de la otra vez (camisa blanca y pantalones negros) sino un hombre mayor, con una chaqueta de punto. La cerveza estaba tan fría que me costaba trabajo bebería. Pero me la bebí y comí olivas de un platito de cristal. Encendí un cigarrillo. Procuré comportarme con normalidad, tratando de calmarme, de serenarme. Adopté una actitud paciente. ¿Conocía a la joven que vivía en el apartamento del segundo piso? Señalé en dirección a la ventana. El camarero negó con la cabeza.

—Lena Gies —dije—. Rubia. Joven. Muy bonita.

—No.

El camarero estaba haciendo un café para un hombre que llevaba un traje muy elegante. Aguardó a que cesase el ruido de la cafetera antes de confirmar su contestación.

—No, no la conozco.

—Ha debido de venir aquí algunas veces, a tomar algo.

—¿Joven? ¿Muy bonita?

—Sí.

—Me parece haberla visto en sueños —me dijo guiñándome el ojo.

Se rió la gracia mientras ponía la taza y una galleta en un platito. Pero no me miró a mí sino al hombre del traje. Intercambiaron unas palabras en holandés. El del traje me miró y luego desvió la mirada.

—¿No venía por aquí? —insistí—. Se llama Lena Gies —añadí cruzando las manos sobre mi pecho—. A veces lleva un jersey a rayas, azul y blanco, como una camiseta de rugby.

El camarero se alejó para servir a otro cliente. Lo seguí con la mirada, me terminé la cerveza, dejé una generosa propina en la barra y me marché. Hablé con la dependienta de la tienda de debajo del edificio y con los vecinos. Y con la encargada de la lavandería automática, en la que entró Lena el día que la seguí.

—Venía a esta lavandería. Se llama Lena. Es rubia.

—*Ik begrijp het niet.*

—Lena Gies —insistí señalando hacia la Kerkstraat—. Vivía en los apartamentos.

—*Ik begrijp het niet.*

—¿Que no la conoce?

—No, lo que le dice es que no lo entiende —terció un joven melencólico.

Fui de nuevo al centro de la ciudad, en tranvía. En el Kabin Klub, la fotografía de la chica número 6 mostraba a una mujer gorda. Le sobraba carne por todas partes. Tenía el seno tan venoso que parecía queso roquefort. *Jucey Mama*. Ninguna de las fotos era de Kola. Le pregunté al tipo que daba cambio en la ventanilla, pero me dijo que no conocía a ninguna Kola. «Sólo llevo aquí una semana».

—Pero ¡si la vi ayer en las cabinas!

Se encogió de hombros.

Como insistí en preguntarle, empecé a maldecir a grito pelado y a golpear el cristal de la ventanilla, haciendo rodar por el suelo varios montones de monedas, aparecieron dos matones que me sacaron de allí a viva fuerza y me dejaron tirado en el callejón.

¿Sabías la verdad acerca de nosotros, Lena? ¿Acerca de mí y de Rosa? ¿Es ésa la razón?

No hace mucho, cuando empezó todo esto, cuando empecé a expresar mis recuerdos, dije que había tres cosas, tres hechos que habían reducido mi vida a lo que ahora era. Una era la muerte de Rosa. Otra era la llegada de un paquete que contenía el bolso de Rosa (un misterio seguido de una clave para resolverlo). No quise hablar de la tercera cosa, del tercer hecho. Con franqueza, ni siquiera quería pensar en ello. Y sigo sin desearlo. Pero no tengo más remedio. Porque, de no haber ocurrido, acaso

tampoco hubiesen ocurridos los otros dos.

Estábamos en el cuarto que utilizábamos para nuestros ensayos, en el piso de arriba del Port Mahon, perfeccionando el número de *La princesa perdida*. Yo llevaba camiseta y pantalones vaqueros, como de costumbre, y Kim un vestido blanco holgado, sin mangas, que más parecía una túnica romana que egipcia. Nuestro dilema era el «bloqueo», la secuencia de movimiento necesaria para que la imagen espectral de Kim pareciera surgir de la momia. Ella dio unos pasos lentos, conmigo como espectador. Le señalé las imperfecciones de alineamiento y luego redispuse los pedacitos de cinta adhesiva que marcaban el recorrido que Kim debía hacer sobre las tablas desnudas del escenario.

—¿Te apetece descansar un rato?

—¿No era yo la impaciente?

—¿Te parezco impaciente?

Kim se me acercó.

—Impaciente, aburrido, irritable, harto...

—... hambriento y desesperado por fumar —dije como para completar su frase.

—¿Hambriento? Pero si aún no son las once.

Descorrí las cortinas.

—Es que mi desayuno ha sufrido un percance.

Kim se hizo con mi paquete de cigarrillos, que estaba en el alféizar, y sacó uno. Le di fuego y se inclinó hacia la llama. Luego se irguió. Encendí mi cigarrillo y volví a dejar el encendedor y el paquete en el alféizar. El cristal de la ventana vibró al paso de un camión. Llovía. Por la calle desfilaba una procesión de paraguas y de coches que dejaban estelas en el asfalto.

—¿Rosa? —me preguntó Kim exhalando el humo hacia el cristal de la ventana.

—Me ha estampado el bol contra el fregadero desde tres metros —le dije—. Pero los cereales no han llegado tan lejos.

—¿Y a qué se ha debido la discusión?

—¿Discusión? Ojalá hubiese sido una discusión, o incluso una pelea. Es relajante.

Kim se echó a reír, llevándose a la boca la mano que no tenía ocupada con el cigarrillo. Al compartir la reacción de Kim a mis palabras, sentí un acceso de culpabilidad, de complicidad en el regocijo a costa de Rosa. De intimidad, en su ausencia, con otra mujer. También me sentí avergonzado por mi azoramiento ante los excesos temperamentales de Rosa, pese a que sus accesos de ira —pronto olvidados— me preocupaban menos de lo que me habrían preocupado horas o días de malas caras y tensos silencios.

—Me cae bien —dijo Kim.

—No seas hipócrita.

—De verdad —insistió Kim, que aspiró el humo y lo dejó escapar lentamente—.

Creo que es una mujer que te conviene.

—Ya.

—Pero bueno, ¿por qué os habéis peleado?

Dejamos de mirar por la ventana y dirigimos la mirada hacia el centro del cuarto, absorbiendo el calor del radiador contiguo a la ventana. Se oía trajinar a alguien abajo en el pub, preparándose para abrir. Hice caer la ceniza de mi cigarrillo en la palma de la mano.

—Me parece que me la está pegando —dije—. Puede que con su jefe.

—¿Y se lo has dicho?

—No. Hemos empezado a discutir sobre a quién le tocaba lavar los platos.

—Ya. Y eso ha sido todo. Ningún... subtexto.

—Ya no se me permite utilizar tecnicismos.

Kim me miró.

—Te has colado por ella a base de bien, ¿eh?

Le conté lo del misterio de Interflora el día del cumpleaños de Rosa; los viajes a Londres —siempre sola—, para ver a unos amigos que no conocía. A juzgar por su expresión, Kim no parecía impresionada por las pruebas que yo aducía para basar mis sospechas.

—La otra noche la llamaron por teléfono. Y ella le dijo a quien fuese que ya «los llamaría» luego. Al preguntarle quién era... me contestó que no era nadie que yo conociese —expliqué aspirando el humo—. Y pareció incómoda. Violenta.

Kim aspiró el humo de su cigarrillo. Dejó caer el exceso de ceniza en la palma de mi mano y, sin más que su callada atención, me sonsacó una serie de palabras que encapsulaban mis dudas, mi temor, los celos que me reconcomían. Cuando nos disponíamos a reanudar el ensayo, ya se lo había contado todo. Fui al aseo y me lavé la cara. Al volver al cuarto Kim había corrido las cortinas y estaba en posición, iluminada por el foco. Dio unos pasos. Estaba preciosa. Me acerqué a ella y me arrodillé junto a la línea de cruces negras.

—Son sólo éstas —le dije—. Te desviabas hacia la izquierda.

Ella se arrodilló también y empezamos a realinear las marcas. Mientras Kim ajustaba los trocitos de celofán, alcé la vista y le vi de perfil un pecho desnudo que asomaba bajo la túnica. Al notar ella que la miraba se detuvo.

Me gustaría poder decir que estaba borracho. Pero no lo estaba.

Me gustaría decir que Kim alargó la mano y me tocó en la mejilla. Pero no lo hizo.

Me gustaría decir que ella me lo puso muy fácil, que no tuve más que introducir la mano en su escote. Pero no fue así. Kim se irguió enseguida y empezó a ponerse en pie.

Me gustaría decir que lo dejé correr. Pero no lo hice.

Lo que hice fue sujetarle el brazo, besarla y seguir besándola, pese a que ella apartó la cara. Lo que hice fue bajarle la túnica con una mano, a pesar de su resistencia. Luego, tan súbitamente como había empezado, me detuve. La solté. Nos arrodillamos en forzada proximidad en el suelo, jadeantes, despeinados. Kim estaba acalorada. Se retiró el pelo que se le había venido sobre los ojos y la trenza de la negra peluca. Noté sabor a sangre por dentro de mi labio superior. Se hizo un silencio, roto por su propia resonancia, por ahogados ruidos procedentes del bar, por nuestra respiración y por el insistente repiqueteo de la lluvia, que veía caer a través de la ventana. El cuarto se había oscurecido por el aguacero.

—¿Es así como le gusta a ella? —me dijo al fin Kim.

Meneé la cabeza.

Kim me miró con fijeza, como si viese mi cara por primera vez y encontrase en ella incontables puntos de fascinación. Como si creyera que el secreto de lo que pudiera ocurrir no estaba en lo que yo pudiera hacer o decir a continuación, ni tampoco en mis ojos, sino en los poros de mi piel. Fui a hablar pero me abstuve. No había nada que decir. Ella sabía tan bien como yo que la deseaba, pero que no quería ser infiel y que ambos deseos eran absolutamente incompatibles. Tenía que elegir. O me la tiraba o lo dejaba correr. Me levanté. Me desnudé. Y cuando me hube desnudado la desnudé a ella. Fue a quitarse la peluca pero le sujeté la mano.

—No —dijo ella, soltándose la mano y quitándose la peluca. Su rubia melena reposó en sus hombros—. Soy yo, no ella.

Y allí, ocultos tras una mampara, en el suelo del cuarto de los ensayos, me la follé.

El espejo

La última mañana que pasé en casa de Denis, recibí la inesperada visita de un agente de policía (no de Oosterling, sino de un agente de uniforme) que me entregó un paquete. Mi cartera. La había encontrado un barrendero cerca del mercado de las flores. Faltaba el dinero, pero el resto de lo que contenía —incluyendo la tarjeta del hotel— estaba allí, aunque algo húmedo. De modo que no me habían robado la cartera. No pude evitar sonreír. Vagar por las calles bajo la lluvia de madrugada, por temor a regresar a mi hotel; la incómoda noche que pasé en el *office*, todos aquellos días oculto en el apartamento de Denis... y jamás hubo riesgo alguno de que quienes me asaltaron en el callejón me localizasen. Primero risueño y luego asustado, al pensar que la policía podía haber descubierto mi verdadera identidad. Pero entre los papeles de mi cartera no había más nombre que el que figuraba en la tarjeta profesional de mi hermano. Taaffe Clarke. Ése seguía siendo mi nombre a todos los efectos. Firmé el recibo y el agente se marchó.

Miré sonriente a Denis.

—Podía haberte ahorrado que me acogieses en tu casa —le dije.

—Si no llegas a venir —me replicó señalando hacia la puerta que acababa de cerrarse—, no habría tenido oportunidad de coquetear con ese apuesto agente.

Volvió a la cocina, donde Cees preparaba almuerzo para tres, porque el agente, visiblemente incómodo, declinó el ofrecimiento de Denis de que se quedase a almorzar con nosotros. Nubes de vapor se elevaban de uno de los fogones. Cees removía el contenido de una sartén, con su *walkman* conectado, aparentemente desentendido de los utensilios e ingredientes que ocupaban la repisa como cuadros abstractos. Me recordó a Rosa, que no limpiaba nunca la repisa ni lavaba los utensilios cuando hacía empanadas.

—¿Estás bien? —me preguntó Denis posando una mano en mi hombro.

—Sí, bien. Sólo que..., ya sabes.

Denis sacó tres cervezas del frigorífico, las abrió, dejó una al alcance de Cees y las otras dos encima de la mesa. Se sentó frente a mí. Me pareció más orondo que nunca, como una versión masculina de la nueva chica número 6, *Jucey Mama*. Pensé en Kola, en su estilizada figura, en la fina cadenita de su tobillo. ¿Dónde estaría ahora? ¿Dónde estaba Lena? ¿Y Nikolaas? ¿Y Charity Jackson? Bebí un trago de la botella, fui a encender un cigarrillo, pero enseguida recordé las normas de la casa y volví a guardarlo en el paquete. Charity Jackson. El rostro joven y arrogante del pasaporte falsificado que encontré entre las pertenencias de Rosa. Charity aún trabajaba en Pijlsteeg. O algo peor. Un aroma a tomate, acompañado por el tenue ritmo que me llegaba a través del *walkman* de Cees. Denis alzó su botella, bebió y la volvió a dejar en la mesa. Le brillaban los labios. Rosa. —«¡Mira, sin manos!»—

utilizando su lubricada boca para poner un condón en la polla del cliente.

—¿Qué vas a hacer ahora, Red?

Me encogí de hombros.

—¿Crees que volverán a ponerse en contacto contigo?

—No lo sé.

Denis me miraba las manos, con las que golpeaba rítmicamente la mesa con el culo de la botella. No me di cuenta de que lo hacía hasta que Denis me miró. Dejé de golpear la mesa pero volví a hacerlo y tuve que parar por segunda vez.

—¿Y qué hay del hotel? —me preguntó Denis—. ¿Piensas volver allí, ahora que no hay peligro? —añadió riendo—. Debes de estar harto de pasar tantas noches durmiendo en el sofá y oír a dos hombres follando.

—¿Qué música es ésa? —pregunté desentendiéndome del comentario de Denis. Cees estaba de espaldas a mí y movía la cabeza al compás del ritmo que fuese—. ¿Eh, Cees?

—No te oye.

—Me parece reconocer la música —dije mirando a Denis de nuevo.

Denis bebió otro trago y me miró muy serio.

—El pollo de plástico que me regalaste —le dije— aún está en la mesita de noche de mi habitación del Terdam, a no ser que se lo hayan quedado las de la limpieza.

Denis guardó silencio. Yo me levanté y me acerqué al balcón. Me apetecía salir, fumar y mirar a las calles, al río. Pero no conseguía abrir. Me conformé con mirar a través de los cristales. El cielo estaba totalmente cubierto de nubes casi blancas. En un apartamento de enfrente una joven planchaba.

—Bueno, quizás haya llegado el momento de que digas: está bien, me rindo. Vuelvo a casa.

En una película pornográfica no estaría planchando sino en un sofá, desnuda, aburrída, acariciándose. Alguien entra en la habitación. Es el vecino de al lado, un obrero, ella no había cerrado la puerta con llave; o es su esposo, que llega a casa antes de lo acostumbrado, con uno de sus amigos..., sonrío, un breve diálogo. Luego las mamadas y los polvos. A ella le va. Las mujeres que trabajan en las películas pornográficas están siempre dispuestas a todo, a cualquier cosa, con cualquiera, en cualquier momento.

—¿Red?

—¿Qué?

Me giré, volví a la mesa y me senté. Cees disponía los salvamanteles, los platos, los cubiertos y las salsas. Yo notaba que Denis no dejaba de observarme. Cees se alejó y oí el chorro del agua.

—¿Le has sido alguna vez infiel a Cees, Denis? —le pregunté.

—No —me contestó sin ni siquiera mirar hacia Cees.

Una sola palabra: no. Así de sencillo. Fruncí el ceño. Agité un poco la botella y miré cómo se acumulaba espuma en el cuello. Fui a decir algo pero tuve que aclararme la garganta.

—Yo sí le fui infiel a Rosa. Con Kim.

Denis se abstuvo de hacer ningún comentario.

—Una semana antes de que muriese —dije mirándolo, sosteniéndole la mirada—. No se lo he dicho nunca a nadie.

Después del almuerzo le dije a Denis que volvía a Inglaterra. Iría en tranvía hasta la estación central; desde allí al aeropuerto de Schiphol y embarcaría en el primer vuelo que saliese con destino a Londres. Se acabó lo de Taaffe Clarke. «Tienes razón, Denis, ya he hecho todo lo que podía hacer». Habían transcurrido cuarenta y ocho horas desde que Nikolaas faltó a la cita, y ni una palabra. Algo se había torcido, el plan había fallado y no podían —o no querían— decirme por qué. ¿Qué podía hacer? Nada. Sin ellos, mi intervención era inútil. Me retrotraje mentalmente al itinerario a seguir: hacer el equipaje, dejar el apartamento, ir a la estación, desde allí al aeropuerto y desde el aeropuerto a casa. Al anochecer podía estar en Oxford.

—De acuerdo —dijo Denis.

—Sí —dije acompañando mi afirmación con tan enérgicos movimientos de cabeza que tuve la sensación de desencajarme el cerebro—. Sí —repetí.

—Vuelve a casa, Red, sin más... rodeos.

—Te telefonaré en cuanto llegue.

Al salir, nos estrechamos la mano y nos abrazamos junto a la puerta. Cees me abrazó también y luego volví a estrecharle la mano a Denis, que me miró con fijeza, como siempre.

—Ten en cuenta que no puedes estar seguro de que ella siga aquí —me dijo Denis.

—¿Quién?

—Aunque la encuentres, no podrías ayudarla solo.

Me solté de su mano y me agaché para asir las asas de la bolsa. Le di las gracias por todo.

—Sabes quién eres.

—¿Quiénes?

—¿O crees poder darles su merecido? ¿Se trata de eso? ¿De darle su merecido a alguno de ellos?

—Vamos, Denis... Hablo en serio: vuelvo a casa —le aseguré riendo.

—¿No será que quieres castigarte?

Lo dijo en un tono que me dio la sensación de que, de pronto, le pareció obvio algo que se le había escapado.

—No querrás que hagan contigo lo mismo que le hicieron a Rosa, ¿eh? —añadió.

—Que vuelvo a casa, Denis. No te preocupes.

Me acompañó hasta la calle y aguardó hasta verme marchar. Volví la cabeza un par de veces para saludarlo con la mano, y él correspondió al saludo. Crispaba la mano en las asas de la bolsa. Seguí alejándome de la casa de Denis, hacia la parada del tranvía, que llegó enseguida. Subí y miré por las ventanillas. En Leidseplein el tranvía se detuvo frente al café donde Denis se comió sus *poffertjes* en mi primera mañana en Amsterdam. El tranvía arrancó de nuevo, hacia Spui, en el centro de la ciudad. Dentro de poco se detendría en la estación central. Pero yo ya me habría apeado. Estaría en otro sitio. Estaría cruzando la plaza Dam, con su monumento, su tráfico, sus chorizos, sus camellos, sus busconas, sus turistas y el bar con el anuncio de Heineken. Iría hacia Pijlsteeg.

Esto es lo que pienso: el mentiroso y el mago se proponen engañar, pero sólo el mentiroso necesita que le crean. El mago se limita a ocultar el método de su engaño. Al mentiroso no le basta con eso: tienen que ocultar el hecho. Otra diferencia esencial: una vez que el método —el truco, si prefieren llamarlo así— se revela, la magia deja de ser magia, mientras que una mentira sigue siendo una mentira aunque desenmascaren al mentiroso.

Le mentí a Denis.

Y le mentí a Rosa.

Durante los días transcurridos entre el ensayo del número de *La princesa perdida* y la mañana en el jardín, cuando Rosa se hizo el corte en el dedo, mentí por omisión al no decirle que había follado con Kim. Mentí: el recurso habitual de un hombre que, enfrentado a elegir entre la fidelidad y la infidelidad, decide engañar y trata de que no lo descubran.

Pero yo mentí y me descubrieron.

He de revelar el truco. He de decirles cómo se hace.

En primer lugar Kim no está bajo las vendas. La momificada forma que se ve en el sarcófago, colocado en posición vertical, es, en realidad un *jimmy*, una estructura de alambre abatible. Kim se ha escabullido por el falso fondo del sarcófago y a través de la pantalla que se sitúa justo detrás. Invisible para el público tras esta pantalla, cruza lentamente la parte de atrás del escenario, con su recorrido precisamente señalado por trocitos de cinta adhesiva. Entre bastidores, un foco la ilumina y un espejo se sitúa angulado para reflejar su imagen en la parte delantera del escenario. Allí, en el proscenio, pende una lámina de cristal. Pero la iluminación está dispuesta de manera que la lámina no se vea. El espejo proyecta la imagen de Kim en el cristal

de tal modo que, para el público, aparece translúcida, surgiendo de su propia forma momificada y acercándose a los espectadores como un fantasma. La iluminación se reduce gradualmente hasta cesar, lo que provoca la sensación de que Kim se va desvaneciendo a cada paso que da, antes de esfumarse por completo. Las vendas caen, dejando un espacio vacío. La Encantadora Kim se ha esfumado como por ensalmo.

Éste es el número de *La princesa perdida*, ejecutado con técnicas tradicionales del repertorio del ilusionismo (utilización de espejos, del principio de la falsa imagen, así como de cálculos geométricos y la confianza en un público que cree en lo que ven sus ojos).

Mientras follábamos, Kim creyó oír que se abría la puerta del cuarto de los ensayos. Nos detuvimos a escuchar, pero sólo oíamos el sonido de la lluvia. Y seguimos follando. Luego, volvimos a oír la puerta y... un portazo. «Es el hombre invisible», me susurró Kim. El sistema de ventilación del Port Mahon funcionaba de tal manera que, a veces, abrir una puerta en cualquier parte del pub provocaba que la nuestra se abriese y se cerrase sin que nadie la tocara. Pero, pese a la frecuencia con que sucedía, yo seguía sobresaltándome.

Cuando Rosa no se presentó a almorzar aquel día, tal como habíamos quedado, no caí en cuál era la verdadera razón (la pasmosa posibilidad de lo que había ocurrido). Supuse que seguía enfadada por nuestra pelea durante el desayuno. Incluso su anómalo silencio, su actitud distante, en días sucesivos no me hicieron comprender el motivo. Que estaba cansada, pensé. Hasta que reparé en que había vuelto del revés su *claddagh*, no caí en lo de la mujer invisible: Rosa había llegado al pub —con antelación, empapada de agua después de un largo trayecto en bicicleta bajo la lluvia— y el dueño, Don, debió de indicarle, como de costumbre, que estábamos arriba. Rosa abrió la puerta del cuarto y nos sorprendió a Kim y a mí en translúcido polvo.

Si miraba uno los grafitos durante un buen rato, empezaba a descifrar palabras del incoherente jeroglífico; de las «cirílicas» inscripciones hechas con spray, de los propios colores. Y las que eran de verdad palabras —nombres, lemas, mensajes— se convertían en meras formas, que se solapaban en texturas sin significado alguno. Jeroglíficos en la puerta del número 37, que antes era blanca. Y las paredes, pintarrajeadas. Manchadas, moteadas, desconchadas y cubiertas de salpullido urbano. Las aceras atestadas de bicicletas, como antes, encadenadas a postes y tuberías. La basura. Los desproporcionados ángulos de los tejados de los edificios de desigual altura, como hombres, mujeres y ancianos encorvados que formasen sendas hileras y tú fueses como un niño entre sus piernas, alzando la vista hacia una plantilla de

asimétrico cielo azul que giraba cuando girabas tú. Y las ventanas, del número 37, opacas a causa de la mugre, o con rectángulos de luz reflejada o simplemente cegadas. Aquéllas ventanas que sabían qué había en el interior pero se lo callaban. Pasaba gente, a pie y en bicicleta, pero no le prestaba atención ni reparaba en si alguien me la prestaba a mí. El interfono. El panel de los timbres, acordes con cada apartamento, de interior tan desconocido para mí como un laberinto.

Rosa. Rosa Kelly que, en realidad, se apellida Houlihan.

Sus anillos y sus uñas pintadas con laca verde rascaqueterrasca la etiqueta de la botella de cerveza belga. Sus manos. La puerta se abriría de un momento a otro y allí estaría ella, tomándome de la mano y besándome, posando sus labios húmedos en los míos. «Eh, hola». Tomándome de la mano y acercándose conmigo al bar de la esquina del callejón, donde nos sentaríamos a beber y fumar. Sus uñas verdes rascaqueterrasca la etiqueta. Y el camarero, los clientes, mirándola. Su cuello, su garganta, su sarcófago... No, sarcófago no: esófago, al echar la cabeza hacia atrás para tragar la cerveza.

Humo. Cerveza. Espuma. Aire. Todo ello tragado por la misma garganta.

Saldría, en cualquier momento, a través de aquella puerta llena de grafitos, su cabeza, intacta, sin los impactos de la grava de las vías, o iluminada por las luces, con la melena negra ondeando, sudorosa, en una pista de baile, o con el viento, montada en su bicicleta. «¡Mira, sin manos!»). Sin luces. Su risa. Su voz, hablando como una lugareña irlandesa *todopurafilfa*. Y allí estaba yo. Si eres bueno puedes convertirme en una jirafa que sale de un globo.

La ceniza. La palma de su mano. Su lengua, manchada.

Pero no. No aparecería. La puerta estaba cerrada y no se abriría; ni estaba ella allí. Ya no la ocultaba la puerta, sólo fragmentos de su pasado, como una plaquita recordatoria: AQUÍ VIVIÓ ROSA KELLY.

Rosa Kelly vivió.

Anda y que te den por el culo, cabrón de mierda.

Sus inhalaciones de humo y de olor a la comida del gato. Le encantaba el olor a la comida de *Kerrygold-Merlín*. Después de haber follado hace un rato, camináis juntos hasta la orilla del río, aspirando el aroma a ajo silvestre... Mierda. Con el cigarrillo entre los dedos el corte del dedo sus anillos sus manos en el manillar al alejarse. *Hasta luego* y levantando las cartas de los juegos de manos que le enseñaste.

Ella.

Toa llo. Ella, entera.

La mismísima.

Recosté la cabeza en el frío metal del interfono, apretando la oreja contra los orificios del altavoz, sin esperar nada ni razón ninguna. No oía nada. Sólo notaba el contacto del metal y la humedad causada por mi piel. Apoyé la palma de la mano en

la puerta de madera, mate, con la pintura cuarteada. Apretaba lo justo para mantener el contacto entre las dos superficies, la mía y la de la puerta. Si el edificio hubiese sido un ser vivo, habría podido notar los ritmos y el calor de su vitalidad.

Tus muebles soportaban bien los arañazos. Aparecería. No aparecería. No aparecería en la ventana de arriba, saludándome sonriente: *Bajo enseguida*. Cayendo a mis pies y, como por ensalmo, pasando de un lugar o estado a otro.

—Mister Fletcher Brandon.

Me aparté bruscamente de la puerta. Di media vuelta, confesándole que ése era mi verdadero nombre a quien me hubiese llamado.

—Mister Fletcher Brandon —repitió la voz.

El inspector Oosterling sonrió. Se había afeitado el bigote. La franja sonrosada de su labio superior me desconcertó más que su súbita aparición, más que sus palabras. Se había quitado la chaqueta del traje y la llevaba por los hombros como una capa. Lo acompañaban dos agentes, algo rezagados, mirándome.

—¿Quiere usted entrar? ¿O espera a que salga alguien?

Meneé la cabeza. Cerré los ojos y, al volver a abrirlos, el inspector Oosterling seguía allí.

No nos sentamos juntas, pero ocupamos asientos junto al pasillo, para poder vernos. Hago un solitario en la mesa abatible. Dos de las cartas se han pegado con el azúcar que Carole-Ann ha derramado mientras esperábamos en el café. Recojo las partículas. Como no paraba de hablarme de Red, he sacado la baraja, porque sería capaz de jugar al rami durante una semana sin dormir, si la dejases. Me ha ganado las dos partidas. Que si Red esto, que si Red lo otro. ¡Ya está bien, joder! Pero no puedo decírselo. Está tan obsesionada con él como un perrillo con un palo, y no lo suelta ni a tiros, ni aunque lo levantes por los aires, sigue sin soltarlo de entre los dientes. Ahora lee. Un libro. Y yo me he atascado, porque me falta un diez. El tipo que se sienta a mi lado lleva un ordenador portátil y un móvil que suena cada dos minutos. Noto la bolsa entre mis pies todo el rato, como si temiese que me la robasen, como si, por lo que contiene, tuvieses que encadenártela a la muñeca y, aun así, no dejarías de tocarla para asegurarte de que sigue ahí.

Didcot, no lejos de casa de su hermano. Red en la entrada y yo diciéndole «hasta luego», y ni siquiera miré en derredor al decírselo. Hasta luego. Vuelvo a barajar y voy levantando cartas y disponiéndolas encima de la mesa.

Pasan con un carrito de comida y bebida. En un asiento más atrás que el de Carole-Ann, un pasajero quiere comprar algo, pero la camarera le dice que ha de empezar a servir por la cabecera del tren y que tendrá que aguardar hasta que vuelva a pasar. «No he oído nada tan ridículo en toda mi vida», le replica él. Los observo. Al alejarse el carrito, un tipo, sentado justo enfrente del que se ha quejado, me mira descaradamente. Quizá por mi pelo, porque lo llevo casi al rape por un lado. La gente te mira como si fueses una especie de monstruo. Miro cómo me mira. Tiene una sonrisa que me inquieta y me fijo bien en su cara. ¡Joder! ¡Me cago en la leche! La bolsa. La bolsa sigue entre mis pies, la noto. Me mira fijamente. He de advertir a Carole-Ann sin que él lo note, o estamos jodidas. Carole-Ann sigue leyendo el libro y yo sigo levantando una carta tras otra y colocándolas, fingiendo no darle importancia al tipo, como si pensara que no hacía sino insinuárseme, pero he visto cómo me miraba y noto sus ojos clavados en mí. No puedo dejar que encuentre la bolsa. Joder...

Miro el reloj. Pronto llegaremos a Reading y he de hacerlo de manera que,

aunque me atrapen, no se lleven el pasaporte porque, en cuanto sepan que es Charity... De modo que me levanto, como si fuese al aseo. Voy pasillo adelante, hacia Carole-Ann y hacia él, pero no los miro, ni siquiera de reojo, aunque noto que ella me observa preguntándose adónde voy sin la bolsa. El tren traquetea y, cuando llego a su altura, he de apoyar una mano en su mesa para no perder el equilibrio, y sigo adelante por el pasillo, pero después de dejar encima de su mesa la reina de espadas. De modo que ahora ya sabe que hemos de dejar el asunto y esfumarnos. La de veces que hemos estudiado hasta el último detalle, contando con esta posibilidad, y ahora ahí está. Me tiemblan las piernas y no sé si conseguiré atraerlo hacia fuera del vagón para que ella vaya a por la bolsa. O si la pifiará. Veo su rostro de reojo al dejarle el naipe encima de la mesa y, oh, Dios mío, le digo mentalmente: salgo. Ve a por la bolsa. Ve a por ella.

Paso junto a él. No lo miro, pero por la postura que adopta adivino que se dispone a seguirme. Apoya las manos en los brazos del asiento como para levantarse en cuanto pase. Un hombre mayor va a bajar su maleta de un estante del portaequipajes contiguo a la puerta, y he de pasar rozándolo. Se abre la puerta, paso y llego a la plataforma en la que están los aseos. Podría encerrarme en cualquiera de los dos, pero ambos están ocupados y, me doy a los demonios al ver al número dos de pie, como si estuviese esperándome. Max van Dis. Estoy perdida. Perdida. El cabrón de Max van Dis. Va a decir algo pero yo sigo hacia la puerta. Veo casas a través de la ventanilla, jardines que llegan casi hasta la vía. El tren ha reducido la velocidad. Va muy despacio. Puedo saltar como si nada, y llegar a la valla, y saltar la valla fácilmente, escabullirme por los jardines y quizá no me sigan porque los habré pillado de improviso. Y, aunque me sigan, puedo despistarlos entre los jardines y las casas.

Es como si Van Dis me adivinara el pensamiento, como si supiera lo que voy a hacer, porque avanza con la intención de detenerme. Oigo la puerta tras de mí y veo asomarse al número uno y estamos él y yo. Intento hacer girar la manecilla de la puerta, pero no gira, forcejeo. La puerta es pesada pero al fin abro y me asomo, sobre el estribo, salto, salto, salto. El tren apenas se mueve. Sopla el viento y noto el aire en mi piel, caigo bien, en cuclillas, con los dos pies sobre la grava. Pero me fallan las rodillas, las rodillas me fallan y quedo con la cara pegada a la grava y hay metal el raíl el raíl y pienso, coño que es eléctrico pero no lo es y me duelen las manos y las rodillas y estoy sin resuello, pero fuera del tren y está la vía y la hierba y la valla, y una casa con ropa en el tendedero que el viento agita y estoy bien, bien, porque tengo fuerzas para levantarme.

Todo el mundo puede ser engañado. Sea lo que sea lo que deseemos, todo aspecto que pretendamos controlar sin conseguirlo es el idóneo para hacer que cualquier ser humano muerda el anzuelo. Pensemos en lo que hace humana a una persona y sabremos cómo pillarla. La única defensa es no confiar en nadie, situarse al margen de toda relación humana. Pero es mejor que te engañen que vivir de esa manera.

Ricky Jay, mago

Epílogo

Merlín y yo volvemos a estar juntos. Ya no merodea por la casa esperando ver a Rosa. Pasar unas vacaciones con la familia Fievre lo ha curado de su adicción a la mantequilla y de su propensión a la violencia gratuita. Las gemelas lloraron el día que fui a recogerlo para traerlo a casa.

—¿Qué tal quedamos tú y yo? —le pregunté a Paul en cuanto estuvimos a solas —. ¿Sigo teniendo un amigo y agente?

—Cabe la posibilidad de que te consiga un largo contrato.

—¿Ah sí?

—Un crucero. A la Antártida. Dos años sin viajes a casa.

A Strudwick y Crookes tampoco les caigo muy bien; ni al inspector Oosterling, harto de mi compañía después de tantas horas de interrogatorios (mi papel en el contacto entre las policías holandesa y británica tuvo como consecuencia un viaje a Amsterdam de los agentes de Oxford). Un expediente con mis delitos sigue en la jefatura de policía, pendiente de decisión. Taaffe, por lo menos, no ha presentado ninguna denuncia, aunque acaso cambie de opinión cuando reciba el próximo estado de cuentas de su tarjeta de crédito.

Rosa sigue muerta.

Yo estoy mejor. Durante una temporada, aquí y en Amsterdam —sobre todo en Amsterdam— estuve literalmente desquiciado por lo de Rosa; desquiciado a causa del dolor, del sentimiento de culpabilidad y de remordimiento; desquiciado de pura confusión y frustración. Aún siento lo mismo, pero lo digiero mejor; mejor que antes. Puedo razonar acerca de ella y de mí en relación con ella, y acerca de lo que hice. Lo afronto. Hago vida normal. Sin embargo, no paso un solo día sin pensar en ella. Ni un solo día. ¿Hasta cuándo durará esto? ¿Seis meses?, ¿un año? ¿Toda la vida? No lo creo; toda la vida, no. Ya se ha producido un cambio; una sutil transición entre pensar en ella y no pensar en ella. Tras la muerte de Rosa pasé una temporada durante la que me era imposible estar una hora sin pensar en ella. Ahora, la medida de mi añoranza es el día. ¿Será crueldad, esta lenta y subliminal forma de olvido? No lo sé. Hay demasiadas cosas que no sé.

El inspector Oosterling me preguntó qué me proponía conseguir yendo a Amsterdam.

—Quería entender el método de su feminidad —le contesté.

¡Vamos, Red...! ¿Sabes de qué estás cargado, verdad?

Eso es lo que entiendo por estar desquiciado: decir cosas de manera que, luego, oyes su voz en tu cabeza, y te hace reaccionar. Pero ya no lo hago.

Pocos días después de mi regreso, sonó el timbre de la puerta. Acababa de hablar con Denis Huting y me dio por pensar que quería darme una sorpresa, que estaba en

Oxford y no en Amsterdam; que me había llamado desde una cabina y que estaba ahora frente a mi puerta, disfrazado de gallo. Sería su manera de excusarse por haberme traicionado con Oosterling. Pero no era Denis, sino una mujer. Tardé un momento en reconocerla. Mi sorpresa borró su incierta sonrisa.

—¿No es peligroso para ti venir aquí? —le pregunté.

—Tenía que verte.

Llevaba el pelo más largo de lo que yo recordaba haberle visto, en el vídeo de la estación de ferrocarril y que en la noche del estigma, pero la cara —y la voz, en la única y breve conversación telefónica, la víspera de mi marcha a Holanda—, eran inequívocamente tuyas. Carole-Ann.

—Cuando me enteré de que había muerto, lo primero que hice fue ir a pincharme. Llevaba meses sin un chute, pero necesitaba algo para olvidar. Lo preparé todo. Ya me había ceñido la goma, ya tenía la vena hinchada; la jeringuilla..., la aguja... Estaba a punto de pincharme. Y, de pronto, oí la voz de Rosa en mi cabeza.

—¿Te abstuviste por ella?

—¡Qué va! Me pinché. Veinte libras me costó el chute.

Carole-Ann se echó a reír de manera tan aparatosa que temí que no fuese a parar. Me hizo reír a mí también. Y me sentó bien. Era la primera vez que reía —que reía con ganas— desde hacía semanas. Deduje que ella también. Teníamos lágrimas en los ojos. Luego, sus lágrimas resbalaron por sus mejillas y empezó a sollozar. Posé la mano en su inclinada cabeza como un sanador, hasta que dejó de sollozar. Al alzar la cabeza tenía la cara llena de churretes.

—¿Y ya no te pinchaste más? —pregunté.

—Pues no —me contestó—. Todo un milagro.

La miré.

—Sí, porque... basta un par para... —dijo sollozando—. Pero ya lo he superado. En realidad, cuando te envié el bolso, ya lo estaba dejando. No sabía qué coño estaba haciendo.

Estábamos al sol, en la parte de atrás del jardín, sentados en los sillones blancos de plástico que Rosa había robado del pub. Se lo conté a Carole-Ann y me sorprendió que le pareciese tan mal. Tenía un marcado acento de Newcastle, pero cuando le pregunté si era de allí me replicó indignada que era de Sunderland.

—¿Por qué preguntáis siempre los sureños de dónde es la gente?

La luz del día estampó los cojines con las descoloridas formas de Carole-Ann. Las mangas de su chaqueta de algodón le venían largas. Fumaba a mi ritmo, un cigarrillo tras otro, rebulléndose nerviosa en el asiento, recogiendo rebeldes mechones de pelo castaño una y otra vez detrás de las orejas, con un gesto que yo había visto congelado en el vídeo de un andén atestado.

—¿Cómo supiste que había muerto?

—Bajé del tren, cagada de miedo. Llevaba su bolsa y no tenía ni idea de dónde estaba ella, ni de lo que ocurría, pero no paraba de repetirme lo que tenía que hacer. No debía volver atrás sino esconderme donde fuese y llamarlos por teléfono.

—¿A quién?

—Al refugio. Me metí en una pensión barata de Reading y, cuando los llamé la que se puso no tenía ni idea de nada. De modo que tuve que esperar y volver a llamar.

—Carole-Ann hizo una pausa y luego añadió—: Lo leí en el periódico al día siguiente: UNA mujer de VEINTITANTOS AÑOS. Eso era todo lo que decía.

—¿Volviste al refugio?

—No. Era peligroso. Si habían localizado a Rosa; si sabían en qué tren iba... Fui a casa de una amiga. Y entonces te envié el bolso.

—¿Y qué tenía que haber hecho yo con el bolso?

—Pues... yo confiaba en que fueses a la policía.

—O sea que metí la pata, ¿no?

—Sí —me dijo sonriente—. Se jodió todo, yo incluida. Se enfurecieron. La policía empezó a indagar. Todo a hacer puñetas: Toda la operación. Ésa es la verdad —añadió con fingida gradilocuencia.

Carole-Ann se quitó la chaqueta. Llevaba una camiseta negra sin mangas. En el brazo derecho tenía un tatuaje de puntos y hexágonos, de color verde y violeta, que ceñían su bíceps como un brazalete. No se depilaba las axilas.

—Rosa fue a Amsterdam para traerme aquí —me explicó Carole-Ann, que apagó el cigarrillo y encendió otro. La luz del sol tejía un tul de humo—. Consiguió que lo dejase.

—¿Cuándo solía ir a verte? ¿Los jueves y los viernes?

Sus ojos se llenaron otra vez de lágrimas.

—La quería mucho, ¿sabes?

Guardé silencio. Carole-Ann empezó a mordisquearse la uña del pulgar. El cigarrillo, sujetado entre el índice y el corazón, estaba lo bastante cerca para chamuscarle el pelo. Sollozó.

—¿Crees en el cielo? —me preguntó.

—No.

—Pues yo sí.

La hice hablar del último día de Rosa; de la partida de rami en el café («Le gané. ¡Era la primera vez que le ganaba!», como si fuese un presagio). Del viaje en tren. Le pregunté cómo se encontraba, cuál era su estado de ánimo; de qué hablaron. «¿Te refieres a si habló de ti?». Asentí con la cabeza. «Pues no, la verdad». Y entonces comprendí que Carole-Ann lo sabía.

—¿Por qué has venido? —le pregunté.

Y terminó por decírmelo; por responder a la pregunta no formulada, que venía reconcomiéndonos desde que llegó.

—¿La engañabas con otras?

—¿Eso te dijo ella? Sí le fui infiel —dije tras titubear un momento—. Una vez.

—Pues Rosa no me lo dijo.

—Me temo... que nos sorprendió.

—Tienes pinta de hacer esas cosas —me dijo asintiendo con la cabeza.

Sonó el teléfono. Tenía conectado el contestador, pero entré para atender la llamada. Era mi sobrina, Gemma, que me preguntaba si me iban a meter en la cárcel y que si, en tal caso, podría pasar una noche conmigo en la celda para ver cómo se estaba en la cárcel y qué me darían de comer, y que si había tele. Hablé con ella e intercambiamos estúpidas bromas. Cuando volví a salir al jardín, Carole-Ann estaba de pie junto al borde del césped, echando ceniza del cigarrillo en un arriate.

—¿Era ella? —me preguntó sin volverse.

—No.

Me quedé junto a ella. Le pedí su cigarrillo para encender el mío y se lo devolví. Tenía las manos frías; el vello de su antebrazo destacaba en su piel, pálida y moteada.

Lo que Carole-Ann me dijo que yo ya sabía:

- 1.º Que Rosa se sentó a propósito enfrente de mí en el pub, la noche del numerito del estigma, con la intención de dejar que la sedujese.

Lo que Carole-Ann me dijo que yo no sabía:

- 1.º Que «Vicky», era un *alias*, reminiscencia de los tiempos en que Carole-Ann se dedicaba a pescar clientes en la estación Victoria de Londres.
- 2.º Que «Charity Jackson» fue sacada del número 37 de Pijlsteeg y devuelta al refugio. El plan de huida, concebido tras la muerte de Rosa, no tenía nada que ver con el que me hicieron creer que seguiríamos. Utilizaron un nombre distinto; otro pasaporte. Por iniciativa de Nikolaas, Lena me distrajo mientras tenía lugar el verdadero rescate.

¿Por qué?

—Para evitar que lo echases todo a rodar —me contestó Carole-Ann encogiéndose de hombros.

Sabían que yo le había mentado a Lena acerca de la policía y de mi pelea con los tipos del número 37. No podían confiar en mí, ni en que no cometiese una imprudencia. Como seguí haciendo preguntas, Carole-Ann empezó a perder la

paciencia. Ésta visita no trataba de mí, ni de Amsterdam, ni del refugio ni de Charity Jackson. Se debía a *ella*. Carole-Ann necesitaba hablar de Rosa, porque la echaba muchísimo de menos. «Necesito sentirla viva en mi cabeza». Durante dos horas, mientras el sol declinaba, no hablamos de otra cosa.

—¿La querías, Red?

—Sí.

—No podías dejar de quererla.

—Sí.

—No podías dejar de quererla.

Ha pasado más de una semana desde la visita. No creo que vuelva a verla ni a saber de ella. Pero nunca se sabe. Al marcharse, me preguntó si tenía alguna fotografía de Rosa que pudiera darle, porque ella no tenía ninguna. Le di la última, la de Rosa podando los rosales.

Pero a mí también me han hecho un regalo, aunque no ha sido Carole-Ann.

He recibido un paquete voluminoso con sellos holandeses; un paquete plano, rectangular y pesado, envuelto en papel acolchado de color marrón. Dirigido a Mister Red. Lo he llevado a la cocina y lo he colocado encima de la misma mesa en la que, en otra ocasión, dispuse las pertenencias de Rosa. El paquete estaba atado con un cordel. Lo he cortado. Un retrato grande, enmarcado, boca abajo en el envoltorio de burbujas. No había ninguna nota. Antes de darle la vuelta he sabido lo que era: el retrato de Rosa que vi en el apartamento de Lena, guardado entre otros en uno de los estantes de un ropero. Era una fotografía en blanco y negro en la que se veía a Rosa de medio perfil, de cintura para arriba. Se le veía un pecho a través del escote del vestido. La cara, sin pintar, su pelo castaño, húmedo y enmarañado, como si acabara de salir de la ducha. Sostiene una jarra con una mano, con anillos en todos los dedos. No parece posar. Da la impresión de ignorar que la están fotografiando (sus ojos, dirigidos hacia algo que está fuera de campo, o acaso hacia nada en concreto). Sonríe. Está en el refugio y sonríe con natural desenfado; desentendida, en aquel instante, de la impresión que pudiera causar en los demás e indiferente a su atención. Sin ni siquiera necesitar afirmar: «Ésta soy yo». Satisfecha con ser simplemente *Ella*; con afirmar su *Yo* ante sí misma. Pese a todas las vejaciones, pese a toda la explotación física, emocional y sexual; pese a todas las violaciones de que había sido objeto... Rosa poseía, posee, una esencia inviolable. *No puedes tocarme*. Y ahora comprendo que Rosa me venía grande, que me faltaba talla para abarcarla en mi vida, que no soy lo bastante fuerte para haber podido auparla más de lo que ella se aupó. Me desbordaba. Fui el último en la larga lista de quienes la desviaron de la verdadera fuente de su liberación: ella misma.

A pesar del envoltorio protector, la fotografía había resultado dañada durante el

transporte desde Amsterdam a Oxford. El cristal se había resquebrajado por el centro; formaba una fractura nítida y casi horizontal que dividía la imagen en dos partes desiguales. No sería difícil recomponerlo: desenmarcar el retrato y volver a enmarcarlo con un cristal nuevo, de manera que quedase como si jamás se hubiese roto.